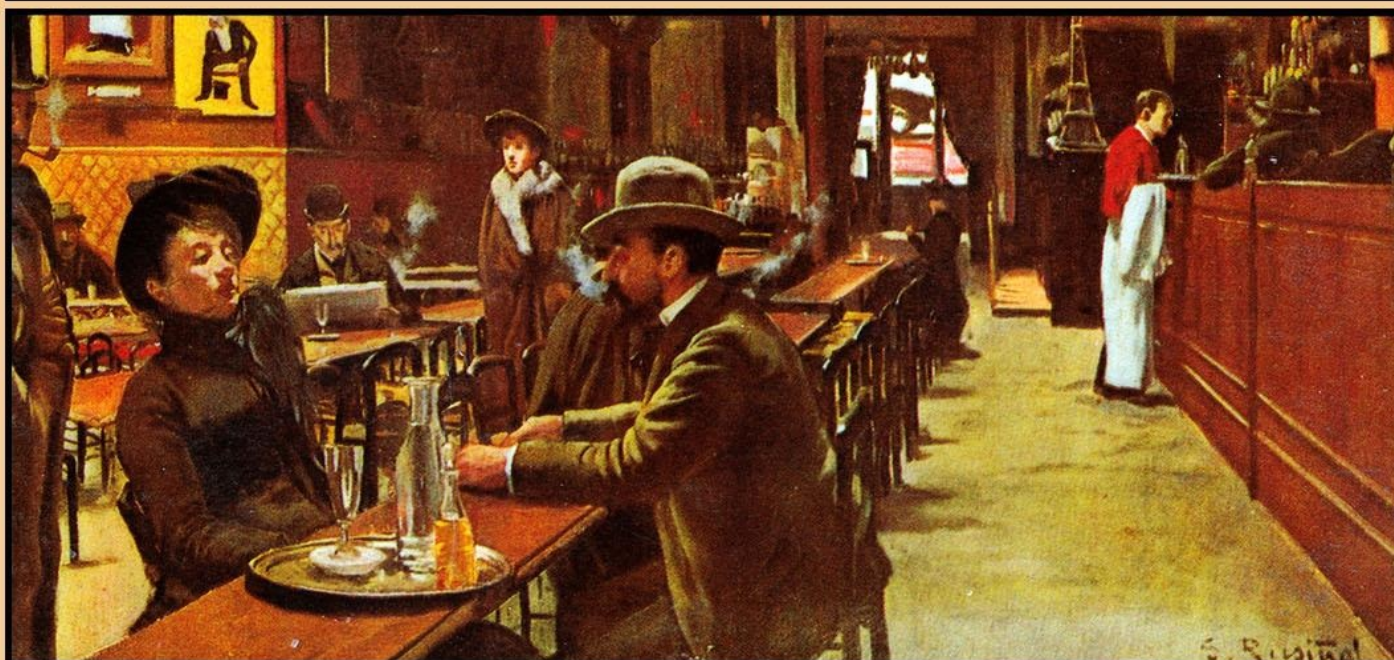


Josep Pla *Barcelona, una discusión entrañable*



Biblioteca Josep Pla 10



se

Lectulandia

En Barcelona, una discusión entrañable, Josep Pla recoge las impresiones que experimentó al llegar a la ciudad por primera vez, con dieciséis años, para estudiar en la Universidad. Texto de juventud, que en su primera edición llevaba el subtítulo de «Papeles de un estudiante», la obra proporciona una imagen distinta y bastante crítica de la Ciudad Condal, que presta especial atención a los detalles más curiosos y poco conocidos. Con inagotable curiosidad, Pla recorre el barrio del Eixample, la Rambla o el Paral·lel; va a contemplar la Sagrada Familia en las noches de luna; asiste a la procesión del Corpus, al Palau de la Música y al Liceu —aunque desde el quinto piso— o busca información sobre la ciudad en la biblioteca del Ateneu. También analiza la evolución urbanística de Barcelona y las peculiaridades del carácter de los barceloneses o recuerda la controversia que despertaban las opiniones y proyectos de Gaudí, y sus inicios como periodista, cuando conoció a la señorita Mathieux, de la Ópera Cómica de París. Combinando momentos líricos y reflexiones irónicas, el escritor ampurdanés integra el recuerdo con un vasto conocimiento de los menores y más sorprendentes episodios de la vida local. De este modo, *Barcelona, una discusión entrañable* se convierte en un documento único sobre la historia urbana, intelectual y artística de las primeras décadas del siglo xx; pero también en una singular premonición, emotiva y maliciosa a un tiempo, del carácter de la Barcelona que se asoma al próximo milenio.

Josep Pla

Barcelona, una discusión entrañable

Áncora & Delfín - 708

ePub r1.0

Titivillus 28.09.2023

Título original: *Barcelona, una discussió entranyable*

Josep Pla, 1956

Traducción: Jesús Alegría

Cubierta: Santiago Rusiñol, En el café (fragmento)

Digital editor: Titivillus

ePub base r2.1

Índice

Nota del traductor
Prefacio
Las antigüedades pintorescas
La historia seria
El Eixample
Plazas y calles
El piso del Eixample
El Passeig de Gràcia
Por uno o dos arcos romanos
Croquis
Escaleras arriba
Otoño
Ir a vivir a Barcelona
Las mañanas
Entierro importante
La Sagrada Familia
El frío
El Carnaval
El viento en la Rambla
El dualismo
La *coloratura*
Semana Santa
Paisaje de convalecencia
El Palau de la Música
El punto dulce
Corpus
El Parque
Algunas gracias
El museo
Noche de verano

Los monumentos
El Liceu
Entre el Born y la calle de Ponent
Las evoluciones
Una carta
Los barceloneses
Sant Gervasi

Nota del traductor

Al visitar Barcelona se observa que los nombres de todas las calles están en lengua catalana. Para que puedan localizarse todos los lugares a los que Pla se refiere, he conservado su denominación en catalán. El período franquista castellanizó la toponimia y cambió, en algunos casos, nombres de calles que posteriormente el gobierno autónomo recuperó.

En cuanto a mi traducción, he procurado en lo posible presentar al lector un texto que transmita la misma libertad de escritura que tiene en su lengua original.

Prefacio

Después de las aventuras gerundenses que forman el contenido de *Girona, un llibre de records* fui a Barcelona para estudiar la carrera en la Universidad. En otro lugar^[1] he dicho qué carrera me habría gustado estudiar y por qué tristes razones estudié otra distinta. Si la memoria no me engaña, llegué a Barcelona en otoño de 1913.

En Barcelona pasé seis años —mejor dicho, seis cursos, es decir, seis medios años aproximadamente, porque los cursos eran irrisoriamente cortos. Las vacaciones oficiales y las vacaciones forzadas organizadas por los hijos de papá mediante jaleos, huelgas y demás excesos los acortaban en gran medida. El cierre de la Universidad, ocasionado por la epidemia de gripe de 1918, limitó aún más la estancia a causa del terrible evento.

Estudiar por aquel entonces una carrera era una auténtica bicoca que se permitían, por el mero hecho de existir, los hijos de papá. El esfuerzo que había que hacer para conseguir el título era insignificante, mínimo. Implicaba encontrar diariamente la forma de eliminar hasta las más remotas posibilidades de atención y de fatiga, simulando (más o menos) el cumplimiento de unas obligaciones sin peso. No me gusta generalizar: sólo hablo de lo que conozco. Para las familias que tenían dinero, este sistema era intrascendente. Para las que tenían menos o poco —y éste era mi caso— no resultaba muy edificante. Era un sistema destinado simplemente a demostrar que confiar en los sentimientos positivos innatos en la juventud es, hablando en general, una pura ilusión del espíritu.

Los estudios eran tan absurdos y livianos, creaban tal cantidad de horas negativas que, si se hubiese podido disponer de algún dinero para llenarlas, la vida habría sido una vidorra óptima y sin sentido. Pero el dinero escaseaba, era de una precariedad manifiesta, y en los servicios de los demás nunca había modo de encontrar la más leve efusión de romanticismo. Traté de apañármelas haciendo de oficial de secretaría de la Sociedad Deportiva Pompeya y dando clases a niños distraídos, regordetes y bobalicones. Me hice más sabio que rico. De este modo, durante aquel período pasé gran cantidad

de horas muertas errando por las calles de Barcelona, divagando por la ciudad sin objeto ni fin, contemplando las panorámicas que se ven desde lo alto de la montaña de Montjuïc. Aquella extraña y vacía forma de vivir duró hasta que entré como socio de paso en el Ateneu Barcelonés de la calle Canuda. Un rasgo de sinceridad me obliga a declarar que crucé el portal del establecimiento menos impulsado por el afán de cultura que por la necesidad de combatir, con la calefacción central de la docta corporación, el frío que imperaba en la casa de huéspedes. Había probado antes resguardarme en la biblioteca del Colegio de Abogados, que entonces estaba en la Casa del Ardiaca, un buen edificio. Pero como a aquella biblioteca acudía tan poca gente, no valía la pena hacerla acogedora. Era un impresionante frigorífico de volúmenes importantes y aburridísimos. El calorcillo del Ateneu avivó, en cambio, mi curiosidad. Allí leí cosas provechosas e instructivas e intenté escribir con mucha dificultad. Mis vagabundeos por Barcelona fueron largos, pero monótonos. Por razones que no podría explicar, se produjeron siempre por los mismos lugares. Nunca viví en la parte vieja de la ciudad. Para un hombre como Josep Carner, barcelonés, esta parte es un barrio como otro, habitual. Yo, que soy forastero, he de verlo principalmente como un conjunto monumental. No puede ser de otra manera.

Mis sucesivos domicilios los tuve, pues, en diversas calles del Eixample. Las cuadrículas fueron mi ambiente. Si me sentí atraído por la ciudad vieja fue, como ya he dicho, por su monumentalidad. Hay muchos lugares —más o menos fuera del centro de Barcelona— donde nunca puse los pies. No tengo ni la más mínima idea de Sants ni Hostafrancs, de Horta ni del Guinardó... Nunca he subido al Tibidabo. Es incomprensible... Conozco muy vagamente la Barceloneta. Si alguna vez subí a Sarrià y a Pedralbes, lo hice un domingo por la tarde, y me sentí desplazado y ajeno. Estos pueblos los conocí mucho más tarde, y creo que hasta viví en Sarrià por allá el año 1930. No era un lugar para mí. Estaba demasiado lejos. El viaje en el puntualísimo ferrocarril me hacía llegar a casa con una falta de puntualidad permanente. Así pues, mis conocimientos de Barcelona son fragmentarios y carecen de una falta absoluta de método. Sin embargo, leí bastantes cosas sobre la ciudad y su historia, memorias y documentos que encontré en las bibliotecas, e incluso un día mantuve una conversación, en un rincón del Ateneu, con un personaje fantástico y divertido, el señor Sanpere i Miquel, autor de una *Historia de Barcelona* olvidada de todos, pero que en los tiempos de los que hablo no era tan desdeñable. Desde entonces hacia acá se ha avanzado mucho.

Mucho me temo que este libro tenga los mismos defectos que mi estancia en Barcelona. Es incierto e incompleto como la adolescencia y responde a un vagabundeo desmesurado. De todos modos, no pretende ser una guía. Es un documento elemental, candoroso, donde se reflejan reacciones de juventud — al que se le nota la barba incipiente. Si no estuviese convencido de la importancia que para nosotros tiene Barcelona, no lo habría escrito. Yo querría que Barcelona fuera, de punta a punta, una ciudad adorable y magnífica.

Palafrugell, Mas Pla, primavera de 1956

Las antigüedades pintoescas

Hace más de cuarenta y cinco años conocí en la biblioteca del Ateneu a dos hombres muy gordos, apopléticos, de pelo negro y rizado, barba considerable, los ojos fuera de las órbitas, sudorosos y melancólicos, como dos impresionantes morazos: Miquel dels Sants Oliver y el señor Sanpere i Miquel. El primero, que llevaba la secretaría de la corporación, parecía un hombre literalmente oprimido por la presión atmosférica y daba la impresión de que le faltaba el aire para respirar. El señor Sanpere parecía más habituado a dicha contingencia, como si se manejase mejor en ella, y aunque tenía la misma corpulencia, el peso de su cuerpo no confería a su cara la crispación que tenía la de Oliver. Era un dolor más evaporado y ligero.

En el campo de los estudios históricos, a Sanpere se le consideraba un francotirador, un diletante más o menos divertido al que tal vez no se le habían perdonado las amenidades y los puntos de vista, expuestos mediante una lengua horrorosa y descuidada. Había sido objeto de fuertes ataques que lo habían dejado indiferente y eso, añadido al hecho de que fuese un hombre tan gordo, hizo que lo encontrara simpático. Fue su hijo quien me lo presentó, un chico alto y gordo, desencuadrado y flácido, que tenía un ojo blanco, como un huevo de paloma, y la pasión por el juego. Le gustaba tanto jugar que sus trajes —siempre lo vi vestido de negro— olían a calderilla.

En el libro del señor Carreras Candi *La Ciutat de Barcelona* (que está lleno de datos) hay un capítulo titulado «Laye-Barcino». El capítulo es una recensión de los escritos de Sanpere sobre las antigüedades de Barcelona. Sanpere creyó que Barcelona tenía una gran antigüedad e hizo un esfuerzo —un tanto confuso, a decir verdad— para demostrarlo. Sanpere creyó que Barcelona era una ciudad más antigua de lo que podían dar a entender los vestigios arqueológicos encontrados hasta el momento. A mí también me lo parece, aunque no podría demostrarlo. Me lo parece por intuición y porque la experiencia me demuestra que los asentamientos antiguos en el Mediterráneo se conocen del mismo modo que se conoce una prenda de lana: por el tacto. En la navegación antigua, la presencia en la zona del golfo del litoral del

Maresme de una roca como la que llamamos Montjuïc tenía que producir un efecto inolvidablemente considerable. El hecho de que esta roca se halle flanqueada por dos cursos de agua —que hoy llamamos el Besós y el Llobregat— le da al paraje un aire de gran antigüedad. A mí me parece que, aparte del pueblo indígena que vivió en el paraje, el pueblo del mar que allí llegó apenas puede desligarse, en cuanto a su emplazamiento, de la roca a la que me refería hace un instante.

Lo que sucede es que la geografía antigua del rodal es muy confusa y difícil de comprender, porque lo más probable es que la geografía actual sea considerablemente distinta de la que fue en aquellas edades. Hasta que no se conozca bien la geografía antigua, la fantasía irá volando. La geografía manda porque los hombres siempre han querido vivir haciendo el mínimo esfuerzo posible, y si no lo han hecho más es porque no han podido. Los historiadores, arqueólogos y numismáticos que prescinden del factor geográfico harán que la confusión aumente de forma excesiva y desorbitada.

El día que tengamos un estudio plausible —o sea, verosímil— de la geografía remota de este emplazamiento, las cosas tal vez se verán un poco más claras. Hoy disponemos de un equipo de historiadores adecuado, que escriben bien, que dan importancia —aunque tímidamente— a los intereses humanos y, por lo tanto, a los factores geográficos, y que son notablemente menos gratuitos, caprichosos y fantásticos que los historiadores ochocentistas. Estos señores deberán hacer un esfuerzo y explicarnos dichas antigüedades.

En su época, Sanpere dijo algunas cosas sobre las antigüedades más remotas de Barcelona.

Según Sanpere, con respecto a dicho paraje, como en otros lugares, se trata de la coexistencia de dos núcleos de población distinta: un núcleo indígena, Laye, y junto a éste un asentamiento creado por un pueblo del mar, Barkino o Barcino —de la misma manera que en Ampurias subsistieron, una junta a otra, una población de naturales del país, Indika, y la población fundada por los griegos, Emporion. Barkino o Barcino fue un asentamiento de raíz semítica fundado, probablemente, por los colonizadores púnicos de la isla de Ibiza que, como todo el mundo sabe, fue una colonia de Cartago; y Cartago, un asentamiento fenicio. Todo esto, que es verosímil, podría ser de todos modos caprichoso, pero Sanpere nos da un dato: Barcino no significa nada, es una palabra ininteligible... excepto en las lenguas semíticas. La grafía semítica de Barkino —que aquí no podemos dar por carecer del tipo de imprenta— significa «población del pozo de la bahía» (consulten la exposición que Sanpere hace del problema en la página 101 de su *Historia de*

Barcelona). Ignoro si la equivalencia es correcta. Quienes, en cualquier caso, podrán dilucidarlo son las personas dedicadas a los estudios semíticos. Lo que es un hecho es que Sanpere, adelantándose a Víctor Bérard, aplicó, quizá por intuición, la doctrina de la superposición de culturas y, por lo tanto, de la superposición de nombres —lo que Bérard denomina como nombres *doublés*— a la etimología de Barcelona. ¿Con algún resultado? Me faltan conocimientos para decirlo. Si el *doublé* es correcto, la explicación resulta menos fantástica que otras que se han dado. Al fin y al cabo, «pozo de la bahía» implica una sugerencia de aguada —y las aguadas fueron algo decisivo, importantísimo, en la navegación de todos los tiempos.

Quizá ahora ustedes se pregunten: ¿y qué vinieron a hacer aquí los fenicios? Si vinieron fue ciertamente porque les fue útil venir. Tal vez vinieron porque aquí había ostras. El mar de Barcelona fue un mar donde las ostras se criaron perfectamente. El hecho no sólo se conoce por la historia geológica del paraje, sino por la propia realidad. De las ostras se extraía la púrpura, producto que los pueblos antiguos tuvieron en gran estima. Con la púrpura se fabricaba un colorante que se aplicaba a las ropas más lujosas de la época. Ausonio, en su epístola a Paulino (LXXIII, verso 89), dice: ... *et ostrifero superaddita Barcino ponto*. Sanpere hace el comentario siguiente al verso de Ausonio: «La cita de Ausonio relativa a las ostras barcelonesas indica, evidentemente, en el hijo de Burdeos, su afición a este marisco, y en verdad merece notarse que un vecino del país de Marennes y de las ostras de Bretaña, celebradas por Plinio, recuerde tanto las de Barcelona... Este mar, fecundo en ostras, en donde tiene su asiento Barcelona, es fácil de reintegrar, pues las ostras encontraron condiciones de habitabilidad inmejorable no sólo del lado de acá que del lado de Montjuic y también las tuvieron por la parte de Badalona y Montgat, en donde las hemos alcanzado».^[2]

En la edición de las obras de Ausonio publicada por la Fundación Bernat Metge, la epístola que contiene el verso «Barcino, construida sobre el mar fecundo en ostras» tiene el número XXVII, verso 89.

Pero no es sólo esto. «Ausonio —escribe Sanpere— nos ofrece aún un dato más interesante que viene a corroborar nuestras suposiciones de la fundación de la pesquería cartaginesa o fenicia de Barkino a Laye, y es el hecho de encontrar la industria de la pesca salada tan adelantada en Barcelona en los siglos IV y V, que ya se conocía en las mesas de la gente que comía el *barcinonensis muriae condimento*». ¿Qué era el *barcinonensis muriae condimento*? Plinio nos dice que este licor, que los griegos llamaban *garum*, y que era tan buscado en aquellos tiempos, se preparaba con tripas y otros

restos de pescado, que antes se tiraban, poniéndolos en salmuera, de modo que el jugo que se obtenía era el resultado de la descomposición de los ingredientes de pescado en salmuera. Los griegos llamaban *garum* a este jugo porque lo sacaban del pescado del mismo nombre. Hoy —añade Plinio— el mejor es el que se hace en las pescaderías de Cartagena con los restos del pescado, y por dos medidas de salsa (unos seis litros y medio cada medida) se pagan mil monedas de plata. Si exceptuamos los perfumes, no hay sustancia en Roma que se pague tan cara. El *garum* da gran reputación a los países que pueden proveerlo.

Así pues, el *barcinonensis muriae condimento* era una especie de salsa Perrins de pescado cara y sublime. «Ausonio —dice Sanpere—, al llamar *garum* a este pescado barcelonés en salmuera, nos dice que se elaboraba con restos». Ese resto es nuestro boquerón. Todo esto resulta bastante pintoresco, porque la realidad es siempre pintoresca. Ahora bien, el hecho de que la realidad sea pintoresca no significa que no tenga un gran peso.

Acerca del emplazamiento de Laye, el núcleo indígena, y de Barkino, asentamiento del pueblo de mar que accedió al paraje, la oscuridad es densa. ¿Dónde se hallaba ese famoso pozo de la bahía? Sanpere conjetura que Barkino se encontraba en lo que los historiadores medievales llamaron el Táber, y que posteriormente fue emplazamiento de la ciudad romana, y que la población indígena debe situarse en la pequeña elevación donde se alza actualmente la iglesia de Sant Pere de les Puelles. No cuesta mucho comprender que el mar, por aquel entonces, estaba mucho más cerca de estos lugares que en la actualidad. ¿Y Montjuïc? Al litoral de Montjuïc le pasaba probablemente lo mismo: las entradas y salidas minerales que lo formaban tocaban el mar directamente y constituían con seguridad excelentes refugios intercambiables según la dirección de los vientos; como en Tossa, por ejemplo, el Codolar es un buen refugio contra los vientos del norte y la playa, contra el ábrego y el siroco. Esto es sólo concebible para embarcaciones pequeñas, pero las embarcaciones eran pequeñas. Sea como fuere, el litoral de Montjuïc, golpeado directamente por el mar en una extensión muy dilatada, tiene el aspecto de haber servido de emplazamiento a algún pueblo del mar. Montjuïc es el lugar de Barcelona que ha dado un mayor rendimiento a la arqueología —a pesar de que nunca se haya explorado sistemáticamente. En fin, uno se encuentra siempre con el mismo problema: la falta de conocimiento de la geografía antigua.

No es difícil imaginar el jaleo que hubo entre los historiadores cuando Sanpere se atrevió a escribir estas cosas. En aquella época los historiadores

vivían entre emperadores, reyes, príncipes, condes y marqueses, obispos y arzobispos, carrozas y palacios. Escribían cosas grandilocuentes, pero era imposible saber de qué vivían los pueblos y sus gentes.

La historia seria

Barcelona es una ciudad que tiene una fundación perfectamente justificada. Es una ciudad marítima. Se halla asimismo situada en un determinado espacio de tierra —un *hinterland*— al que se llega por dos ríos de una manera fácil; esos ríos son el Besós y el Llobregat. A través de esos dos cursos de agua se pudo llegar fácilmente al interior del país^[3] desde la más remota antigüedad. Así pues, la fundación de Barcelona se justifica por una concentración de vida creada por la geografía. También la geografía explica la capitalidad. El Besós y el Llobregat enlazan Barcelona con el Pirineo. Los afluentes del Llobregat permiten el acceso a los llanos del este y del sur del país. Los caminos fáciles del país van a parar a Barcelona de manera ineluctable.

La ciudad podría, evidentemente, ser aún más complicada. Es una pena que los griegos no se hubiesen establecido por más tiempo en la zona. Las señoritas habrían tenido, como hoy, los ojos ligeramente redondos y la palidez amarillenta habitual; las señoras, un brillo de juventud exuberante. También es posible que se hubiesen engordado igual. Pero tal vez el número de hombres flacos, inquietos, nerviosos, de mirada aguda, habría aumentado. No creo que hubiese sido nada malo.

Según las inscripciones, los romanos llamaron a la colonia que fundaron en Barcelona *Colonia Favencia Julia Augusta Pia Barcino*. El perímetro de la ciudad se conoce y se dibuja perfectamente. Paseando pueden verse algunos trozos de muralla. Resulta agradable pasar la palma de la mano por las piedras de una muralla romana. Es como tocar unos muslos femeninos, sin las consecuencias que a veces comportan dichos actos. Conocemos las murallas, pero mucho menos la ciudad romana, porque encima de ella se encuentra edificada una buena parte del núcleo antiguo de la ciudad. En general, las casas romanas de la Península apenas tienen una calidad sensible, pero sí aplomo, equilibrio, claridad y un gusto de la permanencia muy considerable. Los romanos robaban, saqueaban, depredaban, pero lo hacían con absoluta naturalidad, viviendo en casas claras y bien situadas, como las casas romanas

de Ampurias, en las que aún se nota el gusto de la permanencia más placentera, terrenal y ponderada.

Barcelona es pobre en románico, hecho que contrasta con la riqueza y la calidad del románico en nuestro país, sobre todo en la Cataluña Vieja. Es realmente sorprendente que, a tan pocos kilómetros de las maravillas de Terrassa y de Sant Cugat, Barcelona posea tan poca cosa de un estilo tan ligado con determinados aspectos de nuestro carácter, hasta el extremo de que el románico a veces parece el catalán petrificado. A las manifestaciones de ese estilo les sucede, sin embargo, lo contrario que al algarrobo. El algarrobo es un árbol que para vivir bien tiene que ver el mar. El románico, en cambio, tiende a vivir un poco en el interior, más retirado.

El gótico, en Barcelona, es esplendoroso, magnífico, inolvidable —tanto el gótico civil como el religioso. A través de las piedras del gótico —tan severo, tan directo, tan auténticamente señorial—, nuestra historia entra por los ojos y señala un hecho de importancia en toda el área mediterránea. Los hombres que erigieron esas piedras fueron hombres de verdad, importantes, de una humanidad absolutamente respetable, que hablaron una lengua clara y precisa, reflejo de un espíritu de autenticidad y de una inconfundible personalidad. Gracias al gótico puede comprenderse la trascendencia del país y de Barcelona en particular en una etapa de la historia de Europa. La característica más destacada de la escuela arquitectónica que creó los principales monumentos góticos barceloneses es una tendencia constante a la simplicidad de líneas y a la eliminación de todos los detalles superfluos. Utilizando sólo los elementos que tienen una función constructiva precisa, lo que es puramente funcional, prescindiendo de todo lo que es gratuito y sobra —trozos de pared lisos, grandes arcos, buhardillas cubiertas—, llega a producir efectos inolvidables, de una gran severidad y de una elegancia magnífica, personalísima, única en este estilo. La ciudad que produjo, en un espacio de tiempo determinado, el Palau Reial Major y el Tinell, la Catedral, Santa Maria del Mar, el Saló de Contractació de la Llotja, la Casa de la Ciutat y el Saló de Cent, la iglesia del Pi, el monasterio de Pedralbes, las ocho naves de las Drassanes Reials y el Hospital General de la Santa Creu, la parte gótica de la Diputació General y tantas otras maravillas tenía que ser fatalmente una ciudad considerable situada en el punto más tenso de su espíritu y de su inequívoca verdad histórica y humana. ¿Podremos repetir algún día la sensacional aventura de volver a ser auténticamente? No hay otro problema.

Los historiadores conocen las razones por las que ese momento solar entró en un proceso de degradación que duró siglos. Dicho proceso es

perfectamente compatible con los últimos descubrimientos, es decir, con el descubrimiento de que el catalán siempre fue tirando. Cuando hablo del proceso de degradación, me refiero a la degradación del espíritu. La constatación de este hecho está por encima de cualquier posible posición historicista, sea romántica o naturalista. Es una realidad indiscutible. A mi entender, el momento supremo de dicho proceso se sitúa en la determinación de encajonar la Llotja de Contractació dentro de un armatoste neoclásico, seguramente respetable y de una presencia arquitectónica cierta, pero indicadora de que cualquier valoración histórica se había desvanecido. Para restarle importancia al asunto podrá argüirse que se trata de una anécdota que demuestra una vez más la morbosa avaricia que el palmo cuadrado ha suscitado siempre en Barcelona. Y también que los cambios de gusto han llevado a los hombres de todo el mundo a cometer muchísimas monstruosidades. Es evidente que esta realidad no debe ignorarse. Pero creo que el hecho tiene, cuando menos, una trascendencia: implica efectivamente constatar que el proceso de desautenticación había penetrado con intensidad.

Cuando la Revolución francesa destruyó la estructura económica medieval, el catalán se descubrió un temperamento de burgués. El catalán, que fue durante siglos un agremiado y un cofrade perfecto, se amoldó rápidamente al talante liberal-conservador de la burguesía europea que la Revolución suscitó. La adaptación fue tan rápida y completa que pareció que este pueblo tenía una ignorada segunda naturaleza. No creo que fuera necesario esforzarse en absoluto: la espontaneidad fue literal, incontenible. Este nuevo período, que dura desde hace cincuenta años, ha sido, por lo general, muy fructífero, pero irresoluto hasta este momento. Ha sido intenso en el aspecto material de la vida y muy lento y sinuoso en los otros aspectos. Ahora nos encontramos en este período —en los altibajos de la etapa burguesa.

En el transcurso de los siglos, Barcelona ha tenido tres murallas. La primera, de las postrimerías del Imperio romano, cerró el perímetro de la *Colonia Favencia Julia Augusta Pia Barcino*. La segunda, iniciada en tiempos de Jaime I con las Puertas de las Drassanes, Escudellers, Boqueria, Ferrissa, Santa Anna, de l'Àngel, Jonqueres, Portal Nou y Sant Daniel, fue el perímetro de la Barcelona medieval estricta. Después, en tiempos del rey Pedro, se añadió a esta muralla el suplemento de sudoeste, desde Canaletes a las Drassanes, con las puertas de Sant Antoni y de Sant Pau, y de este modo quedó en realidad anulada la muralla de la Rambla. Este nuevo suplemento amurallado es de una gran importancia en la historia de la Barcelona moderna

porque en su interior el liberalismo tuvo momentos de virulencia y ahí se inició la industrialización del país con la lucha social indefectible. Estas murallas tuvieron un período de construcción muy lento. Después de la guerra de Sucesión, Felipe V erigió la Ciutadella y la muralla de mar, quedando así Barcelona cerrada en todo su perímetro medieval amplificado del lado de sudeste.

La historia de la Barcelona ochocentista es la del esfuerzo considerable que hace la burguesía para pasar de clase económicamente dirigente a políticamente dominante. Las etapas principales de esta historia son: quema de conventos, desamortización, demolición de las murallas, derribo de la Ciutadella. La Exposición de 1888 significa el triunfo espectacular de este esfuerzo. La Exposición se celebró, *grosso modo*, en el lugar donde estuvo emplazada la Ciutadella y en pleno movimiento del espíritu de murallas hacia afuera —me estoy refiriendo al espíritu del Eixample. Cuando llegué a Barcelona, el espíritu del Eixample tenía mucha más importancia y mucho más peso que el de la Barcelona vieja. A principios de este siglo, la transformación de la Barcelona tradicional se había consumado con la abertura de la Laietana, que representó una implacable destrucción de una parte de la ciudad medieval, gremial, parroquial y de cofradía.

Así pues, mi llegada a Barcelona se produjo a través del Eixample. Yo nunca he vivido en el casco antiguo de la ciudad. He sido un habitante de fuera, de más allá de las murallas —como decían los barceloneses de antes de la demolición. He sido un habitante del Eixample, o mejor dicho, del *Ensanche*,^[4] por utilizar el catalán que ahora se habla. La idea que tengo de la Barcelona antigua es muy imprecisa. De todos modos, me parece que esta parte de la ciudad ha cambiado mucho y que era muy diferente de la de ahora. Dense cuenta... Las Drassanes eran un cuartel, y ello es lo que ha permitido la conservación de las murallas que quedan entre el Paral·lel y la Aduana. Allí, en la puerta, he visto en invierno a los oficiales tomando el sol sentados en unos balancines adorables. En verano, el establecimiento exhalaba un vaho sólido y compacto. Las murallas romanas eran invisibles ya que estaban cubiertas de construcciones mediocres. Aún no se había, claro está, descubierto el Tinell. A nadie se le hubiese ocurrido hablar del Barri Gòtic. El Hospital de la Santa Creu era una construcción laberíntica e inextricable que olía a ácido fénico y a enfermo pobre y desengañado. Josep Maria Sert aún no había recargado los salones de Ca la Ciutat y, si no hubiese sido por el destripamiento de la Via Laietana— que parecía muy amplio—, todo el barrio

antiguo habría quedado igual que en la época del señor Pi i Arimon y de las *Memorias de un menestral*.

En realidad ha sido en estos últimos treinta o cuarenta años cuando ha aparecido en la Barcelona vieja una concentración de formas de una belleza e interés insospechados. Esas apariciones considerables, que han permanecido enterradas durante siglos y de las que se tenían datos muy inciertos, le han dado a Barcelona una sensación de retorno a su espíritu y una gran calidad monumental. He vivido el inicio de estos descubrimientos, pero lo he vivido de lejos, porque si de estudiante, como decía, fui un habitante de fuera de las murallas, luego, en las pocas temporadas largas que he pasado en Barcelona, no he tenido suficiente tiempo libre para disfrutarla.

Las *Memorias de un menestral de Barcelona* son unas memorias sin menestral. Son el pastiche de unas memorias de un supuesto menestral, escritas por el distinguido historiador Josep Coroleu. Es un libro bastante ameno, inteligible y sencillo, de valor histórico más bien escaso, que cuando se publicó en *La Vanguardia* (por aquel entonces diario liberal o por lo menos llamado así) en la década de 1880-1890, tuvo un gran éxito. La ficha 62159 del señor Palau Dolcet dice: *Libro sabroso y de gran éxito.*^[5] Es absolutamente cierto.

Cuando las memorias escritas por Coroleu se refieren a las primeras décadas de la Barcelona del siglo pasado, contienen algunas pinceladas de ambiente, dan una idea de la ciudad de aquel entonces llena de interés. Traduzco: «En tiempos de la Guerra de la Independencia se inició el primer intento de iluminación pública —escribe el supuesto menestral—, que consistió en unos faroles colgados de unos cordeles que se balanceaban con el viento... Y esta misérrima iluminación se suprimía en las noches en que “tenía que brillar la luna”, ya que el poder de la rutina era tal que cuando el calendario decía que estábamos en luna llena o en cuarto creciente, no había fuerza humana capaz de conseguir que los faroles se encendiesen aunque las noches fueran tan lóbregas que no permitían ver, a dos pasos, los objetos... En estos casos bendecíamos la piedad de los vecinos, que quemaban una lucecita delante de la imagen de un santo, hecho que, por fortuna, era tan frecuente que a cada dos pasos se encontraba uno de aquellos faros microscópicos brillando en las tinieblas que envolvían la ciudad, como luciérnagas en la oscuridad. Aquella devoción era de mucho agradecer porque las calles eran estrechas y tortuosas, formando un laberinto peligroso... Lo que hacía que, cuando las campanas tocaban a oración, cualquier hijo de vecino entrara en su casa como el caracol en su concha, no sin saludar, al

pasar, a las muchas parejas de frailes que encontraba en su camino y que también volvían a su respectivo convento. Los rezagados oían entonces una especie de inmenso coro, que procedía de todos los domicilios: el Santo Rosario, que todas las familias rezaban. Una hora después, la ciudad entera se había entregado al sueño y por todas partes reinaba un silencio religioso que sólo interrumpía la voz del sereno o los ladridos de algún perro de la calle».

Si el lector ha llegado hasta aquí, habrá observado que hemos traducido el texto del señor Coroleu con toda la fidelidad posible, pero sin poner —por incapacidad personal— lo que hace que su estilo no sea precisamente el de un menestral. Es un estilo castellano con muchas ínfulas retóricas —un retoricismo escolar y automático que procede de la escuela— manejado de forma precaria por un señor del país. El esfuerzo que los catalanes hicieron en la época del barroco por castellanizarse fue indescriptible. Un esfuerzo que ha llegado prácticamente hasta hoy. Coroleu es un escritor de antes de ayer. Pero lo curioso es que no pudieron...

«Estos recuerdos que ahora evoco —prosigue, más adelante, el menestral — podrían ayudar a los jóvenes de hoy a formarse una idea de lo que era Barcelona cuando aún no se había emprendido ninguna de las reformas que la han transformado ni se había producido el enorme cambio de ideas que ha echado por tierra las costumbres tradicionales y una infinidad de rancias preocupaciones. Hoy los jóvenes se extrañarían de que un vecindario numeroso como el de esta ciudad hubiese llevado una existencia tan sedentaria y que los hombres se conformaran con pasar toda la santa noche metidos en sus domicilios dispuestos a levantarse a la mañana siguiente a una hora que a muchos les parecería formar parte de la madrugada. También se asombrarían viendo a los transeúntes detenerse en plena calle al oír el toque de oración. Seguro que no conocerían la ciudad donde nacieron si les fuese posible contemplarla, como yo la he visto, llena de conventos, muy espaciosos, cuyas hormazas ocupaban largas extensiones de las aceras de las calles de aquellos tiempos, calles que no eran anchas, ni animadas, ni alegres, con las paredes abarrotadas de imágenes con una lucecita delante, que se quemaba de noche y que prestaba, al oscurecer, tan inapreciables servicios. Los cementerios parroquiales también contribuían a darle a esta capital un aspecto de desolación».

Estos detalles de los cementerios parroquiales enclavados dentro de la ciudad (hoy diríamos en el casco antiguo de la ciudad) constituyen una información que no suelen precisar las historias de Barcelona, que en general son difíciles de digerir y carecen de interés por falta de amenidad. Las

historias eruditas están muy bien y son indispensables, porque, a veces, permiten elaborar una escritura más amable y eficaz. Tenemos *Las calles de Barcelona*, del excelentísimo señor Víctor Balaguer que, como todo lo que escribió este considerable personaje, es una novela por fascículos de tipo inflamado y hecha de cualquier manera. Los escritos, considerablemente eruditos, del señor Carreras Candi son un poco coriáceos. Están muy bien, pero Carreras no es un erudito para memorialistas, sino un erudito para eruditos. Falta la historia de Barcelona, real, eficaz, una historia con alguna idea y una proyección de la ciudad en la historia general, que sólo podría elaborar el erudito enamorado y de amplia visión. En este país tan desbaratado surgen a veces este tipo de personas —en estos momentos es mucho más importante el movimiento erudito que el estrictamente literario—, pero estos señores acostumbran a tener la obsesión de hacer la obra definitiva, de agotar la materia, y así acaban no haciendo nada, porque la obra definitiva no ha existido nunca en ninguna parte y la materia, naturalmente, es inagotable.

El primer cementerio público y separado de Barcelona —el que se llama cementerio viejo— lo bendijo el obispo Climent, que era de Castellón de la Plana (si la memoria no me falla) y que ha pasado a la historia no sólo por haber sido amigo y en cierto modo protector de los célebres Torras-Amat, sino por haber sido un explícito adversario de la oratoria sagrada y de la literatura del barroco en la vida espiritual. El obispo Climent fue un auténtico catalán, sencillo, modesto y claro; y como obispos de este tipo ha habido tan pocos, resulta agradable citar su nombre. Para tener una idea de lo que el obispo Climent combatió, hay que leer el libro de Alexandre Galí sobre el barón de Maldà, que es el mejor libro que en este país se ha publicado sobre el siglo XVIII indígena y la inanidad de la inflamación ficticia del barroco — libro absolutamente memorable y de permanente actualidad, lo mejor que se ha publicado en estos últimos decenios abrumadores.

Antes de la formación del llamado cementerio viejo, los lugares de enterramiento en Barcelona estaban adosados a las parroquias de la ciudad — como aún es visible en algunos pueblos rurales. Esos cementerios debieron de ser bastante grandes. Pueden dar una idea de su extensión y del efecto que seguramente producirían las siguientes líneas de las memorias del pseudomenestral: «Barcelona (a principios del siglo XIX) había llegado a dar ocupación a ochenta mil obreros de los ramos de la hilatura, tejidos y estampados, además de a dos mil intermediarios, a seiscientos tejedores de velo y a noventa fábricas de indianas».

A comienzos del siglo pasado, Barcelona era un inmenso monasterio, junto a una considerable fortificación (la Ciutadella abajo y Montjuïc arriba) poblada de obreros con las ideas de la industrialización inicial. «Para dar una idea del carácter que tenían, en aquella época (sus calles), bastará decir — escribe el menestral— que en la plaza de San Sebastià había un convento de clérigos menores; en la plaza de Medinaceli, el convento de frailes menores de la Orden de San Francisco, que llegaba hasta la rampa de la muralla de mar al empezar la Rambla; sobre esta avenida se encontraba el convento de los Josepets al lado de la iglesia de Santa Mònica; el de los Trinitarios descalzos en el área donde hoy está el Teatre del Liceu; el convento de Capuchinos se hallaba en la que hoy es la plaza Reial; en la de Santa Caterina, el de los Padres Dominicos y, además, los de los Franciscanos y Agustinos al lado de Sant Francesc y de Sant Agustí; el de los Servitas, en lo que fue más tarde cuartel del Bon Succés; el de los sacerdotes seculares de San Vicente de Paúl, en el local que sirve hoy (calle de Tallers) al hospital militar, etc. Los jesuítas de Belén y del espacio ocupado por el teatre Poliorama y la Acadèmia de Ciències (el célebre colegio de Cordelles para la aristocracia y la burguesía rica) habían sido expulsados por Carlos III».

«Todos estos conventos, con sus correspondientes huertos y jardines, circuitos de tapias, los conventos de monjas, las fortalezas y los cuarteles, ocupaban seguramente mucho más de la mitad del área total de la ciudad. Y esto aún no era lo peor porque, aumentando como aumentaba cada día la población a causa del progreso industrial, no había manera de ensanchar en la misma proporción el recinto amurallado de la ciudad vieja. Esto hacía que los barceloneses tuvieran que estar, como suele decirse, como sardinas en lata, es decir, con una terrible incomodidad y estrechísimos».

Ante este enorme parasitismo, el año 1835 tuvo efecto la famosa quema de conventos. Objetivamente hablando, este hecho es el auténtico principio de la Barcelona moderna. Después, unos cuantos años más tarde, se produjo el derrumbamiento de las murallas. Otro gran acontecimiento.

Cuando, en diciembre de 1898, falleció el señor Joan Sardà —abogado, crítico, periodista—, sus amigos editaron tres volúmenes de escritos debidos a su pluma: las obras escogidas. Es difícil encontrar estos tres volúmenes. Los busqué durante años sin poder conseguirlos. Luego, un buen día, me los encontré sobre la mesa de la manera más inesperada: un presente del nieto del señor Sardà, mi admirado amigo Joan Sardà Dexeus.

El periodismo ochocentista —como tantas otras cosas de aquel siglo— es un poco decepcionante, y esta afirmación no quiere decir que me sirva de

excusa para la decepción que tal vez vaya a producir el mío. Pero hay alguna excepción. Sardà es una excepción manifiesta. En estos volúmenes hay tres escritos de Sardà admirables: primero, encontramos el largo artículo que dedicó al *Brusi* en su centenario, donde desentraña de qué modo se construyó este órgano de la opinión catalana conservadora; luego, un retrato de Ribadeneyra que proyecta una luz clarísima sobre la quema de conventos del año 1835; luego, por último, un retrato del señor Marian Aguiló, efectuado en un determinado momento por el señor Mañé i Flaquer, y que es muy útil para saber cómo eran el señor Mañé y el señor Aguiló, claro está.

Yo ignoraba que el señor Manuel Ribadeneyra fuera catalán. ¿Lo sabían ustedes? Fue el fundador y editor de la «Biblioteca de Autores Españoles», que emprendió en 1848. «Aquella biblioteca —escribe Sardà— y la colección de viajes por España que emprendió Parcerissa son las dos publicaciones más importantes y mejor pensadas y ejecutadas que se han llevado a cabo durante este siglo en esta península». Una y otra las pensaron e hicieron catalanes, Ribadeneyra y Parcerissa, y en ambas fueron catalanes quienes las iniciaron: Aribau, coleccionando las obras de Cervantes, hizo el primer volumen de la «Biblioteca», y Piferrer escribió *Cataluña*, que originó la España pintoresca y monumental.

Ribadeneyra fue un hombre itinerante y errabundo que en los primeros años de su vida había residido en Burdeos, en Andalucía, en Madrid, en París —donde imprimió un escrito contra el rey Carlos X—, en Bélgica, Inglaterra y Suiza. El día de Sant Jaume de 1835 se encontraba en Barcelona —donde como tenía el oficio de cajista había montado una imprenta con el helenista Bergnes de les Cases y otras personas— y por la tarde fue a la corrida de toros de la plaza de la Barceloneta. En este momento entra el señor Joan Sardà y escribe: «Cuando estalló el tumulto, Ribadeneyra saltó a las gradas y comenzó a arengar a las turbas aclamando la libertad y el pueblo-rey. Pero el pueblo-rey, distraído en su tarea de romper y tirar maderas a la arena, no le hizo caso alguno y con las turbas salió hacia la Porta de Mar (que era la puerta marítima de la Rambla). Al llegar a la caseta-despacho, un piquete de caballería cargó contra la multitud, que huyó en todas direcciones. Ribadeneyra agarró por la brida el caballo del oficial que mandaba la sección de caballería y lo contuvo soltando al tiempo vivas a la libertad y a la caballería y diciendo al oficial que la tropa no debía usar armas contra el pueblo. La multitud se rehizo e intentó de nuevo tirar la caseta, pero Ribadeneyra, dirigiéndose a las masas, dijo (palabras textuales que él mismo se pone en boca en unas memorias o apuntes citados por su hijo): “¡No

destruyamos casetas de madera! En Barcelona hay palacios de piedra que nos han esclavizado durante largos siglos y que tenemos que echar abajo. ¿Qué hacemos aquí? Marchemos, y yo delante”. De este modo, electrizándose a sí mismo y a los demás, caminó capitaneando una turba, penetró en la ciudad por la Porta de Mar y, gritando vivas alternativos al orden y a la libertad, llevó al grupo primero al convento de la Mercè y luego al de Sant Francesc, ante los cuales, no siendo posible escalar los muros, se recurrió al incendio». La quema de conventos —y de muchas otras cosas— de 1835 produjo una inmensa devastación general, no sólo en Barcelona, sino en otros lugares importantes —¡Poblet!— del país. Sardà escribe que el carácter de Ribadeneyra acaba de dibujarse cuando, «dejando que las turbas prosiguieran su obra devastadora, él se fue tranquilamente a casa, de la que no volvió a salir hasta ya muy entrada la noche para ver, como hicieron muchos otros curiosos, los últimos actos de la siniestra función. Fue como una embriaguez moral instantánea que hizo que la sangre le subiera a la cabeza». «Personalmente nunca creí que los incendios de 1835 fueran obra espontánea de la gente. Fue una obra dirigida. Una de las cabezas —en la hipótesis de que no fuese un exagerado— fue el señor Manuel Ribadeneyra».

Al señor Ribadeneyra no le pasó absolutamente nada. Peores quebraderos de cabeza le produjeron los negocios de la «Biblioteca». Al publicarse el volumen IX, el editor había gastado 30.000 duros y apenas había obtenido 10.000. Bordeando siempre la ruina, llegó a publicar unos treinta volúmenes. Le ayudó mucho a trampear las situaciones difíciles la protección del director general de Infantería, don Fernando Fernández de Córdoba. En 1856, don Cándido Nocedal consiguió que las Cortes votaran un crédito de 400.000 reales para adquirir volúmenes de la colección destinados a los establecimientos oficiales. El señor Ribadeneyra acabó siendo un señor respetable y serio. De pobre había ido mucho de la Ceca a la Meca. De rico fue uno de los primeros grandes turistas del país y viajó por Europa, Asia y África fastuosamente.

La quema de conventos de 1835 es un hecho muy importante en la historia de Barcelona. Fue —tal vez— el primer episodio de la historia moderna al que seguirán otros, decisivos.

El Eixample

La desintegración a gran escala del viejo París se inició en el reinado de Luis Felipe de Orleans. Este señor inició su gobierno hacia julio de 1830. Su reinado se caracterizó por la calidad de sus banqueros, de sus hombres de negocios y de sus administradores y por la gran prosperidad que proyectaron sobre el país. La monarquía de julio fue un período de negocios brillantísimos —la consolidación de la burguesía surgida de la Revolución e impuesta por Napoleón I. La transformación de París de una ciudad medieval en una ciudad moderna tomó un impulso aún mayor cuando, tras la caída de Luis Felipe y agotadas las posibilidades revolucionarias de 1848, tuvo efecto la reacción del Segundo Imperio. Napoleón III es el creador de la parte central del París de nuestros días. Obsesionado por las concepciones urbanísticas grandiosas de Napoleón I y por la obra iniciada por Luis Felipe, Napoleón III creó el París de las calles largas y rectas, de los inmensos tramos de unificación uniforme. La ampliación de Barcelona es un reflejo no precisamente arquitectónico, sino urbanístico, de la concepción del Segundo Imperio. Háganme el favor: que el lector no vaya a deducir, por lo que acabo de escribir, que París y Barcelona son ciudades comparables o parecidas en algún aspecto. No. Lo que digo es que Napoleón III creó el París de las calles largas y rectas y que la concepción de la ampliación de Barcelona fue el reflejo de una concepción urbanística de calles largas y rectas. En este sentido la Barcelona moderna es un reflejo del París de Napoleón III y de Haussmann, su gran prefecto— pero sólo en este sentido.

Lo que más se criticó en la concepción de Napoleón —la uniformidad arquitectónica de los edificios y la geometría elemental de las calles— aquí no llegó a tener vigencia: en lo que respecta a la uniformidad, se resolvió en la anarquía; por lo que se refiere a la geometría, se resolvió en la exasperación geométrica de las cuadrículas. Las calles de inspiración napoleónica de París tienen una uniformidad de rasante y una uniformidad de cornisa. Los edificios que las forman están rematados, casi uniformemente, con la mansarda. Justamente fue esto lo que en París se discutió y atacó más. Los detractores de

esta uniformidad —Louis Veuillot, por ejemplo— habían visto el París antiguo, en el que cada casa tenía una particularidad, su propia vida y su propio espíritu. Las largas calles, flanqueadas de enormes edificios uniformes, le daban a Veuillot una impresión de morosidad deprimente, de tedio inagotable. «Todos estos ríos de casas que se están llevando los residuos de nuestra civilización van a dar a la Prefectura de Policía —escribía el gran polemista reaccionario—. Tienen un estilo: el estilo del tedio».

En el Eixample de Barcelona, lo que creó la uniformidad y el sopor fue la exasperación geométrica de las cuadrículas, el emplazamiento. Pero luego las cornisas de las casas se dejaban al libre arbitrio de los propietarios, de sus familias y de los arquitectos al dictado de la propiedad, y de este modo surgió la Barcelona moderna. Es raro encontrar dos casas de la misma altura, y así cada uno ha rematado su edificio como ha querido, siguiendo el puro capricho; a menudo, las casas se han rematado con un criterio demencial. Por esta razón Barcelona parece una ciudad con la cabeza abajo y las patas arriba. De este modo las casas tuvieron, o aspiran a tener, una personalidad propia, cosa que fue del gusto de los críticos, quienes, al ser personas imbuidas por las ideas románticas de la Renaixença,^[6] defendieron la libertad en todos los terrenos, la personalidad insobornable y libre, pasando incluso por encima de esa organicidad que debe tener todo urbanismo. En la época del modernismo, estas ideas se llevaron al límite de la exasperación. Así se construyó la ampliación de Barcelona: uniforme en la base, en el emplazamiento de las cuadrículas; delirante, imbuida de vociferación, en las alturas, en las cornisas. En París, el urbanismo napoleónico tuvo el defecto de la uniformidad absoluta; aquí fue la anarquía sobre un tablero de ajedrez.

Napoleón Bonaparte, como buen italiano, estuvo obsesionado por el urbanismo, por la construcción de avenidas y alcantarillas, por la felicidad de sus súbditos. Por todos los lugares por donde pasaban sus ejércitos dejó rastros positivos. Habló largo y tendido de estas cuestiones en el «Memorial de Santa Helena». En París dibujó, con una grandiosidad no igualada, los Campos Elíseos y, para conmemorar sus batallas y las perturbaciones que produjeron, construyó el arco de l'Étoile. Fue un hombre que se preocupó del bienestar de sus súbditos, a pesar de que muy a menudo les pidió la bolsa y la vida.

Lo que Bonaparte hizo en el urbanismo de París quedó sobre todo en el papel por falta de tiempo. Luis Felipe fue un reformador modesto. Trató de

unir el París medieval con los proyectos napoleónicos en una solución de continuidad a la medida del hombre práctico de su tiempo, de sus posibilidades y de sus ideas. Esto explica que en París el tránsito de lo antiguo a lo moderno no sea explosivo. Luego, Napoleón se lanzó a la realización de las ideas urbanísticas de su antepasado con gran ímpetu. Pero se encontró con que la ligazón, la solución de continuidad, ya se había hecho.

En Barcelona, la parte vieja de la ciudad y el Eixample no son dos cosas ligadas. Nos ha faltado la época de Luis Felipe. Si la hubiésemos tenido, la urbanización del semicírculo de la muralla medieval probablemente se habría resuelto no ya de otra manera, sino simplemente resuelto. Ahora se pasa de esta zona a las cuadrículas del ingeniero Cerdà por espacios inciertos. Forman parte de estos espacios las cosas más desgraciadas de la Barcelona moderna: la extraña plaça de la Universitat, la calle Pelayo y la plaça de Catalunya, que es una de las más desdichadas del continente.

Napoleón III dedicó sus obsesiones urbanísticas a crear el sistema de avenidas radiales del arco de l'Étoile. Era lo mejor que podía hacer para mantener viva la memoria del creador de su dinastía. Intrínsecamente, por otra parte, la obra merecía la pena, porque la idea era no sólo muy nueva, sino muy fecunda. La edificación a base de amplias avenidas del sistema radial, teniendo como pivote el arco de Triunfo, produjo en la Europa del momento una gran impresión. Por su gran prodigio urbanístico la obra se consideró en Europa como la cosa más moderna y avanzada. Estos efectos llegaron, naturalmente, a Barcelona y, por esta razón, radial fue el primer proyecto de ampliación de la ciudad, a base, claro, no de un círculo —del círculo del Arc de Triomf—, sino de un semicírculo, centrado, *grosso modo*, entre el Portal dels Estudis, o de Canaletes, y el Portal de l'Àngel. No podía ser un círculo porque quedaba, sobre el mar, la Barcelona antigua.

Éstos son los precedentes reales de la forma que ha tenido la Barcelona moderna.

Ahora bien, a mí me parece que uno de los mayores acontecimientos de la historia moderna de Barcelona, de mayor transcendencia, lo constituye el decreto de 1854, que otorgó la demolición de las murallas. El decreto, firmado por la reina Isabel II, refrendado, después de Vicálvaro, por Espartero y O'Donnell, siendo capitán general de Cataluña el general Concha, se debió a la presión de las fuerzas vivas, eficazmente dirigidas por uno de los

gobernadores liberales más prudentes y ejemplares que ha tenido Barcelona: don Pascual Madoz.

Barcelona vivió durante años ahogada en el círculo de piedra de sus murallas góticas. Ya hemos dado su trazado. Su arrasamiento duró bastantes años: los últimos doce o trece del reinado de Isabel II. Poco antes de la revolución de Septiembre aún pastaban rebaños de ovejas y cabras por los glacis polvorientos de las murallas en demolición. La primera República plantó los árboles del Parque y del Saló de Sant Joan. El derrumbamiento de torres, fortines y muros más o menos decrepitos fue lo que permitió la producción de la explosión urbanística de la ampliación de Barcelona, del Eixample de la ciudad. Este hecho fue la consecuencia de un largo y complejo proceso. Hay que recordar que hasta el año 1877 no se produjo una comunicación normal de circunvalación siguiendo con fidelidad el perímetro de la muralla, la comunicación que más tarde llevó a cabo el tranvía número 29 durante tantos años.

En mi libro *Un señor de Barcelona* hay algunos datos sobre la ampliación de Barcelona, sobre el ingeniero Cerdà, autor del proyecto de urbanización y sobre las reacciones que este fenómeno produjo en algunas personalidades de la época. Don Manuel Girona, financiero famoso y hombre riquísimo, nunca creyó en la urbanización. Girona fue un hombre muy inteligente. Cuando alguien le preguntaba que le explicase cómo había conseguido su fortuna, contestaba indefectiblemente con una frase que demuestra el dominio que tenía del negocio de la Bolsa: «Muy sencillo —decía—; comprando cuando los otros venden y vendiendo cuando los otros compran».

Un hombre de semejante agudeza, confirmada por la práctica, fue un terco aferrado a la Barcelona vieja, que accedió como máximo a llegar a la Ronda de Sant Pere. Los Comillas no pensaban de forma muy distinta; pero, como estos señores tenían el negocio en el muelle, su reacción resulta más comprensible. No deja de ser curioso, por otra parte, comprobar que el origen del Eixample no obedeció a ningún imperativo de la industrialización. Algunos ensanchamientos de las ciudades de Europa tuvieron un sentido residencial; la mayoría, sobre todo los masivos, respondieron a las necesidades de la industrialización. Ahora bien: los primeros establecimientos textiles de Barcelona se construyeron dentro de las murallas, en aquel espacio intramuros situado entre la brecha de Sant Pau y las torres de las Drassanes. A nadie se le ocurrió que el Eixample pudiese recibir un impulso de la fabricación.

Ante la expansión de la ciudad, la Barcelona tradicional miró el asunto con cierta cautela y a ver qué pasaba. Por otra parte, las grandes ciudades acostumbran a ser muy tradicionalistas y, como la gente suele encontrarse bien, no quieren cambiar. Lo que tuvo un gran peso fue el argumento de la lejanía. El Eixample parecía estar lejos —y lo estaba, porque la noción de distancia es perfectamente relativa. Durante muchos siglos, Barcelona había vivido mecida en la resonancia de sus antiguas campanas. Don Rafael d'Amat i de Cortada, barón de Maldà, que durante tantos años fue el memorialista de la vida barcelonesa y nos ha dejado en el *Calaix de Sastre* una obra sabrosa y curiosísima, sintió por las campanas de Barcelona una auténtica ternura. Pero llegó un momento en que empezaron a oírse campanas más allá del perímetro de las murallas. El Eixample fue un hecho.

Hablando objetivamente, sus impulsores iniciales guardan una relación muy directa con las calamidades de la época.

El Eixample comenzó a animarse como consecuencia de dos hechos. En primer lugar por el retorno a Barcelona de familias de aquí y de Cuba que, a causa de la situación política y de las insurrecciones, veían bastante maltrecho el futuro de la Perla de las Antillas; y luego porque, tras la larga guerra de los Matiners, el inicio de la segunda guerra civil y la reaparición de las partidas en Cataluña llevó a muchas familias de arraigo comarcal a establecerse en Barcelona, cansadas de inseguridad, depredaciones, arbitrariedades y peligros. La segunda guerra civil fue en Cataluña mucho más dura que la primera, como lo demuestra la terrible orden del general Savalls reaccionando contra la creación del vacío total en el campo mediante el emparedamiento, ordenado por el Gobierno, de las puertas y ventanas de las casas situadas en despoblado. La segunda guerra civil remató un largo proceso de emigración de las familias acomodadas rurales sobre los núcleos ciudadanos y sobre las capitales de comarca, sobre las ciudades episcopales y finalmente sobre la capital. Hay familias que han seguido las cuatro etapas de dicha emigración para establecerse al final en Barcelona. En tiempos de la segunda guerra, muchos payeses ricos —aunque momentáneamente desgraciados— dedicaron una parte de su fortuna a construir casas en las primeras cuadrículas. Los primeros grandes pisos del incipiente Passeig de Gràcia fueron pisos de dieciséis duros.

El hecho de que Barcelona haya vivido durante tantos siglos subyugada y oprimida por las murallas explica la configuración de la ciudad vieja: calles estrechas, casas de apariencias altísimas. Hay callejas en la Barcelona antigua —salvando las diferencias arquitectónicas— que tienen un cierto parecido

con las primeras calles de la parte baja de Manhattan, constreñidas entre las estructuras elevadas. Cuando aparecieron las primeras cuadrículas, los barceloneses tradicionales tuvieron la sensación, naturalmente ilusoria, de que las nuevas casas tenían menos volumen, eran más apaisadas y más bajas que las antiguas. No podía ser de otro modo.

Costó un poco que los barceloneses salieran del recinto de la ciudad vieja. La mayor parte de las efemérides del último tercio del siglo pasado tuvieron aún por marco la Barcelona vieja. El mercado del Born es de 1876. El tranvía de circunvalación de 1877. La salida del primer tren directo a Francia es del mismo año. El arrasamiento de la muralla de mar es de 1878. Las aguas de Montcada llegan a Barcelona en 1879. El mismo año se inaugura el pasaje del Crèdit —sublime nombre. En el año 1880 el tren llega a Sant Joan de les Abadesses. En el año 1882 se ponen por primera vez adoquines regulares en una calle de Barcelona: la calle Princesa. Ese mismo año se coloca también la primera piedra del monumento a Colón. En 1883 el tranvía llega a Sant Martí y a Badalona, y se inaugura la Sala Parés. En el año 1884 la mitad de la Rambla queda iluminada eléctricamente. En 1886 tiene lugar la primera huelga de albañiles. Desde 1890 hasta el final de siglo explotan en Barcelona una infinidad de bombas y artefactos.

Fuera de la ciudad vieja, en los terrenos que serán la base del Eixample, se producen algunos hechos. En 1882 se coloca la primera piedra de la Sagrada Familia; se inaugura el tren de la calle Aragó y se estrena el mercado de Sant Antoni; se bendice el cementerio del SO. En 1884 se inauguran las Salesas y la iglesia de los Jesuítas. En 1897 tiene lugar un gran hecho: se agregan a Barcelona los pueblos de Sants, les Corts, Sant Gervasi, Gràcia, Sant Andreu de Palomar y Sant Martí de Provençals. Esta disposición señala el triunfo definitivo de la ampliación barcelonesa y representa un momento sensacional en el proceso de formación de la Barcelona moderna.

En cualquier historia moderna de Barcelona —en la parte correspondiente a esta época del libro del señor Carreras Candi, por ejemplo— se insinúan con mayor o menor fortuna las razones que hicieron que la ampliación no fuera radial. No hay que repetir cosas sabidas. Así pues, como ya dijimos, la Barcelona moderna se edificó sobre el proyecto de Cerdà, pero es preciso recordar que su proyecto fue desvirtuado porque las cuadrículas que se dejaron para jardines y *squares* nunca se respetaron. Los financieros de la época creyeron que la ampliación proyectada por Cerdà sería la bancarrota

definitiva de la ciudad. Y si bien, por una parte —ante la amplitud de la Gran Vía—, propusieron que el Ayuntamiento les vendiera la calzada central para levantar en ella tiendas, cosa que no se consiguió, por otra, y a fin de que todo el mundo estuviera contento, se edificaron, en cambio, las cuadrículas dejadas para la respiración urbana.

Iniciada la urbanización, las cuadrículas fueron viéndose sucesivamente flanqueadas de casas, de modo que hace ya más de ochenta años que se siguen haciendo cuadrículas. Ahora bien: puesto que parece que la idea es seguir haciéndolas eternamente y *ad libitum*, mientras la construcción siga adelante, tal vez sería prudente preguntar hasta dónde van a llegar y si no ha llegado ya el momento de pararlas. En un país con fama de frívolo, voluble y cambiante, llega a impresionar la tenacidad, la obsesión con que se está llevando a cabo el proyecto de Cerdà. Se trata de un fenómeno de una tozudez sensacional.

Sobre la ampliación como producto social podrían decirse algunas cosas, pero como producto arquitectónico es un asunto fallido. No creo que en Europa haya existido una posibilidad arquitectónica más amplia y vasta, operando sobre un paisaje tan bello, sobre un plano inclinado más suave y agradable, que acabara en una mediocridad tan considerable. Tal vez convenga citar unas palabras del viejo Veuillot: «El siglo XIX ha visto un prodigio que ningún otro siglo ha conocido: París se ha reconstruido, Francia se ha reconstruido y no se ha revelado ni un solo arquitecto. Hasta Luis XIV, tuvimos casi un arquitecto por reinado».

En cualquier caso, no me parece fuera de lugar formular de nuevo la pregunta: ¿hasta dónde llegarán las cuadrículas? ¿Nos encontramos ante la posibilidad de medio siglo más de pastillas de chocolate? ¿Hasta dónde se pretende llegar? ¿Acaso el proyecto de Cerdà no tiene ningún límite? Su monotonía, su intrínseca frialdad, ¿hasta dónde llegará? ¿Hasta Castelldefels? ¿Hasta las costas de Garraf? El Eixample de Barcelona, ¿está condenado a la cuadrícula perpetua e inmutable, a los ángulos rectos y a las calles gélidas? Me parece sospechar que los espíritus desapasionados consideran que la fecundidad del proyecto Cerdà debería tener un límite —o por lo menos podría tenerlo— y que dicho límite ya se ha rebasado y con creces.

La tendencia a considerar que las pastillas de chocolate de Cerdà son prorrogables *sine die* procede del hecho de que el crecimiento de Barcelona ha sido y es un fenómeno más rápido que el pensamiento, la imaginación y la sensibilidad de la ciudad, y no digamos de sus dirigentes. Aunque hace ya tantos decenios que dura con una seguridad inflexible y en cierto modo fatal

—hecho que no excluye los altibajos naturales de la vida—, cada día parece sorprendernos. Nuestros cálculos se quedan siempre cortos, su vuelo es gallináceo, su raquitismo se queda constantemente desacompasado, la construcción es siempre más rápida que la urbanización. De este modo las cosas se van arreglando al cultivar la pereza mental y el precedente burocrático, es decir añadiendo ceros al número de cuadrículas. Como rendimiento, como ambición ciudadana, es muy poca cosa. ¿Sería posible, sin embargo, que fuera algo más? ¿Hay alguien que tenga a Barcelona, a la ciudad como una totalidad, en el pensamiento? Los organismos trabajan mecánicamente, van pasando el rato sin pena ni gloria. Pero los hombres no se ven.

Siempre que ha sido posible proyectar el sistema de Cerdà sobre espacios libres o relativamente libres, la pastilla de chocolate ha funcionado ineluctablemente. Pero llegó un momento en que las cuadrículas toparon con los pueblos agregados en el año 1897, y entonces fue necesario pararse en seco. En cierto modo la Diagonal es la materialización de ese límite. Cuando las calles de la ampliación inicial llegaron a dicho límite, adoptaron otra forma —una forma que, sin ser nada del otro mundo, da una idea de lo que habría podido ser la Barcelona moderna. La calle Balmes, en el trayecto comprendido entre sus inicios en la calle Pelai y la Diagonal, es una de las más típicas de la urbanización moderna. Es una calle fría, despojada, gélida, una calle de una crudeza mecánica deprimente, sin el más mínimo elemento de gracia, con unos ángulos cortantes, de una impertinencia que subleva.

La vida es ya lo bastante horrible como para que las obras de los hombres le añadan sus impresionantes insensateces. Pero después, a partir de la Diagonal, la calle se transforma, adopta un trazado impensado, curvilíneo y agradable, los ángulos se dulcifican y aparece una calle normal —todo lo normal con que puede concebirse la gélida mentalidad meridional. No interesa ahora dilucidar por qué se produjeron estas modificaciones en la cola de la calle Balmes. Superficialmente ya hemos hablado de ello. Por otra parte, me parece que la arquitectura no ha hecho demasiados esfuerzos para colaborar en la mejora del trazado. Sea como fuere, si se establece una comparación entre las dos partes de la misma calle, me parece que ganará la de arriba; quiero decir que ganará la impresión de que, desde el punto de vista de la ciudad, el proyecto básico del Eixample ha durado demasiado y es absolutamente inservible, aunque resulte cómodo continuarlo. Otra calle que podría servir de ejemplo es la llamada Via Augusta. La curva que describe es grata. En la Barcelona moderna, la línea recta es tan insistente que, en cuanto

uno sale de su dureza, la vista y el espíritu lo agradecen. La larguísima calle Muntaner que en la marcada pendiente que atraviesa habría podido curvarse convirtiéndose en una de las calles más hermosas de la ciudad, hoy es un lugar adecuadísimo para aprender a frenar.

La difusión de las cuadrículas como única fórmula para moldear el crecimiento de la ciudad ha de tener a la fuerza una explicación. Tal vez este sistema singular y cómodo coincida, colabore con la anémica pobreza con que la propiedad urbana concibió la Barcelona moderna. Las ciudades siempre han sido un pretexto de negocios, y conviene que lo sigan siendo; pero quizás convenga que sean algo más que dicho exclusivo pretexto. Tan avariciosos y mediocres han sido los Ayuntamientos amplificadores como los propietarios amplificados, y éste ha sido el resultado: un espectáculo para provincianos bobalicones, de los que no debería excluirse un considerable número de extranjeros de gustos sudamericanos.

El rápido crecimiento de la Barcelona moderna —en el año 1900 tenía medio millón de habitantes— llevado a cabo en general, sobre textos legales contrarios e iniciado con un criterio provincial (los hombres de la Exposición de 1888 tuvieron un espíritu provinciano), ha impresionado de modo visible a propios y a extraños. Su causa no ha sido el capricho, ni tampoco el azar. A Barcelona se la ha considerado como un negocio, campo de inversión de capital durante muchos años. Ésta es la raíz de las dimensiones de la ciudad y la causa de casi todos sus defectos.

Las ciudades han de ser un aliciente de negocios y ganancias. En sus períodos de ascensión, todas lo han sido. Ahora bien, lo que las ciudades no pueden ser exclusivamente es un pretexto de especulación económica. Han de ser algo más. De lo contrario se convierten en simples aglomeraciones gregarias.

Sobre la Barcelona tal y como es, tal y como es siempre, aunque en estos últimos años no haya sido un negocio tan bueno como en años pasados, Joan Teixidor ha escrito un artículo muy bien razonado. Teixidor ha ido a Italia —que es un buen país para ver ciudades— y a su regreso ha comparado. Y, claro está, se ha quedado un poco sorprendido.

Barcelona es una ciudad grande. Y aún lo será más. Será una ciudad enorme. ¿Qué clase de ciudad es? ¿Es una ciudad propiamente dicha o una aglomeración? El Eixample es una sucesión inacabable de casas de pisos, de despachos, tiendas, almacenes. ¿Qué tipo de ciudad es? ¿Dónde están, en este

vasto campamento, los núcleos de carácter social y colectivo? ¿Dónde se halla el afán de crearlos, que es lo que constituye la fuerza constructiva de un pueblo? «Ni una plaza ni un parque que tengan una cierta importancia — escribe Teixidor—; apenas un edificio con la suficiente monumentalidad. En la Barcelona nueva, la única obra emprendida con un sentido de grandeza — la Sagrada Familia— está en sus comienzos. Las iglesias, que constituyen en todas partes un elemento decorativo importantísimo, en nuestro Eixample ocupan la extensión de cualquiera de nuestros absurdos solares. Los edificios públicos no existen —por lo general, los edificios públicos de Barcelona contruidos modernamente son de una miseria inenarrable. Los palacios, contadísimos, y aún vemos, día a día, cómo van convirtiéndose en despachos u oficinas. Todo ello crea, para la mayor parte de Barcelona, un clima de factoría, de pura ciudad de trabajo que, si bien acredita nuestro vital impulso económico, nos deja muy malparados ante lo que constituye la grandeza real de los pueblos».

La situación, formulada de modo estricto, es clarísima. La Barcelona moderna es una enorme aglomeración urbana en el sentido etimológico de la palabra. Le faltan lo que Teixidor llama, subrayando las palabras, los «núcleos monumentales de cohesión espiritual». A los núcleos señalados con estas palabras, han de añadirse los barrios residenciales con figura propia de los que Barcelona está desprovista.

Una de las cosas que más sorprenden de esta ciudad es la cantidad desorbitada de pequeños comercios en lugares donde no deberían estar. Este hecho crea una mezcla insólita y singularísima que desvirtúa lugares que tienen otro sentido y que vulgariza por completo la ciudad. Que quede claro: yo soy partidario del pequeño comercio, de las tiendas, por más humildes que sean. Son la realización práctica de los impulsos vitales del país y la condición del ansia de ascensión social de la gente. Ahora bien, lo que digo es que en las fachadas de las casas de los barrios que habrían podido ser residenciales no debería haber ni tiendas de comestibles, ni zapaterías, ni carnicerías, ni otros establecimientos de esta clase. Para el comercio... ya existen las travesías y las calles adyacentes. Que se instalen tantas tiendas como se quiera en los lugares donde han de estar, pero que no conviertan todos los bajos de Barcelona en una sucesión de tiendas. Pero éste es el espíritu de la propiedad. La misma persona que le dirá, con una vanidad un tanto pueril, que posee una de las mejores casas de Barcelona tiene los bajos de su domicilio alquilados a una lechería o a un establecimiento de

comestibles. En la parte vieja de la ciudad hay palacios cuyos bajos los han alquilado pequeñas tiendas.

Esto es tan cierto y tan corriente que, vistas las cosas desde el exterior y con un cierto sentido del humor, da la impresión de que el motor más eficaz de la expansión de Barcelona es la tienda de comestibles. No hace mucho escribíamos que parece ser que primero se da la construcción y luego la urbanización. Ahora bien: el núcleo expansivo de la construcción parece ser el colmado, es decir la tienda de comestibles. El primer elemento es el solar. Sobre el solar se construye la tienda de ultramarinos. Encima de la tienda se coloca el entresuelo para que en él vivan los propietarios del establecimiento. Luego, el propietario del solar se construye el principal para ir a vivir allí, es decir para vivir cerca del colmado y aprovechar estas ventajas sin olvidar el perfume que exhala. Es lo que dicen las señoras: «Tenemos un colmado en casa, ¿se dan cuenta?». Luego, se construyen los otros pisos para los compradores del colmado, claro está. Y las casas de los alrededores surgen porque allí mismo hay un colmado. Es la expansión vertical y a los cuatro vientos de una célula horizontal. Es la forma de expansión de las ciudades sudamericanas formadas alrededor de cualquier bazar. A nadie se le ocurre construir una casa sin pensar de entrada y ante todo en las tiendas. A nadie se le ocurre pensar que uno de los mejores lugares de una casa para vivir — como puede demostrarse en todas las ciudades construidas — es lo que aquí se dedica al arrendamiento de tiendas. Y luego está la obsesión de los pisos, la obsesión de que la casa de uno ha de ser, necesariamente, una casa de vecinos — es decir, la concepción de que una ciudad, si no es un puro negocio, carece del más mínimo interés.

Así pues, hay una serie de factores involucrados en la considerable expansión de la Barcelona moderna, pero hay uno esencial: la concepción meramente económica de la ciudad, puramente crematística. La obsesión del valor del metro cuadrado. Ésta es la causa primera del crecimiento de Barcelona y la causa de todos sus defectos.

Esta fuerza económica interna que tiene Barcelona es muy sorprendente y no puede dejarse de admirar desde todos los puntos de vista. Significa que su crecimiento es real, que arranca de la iniciativa particular, que no se alimenta de ninguna clase de beneficencia presupuestaria, ni de caridad provinciana, sino de la propia substancia de la vida. Construir grandes ciudades con el dinero de los otros cuesta muy poco. Construir grandes ciudades basadas en la

edificación de enormes oficinas donde si circula algo es algún papel, y siempre pagando los otros, es una forma de productividad singularísima.

Sin embargo, llega un momento en que una concepción meramente económica de una cualidad plantea el interrogante de saber si, a menudo, el verdadero negocio no consiste precisamente en saber prescindir de sus exigencias más inmediatas y más asfixiantes. Las ciudades que han dado más dinero, las que constituyen un mejor mercado, son las que se han construido con más generosidad, con los bolsillos más agujereados. ¡Cuántas veces he oído decir a catalanes en París ante la amplitud de los Campos Elíseos o de la Avenida del Bois de Boulogne: «¡Qué despilfarro!»!

El Eixample de Barcelona se ha tratado con el frenesí y la mezquindad de un negocio. Falta saber si el negocio no habría sido mejor si la ciudad se hubiese concebido como una aglomeración corregida por la existencia de esos núcleos monumentales de cohesión espiritual de los que hablábamos no hace mucho. Falta saber si el rendimiento no habría sido más sustancioso si la estrechez no hubiera sido tan grande y la asfixia tan considerable, y la arquitectura, en general, un pretexto de teatralidad y apariencia.

Todas las fuerzas vivas han concebido la ampliación barcelonesa como un mero negocio. En la construcción de los templos, la Iglesia ha tenido el mismo criterio que la propiedad privada en la edificación de sus casas. La corporación municipal ha considerado que la ciudad no necesitaba nada superfluo, que el único problema es el del líquido imponible. En este punto, no ha habido la más mínima diferencia entre los Ayuntamientos de déficit y los de superávit. Todo el mundo ha pensado igual. Las fuerzas faraónicas hoy dominantes no han dado ningún tono arquitectónico —pero tal vez esto haya sido un beneficio. Si empezásemos a detallar, no acabaríamos nunca. Tomemos, por ejemplo, el museo. El museo, en todas las ciudades del mundo, es uno de esos núcleos monumentales de cohesión espiritual de los que hablábamos. El museo de Barcelona está por instalar— es decir por instalar en un lugar céntrico, como se encuentran este tipo de establecimientos en todas partes. ¿Dónde, cómo, cuándo se instalará? Hay tantas cosas por hacer que parece que no se sepa por dónde empezar.

La concepción meramente comercial de Barcelona hace que el ciudadano haya perdido casi todas las ilusiones y sienta con una claridad excesiva que se le trata como un simple pretexto para ganar dinero. Todas las ciudades son iguales y por esta razón han de dar compensaciones. En este punto conviene que la crudeza no sea excesivamente evidente. El ciudadano de Barcelona ha llegado a la conclusión de que desde que se levanta y toma el primer tranvía

hasta que se acuesta no es más que una máquina de ganar dinero —sin contrapartida apreciable. Esta concepción ha batido, en Barcelona, todos los récords del mundo. Los servicios son muy mediocres; los monopolios, las grandes compañías de servicios públicos, tienen un peso decisivo. Los organismos propuestos para defender a los ciudadanos defienden otras cosas. Ante esto, ¿qué compensaciones ofrece la ciudad? Si no encontramos la compensación en nuestro espíritu o en el de nuestros amigos, y no la llevamos como quien lleva una maleta, no sé dónde podremos encontrarla.

Plazas y calles

No hay como vivir en un ambiente desordenado y deteriorado para sentir nacer, en el pensamiento y en la sensibilidad, la pasión del orden y la calma —la pasión de las cosas ordenadas y de la calma comfortable. En Barcelona, cuando la gente no tiene nada que hacer, habla de la plaça de Catalunya. Como esto hace ya muchos años que dura, ¡imagínense cuánto he oído hablar de ella! En aquella época, remota, la plaza se encontraba en un estado informe y tenía muchas palmeras. La palmera es el tributo que Cataluña ha tenido que pagar a la abertura del comercio con América y a la aparición del americano. Tal vez el tributo haya sido demasiado caro, porque el árbol se ha aclimatado poco y ha tenido una vida precaria. Así pues, había muchas palmeras y la gente decía que en verano transitaban por allí caravanas de camellos que iban de la camisería del señor Comas al bar Canaletes. Si se hubiese visto pasar algún camello, no habría sido un fenómeno singular.

Después, el Ayuntamiento de la Exposición decidió urbanizar la plaza, y fue el señor Nebot quien dirigió dicha urbanización. Se arrancaron las palmeras, se plantaron otros árboles y se colocaron estatuas (por lo general horribles), surtidores y todo tipo de balaustradas. ¡Fatal! La plaza quedó tan desbaratada como en mis tiempos de estudiante, a pesar de que el cultivo del detallito dio a las personas fácilmente impresionables la sensación de que la plaza había quedado arreglada. El cultivo del detallito ha sido siempre un expediente para dar gato por liebre con facilidad. Más tarde, la plaza se ha convertido en un paraje bancario y el lugar elaborado por el señor Nebot se ha visto rodeado de edificios aparatosos y vulgares, dedicados al negocio de banca.

En un momento determinado, y como consecuencia de oír hablar tanto de la plaça de Catalunya, quise saber qué idea se había configurado la gente de Europa respecto a una plaza, y puesto que en la Biblioteca de la Universidad no encontré documentación gráfica, porque la Biblioteca de la Universidad es absolutamente arcaica, me hice socio del Ateneu Barcelonés, donde encontré todo el material deseable.

Entonces comprendí que una plaza, lo que se entiende en Europa por una buena plaza, es simplemente el espacio de aire colocado delante de un edificio importante. Delante del palacio Pitti, en Florencia, hay simplemente un espacio de aire que no contiene absolutamente nada —un espacio abierto delante de la fachada del palacio. Es la plaza Pitti, que es una de las mejores que hay. Es el palacio lo que hace la plaza. En París, delante de los dos edificios del arquitecto Gabriel, separados por la Rue Royale (el Ministerio de la Marina y el hotel Grillon), hay un espacio de aire llamado plaza de la Concordia. En el centro de la plaza hay un obelisco, es cierto, pero la grandiosidad del paraje sería, sin el obelisco, igualmente perceptible. Aparte de esto, en realidad, en la plaza de la Concordia no hay nada. Perdón: están los dos edificios a los que me refería hace un momento, que son tal vez los más proporcionados y equilibrados de la ciudad de París. La llamada plaza Roja de Moscú es un rectángulo que tiene en sus cantos largos a la derecha, mirando hacia el mediodía, las murallas del Kremlin, que como tales son casi tan vulgares como las de Ávila; en la parte derecha hay un bazar monumental y vulgar, construido a finales de siglo siguiendo el gusto occidental, cuyo único interés es haber servido de marco a algunas escenas de los cuentos de Chejov. Estos dos elementos no constituirían plaza alguna, como tampoco la constituiría la Capilla Ibérica, que ocupa el canto corto septentrional del rectángulo. La plaza la forma la presencia, en la parte sur, sobre el río, del rectángulo, de la iglesia de Basilio el Venerable, que es una de las construcciones más extraordinarias, más divertidas, más animadas, más picantes, del bizantino eslavo. Hay algunas cosas de la arquitectura tocadas del sentido de la amenidad, pero como esta iglesia de Basilio el Venerable ninguna. Aparte de esto, en la plaza Roja de Moscú no hay nada más, porque el mausoleo de Lenin, adosado a la muralla del Kremlin, no añade nada a la plaza. En realidad no se ve, porque los ojos se quedan imantados por el juego de cúpulas, de peras colgadas, de colgantes de metal dorado de la iglesia del Venerable. La plaza no es más que un espacio para que la vista se quede absorta ante ese fondo de arquitectura delirante. ¿Y qué decir de la plaza del Popolo en Roma, que quizá es la plaza más acabada del Continente? Como en la Concordia de París, esta plaza romana tiene un obelisco auténtico en su punto central, pero dicho obelisco es secundario, porque lo que constituye la esencia de la plaza son las cuatro pequeñas iglesias, colocadas simétricamente, dibujadas y construidas por Miguel Ángel.

Examinando y comparando documentos gráficos, llegué a la conclusión de que la plaça de Catalunya no era una plaza en el sentido que dicha palabra

tiene en Europa —y que no sería una plaza hasta que contuviera el edificio importante que justificase su espacio de aire. En este aspecto, hay muchos pueblecitos en Cataluña que al poseer un edificio— una iglesia, por ejemplo — presentable tienen delante una plaza incomparablemente superior a la plaça de Catalunya. Por estas plazas no pasan tranvías ni hay tránsito rodado, pero nadie podría asegurar que una plaza es buena por el hecho de que por ella pase una densidad de carros. En la plaza de Siena no hay prácticamente tránsito, y es una plaza literalmente sensacional. Así pues, hay muy pocas cosas que hacer en la plaça de Catalunya y todo lo que sea invertir ahí dinero será de una absurda e irrisoria vanidad. Si se quiere convertir su espacio de aire en una plaza, hay que colocar un edificio de una cierta calidad y majestad. Sin dicho edificio, ya pueden ir instalando estatuas, jardines, aguas que saltan o aguas estáticas, espacios de césped o caminitos radiales, balaustradas, fuentecillas y perspectivas adorables. No se conseguirá nada. El dinero se gastará en vano. Sin un edificio, la plaça de Catalunya, con estatuas o sin estatuas, con palmeras o con encinas, con aguas o sin aguas, no será más que un entrecruzamiento de calles creadas por el azar, de una comodidad más o menos grata y aceptable. Yo puedo imaginarme, en la plaça de Catalunya un espacio completamente desnudo, sin nada en su suelo —sólo a condición de que haya un edificio importante.

En aquellas horas que pasé en el Ateneu Barcelonés revolviendo documentos gráficos —aquellas horas que me produjeron amistades tan insospechadas, tan decisivas para el curso posterior de mi vida— comprendí que para arreglar una ciudad hay que tener una cierta idea de lo que es una plaza y una calle, si es que la finalidad de la vida ha de consistir en molestar lo menos posible a los vecinos o a la ciudadanía.

He de confesar que las calles de Barcelona me sacaban de quicio. Eran un elemento de anarquía que se sumaba al desorden y al desbarajuste del ambiente a través del que mi vida transitaba. Entre los hierros de los balcones, lo quebrado de las cornisas de las calles y los exabruptos arquitectónicos dispuestos sobre los salientes de las casas, lo cierto es que llegaba un momento en que costaba mirar las calles. No eran agradables. La gente pasaba por ellas, claro está, porque no tenía más remedio. Pero pasaba sin mirarlas. Toda aquella salpicadura arquitectónica petrificada producía un movimiento de repulsión, una incomodidad. Cuando uno es joven y se encuentra en la edad de formarse, todo lo que uno tiene alrededor contribuye a ello de una manera igual, orgánica, ligada. Es difícil esforzarse en mantener una disciplina mental, hacer un esfuerzo coherente, en medio de una

arquitectura manicomial. Una cosa excluye la otra —como una cosa lleva a la otra. Creer que uno puede aislarse del mundo en el que se vive, prescindir de él, darlo por inexistente, es una pura ilusión del espíritu. Uno está vinculado a él y ha de amoldarse. Cuanto más grande es el esfuerzo para huir de él, más decisivos son los efectos de su peso. La arquitectura del Eixample de Barcelona ha contribuido poderosamente a hacer que en el país no maduraran como hubiese sido necesario inteligencias que en un «ambiente» formado habrían podido llegar a una plenitud humana. En nuestro país, llegar a una cierta plenitud de inteligencia es muy difícil, porque el entorno, si se exceptúa el paisaje que cada año construyen los payeses, es perturbador, desordenado, desagradable. Construir un país significa satisfacer una sensibilidad, aspirar a que la gente se sienta a gusto. Entonces se vuelve defendible— sólo entonces se vuelve defendible. Una ciudad es algo más que los exabruptos de una clase.

El Eixample de Barcelona se inició en el momento máximo del triunfo en Europa de la burguesía —habiendo tal vez iniciado la burguesía su ocaso—, es decir en el momento en que la sensibilidad artística y urbanística en el continente ha sido más baja. Por otra parte, no se puede negar que Cerdà fue un urbanista cuya obra habría podido valorarse más si no se hubiese visto desvirtuada y prácticamente traicionada. La ampliación se concibió sobre un orden de base, porque Cerdà fue un hombre mentalmente ordenado —incluso tal vez demasiado. Sin embargo, sobre ese orden básico se proyectaron todos los caprichos y exabruptos de una clase que ya había perdido la coherencia interna, que había iniciado su decadencia, que consideraba que ser burgués era equivalente a tener una patente de fanfarronería. Comparen ustedes el gusto de la burguesía de la época de Luis Felipe con el de los últimos decenios del siglo. En nuestro país, donde la personalidad de la gente es tan fuerte, la concepción burguesa de las cosas impuso la idea de que la plenitud significa ser individualmente diferenciado, aberrante, distinto. Si una casa determinada tiene una cornisa alta digamos de veinte metros, la que se construirá el vecino (si se trata de un hombre o una mujer respetables) nunca tendrá la misma altura de cornisa; será más alta o más baja, hacerlo igual sería de una vulgaridad intolerable, inconcebible. Se equivocaría quien pensase que esa reacción obedece a un movimiento de energúmenos. No. Es una reacción aún peor: es un movimiento naturalísimo, una reacción normal de la concepción burguesa de la vida.

El mismo error cometen esos observadores (sobre todo extranjeros) que dicen que la línea quebrada de los tejados de Barcelona lleva a pensar en una ciudad en la que los habitantes aún no se han puesto de acuerdo para vivir

pacíficamente —es decir, como vecinos. No, no. Lo quebrado de las comisas es perfectamente compatible con la buena vecindad de la gente. El sálvese quien pueda no ha hecho nunca que nadie se pelee, porque— como decía— es un movimiento naturalísimo, una reacción normal de la concepción burguesa de la vida. De todas las concepciones que en el transcurso de los siglos han pasado por la mentalidad del país, la concepción burguesa de la vida es la que ha arraigado más profundamente, la que nos ha descubierto y complacido más. En este sentido somos unos puros europeos occidentales. Creemos espontáneamente que el sistema burgués es tan natural como las fases de la luna o los movimientos de la tierra. Cualquier duda sobre la cuestión se considera irrisoria y ridícula. Lo último que morirá en el país será el individualismo. O individualismo o decadencia. No hay otra alternativa. La Barcelona moderna es la confirmación del dilema. Pero hay algo claro: puesto que urbanizar es integrar, ordenar, componer, la proyección sobre una ciudad de un individualismo practicante, que se complace en traducirse en piedra, podrá crear una aglomeración muy grande, muy rica y muy aparatosa, pero como ciudad le faltará el *quid divinum*.

En aquella época, la gente modesta y los forasteros se paseaban por la Rambla; la gente rica por el Passeig de Gràcia. Eran dos buenas calles. El Passeig de Gràcia era tal vez más modesto que el de hoy, pero la gente se sentía a gusto en él. La Rambla era una auténtica calle. Estaba llena de gente a cualquier hora del día y de la noche. Así como no puede haber una plaza sin un edificio, contribuye mucho a la formación de una calle un paralelismo de rasantes y cornisas. La Rue de Rivoli será tan arcaica como ustedes quieran: es una calle. El Corso, en Roma, es una calle. La Rambla es una calle, y por ello la gente se siente allí a gusto y complacida. Lo menos que puede esperarse de una calle es que no agote demasiado con los exabruptos que ofrece a los paseantes. Ha de ser un elemento satisfactorio y reposante porque la propia vida ya contiene suficientes elementos desagradables como para que a uno aún se le complique más con las procacidades voluntarias del entorno. Dicho elemento satisfactorio de las calles viene dado, en general, por un punto de uniformidad y coherencia en los contornos, en las cornisas de las casas. Las ciudades que, vistas desde una altura, aparecen con los tejados salpicados, agitados y sacudidos, suelen ser aglomeraciones incipientes; las que tienen los tejados trabados, unidos, integrados, suelen ser propiamente ciudades. En la formación de muchas ciudades de Europa han intervenido los italianos.

Tomadas una a una, las casas de la Rambla son, quizás, mediocres. Pero una calle nunca ha sido una sucesión de casas magníficas, sueltas, de exabruptos personales. Una calle es una sucesión de casas unidas con el vínculo de la vecindad, de la interdependencia ciudadana. Las casas de la Rambla son mediocres, pero están unidas por una cinta invisible que las funde en un mismo destino funcional ciudadano. Es lo que hace que la Rambla sea una calle —un órgano completo del conjunto de la ciudad.

Divagando por las calles del Eixample de Barcelona, es posible ver que en el punto concreto de las cornisas y tejados hemos tenido poca suerte. ¿Resulta tan complejo rematar un edificio? ¿Será cierto —me preguntaba— que no sabemos acabar las cosas? La fórmula burguesa de la vida ha exacerbado el individualismo hasta tal extremo que necesita la válvula de los tejados para manifestar sus impulsos más profundos. Llega un momento que parece que nuestro propio reposo y el de nuestras familias y amigos depende del grado de libertad suficiente para rematar con un despropósito nuestras casas. Se tiene la impresión de que, en el momento de cubrir, propietarios y arquitectos corren exasperados a pedir consejo a sus peores enemigos. A veces ni siquiera se llega a esto: se pide consejo al primer asno o a la primera mula con que uno se topa. Lo digo porque en Barcelona hay docenas y docenas de edificios acabados de una forma totalmente zoológica.

A veces me parecía como si los propietarios hubiesen querido completar la urbanización del ingeniero Ildefons Cerdà. La ampliación de Cerdà no contiene la más leve preocupación monumental. Es un plano urbanístico destinado a resolver problemas de circulación. Y yo me preguntaba si los propietarios no habían querido, con sus añadidos, completarlo con la monumentalidad. (En la Barcelona moderna sólo hay dos cosas que tienen un poco de monumentalidad: la plaça Reial y los soportales de En Xifré).

¡Pero, por Dios, vaya concepción de la monumentalidad! Si la monumentalidad de una construcción —me decía— depende de sus proporciones, ¿es posible que haya habido algún propietario, algún arquitecto, que haya creído que rematando sus casas con esas superestructuras aparatosas, grotescas, resolvía un problema de monumentalidad? Esos armatostes serán tal vez originales —tan originales que resulta imposible ver algo parecido en otros lugares del mundo. ¿Pero monumentales? ¡Quita, quita! Si se lo creían, se han equivocado.

No, no puede ser ésta la explicación. Es otra. El catalán, individualista por naturaleza, al convertirse en burgués se volvió un individualista exacerbado. El burgués enriquecido consideró indispensable manifestar la riqueza de su

personalidad en todos los aspectos y, como los tejados de las casas de su propiedad es siempre lo más alto que posee, consideró indispensable proyectar encima de ellos los síntomas más visibles de su personalidad. Encima de los tejados se colocaron los artilugios más extraños y extravagantes para que el público comprendiera que el propietario y el arquitecto son personas de una inteligencia prodigiosa, de un espíritu saturado de sublimidad, de unos sentimientos patrióticos tan claros que siempre están dispuestos a mejorar la estética de la ciudad. La impersonalidad, la discreción, el tono menor, en este país, no abundan demasiado.

Es evidente que, tamizando el asunto, esas barretinas de hacer café invertidas que rematan una casa situada no recuerdo dónde, cerca de la Gran Vía si no ando equivocado, más que manifestaciones de densidad mental parecen más bien originadas por una falta del sentido del ridículo. Porque la tendencia a creer que la falta del sentido del ridículo sólo se manifiesta en el campo de las relaciones sociales es errónea. La falta del sentido del ridículo puede ser mucho más extensa y mucho más grave. Hay personas que tienen la necesidad de demostrar que no poseen dicho instinto con ladrillos, piedra, cemento y cal. En realidad, el individualismo exagerado siempre es ridículo.

Una buena parte de la arquitectura del Eixample se considera un pretexto para demostrar la propia manera de ser y sobre todo lo que le diferencia a uno de los demás, lo que le hace a uno radicalmente diferente. Es la idea, tan burguesa, de tantas seseras tantas monteras lo que explica que las casas se vean rematadas con galimatías delirantes. Lo que ocasiona que el Eixample tenga una contemplación enervante y fatigosa, que sea difícil encontrar en él el más leve sentido de unanimidad, la posibilidad de suponer que un propietario piensa como otro propietario. Si pensaran igual ya no serían importantes —ya no sería posible que la gente que pasa por las calles se diese cuenta de su importancia. Esta concepción, proyectada sobre kilómetros de urbanismo, llega a ser irritante.

Todo ello es obra firmada de determinados arquitectos. Y éste era el hecho que más me sorprendía. Después supe que el día en que se expliquen las relaciones de los arquitectos con los propietarios va a ser increíble. Hay algunos arquitectos serios con capacidad dialéctica suficiente para imponer un determinado criterio —y, si no pueden imponerlo, sustraerse al delirio de la imaginación burguesa. Son pocos y con entradas inciertas. La mayoría colaboran en todo lo que se les presenta. Ahora bien, si uno trata, en el campo de la amistad, de que le expliquen el origen de los armatostes, se producen escenas literalmente molierescas. El propietario y la señora le echan el muerto

al arquitecto y viceversa. Es absolutamente imposible sacar algo en claro. Llega un momento en que el esclarecimiento resulta indiscreto. Más vale dejar las cosas en la imprecisión de las tinieblas. Tal vez hay que decir algo de carácter crematístico. Si la importancia de una obra depende, para algunos profesionales, esencialmente del volumen de la facturación, es normal que se construyan armatostes sobre los tejados de las casas, dado que cuanto más dinero haya en juego mayor importancia tendrá la estética del edificio.

Pero dichos armatostes tienen un defecto: son inútiles. La cantidad de cosas inútiles que hay en la arquitectura de Barcelona —y en general en todo el país— es inenarrable. Toneladas y toneladas de cosas inútiles. Millones y millones de pesetas tiradas inútilmente. Con ese dinero dilapidado, ¡cuántas cosas útiles y hermosas habrían podido hacerse! Clama al cielo esta constante, contradictoria, de nuestra manera de ser, esta mezcla diabólica de avaricia llevada hasta el centímetro cuadrado y la dilapidación petulante y agresiva. En la arquitectura, todo lo que es inútil, lo que no sirve para una función determinada, sobra y molesta. Es un arte de funciones precisas y concretas: no es un arte de armatostes decorativos, de sobrantes caprichosos, de veleidades gratuitas —por más caras que sean. Pero estas cosas no han de razonarse: han de darse por sabidas porque si, después de veinte siglos de civilización, no hemos llegado a tener un mínimo gusto, hemos hecho el ridículo. ¿Cómo es posible explicar que un país que tiene un románico íntimo y palpitante, el gótico más simple y austero, más grave, esbelto e inteligente, que ha hecho un barroco discreto, haya podido caer en estas delirantes fantasmagorías? Los templetes, cucuruchos, excrecencias asiriobabilónicas, barretinas y coladores de café, leones y matronas, espárragos y globos terráqueos, las mil invenciones ornamentales que rematan los terrados de las casas de Barcelona son una pura indecencia. Parece que hay un artículo de las ordenanzas municipales respecto a estos horrores. Tanto da. No podía soportarlos. Me producían una molestia física— me ponían la carne de gallina. Dicha disposición legal fomentó la veleidad ornamental con objeto de romper las disposiciones relativas a la altura de los edificios. Es una disposición curiosísima que quizás procede de una tendencia profunda de nuestro espíritu. ¿Cómo se explica que en este país se aprecie tanto la decoración? La simplicidad no gusta a nadie. Nos hemos convertido en un pueblo de decoradores y de decorativos. En este punto el modernismo fue un momento de locura. Un país que fue tan simple y tan elegante ha caído en las formas del gusto más petulantes y equívocas.

El piso del Eixample

Los pisos del Eixample en los que viví en aquella época eran absolutamente corrientes, es decir largos y estrechos. En la fachada tenían las dos típicas habitaciones, de las que salía el largo pasillo que, rozando el patio interior, llegaba a las dos habitaciones de la galería. Desde la galería, a través de los cristales, se veía el centro de la cuadrícula, cerrada por la parte posterior de los pisos que la constituían. En el suelo del centro de la cuadrícula la imaginación tierna y poética de Cerdà vio, naturalmente, un jardín destinado a los juegos de los niños, que se desplegarían bajo la providente mirada de sus respectivas mamás. Sin embargo, yo nunca he visto un jardín en esos terrenos cerrados por las casas de los cuadriláteros. Esos terrenos los han aprovechado más bien las necesidades del comercio y, a menudo, la propia industria.

Así pues, ha habido una tendencia a hacer pisos largos y estrechos. La anchura de la fachada de un piso suele ser de unos siete metros aproximadamente. Una casa con dos puertas —principal primera, principal segunda; primero primera, primero segunda— tiene, pues, una anchura convencional de unos catorce metros. Casas de este tipo, las hay a miles en Barcelona. Cruzas el portal y ves, al fondo de la entrada, bajo una luz mortecina, un ascensor. A la derecha del ascensor hay un pasillo que conduce al domicilio de los porteros. A la izquierda, la escalera sube pisos arriba y nos encontramos con el entresuelo, el principal, el primero, el segundo y el tercero.

Me he preguntado muchas veces por qué las casas del Eixample se construyen de esta manera extraña y antipática. Los pisos de Barcelona son muy poco amenos. Su inusitada profundidad lleva la luz de las habitaciones paralelas a los pasillos. En los pisos bajos, la luz de los patios interiores es mediocre y triste. Los largos pasillos sirven como máximo para que los niños se paseen por ellos en bicicleta. En los pisos situados hacia el sur se salvan dos habitaciones: las que reciben el sol, que a veces son las de la fachada y otras las de la galería. ¿Por qué diabólica razón los pisos de Barcelona se

construyeron con este criterio? He hablado de ello con mucha gente, sin olvidar a los arquitectos, y algo podría decirse sobre estos pisos.

En el sistema de la arquitectura de la ampliación ha habido un elemento funcional que ha tenido un gran peso. Ha sido la roñosería de los propietarios, que les ha hecho la ley a los arquitectos.

En vez de ser estrechas y hondas, las casas habrían podido ser cuadradas o apaisadas. Si hubiesen sido cuadradas, las dimensiones de las fachadas anterior y posterior habrían sido iguales a las de las paredes medianeras. Si hubieran sido apaisadas, las fachadas anterior y posterior habrían sido de dimensiones más vastas que las de las paredes medianeras. Ahora bien: no ha habido ningún interés en hacer fachadas amplias e importantes como lo habrían sido las de las casas cuadradas o apaisadas, porque las fachadas corren a cargo del propietario. Ha resultado más favorable hacer fachadas estrechas y paredes medianeras largas, porque estas últimas, por el hecho de cargar sobre las del vecino, han sido pagadas por dos, cosa que siempre anima. Las han pagado el propietario y el vecino. Dos han sido los que han pagado, simplemente. Y así han salido los pisos del Eixample, de una estrechez molesta y de una profundidad —con las pérdidas de espacio consiguientes— fúnebre y triste.

Luego ha habido la cuestión de los envigados de hierro. Los envigados de hierro de una casa cuadrada o apaisada son siempre más caros que los de una casa estrecha, porque el precio del hierro aumenta con relación a su largura, no en proporción aritmética, sino geométrica. Un hierro de seis metros de largo vale mucho más del doble que un hierro de tres metros; así como un hierro de nueve metros vale mucho más del triple que un hierro de tres. El piso estrecho ha necesitado una chatarra corta y barata, eso sin pensar en los pisos más antiguos del Eixample que seguro tenían un envigado de madera rebocado con yeso.

Así pues, los pisos se concibieron con una fachada exterior estrecha y baratísima porque entre balcones, maderas y ladrillos ahorraban la piedra; y una fachada posterior aún más favorable, en términos económicos, porque estas fachadas se componen de maderas y vidrios. La profundidad del edificio redondeó aún más la operación, ya que los armatostes cargan sobre las paredes medianeras.

Estos pisos son lamentables. Guardo de ellos un recuerdo fatal. Son como un intestino martirizante, cuya parte central no tiene defensa posible. He visto pisos de quince metros de fondo y más. En la parte interior del pasillo, cubriendo el patio interior, suele haber dos habitaciones sin luz, la cocina y

los lavabos. La aireación de estas habitaciones depende de la chimenea del patio interior, que es una corriente de aire que a veces funciona y otras mucho menos. Lo que explica las emanaciones culinarias que a menudo son tan perceptibles en estas escaleras —y que son infectas. Por otra parte, la luz que ha de llegar por el patio interior es inexistente en invierno; en verano sólo llega a los pisos altos, y siempre sin vida. Es una forma de piso que produce una morosidad inútil; parece una habitación provisional que la costumbre convierte en definitiva, pero a regañadientes, porque no se puede hacer nada más. La gente habría podido vivir bien en el Eixample de Barcelona y vive mal.

A veces los pisos tienen la fachada orientada al norte y entonces las dos habitaciones que la forman son glaciales, tétricas; en este caso sólo son habitables las dos habitaciones de la fachada posterior, o sea de la galería, porque el sol da un poco por la tarde. Cuando la fachada está orientada al sur se produce la situación a la inversa. Las habitaciones de la fachada son pasables y, si son lo suficientemente altas, el sol llega hasta ellas; las de la galería, en cambio, son mediocres y frías. Claro que todo esto se arreglará algún día con la calefacción central. Hoy por hoy en estos pisos hace un frío que pela y en invierno cuanto más sol hace en la calle, más frío exhalan y proyectan.

Pero las cuadrículas son matemáticamente cuadradas —hecho singular en un país donde todo tiene una significación más aproximada que precisa y, por tanto, hay pisos que tienen la fachada anterior que tiende a levante y la posterior que tiende a poniente. Y viceversa. Estos pisos son frescos en verano, cuando hace calor; en invierno pueden ver el sol por un puro azar; en general son de una gelidez lívida. Es en esos pisos que forman una cruz donde pasé más frío.

Ignoro si estos pisos del Eixample —me refiero siempre a los más básicos, corrientes y más ligados a los inicios de la obra urbanística de Cerdà — tuvieron un inventor conocido y preciso. A pesar de las pesquisas que he hecho no he logrado saberlo. De buena gana escribiría su nombre si lo supiera. Incluso añadiría una pequeña biografía. Pero tal vez estos pisos sean simplemente producto de la espontaneidad burguesa. Seguramente fueron los propietarios quienes impusieron estas largas cajas para vivir. Sus inversiones no dieron para más. Y los arquitectos se amoldaron a la cuestión sin réplica. En estos pisos no hay ideas arquitectónicas ni por asomo. Es la pura mediatización respecto a unas inversiones más bien precarias y exiguas. En el

Eixample de Barcelona nunca puede perderse de vista lo que tiene de inversión de capital neta y pelada, seca. Si se olvida esto, es incomprensible.

Estas casas tienen el gusto soso e insípido de las cosas intemporales. Se han construido en Barcelona como habrían podido colocarse en el planeta Marte. No tienen gracia. No tienen sabor. Son exportables como las máquinas de escribir o como los gramófonos. Como todas las cosas de utilidad humana, la arquitectura ha de ser funcional; ha de eliminar todo lo superfluo e inútil. Lo que es inservible es un fastidio. Pero este funcionalismo no puede ser algo indiferente a la tradición y a la esencia de la tierra que lo aguanta. Una arquitectura concebida exclusivamente como una máquina de cobrar alquileres no puede respetarse.

El Passeig de Gràcia

El Passeig de Gràcia es un acierto. En el sistema de las cuadrículas del señor Cerdà, esta avenida, de proporciones nobles e inteligentes, concebida a una escala que en la ciudad de la tacañería del metro cuadrado no tiene precedentes, redime de muchas miserias. Cuando oí decir a personas que han viajado que el Passeig de Gràcia es la calle más importante del área del Mediterráneo, sentí una gran satisfacción. Uno de sus encantos más visibles proviene del plano inclinado, suave pero marcado, que dibuja sobre el suelo. Las calles en plano inclinado que tienen la inclinación atinada y justa poseen el don de aumentar la belleza de las señoras que suben y de dar a sus movimientos una gracia esbelta. Las ciudades ganan mucho si las señoras las acompañan. El Passeig de Gràcia ha contribuido a dar elegancia a las señoras y en este sentido ha hecho mucho por la ciudad.

Josep Carner fue en su tiempo uno de los más agudos y divertidos escoliastas de la vida de Barcelona. Ha descrito el mundillo de la Busca^[7] como nadie más. También ha escrito *Les dames del Passeig de Gracia* que dentro del arabesco un tanto barroco está muy bien:

*Ara veieu si no és cortesía
veure les dames en gran galanía
totes folrades i amb joies de preu,
—perqué tot d'una que el temps s'arraulia,
van al passeig cada dia a migdia:
deixen els cotxes i passen a peu.
Ara veieu si no és cortesia,
ara veieu.*

*Les coses flonges, voltant llur bellesa,
les engavanya de dolça peresa;
el solellet les mirades n'atreu.
Unes voldran l'amoreta permesa;*

*d'altres menaren un nin, que amb sorpresa
cintes, velluts en son cos veu arreu.
Ara veieu si no és gentilesa,
ara veieu.*

*A cadascuna —divina esperança—
veure-la amb joia guanyar la fermança
d'una mirada dolcíssima i breu;
i sols amar-les quan van allunyant-se,
sentir-se al cor aquell bri de recança
un cop passat llur somrís i llur veu...
Ara veieu si no és benaurança,
ara veieu.^[8]*

Esta poesía de Carner pertenece a la época de oro del Passeig de Gràcia —la época en que don Eusebi Bertran se paseaba por el Passeig sobre un tílbur tirado por caballos nerviosos y magníficos. Había quienes se paseaban a caballo y quienes lo hacían a pie. Y entre estos últimos había algún poeta. El Passeig de Gràcia ha destilado mucha poesía escrita— aparte de la que no se escribió, claro. En un momento determinado, el Passeig fue el marco de los sentimientos más alambicados y sutiles. Yo he visto en él las últimas barbas perfectas, bastones impresionantes, chalecos rutilantes, joyas, perfumes, cadenas, pelucas carísimas y las primeras dentaduras que se hicieron. Guerau de Liost acostumbraba a pasearse por él con Josep Carner. El aspecto de seminarista que tenía no evitó que Bofill escribiera esta poesía:

*Acaba de passar. Res no m'ha dit.
Mes el refrec de sa mirada em crida
que jora del record tot és finit.
No valdrà més l'oblit
que l'enfarfec d'una amistat marcida?^[9]*

El poeta López-Picó también tuvo sus disgustillos en el Passeig de Gràcia, disgustillos de tipo amoroso, naturalmente; pero como entonces el erotismo aparecía revestido de una capa católica y, por añadidura, uno aparentaba una complexión moral de tipo clásica e impasible, el resultado fue un agua de rosas, sin fuerza, tibia. De este modo el poeta escribe en «Passeig de primavera»:

*La bondat de l'hivem i la clara delícia
ingenua on són? Ahir, la nostra joia
—en ple passeig al sol i davant de tothom—
d'un bes hauríem dat a la faç d'una noia...
Mes avui no, que els arbres insinuen malícia...^[10]*

Hablar de la bondad del invierno barcelonés en 1916 implicaba fatalmente tener calefacción. Hay escritores que ponen voz a las paredes, a las sillas, a los pájaros e incluso a los banqueros del país. López-Picó postula la malicia de los árboles. ¿No va quizás un poco demasiado lejos? ¿No exagera? Las alucinaciones pornográficas de los poetas de pensamiento intachable resultan a menudo excesivas.

En otra poesía titulada «Del passeig després de la pluja» («Del paseo después de la lluvia») hay reminiscencias de aquel grabado que se veía por aquel entonces en muchas casas: la casta Susana en el baño, desnuda, examinada por un montón de viejecitos de mirada picante, de un erotismo inútil:

*Ha plogut. Sota el cel d'un blau dominador,
el passeig s'esllangueix en divina llangor,
femenina llangor d'aquesta hora beata
en què guarda una dona la lassitud del bany,
i l'esguarden amb llarg desig, mes sense afany.^[11]*

En una noche de invierno, una noche —dice— de fábula, el poeta ve a una dama sonriente cruzar el Passeig. Entonces yo era estudiante y cuando me encontraba frente a una señora sonriente, mejor dicho sonriéndome, lo más urgente era seguirla. Ahora tomo la palabra «dama» en un sentido estrictamente democrático y no establezco diferencias. Ahora bien, si el poeta la hubiese seguido con una cierta eficacia, habría podido pasar algo: me refiero a que hoy no dispondríamos de su poesía. Así pues, la corrección del padre de familia le ha sido favorable a la posteridad. La poesía —triste— sólo dice:

*Nit d'hivern, nit de faula, d'estrelles i fred i fred viu.
Anem callats; avui les paraules són vanes.
Mes perquè el gust no es perdi de les coses humanes,*

una dama travessa el passeig i somriu.^[12]

Y esta impresión de invierno, que es como una acuarela:

*Sol d'hivem, sol joiós, benaurat sol solet
de tota dura llei d'enuig ens aconsoles
... mentre passa una miss
i somriu de no res i compra unes violes
i corren els infants per ben distreure el fred.*^[13]

En un momento preciso el Passeig de Gràcia se convirtió en el orgullo de la ciudadanía. Es un lugar al que se le atribuye tanta calidad que a la hora matinal del paseo las personas modestas se consideran más obligadas a mirárselo de lejos que a pasar realmente por él. Estaba reservado a la burguesía, al dinero, a los ociosos más o menos elegantes, a las mantenidas de alto precio y a las nodrizas. Las personas educadas decían que iban allí a exhibirse. Las que no lo eran tanto mejor que no dijeran nada. Cuando una familia tenía forasteros a quienes había que enseñar Barcelona, el Passeig de Gràcia era una de las primeras y obligadas visitas. Por esta razón el personaje de Francesc Pujol dice al formular el programa a su forastero:

*I al dematí, si Déu vol,
irem al Passeig de Gràcia,
que és allí on l'aristocràcia
acostuma a prendre el sol.*^[14]

En 1915, Josep Maria de Sagarra escribió también su elegía del Passeig. Es una elegía dedicada a Rafael Llimona. En una noche de lluvia otoñal y desierta, de hoja muerta, el poeta añora los dulces rostros que allí vio a mediodía:

*Ara que és nit i plou per dar i per vendre
i els arcs fan una llum mig apagada
i han dut les bruixes un grapat de cendra
que allunya l'estelada;
oh bell passeig que et desempolses
profund de soledat i d'harmonia,*

*qué has fet del bé de Déu de cares dolces
que reien a migdia?*^[15]

En aquellos años no hubo nadie, ni siquiera las personas más ligadas con lo rústico de la tierra, que en aquella feria de las vanidades no tuviese algún disgusto apto para ser registrado sobre el papel. Algún día se hará de ello una antología y podrá comprobarse. El Passeig de Gràcia fue la niña de los ojos de los barceloneses y de una importancia social enorme.

La gran Via Laietana, producto de la desintegración de un sector de la Barcelona vieja, es muy posterior al Passeig de Gràcia. Comparen... La Laietana es una calle estrecha, escuálida, que no responde a la fuerza que la ciudad tenía al construirse. La estrechez de la calle, aún más estrecha por la excesiva altura que allí tienen en algunos lugares los edificios, la convierte a menudo en un pozo de cemento armado sin amenidad posible. A su lado, el Passeig de Gràcia de Cerdà responde a otras dimensiones mentales, a una concepción mucho más moderna y holgada del urbanismo. El Passeig de Gràcia es el milagro del Eixample de Barcelona, y si los barceloneses lo quieren tanto debe ser porque es una dilapidación, un hecho contrario a su temperamento.

En el cruce del Passeig y de la Diagonal se han querido colocar todo tipo de monumentos. Es un lugar indicado para demostrar un agradecimiento. Cuando yo estudiaba, fui testigo del jaleo que se armó cuando se intentó levantar allí el monumento a Pi i Margall, obra de Miquel Blay. De las ideas que Miquel Blay tuvo de los monumentos, es mejor no hablar: lo que concibió sobre el señor Pi era horrible, estaba francamente mal. El señor Pi merecía realmente algo menos relacionado con los monumentos que se suelen hacer en todas partes y de los que el Retiro de Madrid posee una auténtica antología. El monumento se dejó correr y el lugar quedó vacío durante muchos años. Pero aquel vacío tan excitante daba cierto miedo. Era imposible no preguntarse: ¿qué pondrán en este cruce? Y sólo pensar lo que podrían poner le ponía a uno la carne de gallina.

En el monumento de Blay, al señor Pi i Margall se le representaba en forma de señor viejo y abrumado, con unos lentes de zapatero remendón y un aire de clase pasiva que conmovía el corazón. Detrás de él se levantaba un obelisco del país, de papel mascado, blanco y negro, como si llevara medio luto, absolutamente funerario. Ese obelisco era quizá lo más deplorable que contenía el monumento y quienes entonces dijeron que cuando no se puede tener un obelisco auténtico —como el de la plaza de la Concordia, o como el

de Roma— es mejor no encargarle uno a la funeraria de la esquina, tenían razón. Encima de la forma erecta había una señorita encaramada que aguantaba con las manos una corona de piedra, como si representara la coronación del insigne republicano. La corona era enorme y pesada y la suposición de que la señorita tuviera que sostenerla durante tantos años era una auténtica imprudencia. Me parece más natural, y habría sido más galante, que el señor Pi se hubiese subido arriba como quien se sube a una parra y que la señorita se hubiese quedado abajo. Habría representado una composición más sentimental y familiar destinada a hacer comprender la seguridad que se desprende de la tutela de la juventud por un hombre con experiencia, juicioso. Esta ligera descripción objetiva del monumento puede ayudarnos a comprender de qué nos salvamos. Pero justamente por habernos salvado una vez, daba pánico imaginar lo que podría pasar mañana.

A mí me parece que en el cruce del que estamos hablando habría que poner un arco romano.

Por uno o dos arcos romanos

En la biblioteca del Ateneu, los días lluviosos y de cielo bajo —que en Barcelona suelen ser opresivos— me entretenía mirando libros de estampas —mirando santos. En las grandes bibliotecas acostumbra a haber libros de estampas fascinantes. Estampas de ciudades, de pueblos, de aldeas... Recorriendo sus páginas me configuré una idea maravillosa de la arquitectura de Europa— me refiero a los países latinos de Europa: Francia, Italia y nuestra península, que presenta piezas arquitectónicas inolvidables. Fue entonces, mirando a los santos, cuando me convencí de la importancia que tiene el arco en el urbanismo de las grandes ciudades. El arco es romano. A través de aquellos libros de estampas, llegué a sentir un gran apego por el arco romano.

Algún día —me decía— deberá urbanizarse esta intersección del Passeig de Gràcia y la Diagonal. El Passeig de Gràcia es una avenida lo bastante amplia e importante como para que su perspectiva pueda verse limitada por una estructura arquitectónica. Al final de las perspectivas hay que colocar un arco... Sobre la Diagonal, puedo decir que en mi época apenas llegaba, hacia el sudoeste, a la calle Muntaner; hacia el noreste, no sé exactamente adónde llegaba; lo que sé seguro es que el monumento a Verdaguer aún no estaba hecho. A mí me parecía que, en la intersección del Passeig de Gràcia con la Diagonal, un arco romano habría quedado perfecto. Por otra parte, cuando, mediante un corto vuelo imaginativo, me imaginaba lo que sería, sobre todo hacia el sur, la Diagonal del futuro, no me costaba nada disponer sobre esa perspectiva otro arco romano. Tal vez sean demasiados arcos... Tal vez. De todos modos, las cosas bonitas nunca molestan. Si se hubiese considerado que dos arcos suponían un exceso de imaginación, con uno habría bastado. Pero un arco, sí que lo habría puesto.

Es muy posible que el mayor prodigio urbanístico ciudadano que se haya inventado sea el arco. El arco no es algo gratuito: es la coronación de una perspectiva que de una forma u otra ha de limitarse, porque no hay nada más triste ni más desangelado que una perspectiva que tenga un aspecto

inacabable. En el mundo de la cultura conviene que todo tenga un límite y esté acorde con la medida humana. En aquellos libros de estampas había visto el prestigio que dan a Roma el Arco de Tito, el Arco de Trajano, el Arco de Constantino. Los arcos de Madrid, erigidos en la época de Carlos III, son muy elegantes, sobre todo el arco de la Puerta de Alcalá; el Arco de l'Étoile, en París, obra de Napoleón, es una de las soluciones urbanísticas más extraordinarias que pueden imaginarse. Las ilustraciones llegan a dar su grandiosidad. En la Avenida de los Tilos, en Berlín, en la puerta de Brandemburgo, hay otro arco memorable. E incluso en América, en los Estados Unidos, en Washington, para conmemorar el final de la guerra Secesión, levantaron un arco... Estoy hablando de arcos romanos verdaderos y de arcos de imitación. Todos ellos contribuyen —y muchos otros que podría citar— a darle un tono a la ciudad. Son estructuras que tienen el mismo origen y provienen de la matriz del arco romano, están dentro del canon del arco romano. Así pues, en este punto, hay muy pocas cosas que inventar. Hay que encontrar, en las nobles formas antiguas, el sentimiento siempre renovado de la grandeza y de la gracia.

En Europa hay, dispersos, muchos arcos romanos auténticos. Nuestro país posee uno muy digno que es el Arco de Berà, que no es tan elegante como el de Orange en Provenza, pero que ya querrían tener, por el prestigio que concede, otros países. La opinión de las personas de sensibilidad, entendidas en arcos, es que el más elegante y más propio es el de Tito, en Roma. Este emperador se formó, de joven, en la sabiduría oriental de la olivácea, intensa y sedosa Berenice. A pesar de que su arco romano está dispuesto en una depresión, es decir, mal dispuesto, porque a veces los antiguos no tuvieron la astucia de los modernos en la colocación de los arcos, su calidad elimina el defecto de colocación, aun siendo éste considerable. El Arco de l'Étoile es bastante plúmbeo y está sobrecargado de patriotismo, pero las ilustraciones señalan su magnificencia. Sobre el plano inclinado de las avenidas que llevan a l'Étoile, el arco es como una fuerza que atrae hacia sus piedras los radios de las avenidas circundantes. Quizá en el mundo nunca se haya producido una radialidad tan intensa como la que suscita ese lugar. Ver subir una forma femenina, encantadora, Campos Elíseos arriba, con el arco al fondo, es un espectáculo muy agradable. Parece como si la persona se volviese más esbelta, como si volara un poco, como si se elevara en un plano menos terrenal, más aéreo, más elegante.

Guardando las proporciones, el plano inclinado del Passeig de Gràcia podría producir los mismos efectos, si el fondo de su perspectiva estuviera en

cierto modo sobreelevado por la presencia de un arco. Hoy por hoy el plano inclinado no tiene sentido, porque cuando uno llega arriba, al Cinc d'Oros, se queda con un palmo de narices. Es un final donde no hay nada, de un vacío total, disimulado por el *square* de la entrada de la calle Gran de Gràcia.

Decía hace un momento que el arco de Tito en Roma es de una calidad insuperable, pero no quiero decir con ello que una réplica de dicho arco fuera lo que más conviniese al Cinc d'Oros. Todo depende de la amplitud de las avenidas, de los volúmenes de los espacios de aire, de proporciones y medidas. Tal vez convendría más una réplica del de Constantino que del de Tito. Éste es de un solo ojo. El de Constantino, de tres, y los laterales son de menos abertura de luz que el central. El Eixample de Barcelona forma, hablando en general, una urbanización apaisada, y el arco, aun siendo esbelto, ha de arraigarse en el suelo. El arco tendría que ser proporcionado y poco original. Está copiosamente demostrado que la época no tiene capacidad para hacer monumentos urbanos. Ya no queda nada por descubrir y la originalidad, en este aspecto, implica caer en el adefesio ineluctable.

Estamos acostumbrados a ver los arcos romanos con la pátina de los siglos. Es algo que se ve bien en las ilustraciones. El mármol que los recubre ha sufrido las inclemencias meteorológicas durante tantos siglos que se ha vuelto de color de oro. El sol toca estos mármoles y les confiere la misma sutileza que al tocar el tejido de un ala de mariposa dorada. Todo esto es imposible lograrlo con mármoles vírgenes, pulidos y glaciales. Por otra parte, la luz del país es muy cruda. Por esta razón sería preferible que el arco fuera de piedra, de piedra de Tarragona, morena, de un sombreado interno imperceptiblemente rojizo, como el resplandor de un fuego lejano —como las piedras de la fachada del palacio de Perelada.

Barcelona ha tenido mala suerte en cuestión de arcos. En la época de la Exposición de 1888, en lo que hoy llamamos Saló de Sant Joan, que está flanqueado por el Palau de Justicia, del que es mejor no hablar, se erigió el Arc de Triomf. Ese arco de ladrillos, construido con el prurito de la originalidad, desprovisto de cualquier proporción, es un adefesio crispante. La presencia de dicho arco ha empalagado la ciudadanía de forma tan exhaustiva que no podrá hablarse seriamente de la materia hasta que transcurra por lo menos un siglo. Quizá conviniese ahora empezar ya a hablar. Lo que yo propongo no tiene nada que ver con el adefesio al que acabo de referirme ni con la originalidad. Sin embargo, sí tiene que ver con el urbanismo a base de una solución demostrada por los siglos, aceptada por todos, considerada bella

y positiva por muchísimos ciudadanos y por todas las personas que han reflexionado sobre ello.

Me parece que no es preciso insistir más acerca de la mejora del Passeig de Gràcia mediante un arco romano en el Cinc d'Oros. Tal vez con respecto a la Diagonal pueda decirse aún algo. Dicha avenida, de gusto sudamericano tan acentuado, podría reconvertirse a las formas europeas, podría verse reducida a unas proporciones más potables, con la presencia de uno o dos arcos. Es una avenida que hay que amueblar y, puesto que también se encuentra en plano inclinado, su amueblamiento sería fácil. Hasta ahora los muebles que le han puesto son un tanto irrisorios. El monumento a Verdaguer es una jaula bastante rara —una jaula con un mango, y el mango es la figura del poeta que la remata. ¿Qué irán colocando más adelante, cuando la urbanización vaya sucesivamente flanqueando la inacabable avenida? No tengo ni idea. En realidad, creo que la presencia de las piedras de la estructura de un arco en el lugar más indicado sería un mueble que tendría más sustancia. La avenida sería más esbelta y elegante, y al mismo tiempo más cerrada. En estos momentos es una avenida desvencijada, abierta de par en par, desprovista de gracia...

Estas iniciativas tienen una ventaja: provienen del puro anonimato. Los argumentos crematísticos en contra no tienen ningún valor. En 1960 Barcelona tendrá dos millones de habitantes. Tal vez más. Es terrible e inexorable. Y la gente paga, incluso paga demasiado.

Croquis

Una de las primeras cosas que aprecié de Barcelona fue ese punto de somnolencia y calma que hay en la derecha del Eixample, en esa amplia zona de cuadrículas cerradas por Aragó, el Passeig de Sant Joan y la Ronda de Sant Pere. En aquellos momentos habría sido el barrio en el que más me hubiese gustado vivir, a pesar de que algunas personas decían que era un poco lúgubre y mortecino, sobre todo en invierno, cuando los árboles no tapan la monotonía de las fachadas. Quizás también en estas calles la iluminación ha sido siempre la justa —es decir, un punto incierta. Pero era justamente por estas razones por las que me gustaba el barrio. En todas partes los barrios un poco somnolientos son siempre los más ricos y confortables. Me gustaban sus despachos, sus grandes almacenes de la industria textil y sus entresuelos y principales, algunos tan silenciosos y cómodos que contienen habitaciones que, a pesar de la estructura del piso barcelonés, parecen recónditas y agradabilísimas. Lo cierto es que el barrio no mantiene un tono muy elevado uniforme. Contiene algunas manchas de indigencia— pero es una pobreza callada y digna. Con el paso de los años, tal vez estas manchas se han ampliado a causa de la emigración de muchas familias hacia puntos más elevados del plano inclinado barcelonés. El barrio llegó a su apogeo cuando allí se construyó el hotel Ritz.

Me gustaba sobre todo por su contraste con la izquierda del Eixample. Dicha izquierda era mucho más viva, muy ácida, poco pulida, ligeramente sudada, con incrustaciones valencianas, aragonesas y murcianas. Había allí familias modestas, profesores de instituto y de universidad y muchas casas de huéspedes. Se notaba como una diferencia de sonoridad. Las criadas de la calle de Aribau cantaban mucho más y más escandalosamente que las de Casp, Claris o Llàtzer. Los pisos eran tristes, tenían un aire provisional, la ropa era modesta y precaria. Los tranvías de la Izquierda eran de vía estrecha y más desvencijados que los de la Derecha. La calle Aribau parecía dominada por los estudiantes de Lérida, unos jóvenes oliváceos, morenos, de pelo negro, agitados, de dientes libidinosos y tristes que entraban y salían por los cines

asfixiantes, en busca de señoritas oxigenadas, platinadas, de pestañas vibrátiles y azules. Era una de las aglomeraciones de Barcelona donde los domingos se consumía una mayor cantidad de arroz con conejo y azafrán, de un amarillo de cuarto menguante. Las salas de baile eran pecaminosas y de una ingenuidad indescriptible.

La Izquierda era poco amena y buena sobre todo para irse de ella. En este sentido era útil. Conozco a algunas personas dominadas por una trayectoria vital en ascenso que, tras veinte de años de penurias y fatigas en la Izquierda, pasaron a la somnolencia confortable de la Derecha, para acabar yendo a la misa de Pompeya. Una vida barcelonesa perfecta.

¿Cómo sería el Eixample de Barcelona, si las casas no tuviesen balcones ni, por tanto, hierros en las fachadas? Creo que las calles serían mucho más agradables. Llega un momento en que la chatarra de las barandas llega a cargar. Cuando el arquitecto Florensa construyó en la Laietana los primeros bloques de casas visibles sin hierros en las fachadas mucha gente lo admiró. Es muy probable que con el tiempo los balcones y las barandas de hierro sean considerados como una grotesca fantasía. La gente está ya harta y cansada.

Nos gusta la vida en el exterior. No podemos concebir la existencia sin pasar el mayor número posible de horas en la calle. Comprendo perfectamente que cuando llega la primavera resulte difícil quedarse en un piso de Barcelona.

En mayo y junio, cuando el viento sur pasa por la piel con una suavidad tan aterciopelada, con una ternura tan reticente, cuando el viento moldea de un modo tan palpitante los productos textiles en las llenas y esbeltas formas femeninas, quedarse en casa es difícil. La forma que a veces tiene la ropa de ajustarse, de realzar las formas humanas, ha sido algo muy agradable para los habitantes del Mediterráneo desde tiempos remotísimos, y es posible encontrar en la literatura de los poetas antiguos muchas referencias. Sí. La vida en el interior se hace muy cuesta arriba y por esta razón los balcones resolvieron el problema de estar en casa sin estarlo del todo.

Pero pasa algo: a medida que Barcelona ha aumentado de volumen y ha ido perdiendo el tono provincial, los balcones no han servido para nada. Es cierto que en los barrios populares y en los suburbios aún es posible ver a la gente instalada en ellos; en los otros barrios, en kilómetros y kilómetros de calles, no se ve nunca a nadie en los balcones. No se ve a nadie ni siquiera en los miradores, que son como balcones hinchados, monumentales, protegidos

del sol, la lluvia y el viento. Así, en los barrios populares, que son los más provinciales, el balcón aún tiene una utilidad. En los otros, excepto cuando pasa un gran entierro, una procesión o una manifestación, los balcones no sirven para nada. Se han convertido, de hecho, en un simple elemento decorativo de las fachadas, completamente inútil, totalmente gratuito.

Barcelona dejó de ser una ciudad provinciana en los años de la primera gran guerra —que coincidieron con el paso de la gente de mi generación por la ciudad, con mis paseos por las calles de las cuadrículas sin nada en el estómago, propio de quienes vivíamos en las sórdidas casas de huéspedes. De este modo pudimos ver la liquidación del exhibicionismo provincial en balcones y miradores— me refiero a aquellas señoras gordas sentadas en las poltronas laterales de los miradores con unos señores al fondo del cristal, en la semioscuridad del salón, pasándose las mano por las barbas grises. Cuando frente a aquellos armatostes pasaba cualquier espectáculo, los usufructuarios eran envidiados por la gente de la calle. «¡Esos sí que lo verán bien!», decía la gente. Se producía un fenómeno curioso: cuando pasaba una procesión, por ejemplo, parecía que quienes realmente se exhibían no eran los que llevaban el cirio, el palio o el pendón, sino los que la contemplaban, con cara de circunstancia, detrás del impresionante y suntuoso cristal. Llegaba un momento en que la procesión parecía inmóvil y que delante de ella desfilaban, iluminándola, uno tras otro, todos los miradores de las cuadrículas, hinchados, solemnes y rígidos.

A medida que Barcelona fue creciendo, fueron también desapareciendo estas manifestaciones de la afectación provincial.

Pero los hierros de los balcones persisten. Hay tantos que en su universal presencia contribuye a la tendencia a la claustrofobia que fomentan las calles regulares de la cuadrícula, sobre todo en ciertas tardes lívidas y ahora que el crecimiento de la ciudad hace que las calles del Eixample parezcan cada día más estrechas.

Dichos hierros excitan esta sensación sobremanera. Esos hierros de las barandas te pinchan la frente como una corona de espinas o te hurgan en la boca del estómago con una persistencia maligna. Por esta razón los arquitectos de mi generación que impusieron la casa sin balcones ni hierros ni miradores hicieron un gran servicio a la ciudad y al país. Si en todos los aspectos de la vida se hubiese podido liquidar el espíritu provincial como se ha liquidado en éste, habríamos dado un gran paso adelante.

La calle Aragó es una de las más siniestras del Eixample barcelonés. Como la calle no tiene ningún árbol, es posible verla limpia y pelada, cruda y directa, en todo su cataclismal desorden triunfante. Además, el tren pasa por un canal abierto entre las casas. Y ese tren despidе humo, el humo del carbón de Asturias, que es el más maloliente de la tierra. Toda la calle Aragó, las fibras más recónditas de la calle Aragó, están infectadas de ese humo horroroso.

Cuando era estudiante visité un día a una familia que vivía en esta calle. El señor de la casa me situó delante de una ventana. La abrió de par en par y me dijo:

—Fíjese en la obra de ingeniería...

Yo era entonces muy joven y la ingeniería me impresionaba muchísimo. Así pues, me dispuse a admirarla. No hacía ni un momento que la estaba observando cuando se oyó un ruido sordo y espantoso, pasó un tren y toda la calle se oscureció de un humo espeso, agrio, asfixiante. Las casas de delante desaparecieron. Me retiré de la ventana. El humo del tren es una de las exhalaciones que me molestan más profundamente.

—Dejémoslo correr —me dijo el padre de familia—. Ya volverá usted otro día...

Aquel buen hombre nunca sabrá cómo le agradecí su solución dilatoria. Aunque no me la hubiese propuesto, la habría cumplido, porque era la mía.

Con la ingeniería pasa lo mismo que con los sonetos: al principio, todos suelen empezar bien; luego, por lo general, se estropean; al final, algunos, pocos, se arreglan; la mayoría se descomponen definitivamente. Todo depende de la calidad del humo que se respire en cada momento.

El canal ferroviario de la calle Aragó se consideró en su tiempo una obra de ingeniería. Ahora bien, la exaltación de la obra sirvió para cubrir una de las aberraciones más grandes de Barcelona. Barcelona debería haber tenido una estación del Norte y una estación del Sur. Hubiera sido lo más natural, si tenemos en cuenta la estrecha faja de tierra manejable, económicamente manejable, sobre la que Barcelona se ha establecido. Pues no señor. Barcelona tiene todas sus comunicaciones ferroviarias concentradas en su parte norte y todo va a parar en definitiva a la estación de Francia. La solución implicó, naturalmente, hacer pasar el tren por el medio de la ciudad a través de un canal: a través del canal de la calle Aragó. Los señores que propusieron y realizaron esta solución tuvieron que hacer un esfuerzo mental

digno de la más alta condecoración. ¡Qué visión, qué inteligencia! Pero, en fin, ante la técnica, la discreción es indispensable. Hay que respetar la técnica.

Parece como si sobre la calle Aragó, de arriba abajo, pesase una maldición. En su trayecto hay un lugar, concretamente una plaza que, dentro del sistema de las cuadrículas, es el más triste, lóbrego y frío: es la plaza de Letamendi. Me imagino que es una plaza única en el mundo: una plaza cruzada por la caja mortuoria de un tren. En mi época había unas palmeras y unos jardincillos raquíticos. Sobre todo en invierno, la plaza de Letamendi, con el callejón sin salida de la calle de la Universitat (más tarde Enric Granados), tiene una desolación químicamente pura, es una especie de desgracia.

Pero lo curioso es que la calle Aragó —y esto demuestra que sobre ella pesa una maldición— tiene sus partidarios. Cuando dije un día que el *Apeadero* era el Partenón de la arquitectura mingitoriana, varias personas se molestaron. Y yo he conocido gente ansiosa por vivir en la calle Aragó, gente que decía a sus amistades:

—¡Desde el piso veremos pasar el tren... Es muy entretenido!

La tendencia a ver pasar el tren, a contar los vagones del tren, es un síntoma de provincianismo muy acusado.

Ignoro si la calle tiene solución. Si se hubiese previsto el crecimiento de Barcelona, se habría construido una estación en el sur de la ciudad. El canal será, un día u otro, cubierto —o por lo menos es de esperar que así sea, pero entonces los propietarios y arrendatarios de los pisos de la calle no podrán ver pasar el tren, y parecerá que les falta algo, que la calle ha perdido el mayor de sus encantos.

En aquella época el Paral·lel tenía mala fama, y cuando la palabra aparecía, en la conversación de personas serias, siempre había alguien que soltaba una risita de conejo de una estupidez estrictamente pornográfica. Si yo hubiese frecuentado esta parte de Barcelona, no tendría ningún inconveniente en declararlo. Lo cierto es que nunca la frecuenté por una razón: por falta de dinero. Era el lugar de Barcelona donde la avidez crematística se practicaba de una forma más sistemática. A las señoritas que allí se dedicaban a las pasiones del amor, había que pagarles incluso la respiración, cosa notoriamente exagerada. Pero quizá si hubiese dispuesto de algún dinerillo tampoco habría frecuentado aquel lugar, porque siempre me pareció que el

Paral·lel era la quintaesencia del desorden barcelonés crudo y descarnado, y el desorden, pasado un cierto límite, me parece intolerable.

Principalmente, el Paral·lel lo conocí como lugar de paso, porque de estudiante fui muy aficionado a los paisajes secos de la montaña de Montjuïc y a las maravillosas panorámicas que se ven desde la montaña, que yo creo —modestamente— que son las mejores que ofrece el término de Barcelona. A base de pasar por el Paral·lel, me pareció que el barrio —considerado en general— era una mezcla de miseria y procacidad, pero que al mismo tiempo también vivía allí mucha gente normal y familiar. Ahora bien, lo que más se veía, hasta parecer que lo dominaba todo, era la miseria y la procacidad que era, realmente, considerable y sofisticadísima. De todos modos, no tenía nada que ver con otros puertos del Mediterráneo —como pude comprobar más tarde. Era un barrio triste y como abierto de par en par, y el croquis que de él hizo Nonell —y muchos otros artistas— lo dice claramente. En ciertos momentos fue posible contemplar allí reacciones eróticas como de la época del neolítico absolutamente impresionantes. Era un lugar típicamente ibérico, matiz Corona de Aragón, con una ligera —quizás— preponderancia de fenomenología valenciana.

El Paral·lel imprimía carácter —hecho que resultaba muy curioso. En la Universidad, los estudiantes que frecuentaban el lugar se conocían a la legua. Se conocían por la obsesión que llevaban dibujada en el rostro. Eran unos estudiantes tristes, melancólicos, incapaces de articular una frase, totalmente mudos, con un aire de preocupación insondable, de ojos por lo general pasados. Suponer que pensaban más que los demás hubiera sido una ilusión. Tenían simplemente la obsesión de las ligas— que en mi tiempo fue una obsesión trágica y fenomenal.

—Sí, sí... —le oí decir un día a un señor en la terraza del Continental—. El Paral·lel está muy bien, pero tal vez por tan poca cosa las distancias sean demasiado largas...

Me pareció un punto de vista aceptable.

Escaleras arriba

Creo que era la calle Casp. Era una casa de pisos muy aparatosa, con una entrada con mármoles, bronces y toda la fastuosa quincalla de tantas casas del Eixample. Tenía que ir arriba de todo, pero la portera me dijo con displicencia que justamente aquel día el ascensor no funcionaba. ¡Qué le vamos a hacer! Me lo tomé con calma y emprendí la subida, ahora un paso y luego otro... No tenía otra alternativa.

Al pasar por delante de la puerta del entresuelo, mi pituitaria quedó invadida por una exhalación de coliflor en ebullición que casi le hacía a uno girar la cara. Me dije: «En este piso deben de estar hirviendo la coliflor para cenar. Tienen que ser bastantes y estarán hirviendo muchísima coliflor. De otro modo su presencia no se haría tan notoria y persistente». Miré el reloj: eran las ocho. La hora en que hay que poner la verdura al fuego para dar de cenar a la familia. Quizás entonces en Barcelona se comía un poco antes que ahora... (Sí, todo esto es verdad, pero he de confesar que las exhalaciones de la coliflor y del repollo están santificadas por la vida de familia, pero lo siento, no puedo evitarlo: me fastidian terriblemente).

En el piso principal había sobre la puerta una placa dorada. Una placa de un organismo oficial relacionado con la agronomía —más o menos, claro está. Seguro que a aquella ahora no había nadie en el piso. Era un piso aséptico e inodoro porque, a pesar de contener cierta cantidad de papel sellado, sus emanaciones no llegaban al rellano. Pero sí llegaban, sin embargo, las exhalaciones de la coliflor del piso de abajo, intensísimas. Todo el mundo sabe la intensidad que pueden tener los gases de la coliflor. Lo cubría todo, llegaban hasta el organismo agronómico. Me consolé pensando que lo único agronómico que contenía aquel organismo eran las exhalaciones que le llegaban del entresuelo. Hay otras que deben de ser menos agronómicas.

En el primer piso, los gases tenían otro origen. Procedían de las coles que en su cocina se estaban hirviendo, con el fin de colocar, bajo la luz familiar, el célebre plato de patata y col. En la puerta había también una placa dorada, no

tan grande como la de abajo. En su superficie figuraba escrito un nombre y debajo ponía: abogado. Pensé: «El señor abogado y su respetable familia cenarán esta noche patata y col. Es un primer plato muy saludable. ¡Qué enorme cantidad de verduras se consume hoy en el mundo! Se están llevando a la práctica todos los sueños de los reformadores sociales. Si los hombres y las mujeres no aprovechan las circunstancias actuales, la presente preponderancia vegetariana, para volverse buenas personas, más sencillas, delicadas y puras, darán pruebas de una recalcitrante ingratitud...».

«Lo que pasa —seguí diciéndome a mí mismo tras una breve pausa—, lo que sucede es que respirar estos gases tan concentrados es algo bastante difícil de soportar. Estas emanaciones vegetales son excesivas. Su tendencia a salir de casa es escandalosa. ¿Quién las hace salir? ¿Por qué razón las emanaciones de la cocina de una casa han de salir a la escalera por donde sube y baja la gente? ¿No sería más razonable que se quedasen dentro, y si tuvieran que salir lo hiciesen por el camino de la chimenea disolviéndose en la excelsitud del cielo? ¿Por qué estos gases han de ir a parar a la calle o a la escalera, que es al fin y al cabo lo mismo? Por otra parte, la pituitaria parece ser un órgano sensorial de tendencia monográfica. Si todo fuesen gases de coliflor, la cosa pasaría. Si lo fuera de col, también —todo, por supuesto, dentro del fastidio. Ahora bien, la complicación empieza cuando la coliflor se mezcla con la col y todo junto con las acelgas. Entonces la pituitaria se indigna».

En el piso inmediatamente superior, freían pescado y la exhalación llegaba hasta el rellano, porque el aceite que utilizaban era equívoco, ácido, por no decir de pésima calidad. Lo que producía la excitación no era el pescado; era el aceite de la sartén. Ante semejante fuerza de gases vegetales me quedé literalmente sorprendido. Los perfumes de París que ahora se elaboran aquí no tienen, ni con mucho, tanta fuerza, a pesar de que cuestan muchísimo más dinero. El hedor del aceite del rellano amargó, aún más, mi monólogo intrascendente.

«Aquí están friendo pescado —me dije—. En la puerta no hay placa. Debe de tratarse de una familia de rentistas —tal vez de propietarios rurales. A la gente del interior del país les gusta el pescado; en cambio, nosotros, gente de mar, nos volvemos locos por la carne y los dulces. Todos aspiramos a lo que no tenemos. Seguramente se tratará de una familia simpática— quizá de gente mayor. Ahora los médicos recetan verduritas, tontadas, inyecciones, aguas hervidas, mucha calma y pescaditos. Estarán comiendo caballa o unas sardinas... En el golfo de Roses estos pescados son de una calidad

sorprendente. ¡Qué maravilloso espectáculo es ver, en la playa de la Escala, mil quinientas cajas de enormes sardinas, deslumbrantes, frescas!»

Intentaba distraerme, porque saber distraerse y evadirse es algo grande —pero las emanaciones de aceite me ahogaban. Los viajeros extranjeros que han venido a este país y han dejado constancia de su paso nos han hecho mucho daño. Todo el mundo lo sabe y no hay que insistir en ello. En un aspecto determinado estos turistas han tenido razón: al comprobar el olor infecto, insoportable, de las emanaciones del aceite podrido en las ciudades y pueblos. Durante siglos, nuestras casas han tenido una puerta de penetración más difícil, más infranqueable que la puerta real: ha sido la exhalación del aceite, de la cocina con aceite maloliente que han despedido las casas del país. En nuestros tiempos, el aceite ha mejorado un poco, pero en Barcelona aún hay casas que, a causa de la mala construcción, tienen una entrada prohibitiva. Ésta de la calle Casp es majestuosa. Ha de costar un dineral. Sobre el gusto de la gente que aquí vive, no tengo nada que decir. En nuestro país hay gente que no tiene sensibilidad para el aceite, del mismo modo que hay personas que prefieren una variedad de habas a otra. Que cada uno haga lo que le venga en gana. Ahora bien, considero que una casa tan aparatosa, de dimensiones tan vastas, decorada con mármoles y bronces, debería tener resueltas sus exhalaciones de un modo más plausible. Aquel tufo infecto me remitió a la zoología de los siglos de la decadencia, a la chabacanería, al desorden, al abandono de aquellos siglos.

Aún subí un piso más y me topé con las acelgas. Estaban hirviendo acelgas.

La acelga es una verdura excelente, predispone a dormir plácidamente. Contiene, según dicen, determinadas cantidades de hierro —sería injusto no consignarlo y es antipasional. Los gases que esparce su ebullición no tienen ni el volumen ni la fuerza ofensiva de la coliflor candorosa y la col concentrada. Desprenden, de todos modos, un gas insidioso y retorcido que tiene la virtud de penetrar en los pliegues más profundos del organismo —algo de la vegetalidad primigenia, de la remotísima primera pasta vegetal. Por estas cualidades es sin duda indispensable en la vida de familia.

Y, llegados a este punto del capítulo, se impone una declaración. Nada más lejos de mi ánimo que pueda suponerse que mi vacilante monólogo contiene la más leve reticencia sobre las personas del entresuelo por el hecho de hervir coliflor; ni por las del primero, que hervían coles; ni por las del segundo, que aquella noche iban a cenar pescado frito utilizando un aceite de una pésima calidad explícita, pero en definitiva relacionado con sus gustos; ni

por las del tercero, que hervían la saludable aunque insípida acelga. No. Ninguno de los honorables ciudadanos que vivían en aquella caja majestuosa, impresionante, pretenciosa desde tantos puntos de vista, tenía la más mínima culpa de que las vituallas que tenían en el fogón exhalasen gases de una expansividad e insidia normales. Ni ellos querían incomodar la pituitaria de las personas que, como yo, subían o bajaban por la escalera ni las verduras podían hacer otra cosa distinta de la que estaban haciendo. Las molestias a las que aludo tienen otra causa.

La desgracia del Eixample de Barcelona ha sido la complicidad de propietarios y arquitectos. Los primeros han mandado; los otros, en términos generales, se han doblegado. Y de este modo se han construido casas de exterior horroroso y de interior desafortunado. Porque es un interior desafortunado el que obliga a las personas que candorosamente transitan por su escalera a participar sin querer en la intimidad de las familias instaladas en sus marmóreos y aparatosos pisos. A base de saber de dónde viene el viento, cosa que en las ciudades siempre es difícil pero no imposible, las emanaciones han de pasar por las chimeneas y no por la nariz de la gente que circula por los edificios.

Otoño

En la Universidad el curso empezaba el primero de octubre, es decir ocho o nueve días después del equinoccio de otoño. Este fenómeno solía incidir cada año, más o menos, en las fiestas de la Mercè. Pero era extraño que acabados los efectos del equinoccio no se produjeran, entrado octubre y ya en marcha la nueva estación, unos grandes chaparrones aparatosos, acompañados generalmente de una tormenta eléctrica que impresionaba muchísimo. Sobre la ciudad caía una enorme ducha, copiosísima, pero de escasa duración que se llevaba los últimos restos del verano, inseguros desde la Mercè. Se producía un cambio total de decoración.

Los aguaceros otoñales barceloneses han dado pie a un admirable artículo de Josep Carner, recogido en *Les planetes del verdum*. El contraste del agua caída a chorro con los vestidos claros, los últimos canotiers y el dril amarillento de las americanas es irrisorio. Es como una limpieza total. El agua corre por las calles, se emboza en las alcantarillas, los carriles se vuelven resplandecientes, los trolebuses lanzan unas chispas eléctricas creando en el aire un fulgor lívido. De los árboles rezuman unas gotas ruidosas y desmadejadas y el papel de los quioscos cuelga flácido. La gente se cobija en las porterías, los balcones gotean, los sórdidos coches de punto tienen un brillo mortuario y petulante. Las piernas de las chicas son a veces largas y agradables.

«Pero en cuanto termina el chaparrón —escribe Carner— retoma la alegría. Hay una inmensa cordialidad entre la gente que se ha protegido en cobijos extravagantes, que se ha asustado cómicamente de un trueno; las mujeres han notado en la nuca el cosquilleo de una perla fluida; un capellán de zapatos inmensos se frota las manos y se coloca bajo la axila el enorme paraguas; ... es como si a toda aquella gente la tierra le pareciese nueva».

La tierra es nueva. Comienza el otoño. En el aire hay otra luz, otro olor. La gente viste ropa más oscura, menos desarreglada. El agua se lleva las primeras hojas. Los árboles empiezan a dorarse. El cambio de decoración es total.

Estabilizado el tiempo, iniciado el otoño, resultaba visible un aumento de la animación en las calles de la Barcelona vieja, en la hora baja. La ciudadanía acomodada llenaba las tiendas de las calles antiguas, donde tal vez hallaba un rincón más agradable. Guerau de Liost ha descrito esa hora de forma precisa:

*Vet ací que era una tarda,
a les sis o quarts de set,
quan s'encenen les botigues
i el capvespre es toma fresc,
i es passegen les senyores
i les filles i els paquets
i els pianos de maneta
esvaloten a concerts...*[16]

Barcelona es en otoño una divinidad. Es un punto de calidad, un momento de transfiguración, un instante de belleza fugaz. La gente vuelve de fuera, del campo o de las playas, del verano desordenado, un poco harta de aire puro, de incomodidad, de provisionalidad y trajín. A las personas acostumbradas al abrigo ciudadano, la naturaleza, a la larga, las fatiga. A la larga y a veces a la corta... Es agradable cuando es muy clemente, cuando se mantiene en una situación estática. Cuando retorna a su habitual inconsistencia, a su dureza, para soportarla se precisa cierta resignación y una determinada dureza de piel. Por esta razón la vuelta a la ciudad resulta estupenda, cosa fina. De este modo el veraneo tiene algo bueno: se emprende con gran ilusión y se acaba con una ilusión aún mayor: la de volver a la calma del piso y a su monotonía.

Uno tiene la impresión de empezar una nueva vida. Lo primero que se impone es vestir bien. Al relajamiento en el vestir del veraneo sucede un deseo de enfundar el cuerpo dentro de unas líneas rígidas. En los primeros momentos, tras las facilidades de las siniestras alpargatas, los zapatos aprietan un poco, el cuello y la corbata son una molestia y la ropa se resiste a la libertad de movimientos. Sin embargo, la adaptación no tarda en llegar y la sensación de comodidad resulta infinitamente benigna. El vestuario estival se olvida por completo. Todo parece entrar en la forma de un estilo, desde el cabello y la piel bronceada por el sol, un punto áspera, hasta las extremidades del calzado. (En Barcelona hay excelentes zapateros a la medida). Con la nueva indumentaria aparece el gusto de la puntualidad, del orden y la pausa —las reacciones naturales contra el ímpetu del verano. La puntualidad es

importante, y es en esta época del año cuando todo el mundo se esfuerza en practicarla. Luego, a medida que pasan los meses, la puntualidad disminuye notablemente. Incluso contestamos las cartas con un mínimo de retraso—retraso que posteriormente irá en aumento. Revive el gusto por la vida interior y el ansia de los sentidos, saturados de luz cruda, de sol y viento, de rodearse de un ambiente más agradable y recogido, de tonalidades más suaves, de vivir dentro de dimensiones más pequeñas. El brillo de un mueble, el débil reflejo de un cristal, la visión de unas flores en la penumbra de un espejo, un rincón cerrado, silencioso, cómodo, complacen el espíritu. Tras el ruidoso desorden estival, todo lo que es calma, reposo, quietud, silencio, da un sabor delicioso a la vida. Con el paso del año, todas estas novedades se volverán, por supuesto, monótonas e incluso llegarán a cansar. Y para ese entonces el nuevo verano estará ya en ciernes.

En esta época la ciudad llega a un punto de esplendor, porque sobre ella se refleja el tono de la gente. No hay nada que desprestigie más una ciudad que un material humano vestido de cualquier manera, de forma abigarrada e inconstante. Las ciudades han de tener un punto lujoso, un tono, un estilo. Si no es así, carecen de sentido. Una ciudad es exactamente lo contrario de una aglomeración. Si vestir bien consiste en pasar desapercibido, el tono de una ciudad tiene la misma raíz: llegar a una normalidad tan completa que todo pase desapercibido. En Barcelona es algo de primera necesidad, ya que una gran parte de la ciudad consiste —y me refiero ahora a la arquitectura— en una reiteración de insensateces genialoides, caprichosas, personales, por lo general inservibles, por más satisfacción que puedan dar a la vanidad que puedan producir. Por esta razón, en esta época de retorno a la vida normal, Barcelona gana muchísimo, se convierte en una ciudad amable, llena de encanto, susceptible de sugerir la existencia de una sociedad construida. Estas cualidades son visibles sobre todo al atardecer, cuando se encienden las luces. Es entonces cuando alcanza su mejor momento, su máxima fascinación.

Sopesar el momento primaveral y el otoñal de Barcelona equilibraría muchísimo una balanza. Yo estoy enamorado de la primavera barcelonesa, no sólo por el palpito de vitalidad que la ciudad toma en este momento, sino porque la primavera de este país, al ser tan fugaz, tiene el encanto de las cosas que fatalmente han de perderse. La primavera es viva, verde, ventosa, pero tan precaria que su destino parece consistir en volverse polvorienta y ajada. El otoño es más estable, más firme y, tras los chaparrones, con ese aire tan puro en su cristalina inmovilidad, la volumetría de Barcelona llega a la máxima

proximidad y las siluetas al perfil puro, recortado, esbelto. El otoño es delicado.

En la hora baja, la luz artificial transfigura las largas avenidas, tan largas, un poco monótonas y para mi gusto —cuando la hoja muerta cae y reaparece la arquitectura— algo frías. Es una arquitectura de un desorden frío. Pero las avenidas llaman la atención, con sus inacabables rayas de puntos luminosos, alternando la fastuosidad de la luz y las manchas de sombra incierta. Yo he caminado por ellas horas y horas, sin un propósito concreto, deteniéndome ante un escaparate, entrando en una librería, haciendo un alto en la terraza de un café, con el ánimo disperso en el movimiento ciudadano, en las manchas de luz, en las siluetas que pasan un momento y desaparecen. Y tan hermosas como las avenidas, o aún más, lo son en esta época las calles de la Barcelona vieja, a esa hora tan delicada,

*... a les sis o quarts de set,
quan s'encenen les botigues
i el capvespre es toma fresc
i es passegen les senyores
i les filles i els paquets...^[17]*

Ir a vivir a Barcelona

En el país, el mito de ir a vivir a Barcelona es muy antiguo y se practica desde hace muchos años. En los últimos tiempos esta ilusión se ha ampliado a todas las tierras pobres de la Península Ibérica, de modo que no hay ningún desgraciado hoy en esas tierras que no aspire a venir a vivir a Barcelona. La inmigración en masa sobre este país se inició en la época de la prosperidad de la guerra mundial y se acentuó con la Exposición de Montjuïc y la construcción de los metropolitanos. Llegó una gran cantidad de peonaje. Al autobús que de forma regular traía gente a Barcelona desde Murcia se le llamó el transmiseriano. Yo viví ese momento inicial.

Pero en el aumento de la volumetría de Barcelona ha intervenido otro factor: el factor indígena o catalán. Llegar a vivir en Barcelona o en sus alrededores ha sido no sólo el ideal de todos los pobres de la Península, sino el de todos los pobres del Principado, y de toda la burguesía catalana provincial. Desde el punto de vista de la cantidad, de la extensión, hay tal diferencia entre Barcelona y las otras ciudades catalanas, que en el momento de llegar a Barcelona uno siente que se encuentra en un lugar diferente, ante unas posibilidades totalmente nuevas, ante un paisaje que resulta insospechado desde todos los puntos de vista.

La inmigración de la burguesía provincial catalana sobre Barcelona es un fenómeno curioso, porque no acostumbra a ser corriente en otros lugares. En el área de nuestra civilización, cuantos más pobres viven en una ciudad, menos son los ricos que también en ella viven, excepto en determinadas temporadas, porque los ricos, por lo general, viven en el campo. Pero aquí sucede lo contrario: todo el mundo quiere ir a vivir a Barcelona, ricos, pobres y los de en medio o menestrales.

Este éxodo de la burguesía provincial sobre Barcelona tiene, por supuesto, unas causas. El factor que tuvo más peso en dicho desplazamiento fue el temor ante las constantes convulsiones políticas y sociales que caracterizaron nuestra vida colectiva desde los Austrias. A lo largo de los siglos XIX y XX el movimiento se acentuó. Durante las guerras napoleónicas, muchas familias

que vivían en sus tierras se trasladaron a la capital de su comarca. En el transcurso de la primera guerra civil se desplazaron a la capital de la provincia. Durante la segunda, pasaron definitivamente a vivir en Barcelona. Las convulsiones sociales del siglo xx han rematado dicho éxodo de una manera casi total. Hoy en día el ideal de ir a vivir a Barcelona puede considerarse como un ideal prácticamente realizable. Fuera sólo queda la mediocridad, quienes no han podido llegar a realizarlo.

Pero aparte del temor también han intervenido otros factores. Si las aspiraciones de una familia consisten en que sus hijos ejerzan profesiones liberales, Barcelona les ha ofrecido —por lo menos aparentemente— un campo dilatadísimo. Las aglomeraciones voluminosas, las ciudades grandes dan a la gente la idea de que la inteligencia humana depende del lugar donde se vive, de que hay unas inteligencias de pueblo y unas de capital. Y puesto que hoy todo el mundo quiere ser inteligente, no hay nadie que no quiera tener una inteligencia de capital. Estas fantasías son delirantes. Pero sólo la fantasía es eficaz.

Sea como fuere, lo cierto es que en este país en invierno, tanto en el campo como en las pequeñas poblaciones, y como —casi me atrevería a decir— en las capitales de provincia, sólo se quedan quienes tienen el aspecto de no haberse podido marchar. Las personas que necesitan, en estos rincones, un poco de conversación y un punto de trato social pasan momentos muy amargos.

Sigo teniendo la idea de que en la atracción que Barcelona ofrece a la burguesía provincial, grande o pequeña, las señoras han desempeñado un papel muy importante, porque para ellas Barcelona es un auténtico paraíso terrenal. Barcelona es una población de gran sensibilidad económica, sobre todo por la mañana, cuando las pesetas empiezan a volar y la gente las quiere coger al vuelo. Por esta razón los hombres suelen tener malhumor, como un gesto de fastidio persistente y continuado. Siempre ponen mala cara, acostumbran a encontrarse mal, y muchos presentan un color roto. La sensibilidad económica de Barcelona explica la razón de que haya tantos médicos que van tirando. Las mujeres, en cambio, maduran en esta ciudad de forma perfecta, aquí se tornean, se doran y se engordan en la pura normalidad vegetal. En Barcelona las señoras suelen ser guapas. Lo son las señoras solteras y a menudo aún más las casadas. Aquella galería de retratos de señoras guapas que Xènius^[18] propuso años atrás, estoy convencido de que era de señoras casadas.

Para las señoras de esta procedencia, el encanto de Barcelona empieza cuando la vida se establece a base de dimensiones minúsculas, limitadas, pueblerinas. Es decir: para estas personas, el encanto de una gran ciudad proviene del sabor de la vida de pueblo que en ella se puede llevar: un reducido número de amistades, unas cuantas —pocas— familias situadas siempre en el propio ambiente y poca variedad. Son poco frecuentes las señoras de Barcelona que en su medio y en el que las circunda «conocen a todo el mundo». Es un deporte que no se practica. Más bien se practica la relación en grupito limitada y cerrada. Suele decirse que en los pueblos la vida es siempre la misma, que la monotonía es asfixiante y que no hay variedad. Cuando se puede vivir en Barcelona de esta manera, entonces la permanencia en la ciudad es una pura delicia. Parece ser que sobre este punto hay unanimidad.

El movimiento de las personas es siempre igual. El marido trabaja por la mañana y por la tarde en un despacho; su ideal es que la señora esté contenta, que no le jorobe demasiado y que los niños vayan al colegio y, claro está, saquen buenas notas. Cuando este sistema está organizado y el presupuesto familiar se cubre ampliamente y con abundancia, las señoras se sienten en su propio elemento y los días pasan volando. El pequeño núcleo de las amistades particulares, basado en el hecho de que los de Tàrraga van con los de Tàrraga, los de Palafrugell con los de Palafrugell y los de Puigcerdà con los de Puigcerdà —en Barcelona hay centenares de estos grupos unidos por el *genius loci* abandonado o por veraneos en un determinado pueblo—, funciona entonces con absoluta normalidad. Una vez en marcha el engranaje, ya no queda tiempo para nada y los días, llenísimos, pasan como una exhalación; nunca hay tiempo de verlo todo, de asistir allí donde se querría. Esta forma de pasar el rato habría sido muy difícil antes de la profusión del teléfono. Pero el teléfono ha acortado las distancias y por esta razón hay tantos en las grandes ciudades. El teléfono ha impulsado la industria y el comercio, y al mismo tiempo ha sido un elemento enormemente eficaz para la felicidad femenina. Y así, cuando no es una exposición, es un concierto; cuando no es un té es un aperitivo, cuando no es la modista, o una cena, o un sermón, o una conferencia más o menos cultural. Y ya no hablemos del cine o del teatro, o del Liceu, o de cualquier otro tipo de espectáculo al que hay que ir para hacer el correspondiente acto de presencia social. A todos estos lugares, por lo general morosos y aburridos pero indispensables, las señoras van acompañadas de sus amistades o van a encontrarse con sus amistades. Y ésta es la razón por la que en los distintos niveles sociales las personas que salen

siempre son las mismas, van al mismo lugar y siguen el mismo horario. Se habla, se cotillea, se divaga, se defiende o se difama siempre con la misma gente, pero ante espectáculos distintos. En esta vida, la ciudad aporta el espectáculo; el resto, el núcleo, el grupito, es tan fijo y permanente como podría serlo en una población de seis mil habitantes. Así pues, el placer de vivir en una gran ciudad consiste, quizás, en poder comentar siempre con las mismas personas una sucesiva e incesante variedad de cosas y personas que desfilan ante la mirada. No se trata de tener pocas o muchas amistades; se trata de estar siempre con la misma gente para degustar su amenidad el mayor número posible de horas. De este modo la vida se convierte en una tertulia permanente, en una conversación que dura todo el invierno y que suele comenzar en casa, a media tarde, sigue en el coche, en el tranvía o en las calles, frente a los escaparates, mientras se camina; continúa en el local o los locales que se frecuentan y no acaba hasta la hora de cenar, cuando se llega, siempre con la misma prisa y retraso, a casa.

Es comprensible que las señoras aprecien por muchas razones esta forma de vida, llevada en una ciudad de clima benigno y plácido, con tardes de invierno húmedas y frías, transcurridas en locales concurridos, con una siempre posible merienda a dos pasos. Mientras tanto, los maridos trabajan porque les gusta, porque es su ideal y a veces porque la evasión del trabajo, del despacho, es una forma de evasión meritoria, discreta y razonable. De hecho, no hay nada que le guste más a un marido de este país que el que su mujer le diga que es un trabajador infatigable. No hay nada que mantenga más la paz familiar que el ver a un marido sentarse a cenar, bajo la luz, con aspecto cansado. He llegado a veces a sospechar que una forma de vida como ésta, tan cómoda, amable y vegetal, es una consecuencia directa del amor que el catalán siente por el trabajo. La señora que tiene la suerte de casarse con un abnegado del trabajo puede llegar a un modo de plenitud sentimental, porque la forma del amor más grande y más eficaz, en este país, como en todas las sociedades sentimentales, es la compasión. En realidad no creo que esta vida tuviera los encantos que las señoras han encontrado en ella, si tuviese que llevarse bajo la presencia del marido o de los maridos de las amistades. No. La normalidad de esta vida es su emplazamiento sobre una división del trabajo. El trabajo de las señoras consiste en transformar las tardes de invierno en una maravillosa tertulia desprovista de solución de continuidad; el de los maridos consiste, simplemente, en trabajar.

Cuando una señora burguesa de provincias llega a conocer los encantos de una tertulia femenina barcelonesa invernal, el retorno a las morosidades

provincianas se convierte en una imposibilidad absoluta, mineral.

Las mañanas

Barcelona es una población de gran sensibilidad económica y tiene, al igual que las poblaciones con esta característica, unas mañanas muy típicas. Muy de mañana, en el área barcelonesa, es raro el día en que no empieza a volar alguna peseta. Quien dice una peseta, dice un duro, o cincuenta mil duros, o trescientos mil duros. Pues bien: en cuanto las pesetas empiezan a volar, aparece un número indeterminado de barceloneses —por lo general veintidós o veintitrés— que se echan a correr para atraparlas y hacerlas suyas. El espectáculo es hermoso, muy entretenido, y no creo que en los campos de deporte se produzca nada comparable, tanto por la destreza como por la emoción. La peseta va volando, a veces sube, a veces baja y describe elegantes arabescos. No se deja coger tan fácilmente. Sin embargo, al final, uno u otro de los que corren —a menudo después de una lucha que dura bastantes mañanas— se apodera de ella. Ante el hecho consumado, sus competidores se quedan un momento perplejos, pero la perplejidad dura poco. En seguida empieza a volar otra peseta y surge otro grupo de profesionales especializados, más o menos, más bien más que menos, corriendo tras la moneda. Se ponen a trabajar con un entusiasmo magnífico hasta hacerla suya. Este espectáculo amenizó considerablemente mi estancia en Barcelona en la época de mis estudios. Se trata de un espectáculo aleccionador y de una gran utilidad para comprender la vida. Comprendí que la vida de esta ciudad va transcurriendo a base de estos alicientes y que la existencia de muchos barceloneses se ve afectada por dichas carrerillas.

Las poblaciones que tienen sensibilidad económica son las que cuentan con un número de personas dispuestas, haga el tiempo que haga, a correr detrás de las pesetas. En Barcelona esta masa humana es muy voluminosa —probablemente mucho más de lo que creemos—, y hace que a menudo la sensibilidad económica de la ciudad parezca morbosa. Es la razón de que Barcelona sea una ciudad muy envidiada por las personas y ciudades que duermen. Sucede, en efecto, que, así como hay personas y ciudades que han nacido ineluctablemente conectadas con la movilidad de las pesetas, con la

tendencia que tienen de transferirse de una cartera a otra, hay otras, pueblos enteros, que se levantan tarde y con la imposibilidad además de recuperar las horas perdidas en todo el transcurso de su existencia. Algunas de estas personas hacen auténticos esfuerzos para resarcirse del retraso inicial, cosa que raramente consiguen. Esto produce una situación singular, aun siendo corriente, que consiste en lo siguiente: cuando esos pueblos y esas personas se levantan se encuentran con que las pesetas ya no vuelan ni circulan, porque las que volaban y circulaban unas horas antes ya tienen dueño y se han hecho invisibles. Se despiertan con el retraso del que hablábamos y se encuentran ante un mundo vacío e indiferente. La gente va y viene como siempre, pero las pesetas no se ven ni por asomo. Se acabaron las transferencias. Ello explica por qué el despertar de los rezagados es tan triste. Esta tristeza se encuentra en la base de la envidia que Barcelona suscita desde hace tantos años y de la que suscitará en los años venideros si no ocurre ninguna desgracia, de momento imprevisible.

Las ciudades que poseen sensibilidad económica son las que siempre han sido más envidiadas. Se las considera ávidas y monstruosas, de moralidad incierta. Por esta razón nos han tratado tan a menudo de fenicios. ¡Pobres fenicios! ¿Qué culpa tienen ellos? La mentalidad humana es de una vanidad tan frívola que tendemos a justificar nuestras incapacidades con el sentimentalismo, y así quienes tienen la fatalidad de despertarse tarde y estar ausentes, por tanto, del reparto de la moneda, atribuyen el hecho a la monstruosidad intolerable de quienes se levantan a la hora. De este modo se presentan dignos de consideración y así convierten su retraso en respetable. Claro que hay monstruos en este mundo, pero no creo que sea monstruoso levantarse a la hora en que vuelan las pesetas. Más bien parece algo natural — tan natural como que los elefantes tengan trompa y las ardillas una cola larga. Tan natural, por supuesto, como que haya personas que se levantan cuando las pesetas ya han volado, cuando el telón ha caído sobre las operaciones del día. Dormir es cómodo, y en la cama se está bien a cualquier hora. Así pues, el mundo es completo. Creer que, por el hecho de ser completo, el mundo es escandaloso es un poco exagerado. Sin embargo, lo cierto es que algunas personas creen que el mundo es escandaloso, y por esta razón Barcelona es una ciudad tan envidiada. Lo es incluso para algunos catalanes adormilados— que también los hay. La vitalidad de Barcelona los aturde. Son los últimos provincianos.

Así pues, en el mundo hay pueblos y gentes que duermen y pueblos y gentes que no duermen. Barcelona es una ciudad que en el terreno económico

apenas duerme. Si se produjese el mismo insomnio en el terreno político, no creo que fuese nada malo. Es una ciudad con mucha gente que muy de mañana va con las orejas aguzadísimas y la pupila brillante. No puedo dar cifras porque en estas cuestiones no hay cifras que valgan. Supongo que la cifra es altísima. La clase económica catalana tiene además otra característica: se renueva constantemente, sin parar. Aparecen personas dotadas de esta sensibilidad con una gran profusión. El empuje de estos recién llegados suele ser considerable. Por ello nunca se puede hablar de situaciones consolidadas, definitivas, tradicionales. Estas posiciones son rarísimas y sólo pueden mantenerse con un insomnio constante. Así pues, las situaciones personales han de mantenerse a diario. Hay que andar con ojo. El respeto que inspiran las situaciones llamadas tradicionales es prácticamente nulo. En este sentido, el país —y en concreto Barcelona— es peligroso. La ambición, servida por una movilidad de dinero vivo, es permanente y considerable. Lo que más le molesta al catalán es el parásito. En este país se ha entablado una lucha constante contra el parásito. Si esta lucha puede durar, el país irá tirando. Si el parasitismo se infiltra, si el dogma económico de Cataluña —la libertad— no se mantiene en la base de nuestra vida, el país cambiará, y no para bien, sino para mal.

Como esas ciudades de Oriente rodeadas de perros famélicos que quieren entrar por las puertas de las murallas, Barcelona tiene siempre un contingente de parásitos que se afanan en invadirla. Pretenden algo muy sencillo: pretenden, sin moverse de la cama, que les sea adjudicada una parte alícuota de las pesetas que los otros ganaron tomando parte en las carrerillas matinales. Es una pugna que dura desde hace muchos años-siglos. Imagino que día a día será más viva, porque los medios de vida en la Península son limitados y pocas son las combinaciones que pueden hacerse. El catalán es muy sensible a los efectos de los parásitos. Su concepción del Estado se ve afectada por sus reacciones frente al parasitismo. Si le regatean el esfuerzo, holgazanea y se desinteresa. ¿No es esta la explicación de los siglos de la decadencia?

Barcelona tiene unas mañanas animadas y complejas. Barcelona es una ciudad madrugadora y por las mañanas siempre está viva y nerviosa. Casi todo lo que tiene importancia pasa de nueve a una. Es en esa parte del día cuando la ciudad es más sensible, cuando su espíritu y personalidad se manifiestan de un modo más incisivo. Luego, por la tarde, la excesiva pesadez de la comida la desfibra. La institución de ir a tomar café es muy laminera. El café y los tabacos son excelentes en Barcelona y hacen que se pierdan muchas

tardés —que, por lo general, se dedican al cotilleo y a una maledicencia habitual y normalísima. Es una forma de ocio muy agradable, tal vez la causa de todas las ruinas. Si Barcelona no perdiera tantas tardés sería una ciudad aburrida, pero mucho más importante. Las noches son insignificantes y no se encuentra nunca a nadie en ningún sitio— salvo, claro está, a la gente poco recomendable.

Entierro importante

En aquella época confusa situada entre las postrimerías de la adolescencia y la primera juventud, que es la época de la sensualidad frenética, tuve la suerte de estar dominado intermitentemente por la idea de la muerte —hecho que fue probablemente un bien, porque me ahorró posibles excesos mortales. La obsesión de la muerte se me presentaba sin atenuaciones, de una forma primaria y violenta, y llegaba a hacerme sentir curiosidad por los objetos relacionados con el protocolo de los entierros. En Palafrugell había observado muchísimas veces el coche mortuario que utilizaban los servicios administrativos de la población. Era un coche muy discreto. Nada del otro mundo, por supuesto, porque tampoco nos habría correspondido: un coche corriente.

Sin embargo, un día ocurrió una desgracia: hubo un incendio en el garaje donde se guardaba el vehículo y nos quedamos sin el precioso instrumento del servicio municipal. Durante muchos meses tuvimos que usar, prestado con cierta reticencia, un destartado y misérrimo carruaje de una pequeña población de los alrededores. Nada: un coche esmirriado como una oreja de gato y de un negro de pobre tan espeluznante que ponía la carne de gallina. Entre la ciudadanía se produjo un gran descontento. El Ayuntamiento tuvo que plantearse seriamente la cuestión, hubo que vencer una serie de dificultades, porque en la época de la primera guerra las cosas aumentaron de precio, pero al final dispusimos de un coche nuevo de bastante efecto. El vecindario se dio por satisfecho.

—¡Esto es otra cosa! —oí que comentaban en los cafés.

Pocos días después de haberse estrenado, tuve la oportunidad de verlo de cerca, en la puerta del local que provisionalmente ocupaba. El cochero —un viejo amigo mío—, con un plumero en una mano y una badana en la otra, le sacaba el polvo en un estado de candoroso interés. Parecía un artista dándole los últimos retoques a su obra. Me contó maravillas del coche... Di una vuelta en torno al carruaje, con calma, mirándolo detenidamente, acentuando ese

punto de afectación que se ha de mostrar cuando se analizan los servicios de la administración.

—Es bonito... —dije finalmente y como para resumir.

—¿Bonito, dice? —contestó el cochero, como si hablase para sí, sin mirarme, con una sonrisa de suficiencia en el rostro, sin dejar de pasar la punta del plumero por las cortinitas—. ¿Bonito, dice...?

Trató de hacer un elogio del coche, pero se le atragantaron tantas cosas a la vez en las cuerdas vocales que no le salió nada. Sólo articuló un sonido desconocido, impreciso. Su fracaso oratorio lo dejó ante mí con cara de fracasado, con el plumero en una mano y la badana en la otra.

—¿A usted cuál le gustaba más? —dije intentando salir del paso.

Se rehizo en seguida. Tenía una gran fuerza de recuperación. Dijo:

—No se pueden comparar. Son distintos. Las curvas del coche que se quemó eran, ¿cómo le diría?, más redondas, más planas. El cortinaje que tenía, y que éste no tiene, era muy vistoso. Fíjese, en cambio, en estos vidrios, en las formas más verticales de este coche, en lo moderno que es. Es un coche más de hoy, no sé cómo explicarme...

Quería decir que el coche antiguo era una reminiscencia del barroco y que el nuevo era más funcional, con menos cosas superfinas, más rígidamente instrumental.

Cuando se habla de estas cosas, en seguida llegan a un punto siniestro. Pero es un siniestro tan corriente, tan tranquilo, que se confunde con lo superfino.

De estudiante en la Universidad de Barcelona —que era aproximadamente por la misma época— solía dar largos paseos a primeras horas de la tarde, sin ningún objeto preciso, por las calles de las cuadrículas. En invierno, la arteria central de dichos paseos estaba en la calle Aribau, que hasta la calle Aragó era picante y divertida y donde había chicas que habían iniciado su carrera en el servicio doméstico y que se encontraban en el tercer acto de su actividad sentimental, azuzadas por estudiantes de Lérida. Cuando llegaba la primavera, desplazaba mis recorridos por la derecha del Passeig de Gràcia, hacia las calles de Claris y Llúria, que eran más burguesas y perfumadas y excitaban las ficciones de la imaginación de una forma más viva.

Pasaba por las calles, probablemente con las manos en los bolsillos, con mi barba incipiente, sin ir en concreto a ninguna parte, sólo por el placer —o el fastidio— de ver casas, a la gente que iba y venía, los árboles municipales y el cielo, que en las tardes de primavera es en Barcelona tan bonito. Pero el cielo era lo único espiritual e indiferente: al margen de él todo era de una

gravitación terrenal turbadora y pesadísima. La larva de la juventud es algo tan inasible e impreciso que se puede incluso andar sin rumbo por las calles del Eixample, donde la monotonía es enorme, inacabable y de penetración imposible. En Barcelona, la primavera es fisiológicamente profunda sobre un aire finísimo, aterciopelado y tibio —ligeramente humedecido por el ábrego. El olor de la tierra y de los árboles es casi sólido. Las reacciones de la piel eran vivísimas. Pues bien: a lo largo de todas aquellas largas caminatas, si la memoria no me falla, nunca me ocurrió nada. Creo que nunca me encontré a ningún conocido y nunca conocí a nadie. Si veía de lejos a algún condiscípulo, daba marcha atrás y me metía por la primera esquina. Las cuadrículas son adecuadas para estos movimientos. Sólo recuerdo la profusión de entierros con que me topé y algunos de ellos, los de lujo, me han dejado un recuerdo muy concreto y preciso. Muchos de ellos dejaron sobre mi constitución larvada, sobre mi intrínseca curiosidad, una atracción tan grande que llegué a formar parte de su numeroso acompañamiento— exactamente de lo último de la cola del acompañamiento.

Las calles del Eixample, al proyectarse, en plano inclinado, de la montaña hacia la Barcelona antigua, son excelentes para que uno se haga cargo de la solemnidad de un acto de este tipo, sobre todo si la marcha del entierro se produce en sentido descendente y uno tiene la precaución de quedarse detrás, para ver las cosas en perspectiva y de arriba abajo. Muy lejos, en último término, se veía la ondulación del soberbio destello de plumas que los caballos llevaban en la cabeza, suntuosamente decorados para la fúnebre ceremonia. En medio de los caballos, entre los surtidores de plumas, se balanceaban los hombros y el sombrero de copa del cochero, sentado en la parte más alta del acontecimiento. Era un balanceo muy suave, porque el coche tenía muy buenos muelles y avanzaba con una solemnidad lenta, hasta el punto de que los altibajos del adoquinado de la calle eran incluso perceptibles. A medida que el entierro iba avanzando calle abajo, entre la pelusilla de los árboles de las aceras, salían a los balcones los habitantes de los pisos, hombres y mujeres, con sus hijos e hijas —y si aquella tarde los señores estaban fuera, las criadas del servicio. Los barceloneses son tan caritativos que no pueden resistirse a la tentación de salir a los balcones para ver pasar los entierros; si viven en una casa con mirador lo abren de par en par; los enfermos de gripe piden que se les instale delante de los vidrios de las aberturas, que presionan con la nariz y la frente para estar presentes al paso de estas luctuosas comitivas. Están ya tan acostumbrados que ponen una cara adrede para salir a los balcones cuando pasan los entierros— una cara de

gravedad pero al mismo tiempo de curiosidad intensa. Muchas personas que formaban parte del acompañamiento tenían la mirada fija en los balcones y de vez en cuando saludaban con la mano, haciendo un gesto amplio y jovial a las personas situadas en un lugar determinado de la fachada de una casa, sin duda para dar a entender a las personas saludadas que también ellas estaban presentes en el entierro, aparte de la pretensión de manifestar de una forma explícita que entre quien saludaba y el saludado, o saludada, o saludados, existía una gran corriente de simpatía, aunque a veces la existencia de dichos sentimientos no resultase tan clara como lo parecía a primera vista. Las personas de los balcones, si llegaban a darse cuenta de que alguna persona las saludaba —cosa que siempre se producía— devolvían el saludo de una forma generalmente discreta y evasiva, como si quisieran dar a entender que, si no hubiesen sido objeto de aquellas manifestaciones, no las habrían encontrado muy a faltar. De todos modos, la experiencia que tengo de estas comitivas me demuestra que siempre hay una determinada cantidad de personas pueriles y vacuas interesadas en poner de manifiesto su importante superficie.

Tras los caballos y el cochero venía el coche propiamente dicho, que siempre era suntuoso e importantísimo y de estilo renacimiento español recién hecho. Si el coche era de los llamados de estufa, de buena madera y pesadas incrustaciones, y el sol daba fuerte, la luz sacaba, a veces, de los cristales, un destello deslumbrante, un destello que era siempre más fuerte que el que hacían los sombreros de copa y los zapatos de charol de las personas que llevaban el luto. Como hablo de entierros importantes, es decir de personas que en un momento determinado de su vida habían sentido la necesidad de tener un director espiritual, siempre era el eclesiástico encargado de tal dirección quien presidía el duelo. Lo hacía con un porte hierático, severo y con cara de circunstancias. Las personas que llevaban el luto formaban, en medio de la primavera, una mancha negra y compacta, mancha que iba bajando calle abajo, transportada —en cierto modo— por las personas verticales, rígidas, un punto cargadas de hombros, ligeramente crispadas, a veces estólicas, que iban en la presidencia. La gente de la calle se descubría. Los que tenían poco pelo se sacaban sólo media gorra, con aspecto inquieto, como procurando no ser vistos. Los balcones estaban llenos de gente. Las golondrinas chirriaban en las cornisas. Se oía el ruido como de chatarra de los tranvías. Por el cielo navegaban las nubes de la primavera, blancas y tiernas.

Después venía una gran multitud de personas conocidas que formaban el acompañamiento. Y he de decir ahora que, si bien recuerdo muchos detalles de aquellas solemnes efemérides, quizás fueron los acompañamientos lo que

me dejó un recuerdo más vivo. Cuando la comitiva se ponía en marcha, solían ser las cuatro de la tarde. Aquellos señores acababan de comer —porque en aquella época ya se había roto el horario europeo. Se consideraba que comer y cenar tarde era propio de señores— y de ahí no se les podía sacar. Pues bien: cuando la comitiva se ponía en marcha, una buena parte de las personas que iban en el acompañamiento se sacaban del bolsillo superior de la americana el mejor puro de La Habana que tenían, rompían o no el anillo etiqueta, pero fuera como fuese lo encendían. Era el inicio de la distensión. El entierro les ofrecía a aquellos señores —todos ellos abrumados de trabajo— la posibilidad de dar cuatro pasos fumándose un puro y sin exponerse a que la gente dijera que estaban de paseo. Los puros eran excelentes: Coronas, Upmans, Partagás, Romeo y Julieta. El aire se perfumaba silenciosamente y ni en los clubs más cerrados que más tarde conocí olí un perfume de tabaco más delicado como en aquellos entierros. Y es que la piedra de toque del tabaco es el aire libre: el aire libre mejora el buen tabaco y empeora el malo. Las azuladas volutas de los puros ascendían lentamente por el aire y entre la pelusilla de los árboles de las aceras y los sombreros del acompañamiento quedaba un plafón de humo tenue y volátil que iba deshaciéndose con una indolencia voluptuosa —de primavera. Yo iba detrás, en la cola, en esa región incierta situada entre las últimas evaporadas personas del cortejo y los coches de punto, landós y faetones alquilados para ir al cementerio. Hasta mi pituitaria llegaba el delicioso aroma del tabaco de La Habana que se desprendía del acompañamiento. En la claridad del cielo de la tarde, en la luz dorada de la primavera, en el aire mórbido, suave, de una tibieza húmeda, que flotaba sobre Barcelona, aquel perfume era embriagador— por decirlo como los poetas —y se me ha quedado clavado en el recuerdo con la fuerza que a veces tienen las cosas inconsútiles y sin peso. Yo me decía: ¡Dios mío, qué bien se fuma en estos entierros!

El duelo solía despedirse en la Gran Vía o en la plaza de Urquinaona, y el acontecimiento se dispersaba. El humo de los puros se volatilizaba. Por la noche, a veces leía las descripciones mecánicas que el *Ciero*^[19] daba del sepelio y a mi nariz —y a mi imaginación— retornaba el perfume de la tarde, el aroma del entierro.

La Sagrada Família

El desquite de la mediocridad racionalista de las cuadrículas del Eixample de Barcelona es el exabrupto genial de la Sagrada Família. Si un día cualquiera y de forma deliberada, después de pasear un par de horas por las calles del Eixample, uno se presenta ante la Sagrada Familia, se experimenta una conmoción extraña, uno tiene la impresión de encontrarse no ante algo diferente, sino ante algo absoluta y voluntariamente distinto. Siendo estudiante, en mis inacabables divagaciones por las calles de las cuadrículas, viví muchas veces dicha experiencia, sin poderme explicar nunca, sin embargo, las causas que indujeron a Gaudí a acentuar hasta el delirio esa diferencia.

Justo después de terminar la carrera, la amistad con Lluís Llimona me llevó un día a tomar café en su casa. Conocí entonces a Josep Llimona, el célebre escultor, que fue quien me dijo la primera cosa seria que sobre Gaudí he oído en mi vida. «En los ojos azules y en la frente de Gaudí —me dijo— hay tal perturbación, tal singularidad, una complejidad tan obsesionante, que para mí este hombre ofrece las características del genio. Gaudí es una encarnación del genio».

En aquella época, en los medios universitarios catalanistas —que eran los únicos que se interesaban por algo más que por las acostumbradas frivolidades juveniles— y en el ambiente intelectual incipiente en el que me movía, el papel de Gaudí tenía una cotización muy baja y su obra se consideraba por lo general horrorosa. No tenía enemigos deslavazados y mansos, indiferentes y superficiales. Gaudí crispaba a sus enemigos instantáneamente, en cuanto su nombre aparecía en cualquier conversación. Sus enemigos pertenecían a dos categorías: los que atacaban su persona y su obra y los que reservaban su indignación sólo contra su obra.

A los primeros les sacaba de quicio el aspecto humilde que siempre caracterizó la persona del arquitecto. Detrás de aquella humildad tan acusada veían un orgullo sin límite. Algunas veces me crucé con Gaudí por las calles, hacia el atardecer, normalmente. Llevaba un traje negro, brillante y

deshilachado, unas pantuflas oscuras, una camisa de una limpieza equívoca; mientras caminaba solía comerse un corrusco de pan o una naranja que había comprado en la esquina inmediata; caminaba encorvado, obsesionado, sin mirar nada, azorado, pobre, miserable. Si hubiese alargado la mano pidiendo caridad a la gente que pasaba, nadie habría podido decir, por su aspecto, que no era un pobre de solemnidad. Pobre, en realidad, lo era. Pocos casos se dan de desprecio tan profundo, de insensibilidad tan definitiva por el dinero, como el de Gaudí. La singularidad de este hecho provocaba reacciones de rechazo. Lo cierto es que las formas externas de Gaudí muy poca gente las aceptaba. Se decía que eran impropias de su categoría, de una singularidad intolerable, completamente contrarias a los mínimos deberes de la ciudadanía.

Aquellas críticas hacia la persona del arquitecto siempre me parecieron reacciones de ínfima categoría, porque creo que la gente tiene derecho a vivir, mientras no moleste a los demás, del modo que mejor le parezca. Si a Gaudí le parecían más sabrosos los corruscos de pan que llevaba en sus deformados bolsillos que los platos que servían en el Suís o en el Continental, ¿por qué no podía comérselos? Y si su vestuario era tan precario y escaso, ¿a quién podía importarle? Si su figura no era tan arrogante, ni tan reluciente, ni tan bien recortada como la del vizconde de Güell o la de los *lyons* que frecuentaban el Excelsior, no creo que ello fuera motivo para poner el grito en el cielo.

Ahora bien: es muy probable que la clave de todas aquellas indignaciones se encontrase en otro aspecto de la cuestión, y también fue el escultor Josep Llimona quien me hizo pensar en ello. «Cuando Gaudí habla con la gente — me dijo el escultor— se produce una situación curiosísima. Cuando este hombre de aspecto tan mísero y deprimente, tan insignificante y compungido, se echa a hablar, en su persona tiene lugar una transformación tan grande, tal transfiguración, se crea instantáneamente un clima de una seriedad y elevación tan grandes, surge un hombre de unas convicciones tan profundas, un hombre que dice unas cosas tan nuevas, tan enormes y a mi entender de tanto sentido, que es natural que la gente que el arquitecto tiene delante, sobre todo la gente saturada de tópicos y tonterías, se indigne desaforadamente. Gaudí es uno de los espíritus más libres, menos convencionales de la tierra. La indignación se exaspera ante el contraste que ofrece la persona física del arquitecto y su personalidad anímica. Si lo que Gaudí formula, lo dijera un señor bien vestido y de mucha peluquería, la gente lo toleraría. Pero que lo diga un hombre con aspecto de mendigo se considera intolerable, imperdonable e indignante. Por todo esto no pueden ver a Gaudí».

Ante la obra del arquitecto, el número de detractores era muy grande —claro está, en los medios intelectuales y artísticos. Para los novecentistas, el problema lo había resuelto Eugeni d'Ors en el *Glosari*, al establecer las distinciones entre vida cósmica y vida humana, entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la cultura, entre el romanticismo y el clasicismo. Según daban a entender estos elementos, la arquitectura es un arte de sentido contrario a la naturaleza, un arte de arbitrariedad, una construcción típica de la cultura, de la vida humana, es decir, de los estilos. La naturaleza no produce estilos: la naturaleza son las montañas, el mar, los bosques, lo informe, el caos. Sólo el hombre culto, domesticado en sistemas canónicos, produce estilos. La arquitectura no puede ser un arte de imitación de la naturaleza, no puede ser naturalista. Al romper la tradición arquitectónica europea, Gaudí quiere devolver la arquitectura a la naturaleza. Su ambición es enorme. ¿Es una ambición ponderable, una ambición sobre todo factible? Los jóvenes de entonces tenían estas ideas y decían estas cosas. Yo también las repetía.

Estas ideas las compartía mucha gente —aunque no se las hubiese formulado con la esquemática claridad con que (tal vez) acabo de hacerlo. Las personas cultivadas de la época, casi todas ellas educadas en Francia, muchas con largas estancias en Italia e Inglaterra, consideraban que la obra de Gaudí era monstruosa, que implicaba la ruptura de una tradición que llevaban en la sangre y era para ellas como una segunda naturaleza. Para explicar la enormidad del fenómeno Gaudí decían que el arquitecto era un producto del fondo anárquico, inconstruido y perentorio que caracteriza permanentemente a las grandes personalidades del país. Esta explicación siempre me pareció demasiado simple.

De todos modos, la oposición a la obra de Gaudí tampoco era total. En los ambientes intelectuales desprovistos de prejuicios, libres, Francesc Pujols, por ejemplo, defendió con la pluma y la palabra a Gaudí, en nombre del arte viviente. Pujols, que en las cuestiones de arte siempre partió de la definición de la belleza dada por Milà i Fontanals, según la que «la belleza es la armonía viviente», solía decir que la obra del arquitecto es realmente poco armónica, pero que sería ridículo discutir su vivencia.

—De todas maneras, las formas de la naturaleza aún lo son más... —se le objetaba—. Fíjese en las setas, por ejemplo...

—Sí, de acuerdo —decía Pujols—. ¡Pero no se impacienta! Gaudí también hará setas. Es una cuestión de tiempo.

También defendieron al arquitecto los artistas católicos de Sant Lluç, que tenían como consejero y moderador al obispo Torras i Bages, y cuyas personalidades más relevantes eran los hermanos Llimona. En la casa de Josep Llimona, con quien entonces me relacioné, siempre se habló de Gaudí con el mayor de los respetos. En los grupos de la otra parte, tanto en el ambiente de Rusiñol como en el de «Les Arts i els Artistes», la posición era contraria, a pesar de que algunos de los artistas de esta última asociación (Nogués, Colom, Pascual...) hubiesen trabajado en la decoración, establecida por Gaudí, de la Pedrera y hubiesen conocido y tratado al arquitecto.

En el momento máximo del esfuerzo de Gaudí por desplazar la arquitectura a la naturaleza, el arquitecto hizo los honores de la casa de Milà, de la Pedrera, al pintor Carles.

—¿Cómo justifica, señor Gaudí, las formas y los volúmenes curvilíneos que ha puesto en la fachada? —le preguntó Carles.

—Se justifican porque están ligados con las formas curvilíneas de las montañas de Collserola o del Tibidabo, que se ven desde aquí.

—Pero desde aquí —se encontraban en el último piso de la casa— también se ve el mar, y la línea del horizonte del mar es recta.

—La línea recta no se encuentra en la naturaleza —respondió el arquitecto.

—La línea recta no se encontrará, tal vez, en una naturaleza cruda y brutal —replicó Carles—, pero una forma regular, una forma de estilo, complacerá el espíritu del hombre. Todo lo que no es caótico complace el espíritu.

—¡No se trata de complacer...! —dijo el arquitecto con sequedad.

En el ambiente intelectual antigaudiniano, que imperaba entonces en Barcelona, el momento de máxima detracción se produjo al circular la noticia de que Gaudí había dicho que los griegos antiguos habían sido un pueblo inferior porque no conocieron el remordimiento. Formulada de este modo, la frase no está completa. Al haber conocido los ambientes favorables y contrarios al arquitecto, puedo, gracias al escultor Llimona, referirla exactamente. Gaudí había dicho: «El Partenón responde a la arquitectura de un pueblo que no conoció el remordimiento».

El juicio levantó, por supuesto, una gran polvareda. No se trata, claro, de una frase original. Es un tópico ligado con el humanismo de color de rosa, que dice que los templos griegos están contruidos de tal manera que en ellos se entra con la cabeza alta y mirando al frente, mientras que en los otros templos se entra con la cabeza gacha y la curvatura del remordimiento en el espinazo.

Estos juicios de Gaudí no tuvieron una réplica directa, pero exacerbaron la oposición al arquitecto y a su obra, no sólo en el terreno verbal, sino a base de pequeñas notas, por lo general groseras y venenosas, que aparecían en los diarios. Yo también me sumé a ellas y sostuve, con esa caradura pueril que a menudo da la inconsciencia, que Gaudí era un producto judeoasiático ante el cual el mundo griego antiguo representaba la libertad del espíritu y el propio origen de la escultura más luminosa y elevada. Por aquel entonces todos estábamos imbuidos de cultura francesa y en menor escala de cultura alemana y, aunque tuviéramos delante la guerra más espantosa de la Historia —la primera guerra mundial—, no veíamos nada, teníamos los ojos cegados por las maravillas (que creíamos de duración ilimitada) del período anterior, que había permitido una libertad tan grande. Hablo de un momento determinado, de un momento que ha existido —como existe este momento presente— y que si bien ha pasado, no ha dejado de tener peso —tanto peso como el momento actual. Es evidente que la guerra, a medida que fue devastando los espíritus, se fue llevando todas estas ilusiones porque demostró que tenían poca virtualidad; ahora bien, la última ilusión que perdimos fue la de la vida y la cultura del mundo antiguo, el ideal de la Grecia clásica, que era una Grecia de color de rosa, que habíamos aprendido a través de la claridad de los escritores clásicos, de la nostalgia de los poetas modernos y de los panegiristas anticristianos.

Aquella guerra se lo llevó todo por delante, y la Grecia de Nietzsche, de Renán, de Maurras y de Anatole France, de los poetas ingleses y alemanes, de los invertidos y pederastas del panhelenismo intelectual, de la universidad liberal y de los cafés literarios, quedó muy maltrecha. No sólo cayeron aquellas maravillosas litografías, sino también algunas elucubraciones de mucho más nervio y vuelo. El mundo retornó al clima del remordimiento y la revolución rusa pareció la espada de la venganza de Dios sobre una burguesía asustada.

La convulsión que la primera guerra mundial produjo en los espíritus fue muy profunda, y es en este momento cuando se produjo el giro a favor de Gaudí y de su obra. Su frase sobre los griegos y el remordimiento pudo digerirse con más facilidad. Aumentó el número de personas a las que les pareció natural. Incluso alguno sospechó que un cristiano como Gaudí no podía haber formulado otra. Es muy difícil, en efecto, que un cristiano de catacumba como Gaudí, que fue el cristiano más auténtico de su tiempo, de

una autenticidad que casi no puede describirse, un cristiano total, indestructible e intratable, pudiera pensar sobre el mundo antiguo y sobre el mundo moderno, que se presentaba como su heredero directo e inmediato, de una manera distinta a la que en su juicio va implícita. Para un cristiano auténtico, la piedra de toque del mundo ha sido siempre el dinero, la diabólica sensibilidad por la riqueza, la pecaminosa avidez de poseer. Gaudí vivió cristianamente. Si tuvo alguna vanidad, fue la de su pobreza, su absoluta indigencia. Es, pues, normal que creyese que una historia encasillada en la posesión era nefasta y estaba condenada a las tinieblas del remordimiento. El hecho de que los griegos, aun a pesar de haber sido un pueblo de posesión y avidez, hubiesen olvidado el remordimiento, lo consideró de un orgullo insoportable, un pecado terrible. Para el arquitecto, historia y remordimiento, vida y expiación, son lo mismo.

Las ideas de Gaudí sobre la arquitectura religiosa arrancan de esta concepción del mundo. Si los griegos crearon un templo que desconoció el remordimiento, él quiso crear el templo de la expiación. Ello habría de llevarlo a la negación del mundo clásico y de su espíritu: los cánones y las secciones doradas que los antiguos crearon. Ante esta impresionante ambición, alguien dijo —para que la ambición no pareciese tan desaforada— que Gaudí pretendía hacer el gótico mediterráneo. La pasión de verticalidad frenética de las formas de la Sagrada Familia, contrastando con las formas horizontales, aferradas al suelo, de los estilos clásicos, pudo dar cierta verosimilitud a la observación. Ahora bien: yo creo que Gaudí, aunque no pudo tener como cristiano el espíritu del gótico, arquitectónicamente hablando es un problema mucho más complejo. Es un caso personal, único, una personalidad prepotente que rompe la tradición arquitectónica de nuestra cultura, sirviéndose, claro está, de sus condiciones de matemático y constructor, que están por encima de cualquier posible discusión, pero apuntando siempre a un fin más elevado, a un fin religioso y moral visible. No. No puede decirse que Gaudí sea un arquitecto gótico y que haga el gótico mediterráneo, que es el gótico más razonable y plausible, el más vinculado con nuestra forma de ser.

Gaudí pretende construir una arquitectura cristiana inventada de nueva planta, con toda la simbología de esta religión hecha visible —una arquitectura para el pueblo cristiano de catacumba con el que soñaba, un pueblo dominado por la fuerza del remordimiento. Gaudí era un dolorista, es decir, un antiburgués, y por esta razón el problema que las personas elegantes y distinguidas denominan como el gusto, el buen gusto, el refinamiento, tanto

si es de raíz francesa como inglesa, como de donde sea, no tuvo para él la más mínima importancia, ni siquiera existió. «¡No se trata de satisfacer...!», le dijo a Carles haciéndole los honores de la Pedrera. Su obsesión fue esencialmente religiosa y sobre todo moral, porque siempre creyó que religión y moral son lo mismo.

Personalísimo dentro de una coherencia objetiva, dominado por un horror físico hacia el canon, el tópico y el lugar común, dotado de una fuerza de renovación impresionante, infatigable investigador como corresponde a un hombre moralmente insatisfecho, Gaudí hizo arrancar su arquitectura de la vida, de la realidad, de la naturaleza. Nunca le importaron las reglas mientras fueran compatibles con las resistencias, e incluso en este punto fue bastante ortopédico. Como buen antirracionalista, fue directo hacia las formas más primigenias, más cósmicas, más directas, y a veces las hizo simplemente moldear. Es una arquitectura vitalista —una aproximación a la naturaleza realizada por un espíritu de una sensibilidad religiosa densísima. La Sagrada Familia es la síntesis de las ideas y de la sensibilidad de Gaudí. Juzgarla a partir de los criterios estéticos habituales, de la rutina, no tendría sentido. Es un templo expiatorio que, si no me equivoco, significa un templo del remordimiento.

Cuando, tras caminar un rato más o menos largo por las calles de las cuadrículas, se llega a la Sagrada Família, la estupefacción no puede reprimirse. No voy a decir que las calles del Eixample de Barcelona depriman, pero que son aburridas, repetidas y poco graciosas, que invitan a la mediocrización personal, es evidente. El contraste entre el Eixample y la Sagrada Familia es uno de los hechos más extraordinarios de la Barcelona moderna. Cuando, en mi época de estudiante, y después de deambular por la uniformidad de las calles, llegaba a aquel páramo que pintó Ramon Casas, tendía a creer que me hallaba frente a una explosión de romanticismo. Ante aquella genialidad creía que contaba menos la obra que el autor, que el arquitecto. Me parecía que la personalidad era superior a las formas de la arquitectura, que no eran sino el reflejo de un espíritu angustiante, asfixiante, prepotente. Me parecía encontrarme ante una construcción firmada en sus mínimos detalles, que sólo podía atribuírsele a él. Si las ideas de Gaudí —me decía a mí mismo— las hubiese realizado y formulado un hombre corriente encarnado en el arquitecto más distinguido, el resultado habría sido irrisorio. Proyectadas y realizadas por él, han creado el cuerpo arquitectónico más extraordinario del siglo. Creía, pues, que la explicación de la Sagrada Família era una veleidad romántica de proporciones inauditas. A veces alguien

hablaba de los discípulos de Gaudí. ¿Discípulos? ¿Qué discípulos? Los románticos nunca han tenido discípulos. Un romántico de la envergadura de Gaudí, ¿qué discípulo podía tener? O las palabras habían perdido su sentido o el hecho era imposible.

Ahora bien: en la medida en que iban repitiéndose mis idas a la Sagrada Familia, consideré que era necesario echarle algo de agua al vino. En efecto, en un momento determinado sospeché que la explicación de la genialidad pétrea del arquitecto a través de su orgullo personal, de su romanticismo histórico, era más bien una consecuencia del contraste vivido, intensamente vivido por medio de caminatas sedientas y estériles entre la mediocridad aplastante del Eixample de la ciudad y la audacia genial del Templo. La Sagrada Família está admirablemente colocada para causar efecto. Es una estructura impresionante dispuesta en medio de una aglomeración de mediocridad gris y turbia. Esta forma de ver la Sagrada Familia podrá tener la tara del subjetivismo. Tal vez. Sin embargo, no creo que el contraste no deba tenerse en cuenta. Es una realidad. En la medida en que la ciudad ha ido creciendo y la mediocridad aumentando, el Templo Expiatorio ha adoptado en la mentalidad de la gente unas proporciones nunca vistas —me refiero a unas proporciones arquitectónicas insospechadas y singularísimas.

No creo que el arquitecto tuviera arte ni parte en este hecho. Se encontró ante la necesidad de construir un ingenio determinado —allá donde fuera— y se lanzó de lleno a ello. El resultado fue literalmente sensacional: elaboró una construcción genial sobre un campamento mediocre y adocenado. Sobre una arquitectura puramente burguesa levantó una fantástica singularidad.

A veces me dejaba caer de noche por la Sagrada Familia, en las noches de luna y entonces todo lo que me parecía ver en el templo aparecía mucho más acusado. El barrio de los alrededores era incipiente, desordenado. El ingenio iba creciendo poco a poco, cada vez más extraño. Me perdía en la perplejidad.

En nuestro espíritu llevamos una tradición escolar arquitectónica que hace miles de años que dura, y ante dicha tradición la Sagrada Familia es un fenómeno aberrante. Por muy abierto que uno tenga el gusto a las mayores confusiones de la vida actual, resulta difícil de digerir. Gaudí es único, es un hombre aparte.

El esfuerzo que hizo Gaudí para desplazar la arquitectura de la tradición nacida de los cánones antiguos, para situar la arquitectura en la naturaleza, rompiendo con lo que siempre fue arte: una construcción como es siempre la

cultura contra la naturaleza, un arte arbitrario, cerebral, impuesto a la naturaleza, tiene una nota de grandiosidad. Fue una ambición sin límites. Si los vientos soplan en esta dirección, Gaudí se convertirá en un personaje de grandes dimensiones, en una especie de fundador, de definidor y de santo padre de lo que vendrá. En la medida en que la domesticación humana vaya acentuándose y las cuadrículas del plan Cerdà vayan del Besós al Llobregat y más allá, es muy probable que la obra de Gaudí, por lo que tiene de genial singularidad, sea apreciada *in crescendo*.

En estas noches de luna, viendo la luz amarilla del satélite chorreando sobre las piedras amarillentas de la Sagrada Familia, pienso que el esfuerzo hecho por Gaudí para llevar la arquitectura a la naturaleza habría merecido poder rematar la jugada hasta sus últimas consecuencias. El templo, en la luna de la noche, tanto si se le mira de lejos como de cerca, es algo único. Pero es sobre todo al mirarlo de cerca —al sentir uno el desmoronamiento de los detalles venírsele encima y la propia sensación de estar dentro de la pura geología— cuando uno se da cuenta de su espíritu. Al arquitecto le gustaba moldear las cosas de la naturaleza e insertarlas en el templo. Todo ello me llevaba a imaginarme el desplazamiento del ingenio del aire libre en el que naturalmente se encuentra al fondo del mar y con una luz submarina. Tal vez éste hubiera sido su medio más natural y adecuado. La estructura del templo se habría ido cargando de deposiciones minerales; ese punto de frialdad turbia que caracteriza la luz del fondo del mar, lo habría mantenido en una imprecisión incierta; encima, se habrían formado anfractuosidades, protuberancias, cavernas, grietas, cuevas, todo ese mundo informe de la vida cósmica. Una vasta biología animal y botánica palparía, en un hormigueo primigenio, encima y alrededor de la masa imprecisa: las formas blandas, las formas titilantes, las puntas, las viscosidades, el sonambulismo de los reptiles. Las torres, los arbotantes, los contrafuertes tendrían el temblor del musgo y la temperatura de la palpitación primigenia. Podía imaginarme —ayudando siempre la luna— que la estructura dibujada y creada por el arquitecto, dispuesta en el fondo del mar, la habrían completado las secreciones de la mineralogía. En la luz submarina, de la zona luminosa del mar, que en su superficie es tan dulce, suave y hermosa, el templo habría estado tal vez mejor situado que en la luz del día de Barcelona, a la que a veces tanto le cuesta ser sutil. En el medio líquido, la Sagrada Família sería de un naturalismo mágico, irreal, fantástico. Si los turistas dicen ahora: «*C'est incroyable! C'est fantastique!*», ¿qué formularían ante el templo sumergido? Por lo menos el

templo ya no contendría ningún elemento relacionado, de una forma u otra, con cualquier aspecto del estilo arquitectónico de la masonería.

Todo esto es pura fantasía, pero puedo imaginarme perfectamente lo que estoy escribiendo y creo que, suponiendo la posibilidad de desplazar la arquitectura a la pura naturaleza, al mundo cósmico, es posible imaginar el medio más adecuado del desplazamiento. Tal vez, en realidad, la arquitectura de una catedral sumergida sea siempre la de la Sagrada Familia; de este modo, para tener una idea exacerbada de la belleza de este templo, sólo hay que esforzarse en imaginarlo inmerso en el mar, en la luz del mundo submarino. El ideal arquitectónico de Gaudí aparece entonces clarísimo.

El razonamiento de Gaudí podría haber sido éste —me imaginaba que podría haber sido éste en aquellas noches de luna del año 1916—: la arquitectura más importante que se ha hecho en Europa proviene de los griegos. Es una obra de la razón humana, temeraria hasta el extremo de negar la expiación y el remordimiento. El resultado, como proceso histórico, ha sido siniestro: el mundo está lleno de iniquidad y miseria. Es tanta la iniquidad existente que se ha convertido en la propia vida, en la mediocridad de la gente. Barcelona se ha transformado en la encarnación de la mediocridad burguesa. Hemos de devolver la arquitectura al cristianismo de catacumba, a la expiación y al remordimiento. Para lograrlo no nos puede ser útil ningún canon de la arquitectura antigua. Si ésta es racionalista, hemos de volver al mundo primigenio de la naturaleza, como la forma más cercana a Jesucristo. «La meta de mi vida es la lucha contra el clasicismo, el helenismo. Yo soy un nuevo san Pablo en lucha contra el mundo antiguo». El argumento de Gaudí es encomiable. Pero, siguiendo en el mismo plano, podría completarse diciendo (a base de la fantasía a la que me incitaban aquellos claros de la luna): la Sagrada Familia está bien. Es un templo de expiación. Pero aún podría encontrarse en un medio más adecuado dado nuestro impulso hacia la naturaleza: podría ser una catedral sumergida.

Comprendo que semejante fantasía, imaginativamente realizable, podrá molestar a algunas personas delicadas y sensibles. Sin embargo, lo que sucede es que yo no podría decir otra cosa, porque, quiera o no quiera, no puedo desprenderme de la cultura de mi tiempo. Poco correcto sería que ante estas cosas, y por razones de oportunismo, uno pudiera cambiar de principios como quien cambia de camisa. La cuestión de la Sagrada Familia no es una cuestión de gusto, aunque el gusto, por el hecho de ir ligado con las reacciones de la

piel, sea un asunto de mucha profundidad. Se trata de una cuestión de principios, y la juventud de mi tiempo tuvo de la obra de Gaudí la idea que acabo de exponer.

Nos imaginábamos la catedral de esta manera —lo que no significa que hiciéramos una crítica de ella, pues nuestras facultades críticas eran muy pobres. Sólo podíamos imaginárnosla sumergida, con crustáceos rampantes, mejillones, lapas —una forma tan apropiada al gusto del arquitecto como las setas—, protozoos, algas y todo ese mundo un poco vistoso del fondo del mar —del mismo modo que no podíamos imaginar la fachada de la Pedrera sin ver un fondo de acuario y algunos pasillos y habitaciones de paredes torcidas de las casas que construyó como un medio adecuado para ver en ellos peces nadando. No. No se trata de una crítica. Es simplemente la descripción siempre poco afortunada, y probablemente afectada por la legañosa y pegajosa luz de la luna barcelonesa, de lo que pensaba la juventud sobre un punto determinado de estética, en un momento preciso— y siempre haciendo las excepciones naturales de las personas que defendían esta obra infatigablemente, personas a las que conocí y aprecié como se merecen.

El templo nos daba la impresión de un naturalismo tan abrupto y tan fuerte, que nos resultaba imposible concebir que alguna vez pudiera acabarse —como es imposible concebir que alguna vez pueda acabarse el proceso, el devenir de la naturaleza. La Sagrada Família será siempre una obra inacabada — es decir, será como la geología.

El frío

En mi época de estudiante en Barcelona pasé mucho frío. En los pisos en los que sucesivamente viví —en la calle Mallorca (entre Rambla de Catalunya y el Passeig de Gràcia), en la Rambla de Catalunya (entre la Plaça de Catalunya y la Gran Via), en la calle Pelai y en la Gran Via, pasé unos inviernos lamentables. La Universidad era glacial. Las casas de huéspedes una nevera. La calefacción, incluso en los pisos habitados por familias ricas, era algo muy raro. Una vez estuve invitado a cenar en una casa bien del Passeig de Gràcia. Al fondo del comedor— que era muy aparatoso— había una chimenea monumental. Dentro de la chimenea vi unos troncos de encina y debajo una pequeña bombilla eléctrica de color rojo para crear la ilusión de que los troncos se estaban quemando. Era un fuego ficticio, una falsa chimenea. El señor de la casa comió con el abrigo y el sombrero puestos. La gente de clase media se defendía posiblemente mejor con la mesa camilla y el brasero. Hablando en general, la gente que mejor vive en invierno en nuestro país son los payeses, porque viven en la cocina, donde siempre hay un fuego u otro.

Yo, entonces, era joven y en principio no debería haber sido tan sensible al frío, pero como siempre he sido hipotenso, las bajas temperaturas me han perseguido desde mi más tierna infancia.

Barcelona tiene un otoño largo, pero en cuanto ha transcurrido el tiempo de las castañas y el ilusorio veranillo de San Martín la ciudad se entumece. El otoño es traicionero y pérfido en el sentido que produce una lenta penetración del frío en las habitaciones, un frío que día a día va haciéndose más destilado, agudo y solidificado. Las hojas de los plátanos van cayendo y el frío va entrando en las casas. De la presencia del invierno uno se da cuenta antes dentro de los pisos que en la calle, lo que es verdaderamente singular. De este modo llega el invierno y esta aparición produce entre los barceloneses un curiosísimo espectáculo: produce una sorpresa general. El barcelonés no concibe que en Barcelona pueda hacer frío, y esta incapacidad ha de ser muy vieja y heredada, dada la naturalísima sorpresa general. Dicha sorpresa va

transmitiéndose de generación en generación, como en las familias se transmite el dibujo del lóbulo de la oreja o la forma de la nariz. Cada año es igual.

En la medida en que las casas van enfriándose y el frío —el frío de los mosaicos y baldosas— va penetrando, como si fuera infiltrándose en las habitaciones más arregladas, en los rincones más preservados, las calles, en las horas de sol, tienen una temperatura suave y benigna. Este contraste es un modesto consuelo, una compensación ficticia e ilusoria, muy poca cosa, pero lo cierto es que cuando llega el invierno se produce en la ciudad una especie de locura por ir a tomar el sol, un deseo de absorber el sol mediante todos los procedimientos de los que dispone la naturaleza humana. Es un ideal mayoritario, aunque, claro está, no todo el mundo está en condiciones de ponerlo en práctica. De hecho, el sol lo toma muy poca gente, y el del Passeig de Gràcia sólo lo toma —palabra deliciosa que también se aplica a tomar una taza de caldo— la gente muy importante. En el Passeig de Gràcia, en invierno, en aquella época, desde las doce y media a la una y media del mediodía, podían verse las caras más conocidas de la ciudad: los mejores abogados, los financieros, los políticos, la aristocracia, los fabricantes, las autoridades. El sol creaba unas caras radiantes —hecho que daba a entender, por contraste, que todos aquellos señores acababan de salir de locales fríos, desagradables. La irradiación del calorcillo hacía que aquellos señores hicieran grandes ademanes con el sombrero, se mirasen a las señoras con gran avidez y saludasen a los paseantes lejanos alzando las manos. Se creaba como un ambiente de familiaridad. Las nodrizas daban de mamar a los bebés sentadas en los bancos de las farolas del arquitecto Falqués. Las criadas llevaban a los niños en unos cochecitos altos, con la capota descubierta, que parecían una réplica microscópica de los automóviles de techo altanero adecuados a las superestructuras que llevaban en la cabeza. Pasaban unas señoras arrogantes con el boa colgando, las medias de seda negra y los zapatos de *doré*. Los jóvenes llevaban unos trajes ceñidos y bastante ridículos, empezaba a utilizarse la brillantina para el pelo y, cuando se quitaban el sombrero, el sol sobre la brillantina creaba un destello de sorpresa, una mancha luminosa insospechada. Aún había muchos señores que llevaban bastón y joyas y anillos en los dedos de las manos. Todo el mundo tomaba el sol y trataba de compensar los interiores helados. «Buenos días, buenos días... recuerdos... adiós, adiós... ya nos veremos... hasta mañana». Algunos tomaban el sol a pie. Otros lo tomaban a caballo, pasando en coche descubierta por la avenida central.

Daba la impresión de ser una sociedad que se pasaba la vida entre las caras risueñas de los amigos, de los conocidos, de los saludados, de los conocidos de vista y de un número más o menos grande de familiares. Era una sociedad —al menos virtualmente— en compañía, una sinfonía de presencias amables que duraba todo el año: en verano, antes de salir fuera, porque la sombra de los plátanos era fresca; en invierno, porque el Passeig de Gràcia estaba soleado. El sol de invierno parecía el común denominador de la sociedad. Este sol de invierno parecía inclinar las relaciones humanas hacia el amor al prójimo y la ternura ciudadana. Ahora bien, puesto que una sociedad así habría sido, a la larga, muy aburrida, la gente matizaba sus sentimientos con fuertes dosis de maledicencia y con aquellas formas de la envidia atávica que ya se han documentado tanto.

Barcelona es una ciudad magnífica para tomar el sol. En invierno tiene dos tipos de mañanas: una mañana morosa y pegajosa, opaca, con un cielo de vapores espesos y grisáceos sobre los tejados, en el que se mezclan, con los elementos atmosféricos, todo tipo de evaporaciones industriales y humanas, y una mañana radiante, pura y clara que surge cuando soplan los vientos del Montseny, secos, tónicos, ligeros y brillantes. Las mañanas claras parecen hechas adrede para levantarse pronto, para correr detrás de las pesetas, para conseguir que las transferencias de moneda favorezcan la propia cartera. Los cielos grises y átonos invitan a levantarse tarde. Pero incluso este último tipo de mañana, cuando el sol llega a su cénit, se aclara, la masa atmosférica pegajosa se desprende de tejados y paredes y es entonces cuando, sobre la opacidad del asperón de la ciudad, aparece algún color —muy pocos. Y si así sucede, siempre es en el momento del aperitivo. En la hora de tomar el sol, Barcelona es una ciudad clara. Es la confirmación de una observación según la que las ciudades que lindan a levante, como Barcelona, tienen, incluso en el peor de los casos, un momento matinal despabilado y esbelto, mientras que las que lindan a poniente, como Roma, tienen mañanas mortecinas y tardes grandes y triunfales.

Barcelona tiene asimismo dos tipos de tardes: las tardes de aire inmóvil, en las que el paso del tiempo camina lentamente, como si madurase una fruta que al final aparece en forma de puesta de sol sobre el Tibidabo —puestas que a veces son escuálidas, rosadas y descoloridas y otras veces tienen un dramatismo luminoso de una espectacularidad grande y melancólica. También hay, y con mayor frecuencia, las tardes de viento del sur, tétrico y lóbrego, persistente hasta el tedio, que cargan la ciudad con los crepúsculos lívidos, húmedos, reumáticos y llenos de jaqueca.

Situados en este ambiente, no me cuesta demasiado comprender la importancia que el sol tenía en invierno en Barcelona. Pero llegaba un momento en que el sol se acababa y el aire de la calle adquiría una presencia húmeda y glacial. Teníamos que volver a la casa de huéspedes, encerrarnos en la habitación helada y estudiar. A estudiar se le llamaba entonces empollar. La Universidad científica y literaria había empezado hacia octubre. Nos encontrábamos a primeros de diciembre. Durante todas aquellas semanas habíamos tenido, como casi todos los demás estudiantes, una gran sorpresa: la de ver los esfuerzos que hacía el establecimiento por mantenerse abierto. Como dudábamos de la existencia del establecimiento —no del edificio, claro—, teníamos la impresión de que podría cerrarse de un momento a otro sin que pasase nada especial. La mayoría de los catedráticos hacían todo lo posible para llegar a este resultado, y los estudiantes colaboraban en el mismo propósito con broncas, trompazos, pedradas y huelgas. La instrucción pública era increíble. Ahora bien, a pesar de los innumerables esfuerzos que se hacían para conseguir la clausura, nunca se logró de forma definitiva. En la base de aquellos hechos había algo extraño, probablemente un milagro.

Así pues, teníamos que empollar. Empollar significaba sentarse frente a una mesita, colocar los pies encima de una esterilla fina como la oreja de un gato y permanecer ante un libro una determinada cantidad de tiempo discrecional. El libro que uno se colocaba delante formaba parte de la decoración de la mesa. Era un libro de texto, una asignatura. La decoración la completaban dos elementos colocados simétricamente a la derecha e izquierda del estudiante. A la derecha había una taza de café; a la izquierda un paquete cilíndrico de cigarrillos de cincuenta céntimos, un librito Bambú o Pay-Pay y una caja de cerillas del monopolio nacional.

La habitación era pequeña. Había una cama, un armario, una percha, dos sillas y un lavabo de palangana. Del centro del techo colgaba un hilo eléctrico que terminaba en una bombilla colocada bajo la protección de una pantalla ondulada. La contemplación de aquel irrisorio colgajo era muy graciosa. Como la habitación era interior daba al patio de luces y por lo tanto sobre ella se proyectaba todo lo que las cocinas de los pisos exhalaban: los olores de las coles otoñales e invernales hervidas y las canciones de las criadas. Lo cierto es que el ambiente no era muy adecuado para hacerse cargo de la enfiteusis o del retracto.

Así se estudiaba —es decir, se empollaba. Empollar es un castellanismo del argot universitario, de un significado muy exacto. La clueca empolla los huevos de la puesta cubriéndolos, manteniéndolos con su calor a una

temperatura determinada, tenazmente, hasta que la incubación acaba. El estudiante sometía su memoria a una incubación parecida a base de permanecer ante un libro de texto, tenazmente, horas y horas sentado delante de una mesa. A veces, para hacer que la empollación se activara, para no distraerse, para eliminar las veleidades frívolas del pensamiento, uno se cogía la cabeza con ambas manos apoyando los codos sobre la mesa. Era la actitud típica de empollar. Así pues, empollar— estudiar— significaba aprenderse la literalidad de un texto de memoria eliminando con sumo cuidado de la operación los problemas planteados por la comprensión del mismo. Preocuparse por la comprensión del texto ya no habría sido empollar. Habría sido pensar, reflexionar, escoger, discutir, pero todo esto no era un problema universitario. Lo único que se exigía con seriedad era recitar un texto de memoria, es decir, referir el efecto de la empollación realizada. Lo demás era secundario. Hablo, por supuesto, en general. Había algunos profesores, poquísimos, más interesados en la comprensión que en el recitado de los textos, como también había estudiantes que espontáneamente iban al grano.

Pero al cabo de tres o cuatro minutos de tener la vista concentrada en la asignatura sentías los primeros efectos de la temperatura imperante. Tratabas de eludirla, bebiéndote primero el café, y poniéndote después el sombrero; al cabo de un rato, el abrigo, y un poquito más tarde, la bufanda. Eran remedios que duraban un instante. Del suelo de mosaicos te subía piernas arriba un frío gélido áspero que te endurecía los zapatos, te penetraba en la carne y te entumecía el cuerpo. La esterilla que tenías en los pies se volvía tan irrisoriamente precaria que te provocaba una tierna lástima. El cuerpo se te agarrotaba y te quedabas retorcido y encogido. No era la sensación de encontrarte en una corriente de aire; era la permanencia en una corriente de aire estabilizada, en el frío puro, objetivo y declarado.

Como el cuerpo tenía pocas reservas, porque en aquella época de la formación los alimentos a los que se tenía acceso no eran muy consistentes, la temperatura nos vencía con enorme facilidad. Nos invadía una tristeza sorda e irreparable, la tristeza que el frío produce sobre los organismos sin defensas. Por otra parte, las esperanzas eran pocas, porque cuando pensábamos en la próxima comida se nos aparecía una procesión de huevos fritos y de bistecs con patatas interminable —aquella procesión que había empezado el año 1908 en el colegio de Gerona y que en 1917 en Barcelona aún duraba. Ante semejante monotonía, agobiante y diabólica, el frío se te adhería como una garrapata. Y de este modo, empollar se volvía algo imposible. La única solución era salir a la calle e ir de un lado a otro, caminar sin objetivo, al azar.

Nunca en mi vida he vivido tanto la calle como en aquella época. Por esta razón, de Barcelona lo único que conozco son las calles de algunos barrios. Los interiores me inspiraban temor, y aún hoy entro en ellos con cierta dificultad. Con un poco de fuego, habría sacado bastante más provecho de mis estudios.

El Carnaval

Que el Carnaval tenía que morir era algo que se veía venir. La guerra del 14 con sus doce millones de muertos fue un fenómeno demasiado serio para que subsistiera en Europa cualquier reminiscencia del barroco. ¡Doce millones de muertos! ¡Se dice pronto!

El Carnaval fue la gran fiesta del barroco. En un sistema basado en la hipocresía, la adulación y la ficción, se inventaron unos días en los que los hombres y las mujeres se ponían unas máscaras para conseguir, durante unas horas, manifestarse espontáneamente. Prescindamos de si el Carnaval tiene orígenes arcaicos, griegos y romanos. Dichos orígenes deben de ser ciertos, pero carecen de documentación. Nuestro Carnaval procede del barroco. Fue una evasión —una evasión que en los lugares dominados por la forma de pensar jesuítica llegó a extremos de delirio. En Venecia, por ejemplo, y en otros lugares. Mientras subsistieron las ficciones del barroco, el Carnaval tuvo vigencia. Cuando las ficciones se vieron arrasadas por la realidad más cruda y espantosa, el Carnaval se fue como una pluma que se lleva el viento. Hasta la guerra del 14, la civilización burguesa fue una manera como otra de pasar el rato.

Tras la guerra del 14, fue una agonía. El Carnaval tenía que morir.

Es muy posible que, en su tiempo, el Carnaval contribuyera a humanizar y dulcificar las costumbres de todo un continente. En cuanto dejó de tener una finalidad, se extinguió.

Cuando un servidor, hace casi cuarenta años, comenzó a estudiar la carrera de Derecho en la Universidad de Barcelona, el Carnaval estaba ya prácticamente muerto. Se celebraba la llamada rúa. En el Passeig de Gràcia se limitaba la calzada central con las vallas blancas de los servicios administrativos, se construían unas tribunas adyacentes, se montaba una tribuna en el Cinc d'Oros para dar cobijo al Jurado, y los carros de la rúa circulaban entre dichas bellezas. Por las calles transitaban unas máscaras, por lo general medio rotas, de un popularismo dramático, pobre y frenético. En algunas casas burguesas tenían lugar los *asaltos*,^[20] que se terminaban

devorando bandejas repletas de bocadillos. Había una gran diferencia entre las máscaras pobres y las acomodadas. Los pobres se disfrazaban de más pobres, y los ricos de más ricos: era infalible. En aquella época los barceloneses se volvían locos con los bocadillos. En el quiosco de la plaça de la Universitat, frente al monumento al doctor Robert, vendían un bocadillo de jamón —una lonjita de jamón mucho más fina que una oreja de gato, pero muy sabrosa— con un vaso de cerveza por treinta céntimos. Por aquel entonces habían aparecido las máquinas de cortar embutidos. Así pues, estaba diciendo que tenían lugar aquellos llamados *asaltos* al grito de «¿Me conoces? ¿Me conoces?»^[21] y se celebraban los bailes de máscaras del Liceu. Seguramente en Barcelona hay muchísimas señoras, madres y abuelas de familia muchas de ellas, que recuerdan los bailes de máscaras del Cercle Artístic y del Liceu con gran nostalgia. Nunca entré en ninguno de ellos, pero tengo entendido que eran fastuosos. En aquellos bailes, señoras y señores, jóvenes y señoritas, hacían lo que vulgarmente se llama el *tremendo*.^[22] A partir del jueves lardero todo el mundo tenía la obsesión de encontrar la mejor manera de hacer el *tremendo*. Aunque nunca asistí a ningún baile, sí vi muchas salidas de los mismos, porque siempre fui un mirón de la Rambla, un curioso recalcitante y afianzado. Era precisamente en estas salidas donde se veía que habían hecho el *tremendo*. Ella estaba celosa de él, y él de ella. Ella estaba disgustada con él, y él con ella. Se veía, se notaba claramente que algo había pasado: aquellas caras de inquietud angustiada que solían desembocar en el marasmo de la indiferencia. Eran, además, salidas peligrosas que acostumbraban a producirse en un ambiente de humedad gélida. El ábrego había estado velando toda la noche: ese viento desfibrado, depresivo y melancólico que hace segregar los ácidos tristes de la hipocondría. A la salida del baile, una corriente de aire de dicho viento provocaba las famosas pulmonías. No había tantos abrigo de pieles como ahora y las señoras llevaban la *nube*^[23] al cuello, que era una lana tricotada, inconsistente y vaporosa. Los hombres se levantaban el cuello del abrigo. Se llevaban pocas bufandas, porque se decía que daban aspecto de viejo. Las personas enfermizas solían llevar en el cuello el pañuelo de seda blanco —pero este pañuelo se utilizaba sobre todo para estar por casa cuando se tenía el forúnculo primaveral y aparecía la botella de zarzaparrilla sobre el aparador. El pañuelo de seda blanco lo utilizaban principalmente por la calle las personas con pinta de estar «un poco tísicas». Así pues, se cogían las célebres pulmonías. En los primeros sainetes de Rusiñol, los de a caballo entre los dos siglos, hay alusiones a las personas que morían a consecuencia de la pulmonía contraída una tarde de Carnaval o saliendo de un baile de

máscaras. Un tema clásico para el agrisulce Rusiñol: «se divierten y en seguida se mueren», decía haciendo el antisilogismo de su lóbrego sarcasmo. Había muchas personas con ojeras, pero no todo el mundo moría: quienes tenían salud iban a la rúa. Los amigos se reunían y organizaban una carroza para ir a la rúa. Las carrozas eran de todo tipo: las había dedicadas exclusivamente a la dialéctica publicitaria; otras, a la actividad puramente carnavalesca. Todas estaban adornadas con una sublime cursilería. Pasaba un cisne y en la bañera que se producía en sus flancos —era un cisne de bañera— se movían unas señoritas excitadas, vestidas de anuncio de leche condensada. También estaba la carroza de los payeses, pero la gran novedad del momento eran los aviadores. Los aviadores se han popularizado mucho después, pero entonces —cuando no volaban— eran personajes adorables y magníficos. También estaba la bombonera, el *boudoir*, las medias de seda, Versailles con las pelucas, la botella de agua de Colonia, el vermut Martini Rossi, la pérgola y las aceitunas rellenas. Era una rúa de hijos de papá y de anuncios de mercancías del comercio de la población. Las carrozas avanzaban lentamente, algunas tiradas por caballos, otras accionadas por cualquier líquido energético, exhalando unas pedorreras que hacían temblar el suelo. La percusión de los ruidos mecánicos en los tímpanos humanos exaltaba a la gente. Vociferando, quienes iban a pie como quienes iban a caballo se tiraban confetis, serpentinas y bolas de nieve de papel. Era una forma asequible de demostrar los sentimientos. Para hacer acto de presencia en la visualidad ajena se han inventado todo tipo de recursos, y el Carnaval inventó éstos. De todos modos, todo el mundo sabía de qué pie cojeaba, más o menos, porque observé que el hijo de papá solía concentrar sus papelitos sobre la hija de papá y viceversa. Esto era perceptible, porque al comenzar la rúa todo el mundo llevaba la careta, pero llegaba un momento en que todos, sin duda por la incomodidad que debía provocar, se la quitaban, y ello acostumbraba a pasar cuando se encendían los arcos voltaicos del arquitecto Falqués. Detrás de la careta aparecía la cara sudada, cansada y estólida de la gente. La rúa mataba la tarde en el Passeig de Gràcia, pero luego se dirigía hacia la Rambla para acabar haciendo un último desfile por la calle de Ferran. Era el momento de las pulmonías. «¡Abrigaos bien, hijas!» «¡Montserrat, ponte la nube!», decían las mamás en el momento de subir a la fatídica carroza. Cuando, al iniciarse el crepúsculo, se encendían las luces del Passeig de Gràcia, se observaba, en el aire, una polvareda lívida. La puesta de sol, suspendida sobre el Tibidabo, con aquel resplandor rojizo de las puestas de sol de los inicios de la primavera, confería al guirigay carnavalesco un fondo de incendio de teatro

lejano y ficticio. El guirigay era igualmente frío y como de encargo y extraño. La gente hervía, gritaba, vociferaba y tiraba serpentinas. Había chiquillos excitadísimos que corrían por entre las piernas de la gente recogiendo las serpentinas. Imagino que en medio del bullicio los tímidos triunfaban y formulaban, haciendo grandes esfuerzos, lo que en todo el año no se habían atrevido a decir. En el Cinc d'Oros, bajo una tribuna de lustrina, estaban las autoridades y la junta que el último día repartía los premios. Era como una tertulia de café medio al aire libre. Recuerdo que un año vi bajo la lustrina tribunicia al general Weyler. El considerable estratega tenía el tono dorado de la guerra de Cuba y la guerrera llena de caspa y lamparones de una antigüedad tornasolada y corrientísima. Un prodigioso producto de la autarquía. De las autoridades barcelonesas de mi época, de los carnavales de mi época, sólo queda el señor Manuel Riber. ¡Vaya jeta, señor Riber, vaya jeta! El primer premio se lo solían dar casi cada año a la carroza del «Martini», y a veces a la de las lámparas, no lo recuerdo exactamente.

Cuando la rúa se desprendía del Passeig de Gràcia y entraba en las amplitudes de la plaça de Catalunya —que en aquella época era tal vez tan destartalada como ahora—, las carrozas marchaban en fila india, separadas una de otra por espacios de aire de una desolación infinita. Los embarcados, entonces, callaban, dejaban de lanzar papelitos, permanecían con la vista fija, como si meditaran, o adoptaban un aire de muñecos desinflados y mustios. Luego, al llegar a Canaletes, la cosa volvía a animarse y el Carnaval, a lo largo de la Rambla, adoptaba un aire más desgarrado, porque de las esquinas irrumpían grupos de disfrazados a pie, de un aspecto siniestro y de un color a medias entre la sopa de pescado y el bacalao a la vizcaína, que daba miedo verlos. Aquellas máscaras eran sarcásticas y angulosas y de un crepitar intenso. Por el centro de la Rambla seguían pasando algunos papás y mamás con las niñas delante, medio dormidas, una vestida de baturra y la otra de gitanilla, con un pequeño peine verde sobre el pelo negro; o los niños, uno vestido de payés y el otro de Charlot, que era un disfraz que tenía mucho éxito. Ahora bien: lo repito, todo era ya muy frío y gélido y a las diez y media de la noche, cuando todo el mundo había desaparecido, la ciudad se quedaba como abatida y desarbolada, como una boca a la que le han sacado los últimos dientes... El polvillo rojizo que flotaba en los arcos voltaicos tardaba toda la noche en disgregarse. La noche del martes aparecían en la Rambla unos hombres absurdos, que llevaban unas largas cañas y hacían la vertical.

El viento en la Rambla

En Barcelona nunca haría frío si no existiera el Montseny. Cuando el Montseny está nevado y se instala el viento del norte, el aire de Barcelona se hiela. Entonces hace frío dentro y fuera de las casas, y el barcelonés, que odia el frío, adopta un aspecto encogido y ridículo. Es el mismo fenómeno que sucede en el Ampurdán con el Canigó. En el Ampurdán nunca haría frío si la tramontana no nos trajera la vaharada seca y punzante de la nieve del Canigó.

El viento del Montseny aclara el aire de Barcelona, destruye la tapadera de nubes y humo que el ábrego coloca sobre la ciudad durante tantos y tantos días, transforma una ciudad sistemáticamente húmeda en una ciudad esporádicamente seca. El viento del Montseny crea cielos lisos con densos nubarrones blancos, destruye el color de asperón que casi siempre tiene la ciudad y permite que sus colores aparezcan. Barcelona es una ciudad sin color. Sólo tiene un poco cuando se instala el viento del Montseny —sobre todo por la mañana, con la luz más fresca. Yo adoro este viento— como la tramontana del Ampurdán, sobre todo si no sopla de una forma excesiva y brutal.

Pero luego llega la primavera, y la primavera en Barcelona es un arte de la Naturaleza en virtud del cual lo que el ser humano tiene de más superficial —que es la piel— se convierte en la cosa más profunda del organismo. Comprendo que esta afirmación pueda discutirse, que habrá gente a quien le parecerá difícil que la piel pueda transformarse en lo que tiene de más profundo el cuerpo humano. Pero a mí me lo parece... Es lo más profundo por lo menos en el sentido en que una sensación de profundidad pueda percibirse con plena consciencia. Después de la piel todo se pierde, nos perdemos, todo puede convertirse en un pretexto de misfiticación de sentimientos, en un estofado de liebre sin liebre. Lo que de hecho no tiene duda es que la aparición de la primavera en Barcelona crea, sobre la piel, una situación inequívoca, clara, auténtica. Sobre la piel parece concentrarse, a veces en forma de avidez dramática, otras veces con una graciosa ligereza, el misterio de la vida.

En mi opinión, la sensación primaveral por excelencia viene dada, en este país, por el paso del viento ábrego sobre los tejidos superficiales de nuestro cuerpo. Sobre la piel acariciada por el sol, el paso de este aire es de una frescura deliciosa y, en un estado de salud equilibrado por sueños tranquilos, de una realización lenta pero segura. Llega a producir una impresión de plenitud auténtica. Es el estado más cercano, quizás, a la percepción de la objetividad, el acoplamiento perfecto entre el sustantivo y el adjetivo, entre la realidad y su representación, por decirlo con palabras de mi oficio. Sobre la piel a la sombra produce como un estremecimiento, un escalofrío, y parece como si la punta del estilete de la humedad del viento penetrase hasta los huesos. En esta situación, la punzada del viento te desplaza hacia estados de fiebre larvada, a esas horas del crepúsculo pasadas en la cama sintiendo la humedad fría de las sábanas, a los cambios de temperatura de la almohada al modificar la posición de la cabeza.

(En Barcelona, las sábanas tienen casi siempre una frialdad húmeda). Este viento del sudoeste que domina en todo el litoral mediterráneo afectado por el clima africano (más de seis meses al año en las horas de sol y todas las noches en que el viento vela), es el que nos causa una sensación más permanente de la proximidad de la enfermedad a la salud, de la facilidad sorprendente con que puede pasarse, en este clima, del equilibrio fisiológico a la fiebre. Este viento es un elemento de lucidez que nos indica, en cada momento, la fragilidad de nuestra situación, de lo que deseamos y esperamos de la vida. Y por estar justamente afectados por estos vientos del sur del Mediterráneo, cuna del hedonismo y de las formas más sensibles de la belleza, también es la cuna de la obsesión de la fugacidad y la melancolía.

Suponiendo que la Rambla de Barcelona haya sido la arteria cívica por excelencia durante los siglos comprendidos en el tiempo en que la ciudad nos es más conocida, lo que tal vez sorprende más de la Rambla es la maravillosa situación que tiene con relación al viento del sudoeste. La geografía de una ciudad, su adaptación a los elementos de la meteorología, es una observación fascinante. Los núcleos antiguos que no tienen un origen estrictamente feudal o militar acostumbran a levantarse teniendo en cuenta la experiencia de la climatología. Son construcciones lógicas, perfectas, siguiendo el buen sentido que preside la colocación, en la tierra, de nuestras viejas masías: de espaldas al norte, de cara al sur y las paredes maestras en la línea de la región polar. En este sentido, el núcleo antiguo de la ciudad de Génova es admirable. Núcleo cerrado al norte, tiene, abiertas al sur, al mar del golfo, todas las puertas y ventanas —exactamente abiertas al viento del sudoeste. Estas puertas ventilan

las calles, templan la vida humana en invierno y la refrescan en primavera y verano de un modo delicado y fino. En una pequeña poesía sobre este viento, escrita pensando en una musiquita vulgar que pusieron a unos versos de Verlaine, intenté añadir a este céfiro los adjetivos de gracia suave y delicadeza un punto enfermiza que tiene.

Bajar Rambla abajo, desde Canaletes hasta las frondas pomposas de las Drassanes, es muy agradable en tiempo de primavera. La mejor hora es a media tarde, estando ya el viento totalmente acomodado, cuando se lleva, hacia la costa, las nubes del cielo azul y fresco, como si no tuvieran peso. El viento entra en la Rambla por la calle Pelai y por su calle paralela, la de Tallers. Por la calle Pelai llega soleado; por la calle Tallers más concentrado, húmedo y denso. Antes de llegar a la Rambla, el viento ha pasado por una gran extensión de tierra. Antes de encajonarse en las sombras, en mi época, más bien fétidas, de la calle Tallers, el viento se ha quemado en la costa seca y calcárea de Garraf, se ha dulcificado en la fluidez vegetal del Pla del Llobregat y ha entrado en Barcelona por los suburbios del oeste, hormigueantes de tantas vidas. Cuando llega a la Rambla, ya no es un viento exclusivamente marino. Ha perdido un poco de la sal del mar y parece haber ganado la suavidad de la fruta del Prat y de la finura del suburbio barcelonés.

Bajando por la Rambla notas como el viento llega, de una forma más indirecta, por las calles del Carme, del Hospital y de Sant Pau. Estas tres calles son antiguas, son las tres vías de acceso a los pueblos del Llobregat y, por lo tanto, aunque más serpenteantes, de acceso del viento. Entre estas calles están las pausas del viento —los cobijos del ábrego. Bajar por la Rambla es alternar estas calmas, en las que la temperatura es casi estival, con la frescura de sabor a menta del embate de las esquinas. Sobre la piel se producen las sensaciones alternas según esté soleada o acariciada por la sombra: la plenitud o el escalofrío, la salud o el estremecimiento de las décimas de fiebre. Estos cambios son una pura delicia, y por esta razón me parece que pasear por la Rambla gusta tanto a la gente, en este tiempo de primavera; y no digamos en verano, cuando el ábrego convierte la Rambla en uno de los lugares más frescos de Barcelona— el lugar donde el bochorno se ve aligerado por el aire salado aunque amoroso en su último trayecto.

Caminando siempre Rambla abajo, verificas que la calle Unió y la calle Nou ya no encajonan el viento. Son calles modernas, meramente urbanísticas, construidas con la preocupación de que formaran con la Rambla ángulos rectos perfectos. Sin embargo, el viento no suele ir en ángulo recto. Estas dos calles más bien parecen hechas para encajonar más el viento del sur, el

jaloque, que el lebeche. Ahora bien, hablando en general, el viento del sur, en tiempo normal, no es más que un corto episodio de la vuelta de los vientos, mientras que el sudoeste es dominante. Por ello estas calles proporcionan una vaharada estática, un bochorno estanco y denso. Mucho más sentido tiene el paraje de las Drassanes, que se construyeron admirablemente desde el punto de vista de los vientos, como es algo normal en este tipo de construcciones.

Así pues, la Rambla está como cebrada por las corrientes de aire. En ella tiene lugar un juego sucesivo de embates y calmas. Desde Canaletes hasta la calle Sant Pau, las calles adyacentes parecen clavadas en la misma meteorología. Luego, la cosa se interrumpe, lo que procura que hasta las Drassanes las calles tengan otro sentido, en detrimento de la arteria principal. En la parte baja de la Rambla se vuelve a la holgada libertad del paso del viento ábrego.

Lo más o menos agradable que pueda ser este viento para la ciudadanía es algo que no se puede describir porque forma parte de la vida íntima. Pero a mí me parece que la Rambla no sería la Rambla y esta calle carecería del volumen sentimental y anímico que tiene si no estuviese tocada por este vientecillo que tiene la virtud de convertir lo más superficial de nuestro organismo en lo más profundo de nuestra existencia.

El dualismo

Cuando pienso en las primaveras pasadas en la época de la juventud en Barcelona —aquellas primeras semanas de primavera, prodigiosa germinación vital que de repente parecía quedar colapsada (un momento) por la Semana Santa— me parece retornar a las obsesiones básicas de mi espíritu. Porque la sorpresa es ésta: nos renovamos, en el aspecto superficial, a flor de piel, constantemente; pero las intuiciones de la adolescencia y de la juventud nos siguen hasta la muerte —como un hábito vicioso, de eliminación imposible.

Fue en el transcurso de una de aquellas lejanas e imprecisas primaveras cuando me pareció entrever el contraste fascinante que palpita en el aire de la vida de Barcelona: el contraste entre sensualidad y pureza. El Mediterráneo produce esta situación en todas sus ondulantes y fascinantes riberas. Luego lo vi. Ahora bien, a mí me parece que Barcelona es uno de los puntos máximos de dicho contraste, uno de los lugares donde se hace más visible. Tal vez esta última frase sea demasiado perentoria, pero ya se sabe: en la juventud la presión de las cosas tiene tal fuerza que el pensamiento entero se ve deformado y afectado. Los contrastes que entran por la vista inciden en el espíritu como un bisturí. Encarné esta incisión entre la Rambla y los templos de su proximidad. La Rambla, como gran mercado de sensualidad. Los templos, no como símbolos —soy reacio a esta palabra del argot cultural—, sino como realidades de pureza tangible.

Hablo de una Barcelona de hace más de cuarenta años, y me expongo a que la juventud de hoy no lo comprenda. La Rambla de mi época ha muerto. Ha muerto de ascetismo, de pobreza y tal vez también de un poco de hipocresía. La Rambla de hoy no tiene nada que ver con la de mi época.

Mi primera estancia larga en Barcelona coincidió con los años de la primera guerra mundial. Entonces el país —y en concreto Barcelona— ganó mucho dinero. Lo ganó en un ambiente de absoluta libertad, sin tener que hacer, en el momento de gastarlo, cumplido alguno. Yo he conocido una Rambla —la de 1917-1918— literalmente saturada de tabaco de La Habana

(el oro circulaba y la peseta tenía prima sobre las monedas más fuertes de la Tierra); templada en el ruidillo de los duros de plata que era la melodía que, procedente de las casas de juego, con el balcón abierto, llegaba hasta la arteria central tras haber quedado dulcificada en la pluma de los gorrones de los árboles de las aceras; olorosa gracias a una cocina nocturna consistente, densa, apetecible; con alcoholes a mano, de gran calidad, absolutamente distintos de los brebajes corrosivos y mortíferos que se beben ahora y con aquellas señoritas del centro de Francia, lozanas y de buena planta, maternas, cultas y generosas, amantes de los animales domésticos y de la vida sencilla, y que al pasar producían los movimientos siderales de la astronomía recreativa. El aperitivo del atardecer era impresionante, pero tal vez la mejor hora era la una de la madrugada de un día cualquiera de primavera. Había, por lo menos, tres tipos inconfundibles. En primer lugar, los de interés internacional. Don Emili Junoy estaba en todas las terrazas de los cafés; las recorría todas como si hiciera el vía crucis, con las manos en los bolsillos y el sombrero enfundado hasta el cogote. Detrás de la barra del Excelsior, Bofarull, bajo las banderas aliadas, servía el whisky y el champán con un aire de respetabilidad episcopal. El señor Torres Gener, desde su mesa, contemplaba el mundo exterior con una mirada un punto cansada, mientras pasaba un papel fino por su boquilla de ámbar. Entonces Berard era capitán, y Santiago Barceló, elegantísimo, solía bailar con las señoras de los otros. Luego estaban las personas de interés peninsular, que al llegar a Barcelona se volvían simpáticas y parecía como si las hubiesen desencorsetado; jugaban a la ruleta siempre con el mismo aire triunfal. Los de interés local eran los más peligrosos, a pesar de tener aquel aspecto de sastre, peluquero o tendero que casi todo el mundo tenía y que la fotografía demuestra. Tal vez todo fuera muy pueril, porque las formas del hedonismo sin trampas, dejado en libertad, son pasablemente ingenuas, pero lo cierto es que la Rambla saturaba todos los sentidos, incluso la imaginación de un estudiante, que por la propia falta de posibilidades siempre es galopante. El entramado de combinaciones posibles era inagotable. El guirigay muy espeso. El cosquilleo del clima coadyuvante. Había mucho dinero y todo parecía al alcance de la mano. El espectáculo era maravilloso para subrayar las condiciones volumétricas y de todo orden del facha indígena. Pasabas por el paseo central, los ventiladores del local hacían: «¡uuuh!» y parecía como si no lo hicieran adrede, como si te lo dedicaran. Y todo tan bien organizado: había personas que se hacían lustrar los zapatos tres veces al día; las peluquerías estaban siempre abiertas, noche y día; los quioscos (con pornografía) no cerraban nunca; había muchísimos

taxis; se podía comprar droga en cualquier esquina; las cocinas eran para todos los gustos; uno tenía tantos amigos como quería, porque la gente era muy efusiva, hasta el extremo que pedir decir misa por un amigo costaba cinco reales. Las calles adyacentes eran la admiración de los extranjeros. Si querían violín, allí lo tenían; si lo que querían era cacahuetes, allí se los servían con gran abundancia. Entonces se creó el barrio *chino* y fueron los extranjeros de aquella época quienes lo impulsaron. Realmente, si se trataba de ir a la cama como si te hubieran deslomado, la finalidad se conseguía indefectiblemente. Aquel punto de humedad ligera que tenían las sábanas los días de viento del sur te desalteraba el cuerpo. Y la gente se dormía con aquel grano de arroz de la paella de la cena en los dientes postizos, con aquella fatiga que incluso las buenas personas necesitan para dormir con provecho.

Sobre aquel Carnaval fabuloso, pero tan humano, caían intermitentemente las campanadas de las iglesias. Era lo único que no habría podido ahogar la ruidosa agitación de la Rambla. Barcelona ha tenido siempre, según los eruditos, excelentes campanas de sonoridad afinadísima. Cuando la ciudad estaba rodeada de murallas y tenía tantos conventos, la caída de la gravedad de las campanas sobre las calles estrechas debía producir un gran efecto. En aquellos años, aún duraba. Sobre la Rambla sensual, un poco petulante, desatada, positivamente rica, las campanadas eran impresionantes. El peso de su sonoridad me inducía a pensar en los templos de Barcelona. El románico de la ciudad es más bien escaso. El gótico, en cambio, es prodigioso. Algunos templos góticos barceloneses tienen una espiritualidad tan elevada, están tan unidos a las formas menos terrestres de nuestra sensibilidad, son tan bellos y, a pesar de ser obra de los hombres, tan incorpóreos e ingrávidos, que te elevan en el aire. Algunos de estos templos —todos más o menos adyacentes a la Rambla— son de las cosas más excelsas que este país ha producido. Ninguno de ellos tiene la ferocidad aterradora que presentan algunas de las grandes construcciones religiosas del país (la catedral de Gerona), como ninguno de ellos cae en la frivolidad insignificante a la que cualquier estilo se expone. Dentro de su severidad tienen una palpitación humana, me refiero a que su espiritualidad es compatible con el día a día de la humanidad que va avanzando con su tira y afloja. No convienen ni a los arrebatos románticos ni a las delicuescencias medulares; pero tampoco tienen la dureza mecánica de la jurisprudencia teologal. En la época de la que estoy hablando, mi espíritu tendía a contrastar la luz suave y plácida de estas construcciones, su utilidad en los momentos en que el espíritu se dispersa, adormecido, su fuerza para calmar las pasiones más unidas con la vanidad, que son, en nuestro país, las

más espectaculares. Estos contrastes llegaron a hacérseme obsesivos. ¿A qué se deberá esa brutal interferencia? —me preguntaba. ¿Cómo pueden coexistir, en un espacio de distancias tan precarias, elementos tan antagónicos, imposibles de reducir a un denominador común?

Y de ahí nació en mi espíritu, tímidamente, con la misma duda con que ahora escribo estas cosas, la idea de que este país no ha superado tal vez aún la etapa del dualismo individual. Por lo tanto estamos condenados a las personalidades aberrantes y a las personas incompletas; al frenesí y a la impremeditación; a la incapacidad de atar bien las cosas; a la falta de cúpula que gaville el tejemaneje de egoísmos; a la exaltación y a la depresión, al fracaso. Cuando nos abstraemos de estas contradicciones, somos los mejores amigos del mundo, los mejores compañeros para ir a Montserrat. Somos el alcaloide del vicio y el alcaloide de la virtud —si es posible utilizar palabras tan precisas. Ahora bien, cuando se nos mete dentro del saco, somos otra cosa. Pongan ustedes la palabra que les parezca más correcta. Yo no la he encontrado.

La coloratura

Cuando sopla el viento del Montseny, que es un viento seco, a veces violento, que enfría la atmósfera, el tono gris de la piedra de Barcelona se aclara un poco, la ciudad se colorea y toma todo el color que puede llegar a tener una ciudad del sur, que nunca es mucho. El viento despeja el cielo, las nubes pasan rápidas, la ropa vuela por los terrados y en el espacio hay algo de remolino. Si el viento es algo más que un soplido esporádico, el cielo se vuelve liso, pulido, tirante, de un azul verdoso y la luz se pone como de cristal, ligeramente metálica. Éstas son las características de algunos días de invierno en Barcelona —días que suelen morir a través de puestas de sol lívidas, un punto agrias.

De todos modos, Barcelona nunca es una ciudad brillante, de una irradiación luminosa fuerte. Es una ciudad que se mantiene en un tono gris, neutro, ligeramente opaco, en un color de asperón sin pigmentación apreciable. Hasta en los días de viento del Montseny, que es cuando esta pigmentación parece dar alguna señal de vida y tiende vagamente a hormiguear, Barcelona se mantiene en un punto de opacidad. La piedra de las pedreras de Barcelona, la piedra de Montjuïc, es átona. El clima confiere a la blancura de la cal una extrema fugacidad. Cuando se instalan los vientos del sur, el tono gris de Barcelona aumenta y se vuelve denso hasta extremos muy poco amenos. Es un tono gris sobre el que los colores se embadurnan y la luz se deshace, tras naufragar en un muro impenetrable y exhausto.

Los vientos del sur son en Barcelona los dominantes. Son vientos que comienzan con cierta alegría y dan al espacio una gran animación, sobre todo en el muelle, que con estos vientos produce sus momentos más afortunados. Pero luego, cuando se instalan con persistencia, tienen una tendencia a estupidizarse, a deprimir y a adormecer todo lo que tocan con su ala. Sobre el litoral se emplaza esa procesión de nubarrones que avanzan por encima del mar, de un amarillo gris y que el monótono sonsonete del viento empuja, infatigable. Cuando el viento ha creado su figura meteorológica, sobre Barcelona queda un cielo de nubes bajas que componen como una tapadera a

los humos industriales —en la mezcla se forma un techo espeso, lívido, agrio, que exhala una humedad intensa y una reminiscencia de carbón de piedra en el olfato. A menudo este cielo se inmoviliza y el tono gris de Barcelona llega entonces a su punto máximo. Si el sol de la mañana tiene suficiente fuerza para romperlo, aparece aquella luz de color de paja de tantos días de invierno, a través de la que las ramas desnudas de la botánica se dibujan dramáticamente escuálidas.

Estas horas matinales de Barcelona son poco vivas. Por fortuna, el sol rompe muchos días el tono grisáceo lívido un poco antes de la hora de ir a tomar el sol, que en la época de mis flacos estudios se tomaba de una a dos en el Passeig de Gràcia o en la Diagonal. Los barceloneses de aquella época tomaban el sol con sumo deleite, apreciaban la desaparición del cielo muerto agrisado, y cuando se encontraban dos señores en la claridad de la avenida hacían grandes ademanes al saludarse con sus sombreros.

Se ha observado muchas veces la diferencia enorme que hay entre la Barcelona invernal y la primaveral. Lo cierto es que no parecen la misma ciudad. Se produce una transmutación total. En mi opinión, ello se debe al hecho de que sobre el gris de la piedra y sobre la cal amarillenta aparece el mullido verde de la botánica municipal. El urbanismo queda oculto entre las hojas de las ramas, las casas sólo se entrevén y, a través del verde, su atonía, que vista directamente es abrumadora, forma como la botánica una combinación más agradable. Los días en que el techo de nubes y humos no se deshace, los árboles lo tapan. La botánica del Eixample de Barcelona es el plátano. En la época en que se inició la urbanización barcelonesa, el plátano fue, por excelencia, el árbol administrativo por influencia de Francia, del Mediodía de Francia. Es un árbol que puede ser bonito cuando es grande y corpulento, cuando presenta una espesura importante. Cuando es pequeño, escuálido, flaco y polvoriento, es un árbol horrible y deprimente, el alcaloide de la asfixia provincial y ciudadana. Barcelona no tiene ningún plátano como los de la Dehesa de Gerona, como los del paseo de Perpiñán. Pero como las primeras calles del Eixample empiezan ya a tener años, los árboles han ido creciendo y los hay que no son tan mediocres. De todos modos, ninguna de sus perspectivas ha podido dar el espectáculo, más refinado, que los tilos de la Rambla de Catalunya producen en primavera. Ésta es una calle ordenada, cívica y bien arreglada. El tercer árbol de origen ochocentista de Barcelona, la palmera, no ha dado buen resultado: las palmeras del Passeig de Colom siempre están enfermas y tienen un aspecto maltrecho. Son árboles que han venido a menos, muertos de pena y añoranza.

Las administraciones menos provincianas de estos últimos años han plantado en algunos lugares del Eixample árboles más del país: el ciprés, el roble, la encina e incluso, quizás, algún pino. Estos árboles, de lento crecimiento, mucho más selváticos de lo que parece, poco acostumbrados a vivir en zonas de oxígeno arrasado, tardarán años en tener una presencia estimable. Tal vez las generaciones futuras tengan ocasión de apreciarlos más que nosotros. Si se hubiesen plantado antes, habrían sido para nosotros. De todos modos, el cambio de decoración arbórea está lleno de buen sentido y plenamente justificado.

La llegada de la primavera, con el florecimiento de los árboles, produce la transmutación de la ciudad. Las mañanas de invierno de Barcelona, que son tan premiosas, de una eclosión tan costosa, se vuelven, en mayo y junio, de un bienestar muy grato, de una gracia alada. Las más radiantes son aquellas en que, instalado el gregal, se proyecta sobre la ciudad una luminosidad marina, viva, fina y al mismo tiempo sólida, de una prodigiosa elegancia. Recuerdo alguna de estas mañanas en la parte baja del Passeig de Gràcia, con la avenida recién regada, las manchas de luz y sombra jugando encima del suelo, el aire deleitable, casi perfumado, con una ligera reminiscencia marina flotando en el espacio, el cielo deslumbrado. Aún hoy la mejor calle del Eixample sigue siendo el Passeig de Gràcia, a pesar de los esfuerzos que el galimatías arquitectónico ha hecho y hace para desvirtuarlo. Habría podido ser una prodigiosa avenida residencial si algunas obras de arquitectura la hubiesen acompañado, e incluso con la arquitectura presente, si muchos de sus edificios no estuvieran rematados de un modo manicomial. La amplitud y las proporciones del Passeig están bien, la proyección de la calle sobre el suelo es acertada, es una calle que tiene una buena caja. Cuando una cosa, básicamente, está bien, siempre hay que hacer un esfuerzo mayor para falsearla. La amplitud de la avenida, la pendiente de su plano inclinado y el hecho de mantenerse en un tono generalmente apaisado son argumentos a su favor. Se podía haber sacado todo el rendimiento de la pendiente de su plano inclinado, si en la intersección con la Diagonal se hubiese levantado, como ya dije en uno de los capítulos de este libro, un arco romano, una réplica, por ejemplo, proporcionada al lugar, del Arco de Berà, con piedra de Tarragona, dorada. Sea como sea, el Passeig de Gràcia tiene una personalidad propia que no acaba de tener la Diagonal, avenida más impersonal y sudamericana.

Todavía hoy me gusta encontrarme, algunas mañanas primaverales, en este lugar del Passeig de Gràcia, que tantas veces me distrajo de ir a la Universidad. Sentado en un banco o en una silla, veía subir y bajar los

tranvías, el orden pausado de la circulación, la gente que iba y venía, y a la que la calidad del lugar confería un aspecto agradable en el rostro. Bajo los árboles las sombras eran frescas y la luz exquisita. Era muy agradable.

En la fugacidad de nuestras primaveras, estas mañanas son, sin embargo, raras. Se dan entrada ya la estación, en el buen tiempo instalado, en los confines de la canícula inmediata. Un día comienza a hacer un calor espeso, con un grado de humedad muy alto, la luz se embadurna, el aire se vuelve pesado y a veces reaparece en el cielo el techo bajo. Significa entonces que ya ha muerto la viva pureza de las mañanas de mayo.

Semana Santa

Cuando llegaba Semana Santa, íbamos a pasar las vacaciones a Palafrugell. Tomábamos el tren correo de las tres en punto de la tarde en la vieja estación de Francia, que era una estación de ladrillos de muy poca apariencia; para merendar, en el *Empalme*^[24] nos comíamos metida dentro de un panecillo, una de aquellas tortillas tan amarillas, de aquel amarillo limón de Sorrento; hacíamos transbordo en Flaçà desde donde con el tren pequeño llegábamos a casa hacia las nueve y media de la noche. Era un viaje instructivo y provechoso, como todas las cosas que exigen paciencia. Después de las sacudidas del tren, la noche de la llegada, en la cama, era deliciosa como una convalecencia.

Sin embargo, guardo la idea de que algún año pasamos las vacaciones de Semana Santa en Barcelona, lo que si bien al principio nos pareció que nos robaban las vacaciones, luego pensamos que era muy apropiado.

Entonces aún no se había puesto de moda considerar esta semana como uno de los puentes más largos del año y no había ningún barcelonés que abandonara la ciudad como se hace ahora. En virtud de esta nueva costumbre, la Semana Santa se ha convertido en un preludio del verano, en una especie de adopción de determinaciones frente al buen tiempo que se entrevé en la inmediata perspectiva. En aquella época tan próxima y que ya parece tan lejana, estos días se consideraban como el final del invierno, como la última etapa de la gravedad invernal y del recogimiento. No era, como ahora, una semana turística y agitada. Era la semana más estática del año y la que tenía una apariencia más reflexiva.

Recuerdo, cuando llegaba el miércoles santo, el perfume de las hierbas secas que flotaba entre las piedras de las calles de la Barcelona vieja; el ruido sordo de las pisadas de la gente siguiendo las iglesias, caminando por las calles con aire cansado y mustio; la nota de un violín escacharrado en una esquina y la respiración asmática de un armonio pequeño y moribundo; la curva fresca, de un amarillo suave, de la palma nueva en los balcones de las casas; la soledad y el silencio que se producían en los lugares que, aun siendo

céntricos, quedaban ya fuera de la avalancha multitudinaria; la sensación de vacío que creaba la suspensión del tránsito rodado, que era como la sorpresa de la falta de una compañía, el asombro que reflejan las cosas inhabituales, sobre todo si dichas cosas son átonas y silenciosas; la extraña aparición en las calles de personas que durante todo el año estábamos acostumbrados a ver a caballo indefectiblemente de una u otra forma de carruaje; el aire suave y melancólico que tenían las puertas y los vestíbulos de los teatros y de los cines cerrados y solitarios; el piar de los gorriones en las manchas del suelo verdes y blancas que la luz filtrada en las primeras, trémulas e imprecisas hojas primaverales proyectaba en las calles; el inolvidable recuerdo de la luz de Semana Santa, que tenía el encanto de la diversidad más insospechada; luz que a veces era cruda y ácida y formaba, en las calles estrechas, unas sombras húmedas y frías, y al cabo de un momento, respondiendo a una mirada del sol, aparecía como una joven mejilla rosada, como una pelusilla acarminada, terrestre pureza virginal de la primavera distendida, para aparecer en las primeras horas de la tarde con la madurez descollante del primer presentimiento estival. La Barcelona que se mostraba en Semana Santa, perfumada de botánica meridional, somnolienta de silencio y calma, parecía una Barcelona más pequeña, desamplificada pero de una autenticidad directa.

Arrastrando los pies por las calles, la gente visitaba los monumentos con un cierto aire de respetabilidad compuesta. El altar mayor de Betlem era absolutamente fascinante. La gente pasaba por delante en grandes cantidades. Las gotas de luz de la cera crepitante goteaban sobre la madera dorada y arrebatada, prodigiosamente trabajada. El calor del altar se reflejaba en los ojos del gentío recogido en el ámbito umbrío. El altar parecía una emanación de las miradas brillantes y la gente una emanación del altar. En el ámbito del templo flotaba el olor seco del espliego y del tomillo, mezclado con una reminiscencia del laurel de hoja perenne del domingo de Ramos, el perfume del incienso y la cera quemados, todo diluido en ese olor típico que desprende el catolicismo, un poco soso, y que por todas partes es el mismo. Todo este conjunto de percepciones olfativas formaba una masa sólida, ligeramente humedecida y vigorizada por el aire primaveral que la gente transportaba.

Y además, estaban las noches inolvidables de Semana Santa. Todo el mundo sabe que estas fiestas tienen lugar en luna nueva o menguante, porque la Pasqua es el primer domingo después del plenilunio inmediatamente posterior al equinoccio de primavera. Por esta razón casi siempre estas noches se ven singularizadas por el resplandor desfibrado de la luna en menguante, que confiere a las ciudades una melancolía tan armónica.

En el profundo surco abierto sobre el cielo por las cornisas de las calles estrechas se veía, si la noche era clara, la mórbida claridad de la luna inundando de luz amarillenta la bóveda celesta y el errante centelleo de las estrellas zozobrando en la vacua, lánguida y láctea inmensidad; las manchas de la luz pálida, adheridas como una obsesión sobre la parte alta de las paredes de las casas: su macilencia, un punto gruesa, acentuaba el misterio de las sombras y daba una turgencia a la pasiva y enfermiza finura de las manchas. De su estática indolencia se desprendía una quietud dulce y profunda; todo parecía una ensoñación irreal. A menudo, sin embargo, las noches eran menos mansas y los nubarrones cruzaban el cielo con una morosidad más o menos acentuada. Entonces la luna daba de lleno, de lado o a contraluz sobre las vagabundas formas flotantes, y aparecían esos tonos oxidados, violáceos, rojizos, verdosos, malvas, oliváceos, esos amarillos sulfúricos y crispados de las nubes de Semana Santa, que sólo el Greco, en su fantasmagoría realista, ha sabido pintar con maravillosa credibilidad. A veces las nubes cubrían toda la luz, y entonces la luz parecía morir en una opacidad gris, velada y como lejana; pero de repente los nubarrones comenzaban lentamente a irse y el mundo, como una pupila que se abre, se volvía a llenar de claridad y ensoñación irreal; de nuevo volvían a fijarse sobre las paredes altas las manchas de luz blanca y enfermiza y la suave dulzura misteriosa de la noche filtraba en el espíritu su melancolía mórbida e irreparable.

Fuera, en el campo, estos días no tienen una proyección tan amable. La luz es aún muy cruda. Los sembrados tienen un verdor ácido. El fuego de la chimenea sigue todavía acompañando los atardeceres vidriosos de la incipiente primavera. Los crepúsculos son morados y violáceos sobre un verde glacial. Las aguas son frías y el viento las riza de estremecimiento. Los chillidos de las golondrinas son aún muy agrios. Las flores todavía no huelen —excepto la mimosa. El aire es vítreo, la humedad intensa, el viento pasa monótono, la tristeza del Mediterráneo es insaciable. En el campo, la esplendorosa y gran festividad es el Corpus. La Semana Santa es un goticismo un poco flaco y buido.

Paisaje de convalecencia

En la época de las ociosas evasiones a la montaña de Montjuïc y de la muerte de mi pobre amigo Ramon, el de los caballetes —aquel amigo al que no puedo imaginarme sin que aparezca ante mis ojos un margen polvoriento con unas matas de tomillo y una pita—, estuve enfermo en una casa de Barcelona, exactamente situada en la parte izquierda de la ciudad nueva. Años después, traté de situar la casa con precisión —siempre me ha gustado volver a ver los lugares donde he vivido, porque esa comprobación del paso del tiempo me produce sensaciones de tristeza mórbida y deliciosa—, pero nunca llegué a conseguirlo.

Un día —un día cualquiera— leí en *Las Noticias* un anuncio que ofrecía una habitación en un lugar que me pareció muy remoto, totalmente desconocido. Me presenté en la casa.

Recuerdo que bajé del tranvía en Muntaner-Aragó y que tomé esta última calle en dirección —digamos— hacia Sants. Pasada la calle Casanova, observé que prácticamente se acababan las casas. Un poco más allá la forma encajonada que dentro de la calle hace el ferrocarril se desvía y forma como una sesgadura. A partir de este punto la calle no estaba ni urbanizada. Apenas había alguna señalización. Me metí por un sendero —el primer síntoma de calle Aragón que existió por estos lugares. Tras caminar cinco o seis minutos, el sendero me condujo a una casa nueva, de seis o siete pisos, que presentaba, en plena naturaleza, en medio de los campos, toda su petulancia, toda su agria y vertical procacidad.

En el entresuelo izquierda, abrió la puerta una señora de habla dulce, gestos amables y cabello blanco.

—Mi hijo —dijo— es vigilante nocturno. De día, duerme. Por la noche tiene su trabajo... Nadie le molestará si alquila la habitación.

—Señora, a mí me pasa lo mismo. De día duermo. Por la noche me voy tarde a la cama. Quizás la casa esté un poquito lejos del tranvía, pero creo que no tendremos ningún problema.

Me enseñó la habitación, que se abría en la fachada y se hallaba orientada a poniente. Estaba muy limpia, terriblemente ordenada, dentro del gusto glacial un poco funerario que tiene el primer grado de nuestra pequeña burguesía. Todo indicaba el esfuerzo que se hacía para conservar aquellos muebles —aquellos muebles que habían costado tanto. Le pedí a la señora que tuviera la amabilidad de trasladar a un lugar más íntimo unos retratos de familia que colgaban de las paredes de la habitación. También le rogué que se llevara unas lazadas de color morado que adornaban las sillas y un jarrón con flores artificiales que había sobre una mesa. La señora me miró con una sonrisita irónica que quería decir: «Cada uno con sus manías». Luego, ya no hubo ninguna dificultad. La habitación costaba tres duros al mes. Dejé siete pesetas como señal.

Todas las profecías de la señora se vieron confirmadas. No he vivido en ningún sitio donde hubiera tanto silencio, tanto orden y tanta limpieza como en aquella casa. Llegaba a las cinco o las seis de la mañana. A veces hacía la última parte del trayecto con el vigilante. Era un hombre alto, rubio, pálido, silencioso y callado. Aún guardo en mi oído el recuerdo del ruido que hacía el manojito de llaves que llevaba. Cuando llegábamos al portal, el vigilante decía con aire maquinal:

—¡Buenos días!... ¡Que descanse!

Yo siempre le contesté:

—¡Buenas noches, vigilante!

Al margen de esta pequeña diferencia, siempre tuvimos una relación fría, pero amistosa y casi cordial.

Durante mis primeras semanas en aquella casa no fui muy consciente del lugar donde vivía. Llegaba de madrugada y me marchaba al anochecer... Pero hacia noviembre caí enfermo. Una convalecencia larga siguió a la enfermedad. Las convalecencias son muy agradables. La que pasé en aquella casa tan solitaria me ha dejado un recuerdo muy vivo.

Estar un poco enfermo en Barcelona —saber que no va a ser nada— en esos días de transición del otoño, con las incoherencias de los cambios de tiempo inesperados, es casi una gracia de Dios.

En la ciudad no hay peores días que los que suponen el paso de una estación a otra. Afuera, en el campo, se produce un cambio en la forma y en el color del paisaje. Aquí, la transformación no es tan aparente, pero es más profunda. La vida cambia en sus más mínimos detalles, e incluso los hombres parecen cambiar de ideas y preferencias. El salto es repentino, nos coge desprevenidos y todo se convierte en algo bastante molesto. Los olores

invernales de los pisos que ahora comienzan son desagradables: la reclusión, el aire viciado, el brasero, el tufillo de la coliflor menstrual. La calle, con sus tirabuzones de polvo, las nubes de vinagre, la luz opaca y agria, es antipática.

Estar un poco enfermo durante estos días y contemplar el giro otoñal, la nueva curva, la inestabilidad exterior, desde detrás del balcón, con la nariz pegada al cristal, es como estar a cobijo del invierno, como esperarlo cómodamente. Es evidente que hay días y barrios más o menos otoñales y, por tanto, más o menos apropiados para pasar una convalecencia. El domingo es un día de tradición otoñal. Y por lo que se refiere a los barrios, diremos que dentro de una manzana de casas completamente cerrada o dentro de una habitación interior sólo puede pasarse una convalecencia de tercera. Pero si se tiene la suerte de vivir en una habitación orientada a poniente —para hacer coincidir la fiebre con la hora de la puesta— con unas montañas como fondo y un campo de alfalfa en primer término, la convalecencia adopta el aire de algo incomparable.

Nunca he sabido los encantos que tiene mi barrio hasta ahora. Creía que esta zona en la que vivo, medio urbana, semidespoblada, que comienza al deshacerse la estructura de la izquierda del Eixample y llega hasta Sarrià, era un paraje desequilibrado y descuidado, lleno de campos de basuras cerrados con latas de petróleo y esqueletos desnudos de casas de cinco o seis pisos, en construcción.

Ahora que le he echado una ojeada al barrio he visto que en el paisaje de delante de casa hay un campo de alfalfa, un tristísimo parque de atracciones de suburbio y una cantera en la que trabajan cuatro o cinco obreros que se llenan de polvo y que de lejos parecen payasos.

Los días de viento, el campo de alfalfa tiene una gran variedad. El viento inclina la hierba que así forma curvas caprichosas y en el color verde nacen claroscuros instantáneos. Al fondo del campo, a la izquierda, hay unos eucaliptos altos y despeinados y desde casa se oye el repiqueteo fervoroso y fatigado de las hojas. Entre los eucaliptos hay una cuerda con ropa secándose y, cuando el viento sacude de nuevo, la ropa aún mojada produce un ruido de rascadura, como si se encendiese una cerilla. En segundo término, hay una chimenea muy alta y con el viento el humo sale a ras del agujero como si lo cortaran con una navaja, enroscándose en el cuerpo de la chimenea con aspecto desesperado de dibujo anarquista. Al fondo, se ve Sant Pere Màrtir; a media montaña hay un páramo rojizo que parece arder; también hay una dispersión de casas blancas que se dirían envueltas en papel de plata y por la línea de lomo de la montaña vuelan unos pinos escuálidos.

La cantera, con sus picapedreros polvorientos, es en éste mi paisaje de convalecencia, no sé por qué, la parte de la cultura pura.

De repente, ves a unos cuantos hombres atareados que se mueven sin motivo. Si prestas atención, primero notas que de la cantera sale un ruido espeso, como si molieran sobre el yeso. Luego oyes que, sobre esta base, se dibuja un ritmo, un tanto indefinido y chapucero, límpido y lineal después. Entonces los martillos parecen golpear de forma igual y armónica, un punto monótona, y el canto es primitivo, simple e idéntico. A veces el ritmo va repitiéndose cada vez más, surgen sonidos punteados, rápidos y vivos, y la línea es una cosa feliz y paradisíaca, graciosa, admirablemente bien hallada.

Como tu cabeza está debilitada, el ruido de la cantera comienza a serpentearte ante los ojos y luego hasta llenarlo todo y acaba llevándosete, con un solo impulso, los sentidos, el alma, la tarde y todo... Te pasas media tarde flotando, sobre una ola de vaguedad, con un punto de opresión en el pulso, dulce como la miel. Luego llega el anochecer, los obreros acaban su trabajo, vuelves a tierra como si bajases de una ascensión, el estómago se te llena de ácidos y el recuerdo del punteado de los picapedreros lo notas lejano, como si se hubiera desplazado a las estrellas.

Muchas veces, al leer en los *Petits poemes en prose*», «... *il est de certaines sensations délicieuses dont la vague n'exclut pas l'intensité*», me he acordado de la cantera del barrio.

El parque lo forman unas barcas desteñidas y sudadas que chirrían ásperas al balancearse; una barraca de tiro al blanco asistida por una familia de pequeñas personas tan flacas y desfiguradas que parecen esperar la hora del entierro cargando escopetas de salón; un surtidor en el que los domingos bailan unas cáscaras de huevo amarillentas de alguna gallina enferma de ictericia, y un carrusel tan irrisorio que parece unos restos de hierro o una espina de carrusel. Este trasto, al girar, hace que suene un órgano de trompetas de cartón colocadas en la mano de unas bailarinas de poses amaneradas y cursis a imitación de las señoritas delicadas. Los caballos y demás animales del carrusel tienen un aspecto feroz y desbocado, suavizado, sin embargo, por el aletargamiento que les produce el sonido de nasalidad turbia de las trompetas del órgano desvencijado y asmático.

He observado que, por el parque de atracciones, se pasea de modo muy formal un perro de aguas, viejo y pelado y que sigue constantemente a un hombre macilento que a veces me parece que camina a ciegas, como si no viera nada.

No sé por qué me parece que esta tarde de domingo de noviembre ha sido la más suntuosa de todas. Debe de ser la fiebre.

Desde los vidrios, la tarde parecía suavísima, encantada dentro de la claridad. El aire era tan fino que parecía de cristal. Los plátanos urbanos se despintaban a lo lejos, de verde polvoriento, tenían colgantes amarillos y moteados en las ramas. Se veía pasar a la gente endomingada. Por la acera se notaba el ruido de los zapatos al arrastrar los pies. Esta gente del domingo parece en todas partes una procesión de convalecientes paseándose por los pasillos de su hospital.

Muy pronto comenzaron a sonar las trompetas del parque de atracciones. Llegaban como un poco envueltas; parecían soplidos que se deshinchaban. Luego se oyó un impreciso ruido de gente y las notas de un manubrio dieron color al rumor opaco. A veces se producían depresiones de silencio en el rumor humano que venía del parque y entonces se oían los rebotes de algún coche por el empedrado o la ráfaga del paso de la tramontana por alguna calle próxima. Muy de tarde en tarde llegaba el pitido de un tren.

Veía a la gente. Un soldado iba empujando a una chica hacia el campo de alfalfa. Ella comía cacahuètes. Una casada se había comprado doce naranjas y se las iba comiendo enteras, casi sin pelar. Un jovencito, con unos zapatos relucientes y estrechos no podía caminar y hacía tonterías con la boca cerrada. Cuando una de esas chachas altas, desganadas, coloradas se reía parecía oírse un lejano trueno; la tarde se oscurecía como si fuera a echarse a llover. Alrededor del manubrio, en un atardecer lívido, inhóspito y desamparado, la gente seguía bailando...

El Palau de la Música

El edificio del Orfeó, obra del señor Domènech i Montaner, arquitecto modernista, me ha llevado a pensar muchas veces en la influencia que las cosas más extrañas e insospechadas pueden tener en la vida de un hombre. Es posible, en efecto, que si la sala de audiciones del edificio del Palau hubiera tenido un aspecto distinto del que tuvo en mi época, un aspecto más sencillo, menos horrible, menos horripilante, yo habría escuchado mucha más música e incluso habría sido un hombre musicalmente cultivado. Pero no pude digerir la sala del Palau de la Música Catalana. Fue más fuerte que mi voluntad. Y de este modo, a pesar de la gran admiración que siempre sentí por Lluís Millet —que fue uno de los hombres más simpáticos que he conocido—, y el respeto que siempre me ha merecido el Orfeó, dejé de ir al Palau, y mi acceso a la música, en los años de formación, fue muy escaso.

No quería ofender a nadie. En la sala a la que me refiero, miles y miles de personas han sentido, soñado, sufrido, gozado y llorado, y estos sentimientos son para mí absolutamente respetables. Añadiré algo más: debido al estilo y decoración de la casa, el hecho de que hayan podido suscitarse estos sentimientos implica una fuerza de abstracción considerable y, por lo tanto, nada vulgar. Implica, en definitiva, que una buena parte de nuestro público musical tiene una fuerza de asimilación auditiva muy notable, hasta el punto de poder actuar independientemente de la realidad circundante. Por esta razón mi respeto es doble. Ahora bien: quienes somos más visuales que auditivos, ¿por qué no hemos de poder ir al Palau de la Música Catalana? ¿No podríamos ser objeto de sentimientos más caritativos, de la generosidad suficiente para poder escuchar música en un ambiente menos genial?

No estoy pidiendo la demolición del Palau, como suelen hacer las personas que ante el modernismo se crispan. Son palabras mayores y, además, las obras son carísimas. Simplemente pido la mediocrización de la sala del Palau —la simplificación de la sala, para que las personas preferentemente visuales que a ella concurren puedan escuchar la música sin tener que cerrar los ojos, sin que les vengan unas ganas irresistibles de ejercer el siniestro

oficio de iconoclasta. La sala es excesivamente delirante, inquietante y desordenada.

De este modo, cuando era estudiante fui al Palau pocas veces y el hecho, que para mí tuvo consecuencias lamentables, me llevó a admirar a la gente que iba, a comprobar que la tradición musical barcelonesa que en nuestros días ha creado el Palau, es muy fuerte desde el momento en que ha podido producirse en un local de ese estilo. Esta tradición ha de ser muy viva y arraigada, llena de delicados matices, si se tiene presente que el ambiente en que se ha manifestado es musicalmente —como yo lo creo— tan poco favorable. Haber tenido la fuerza de evadirse, hacia la música, en aquella ambientación obsesionante es un fenómeno a tener en cuenta. Yo no lo logré. Y lo digo apesadumbrado. Nunca fui lo suficientemente sensible respecto a la música como para conseguir desplazarme del local. La presencia de aquellos caballos, de aquellas figuras, de aquellas flores incrustadas en el techo de baldosas como planchadas, aquellas luces espantosas, la presencia de los mil detalles que convierten la sala en un estallido de cosas gratuitas, inútiles y geniales, me privó innumerables veces de ir a los conciertos, de escuchar fragmentos de música que me habría encantado conocer y oír muchísimas veces, porque la música nunca cansa. De la impresión que el ambiente me causó las primeras veces guardo un recuerdo tan intenso, tan extremadamente preciso, voluminoso y detallado que a menudo me impidió comprar la entrada una vez ya situado delante de la taquilla. Estoy dispuesto a aceptar todos esos elementos que en este tipo de reacciones pueda haber de exclusivamente personal, de sensibilidad vejada e incluso de desequilibrio juvenil. Estoy dispuesto a proclamarlo. Pero los hechos fueron éstos y, a pesar de mis esfuerzos, no logré superarlos.

¡Y si aún el Palau hubiese sido una sala de conciertos! Porque el caso es que no lo era... Una de las primeras veces que fui al Palau había un concierto literalmente fascinante: Beethoven por Krisler y Pau Casals. La audición de la primera sonata se vio sucesivamente interrumpida: primero por la campana de una iglesia vecina; luego, por la calle paralela a la sala pasó un carro lento, con una lentitud enervante, como si se complaciese en ello, un carro tan cercano que pareció que pasaba por el medio de la sala; después, de un piso inmediato se oyó la canción desaforada de una chacha que fregaba los platos; luego, además, se oyó repetidamente a un gallo cantar: porque los gallos caseros y de balcón de Barcelona cantan de día y de noche, como todo el mundo sabe. La última parte del concierto se vio literalmente destrozada por los movimientos, bocinas, cláxons, arranques, frenazos y cambios de marcha

de innumerables coches, ya aparatosos pero muy primitivos y ruidosos, situados por los alrededores del Palau y que se preparaban para recibir y transportar a sus propietarios.

Esos ruidos exteriores, ignominiosamente presentes en la sala, convierten en ridícula la pretensión de los críticos, diletantes y personas delicadas, que dicta que el público ha de guardar un silencio religioso y absoluto. Convierten además el reglamento que obliga a cerrar las puertas durante la audición en letra muerta. Es —imagino— ridículo escuchar música en un local cerrado, herméticamente cerrado, y tener la sensación de encontrarse, en sentido literal, en plena calle.

Así pues, me parecía que en aquel llamado Palau había dos cosas urgentes que hacer: eliminar de la sala todo aquello que contenía de fugacidad modernista, como son las incrustaciones, formas arrebatadas, elementos decorativos, caprichos sin justificación que obligan a las personas que no pueden abstraerse del todo a escuchar la música con los ojos cerrados, y luego hacer lo posible —cosa tal vez fácil— para aislarla del exterior.

El autor del sublime armatoste había sido el señor Domènech i Montaner, que conocí de vista subiendo y bajando la escalera del Ateneu —iba cada día a tomar café a la tertulia del piso de arriba, que fue una tertulia magna, memorable—, y del que me hablaron muchas personas que lo trataron. Domènech fue un hombre de una amplísima cultura, de un trato agradable, exquisito, cargado de conocimientos, de una erudición extraordinaria. A este hombre, distinguido por tantos conceptos, sólo le pasaba una cosa: en cuanto cogía el lápiz estaba perdido: tenía un gusto tan equívoco, su falta de discreción y de gracia era tan desbordante que aniquilaba todas las condiciones positivas que el gran hombre poseía. Si con la personalidad que tenía hubiese vivido en una época de buen gusto, habría llegado a hacer cosas, tal vez mediocres, pero apreciadas. Y no es algo que no haya de tenerse en cuenta. Pero, sin embargo, vivió en la época del modernismo, del *modern style*, del horroroso *liberty*, del absoluto triunfo de la anarquía del gusto burgués en nuestra ciudad, y no tuvo fuerza para dejarlo pasar. Y digo para dejarlo pasar porque para reaccionar contra la moda son necesarias condiciones excepcionales y difícilísimas de encontrar. Los arquitectos del modernismo han contribuido al desorden de Barcelona de una manera excepcional. Todos fueron unas personas excelentes y severas, a las que había que tomar en serio, pero que cayeron en las titilaciones de la moda como una cortesana cualquiera. El crecimiento de Barcelona coincidió, en un momento determinado, con una de las etapas de mal gusto europeo más acentuado y la

coincidencia se vio agravada además por las genialidades autóctonas de nuestros arquitectos. Y así es Barcelona —pudiendo haber sido un plano inclinado lleno de encanto y de gracia.

Fueron hombres muy sabios, con el malhumor que da la sabiduría intangible, terriblemente severa, sin la más leve ironía en el semblante. Luego, en la práctica, el *auditorium* que construyeron fue un desastre. Suponer que estos arquitectos han hecho algún esfuerzo para aumentar la sensibilidad del país sería muy aleatorio y falto de base.

El punto dulce

Cataluña, que tiene un otoño largo, un invierno dilatado y desagradable y un verano desbaratado, es un país sin primavera. En la parte norte del país, en la Cataluña Vieja, el tránsito de la primavera al verano se produce de modo brusco. No estoy diciendo que en el transcurso del mes de abril dicho desplazamiento no sea visible: las lluvias del mes de abril, frescas e intermitentes, confieren un brillo exquisito a la hierba, vigor a las plantas y un perfume embriagador a la tierra. Pero se trata de una falsa impresión primaveral. Durante el mes de abril los pisos aún están fríos y las esquinas son desagradables. Hay muchos días de cielo bajo, de imprecisión azulada en las lejanías, de fría humedad. Pero un buen día se produce, sobre el cielo claro, una explosión de luz y, con una repentina subida del termómetro, la aparición del amarillo en el paisaje. Esta aparición suele tener lugar en Barcelona hacia el veinte de mayo. Es una maravilla, una impresionante maravilla. Luego, a primeros de junio, comienza de verdad el verano: esa disgregación dulce, tan húmeda, el baño maría en el que te quedas inmerso hasta la Mercè, es decir hasta el equinoccio de otoño. Es en las puntas de estos dos meses —últimos de mayo, primeros de junio— cuando, en mi opinión, se produce el punto dulce de la ciudad de Barcelona.

El tránsito es muy visible, porque provoca, en la calle, en la gente, un enorme cambio de ropa. Por lo que se refiere a este punto, nos encontramos, evidentemente, con los impacientes y con los rezagados. El caso es que un buen día, bajando por la Rambla de Catalunya o por el Passeig de Gràcia o por la calle Muntaner, te das cuenta de que casi todo el mundo lleva otra ropa. Los guetos se aligeran de ropa, los padres de familia, los presidentes de la adoración nocturna, las señoras gruesas y un poco fofas. Y, por supuesto, las chicas. Éste es un hecho importantísimo. Es como un acercamiento a la realidad —aunque el acercamiento sea ficticio. Es el descubrimiento del mundo. Es la aparición del placer— me refiero al placer físico. La vida palpitante bajo las ropas ligeras. Sobre este punto, los antiguos griegos trataron de decir algo. Por mi parte he de confesar que en mi época de

estudiante, el cambio de ropa de una ciudad de un millón de habitantes me causó un efecto considerable.

Como los árboles han brotado y ya dan hojas, el Eixample queda bastante bien disimulado por la pompa vegetal. Los hierros de los balcones, tan inútiles, tan horribles, los hierros que parece que se me clavan en el estómago, quedan muy ocultos. Los miradores, los impertinentes miradores de la presunción burguesa, apenas se entrevén. El delirio monótono de la arquitectura permanece detrás del telón botánico. Aquellas largas perspectivas de las calles rectas tienen, por fin, unos límites. En las ciudades, la impresión del límite es importantísima y la sensación del recogimiento inefable. En invierno, tenía la impresión, cuando estudiaba, de no saber adónde iban muchas calles, de encontrarme en un mundo desorbitado y solitario. En verano, los árboles me producían una sensación de compañía. El árbol que en Barcelona hace este milagro es el plátano —sin que ello quiera decir que no haya algún otro árbol que también coopere en ello, como los tilos de la Rambla de Catalunya. El plátano, en nuestro país, tiene mala fama. Se le considera un árbol administrativo, de obras públicas, y muy municipal. Rusiñol, en su tiempo, lo menospreció. Se lo debemos a Francia. Los países quieren ser originales, y los ingenieros franceses de las carreteras— muy poco mediocres— lo plantaron en el Mediodía de su país, con un éxito considerable. Es un árbol que se acomoda bien en esta parte afectada por la meteorología del golfo de León. El Estado español, que desde hace siglos no hace sino copiar las leyes francesas, adoptó, naturalmente, el plátano. Si bien no fue posible crear una ciudadanía semejante, sí tuvimos una botánica similar. Los árboles, cuando son grandes, con una gran copa, cuanto más grande mejor, son todos bonitos —incluso los plátanos. Cuando son escuálidos, sedientos y enfermizos, los árboles más nobles resultan lamentables. De este modo Barcelona se encuentra, cuando llega el verano, bajo la luz y las sombras de los plátanos que a veces son importantes por la pompa que tienen y otras no lo son tanto.

Así pues, los trozos de calle que tienen la suerte de tener árboles corpulentos se vuelven muy agradables. Las cuadrículas, tan repetidas, tristes, morosas y carentes de gracia, pierden la monotonía, y las calles resultan benevolentes y amables. Las sombras, con un poco de viento, tienen en las calles una movilidad viva, el aire es muy suave y acaricia la piel fresco y meloso. Entonces no había el tránsito de ahora. A veces se veía un perro adormecido junto a un umbral, bajo el sol y sombra de la luz de los árboles. Existía todavía la costumbre de ir con los cántaros de barro blanquecino a las

fuentes urbanas —aquellas fuentes del agua de Montcada que el inolvidable doctor Ramon Turró, entonces director del Laboratorio Municipal, mandó clausurar con motivo de la terrible epidemia de fiebre tifoidea de 1914 y que causó la muerte de la costumbre de ir con el cántaro a buscar agua— y, en aquellas fuentes, se producía un guirigay de criadas y niños. A la sombra de los plátanos, las tabernas, los cafetines, abiertos de par en par a la calle, se volvían acogedores y perdían el amodorramiento, tan largo, del invierno. El agua caía en la pila del mostrador —un hilo de agua que se complacía en caer. A veces, por aquellas calles, circulaban unos tranvías irrisorios, de vía estrecha, con unas cortinas en las ventanas que se subían y bajaban, unas cortinas que volaban cuando el tranvía emprendía la bajada con el ruido de la chatarra. Cuando el tranvía había pasado y volvía la calma, hasta la calle llegaban, desde el balcón entreabierto de un entresuelo, las notas de un piano cansado. Al atardecer se oía el rascar un punto agrio de los gramófonos de trompa, que por aquel entonces comenzaron a ser populares. El ambiente era tan dulce que la gente llegaba a ser sensible a los ruidos de una motocicleta que nadie habría hecho caso en la plaça de Catalunya y que en aquella paz llevaba a la gente a poner cara de perro. Sí. Era el mejor momento de Barcelona. Cuando se encendían las luces, la semipenumbra de los árboles parecía amortiguar el ruido sordo de la ciudad y en la profundidad de los pisos parecía flotar el cosquilleo del silencio y la paz. ¡Las noches de mayo de Barcelona en aquella época de adolescencia sedienta! ¡Qué forma de poblar de odaliscas los pisos de las cuadrículas! Aquello de ponerle un piso a una señora— o a una señorita —debe de haber quedado como una reminiscencia de aquella mitología de la época de los gramófonos de trompa y del *bacallà a la llauna*.^[25]

¿Cómo habría quedado Barcelona con otro arbolado? Es decir, sin plátanos. *A priori* me gustan más otros árboles. Ahora bien: el problema no es tan sencillo. Los árboles han de responder. El tilo es un árbol del norte bonito, como lo es el castaño de Indias, tan esplendoroso y elegante en la Isla de Francia. Sin embargo, los tilos no han sido demasiado agradecidos. No han crecido con la fuerza y la abundancia (fíjense en los de la Rambla de Catalunya) que tienen en otros lugares. La corpulencia de los árboles del parque no es exagerada: más bien es tímida y de poca envergadura. ¿Y si se hubiese implantado el ornamento vegetal meridional, el de Roma, por ejemplo, los árboles de hoja perenne, el pino, el roble, la encina? Estos árboles confieren a la ciudad de Roma una gravedad monumental soberbia. Puedo imaginarme perfectamente la pujanza urbana de la Diagonal salpicada

por los nobles, viejos y altos pinos del Pincio, como puedo imaginarme otros lugares de Barcelona acariciados por la sombra dorada de las encinas de Monte Mario. Ahora bien, estos árboles, en Barcelona, son poco frecuentes, sobre todo en los lugares más transitados, y cuando existen viven en un estado de precariedad irreparable. Pero es evidente que si hubiese tenido que elegir entre árboles y las palmeras de la época de los *americanos*^[26] me habría decantado por aquéllos. Pensar que, en el mejor de los casos, las palmeras de la Diagonal se volverán como las de la plaça Reial o las del Passeig de Colom presenta un futuro fatídico, sin esperanza. Aunque nos lo asegurasen, tendríamos el derecho a dudar si son palmeras de verdad; si no son, en realidad, palmeras de *montepío*^[27] y seguridad social. ¡Qué irreparable decadencia! Sin embargo, en las ciudades vivas, conviene que no decaiga nada, absolutamente nada, ni siquiera los árboles. Por esta razón, pensándolo bien, los plátanos han sido un mal menor y con su corpulencia variable han servido para tapar la monotonía adocenada de un urbanismo desprovisto de gracia. Esto no deshace ninguna de mis convicciones. Defiendo el ciprés sobre la tierra rústica y cruda y la botánica meridional en las ciudades. El plátano es un árbol polvoriento, chabacano, grandullón, como esos adolescentes que crecen demasiado y toda la vida se resienten del crecimiento desorbitado.

En este momento o punto dulce de Barcelona, la Rambla ofrece la máxima fascinación y es muy posible que el efecto que el barcelonés y, en general, el catalán sienten por esta calle provenga de recuerdos de pasadas noches de mayo y de primeros de junio relacionadas con la Rambla. Yo la he conocido llena de vida, sobre todo llena de la vida de la noche, saturada de personas que se encontraban allí por el puro placer de pasearse —«que se paseaban por la Rambla». He conocido la Rambla dels Estudis mucho antes del incendio que destruyó los almacenes del «Siglo». La maravillosa pared de la iglesia de Betlem, el Palau de Comillas y dicho bazar formaban un conjunto de elementos diversos, pero absolutamente ciudadano, porque en las ciudades lo que ha de imperar es la diversidad. Durante los largos años en que el solar del viejo bazar ha permanecido sin edificar uno ha tenido la impresión de que a la Rambla le faltaba un diente importante. Esta Rambla dels Estudis y la de les Flors tienen los mejores plátanos de Barcelona, y ésta es la razón de que en esta época apetezca tanto pasearse, tanto si vas solo como acompañado. Estos trozos de Rambla son muy favorables al diálogo y a la amistad. En mi época de estudiante aprendí allí, hablando con la gente, casi tantas cosas como en la Universidad.

Luego, más abajo, entre el Pla de la Boqueria y el antiguo Teatre Principal, la Rambla se convertía, en las noches de mayo, en un lugar de elementos humanos más estáticos, más embobados, más fascinados por la aventura amorosa fugaz. En este trozo de Rambla, la abundancia vegetal crea un juego de luces y colores, de claroscuros muy favorable al amor errabundo, al engañado pacificador y momentáneo. Los sentidos, ciertamente, nos engañan, nos engañan constantemente, pero casi todo lo que la vida no tiene de automatismo se proyecta sobre estas ilusiones huidizas e imprecisas. En un país como el nuestro, donde los instintos del amor son tan cerebrales, el ambiente, los elementos del *environnement*, son un incitante muy eficaz. En este sentido, el lugar tiene una malicia extraña, completa, fascinante. ¡He visto tantos naufragios, en la luz artificial, bajo estos árboles! Los navegantes tienen un instinto extraño ante las ciudades. Cuando llegan a este lugar se detienen como un perdiguero ante la pieza. Éste es el choque que ha dado el prestigio que tiene Barcelona entre los navegantes. El que tiene entre nosotros, ¿quién podría describirlo? La gente de este país es nominalista sólo en política. En todas las demás cosas, obedece al realismo más febril, más pueril, más inmediato.

La Rambla de Santa Mònica es un terreno oscuro e indeterminado, en cuyo fondo se encuentra el monumento a Colón —que es horrible—, los vagones de carga, que no dejan ver el mar, y el agua rojiza y corrupta del puerto, que es uno de los más tristes del Mediterráneo, incluso en los momentos del punto dulce de Barcelona, en las noches de mayo.

Corpus

A primeras horas de la tarde se iniciaba la fluencia de criadas desde todos los puntos del Eixample sobre la plaça de Catalunya, y fue durante aquellas festividades de Corpus de mi época de estudiante cuando me di cuenta del volumen del servicio doméstico en Barcelona. A pesar de pertenecer a la época de las formas y colores del gran momento burgués clásico, no vi en ninguna ciudad europea, después, tantas criadas como en las calles de Barcelona, los domingos y fiestas por la tarde. Corpus era, en este sentido, un superdomingo —la fiesta anual. La invasión del servicio doméstico, vestido con colores chillones que se estrenaban, colores que yo apreciaba tal vez porque me compensaban un poco del árido tono gris de los Procedimientos Judiciales, confería al Corpus barcelonés un aire de fiesta mayor de pueblo— una fiesta mayor grandiosa, claro está. A veces, un grupo de aquellas chicas arregladas, pero siempre un punto descomedidas, precedía a la figura de un señor vestido de frac, con una barba poblada y cuadrada, gris, que divagaba buscando el simón que habría de conducirlo a un lugar u otro del área de la procesión. La presencia de estos personajes, que parecían figuras de cera escapadas de un ambiente de escaparate, eliminaba del aire de las calles la rústica espontaneidad agropecuaria que depositaban las criadas.

El horario de la vida era aún el solar y a las cuatro de la tarde las calles por donde tenía que pasar la procesión estaban llenas de gente, eran intransitables. Sólo en el centro de las calles la densidad humana se abría para dejar paso a los simones que transportaban a los señores vestidos hacia la catedral. A veces, los coches no podían pasar por las calles estrechas, y por las portezuelas con el cristal bajado se veía a un señor muy refinado de peluquería (a veces dos señores, tal vez padre e hijo o suegro y yerno) que se mordían, impacientes, la barba. Puesto que alguien me dijo, el primer Corpus que pasé en Barcelona en 1914, que aquellos señores del frac que se veían dentro de los simones eran caballeros del Santo Sepulcro vestidos en cierto modo de paisano, ahora, cuando en Corpus veo un frac se me manifiesta, como un relámpago, la aparición de la caballería sepulcral. El fenómeno de

asociación me ha debido hacer cometer muchos errores —pero el mecanismo mental es tan débil y gratuito... De todos modos, una de las causas de nuestros errores es el gusto y la diversión que nos producen, la complacencia que nos dan: no puede negarse lo divertido que es ver a un señor dentro de un simón mordiéndose la barba, pero aún lo es mucho más si nos imaginamos que ese señor es caballero del Santo Sepulcro, es decir, la gloriosa reminiscencia de una espectacularidad medieval, aunque la figura que se muerde la barba no sea en realidad más que un pacífico presidente de la Adoración Nocturna o de las conferencias de Sant Vicente de Paúl. La humanidad que ocupaba las calles estaba sometida al primer bochorno estival, a la humedad del ábrego, que subía por la calle de Ferran arriba, y la piel de la cara de la gente tenía un reflejo del cielo opaco y pegajoso que cubría la ciudad. En el aire flotaba un olor a sobaco universal. Por suerte, la retama diseminada por las calles, las hojas de rosa y la ilusión que producía la visión de los cirios y los hachones que llevaban las personas que se encontraban en los lugares previamente fijados, cera que aún no se quemaba, pero que me producía, al olfato, el mismo efecto como si estuviera quemándose, corregían un poco el obsesivo olor de la transpiración, de angulosidad humana, que se hallaba esparcido por el aire y que, al actuar sobre la avidez sensual de aquella edad, grosero como lo era, se transformaba en imágenes escatológicas dolorosamente obsesionantes. A veces aquel olor insistente se mezclaba con las emanaciones que producía la presencia de una barbería situada en una planta baja— y digo planta baja porque en el centro de la Barcelona de aquellos tiempos había muchas barberías instaladas en los pisos principales.

En la festividad del Corpus, las barberías, sobre todo las del centro, trabajaban justo hasta el momento en que pasaba la procesión; había ciudadanos que iban de la silla del establecimiento al lugar que les correspondía en la organización general, con un poco de jabón en la oreja, es decir sin solución de continuidad. La gente se hacía peinar, arreglar la barba —¡qué barbas, Dios mío!—, rizar la capilaridad y colocar el bigote de acuerdo con lo que pensaba. Hablo de la época de la primera guerra y entonces quienes llevaban el bigote con las puntas hacia afuera —como el kaiser— solían ser germanófilos, personas de poca paciencia y con una cierta propensión a las congestiones sanguíneas de la intolerancia, mientras que quienes llevaban el bigote caído y lacio acostumbraban a ser francófilos, razonables y calzonazos. En aquella época había, en Barcelona, personas que tenían el aspecto de calzonazos, como por ejemplo el señor Bartrina de la Diputación, que llevaba sombrero de media copa y era conservador, y el señor

Bastardas, que era de la izquierda moderada. En cambio, había otras que presentaban el aspecto de vivir en un permanente estado de frenesí y agitación, como por ejemplo Jaume Brossa, a pesar de que cuando lo conocí había pasado muchas temporadas en prisión, porque era la primera persona de Barcelona a la que detenían si se producía la más ligera alarma, y Cristòfor de Domènech, que era un señor del color del poso del café permanentemente acelerado. Estos contrastes humanos, por el hecho de ser tan violentos, conferían una gran variedad a la vida de la ciudad.

En aquellas barberías, se les daba a los cabellos de los niños el rizo delicado de los bucles, tal vez para subrayar su ingenua puerilidad. Se utilizaba el torcedor, el hierro para ondular, el bigudí, las pinzas y los líquidos correspondientes, sobre todo la quina, que tenía el mismo color y el mismo olor que el ron de Jamaica —un ron suavizado por señoras resfriadas, que era el gran perfume popular. Mientras tanto, iban abriéndose las ventanas y los balcones de los pisos, en los que la gente se arracimaba para ver pasar la procesión desde aquellos lugares privilegiados. En aquellos balcones siempre había una señora gruesa y ufana, de mucha gesticulación, que hacía los honores a sus invitados. Con la aparición de la gente en los balcones, en la calle surgían los mirones, que eran numerosísimos, porque los placeres de la imaginación, en este país, siempre han tenido una matización muy amplia. Los de los balcones saludaban a sus amigos de los balcones de enfrente e incluso a personas que pasaban por la calle y las invitaban a subir, pero éstas solían decir, por lo general, tras agradecer la invitación, que tenían el compromiso de ir a otra casa para ver pasar la procesión. De vez en cuando se veían caer en el aire de la calle unas hojas de rosa tornasoladas o de retama amarillenta. Eran falsas alarmas, porque la gente se reservaba lo que tenía para echar cuando pasaba lo que en la procesión más interesaba. Y con respecto a las cosas que desde arriba caían tal vez habría que dilucidar un pequeño misterio. Hay personas que en la festividad del Corpus, mucho antes de salir la procesión, tienen ya el sombrero, la ropa y los lóbulos de las orejas adornados con la botánica y la papelería de la fiesta, y hay personas que parece que salen de casa con una serpentina enroscada en el cuerpo, como si quisieran dar a entender, sin duda, su adhesión y su entusiasmo al espíritu de la fiesta, adhesión y entusiasmo que yo, por otra parte, comparto y pondero.

Mientras tanto, las tropas cubrían el trayecto y se oían toques de clarinete, voces de mando y sonidos de trompeta muy bien acoplados que producían una notable satisfacción entre la ciudadanía diseminada por calles y plazas. ¡Cómo han cambiado desde entonces los uniformes! En este aspecto, la

guerra del 14 produjo una conmoción sensacional. Aquellos pantalones azules ribeteados de rojo, el ros que la tropa llevaba en la cabeza, tan erguido y tan operístico, las guerreras tan encorsetadas, con aquellos botones aguantados rabiosamente y siempre a punto de saltar, los pantalones de gran gala de la guardia civil, blancos, de punto, tan bien ajustados a las beneméritas piernas, y que eran del mismo estilo que el reglamento del marqués de la Ahumada, ¿qué ha sido de todo ello? ¿Dónde está el centelleo de los ojos de aquellos capitanes? En todas partes los uniformes militares han evolucionado hacia el *camouflage*, como si su misión consistiera ahora en hacer pasar desapercibidas a las personas que los visten, a pesar de que el hecho contraste con la importancia creciente que durante todo este tiempo estas personas han alcanzado. ¡Qué contrastes! A veces los toques de trompeta se oían desde muy lejos y colocaban en el aire una imprecisa vibración de añoranza colonial. Con ello, se oía, más cercano, el paso rítmico de un pelotón de soldados y parecía que ya estaba de nuevo organizada, que los soldados iban a plantar el bando que se colocaba en las esquinas suspendiendo las garantías constitucionales. En la Barcelona de aquella época, en cuanto se veía pasar un pelotón de soldados significaba que se había declarado el estado de guerra, con la consiguiente suspensión de las garantías constitucionales. Dicho estado de guerra lo vi declarar tantas veces, vi suspender tantas veces dichas garantías que la situación tenía que desembocar fatalmente en una suspensión definitiva, por lo menos para ahorrar así trabajo y gastos.

Según iba la tarde transcurriendo aumentaba el alboroto popular, como es natural. Cuando parecía que ya todos los simones habían pasado, aparecía el rezagado, con un señor muy anciano dentro —tan anciano y singular como correspondería a un caballero del Santo Sepulcro que no hubiese salido de su domicilio desde la procesión del Corpus del año anterior. El simón se abría lentamente paso entre la multitud, con un juego de bandazos de un lado a otro a causa de los adoquines mal dispuestos. Mientras la juventud insidiosa se dedicaba a estorbar el paso del coche, de repente se oía un «¡ay!» estentóreo y desgarrado. Era una señorita del servicio doméstico de buenas carnes, a la que acababan de pellizcar. La señorita se ponía colorada y quería retirarse a un lugar solitario por aquello del qué dirán. Era, claro está, un caso de grosería, pero ¿podía hacer algo más —o algo menos— el estudiante que acababa de salir del horror de la Mineralogía o de los Procedimientos Judiciales? La procesión tardaba; las procesiones siempre se hacen esperar. En la Rambla del Centre, los manubrios regaban el ambiente con sus notas nasales y metálicas y la gente comía cacahuetes, naranjas y avellanas. Mientras tanto la tarde iba

cayendo y sobre el Tibidabo aparecía un crepúsculo de carmín finísimo, fatigado, al tiempo que en la ciudad vieja el color de las cosas comenzaba a desdibujarse en las sombras de miel dorada. De repente y al unísono los niños daban la alarma: «¡Ya llega!», decían nerviosos, excitados. Y, en efecto, más o menos llegaba, y digo más o menos porque en las procesiones, como en todas partes, los que van delante sólo interesan a la chiquillería.

La gente se acercaba, se comprimía, se apretujaba, hecho que aumentaba las condiciones objetivas de la tendencia de este país a pellizcar, más que a acariciar —pueblo más sensual que voluptuoso— y a aumentar los placeres de la imaginación, que es lo principal. Pero nadie decía nada. La gente había callado. El silencio era absoluto. La procesión discurría espléndida, con los húsares de Rius i Taulet delante, la cruz, los gigantes y los enanos. Los gigantes y los enanos hacían unas evoluciones de una estupidez constitucional, pero nadie pensaba en cuánto tenían que sudar los pobres lázaros que los transportaban. La gente se quedaba boquiabierta ante el sensacional espectáculo, pero siempre pensé que esa forma de abrir la boca tenía como causa la dimensión de las figuras —desmesuradamente corta o larga. Si la imaginería popular es un reflejo de sentimientos colectivos, es curioso que este país haya dado estas figuras sin reacción, insulsas, de sangre de horchata, estúpidas, con el ridículo vaivén de la adulación. Dichas figuras parecen figuraciones de una clase dirigente en una época decadente, sorda y átona. El gigante es el fanfarrón del país; el enano es el técnico y el pragmático.

Pero en seguida, en cuanto se iniciaba la comitiva de cirios y hachones, la masa volvía a sus cucuruchos de cacahuets y avellanas. Pasaban gremios, sociedades y particulares. La cera goteaba. Pasaban pendones y banderas, con los cordones de protectores —ya radiantes, ya tímidos— a cada lado. En su declive la tarde iba dulcificándose y el cielo se volvía más azul. Se oía una música que comenzaba a lo lejos y otra que se acababa. Mientras tanto, caían de los balcones —y a veces de los terrados— la retama amarilla, las hojas de rosa, el confeti y las serpentinas. El colorido era vulgar, pero popular. Las personas que se habían vestido para ir a la procesión del Corpus no causaban demasiado efecto. A algunas se las notaba molestas; a otras les sobraba todo. El chaqué y el frac, la ropa negra, con tanta reiteración archivada, daban a quienes los llevaban un aire que no correspondía —hablo de entonces— a su importancia industrial o comercial. En cambio, a veces la ropa le sentaba bien a algún tendero jaranero y con problemas económicos que iba a la procesión pensando en algún tipo de operación bancada. Ir a la procesión era importante

en el sistema imperante. La ropa era aberrante, pero un día u otro tenían que sacarse del armario aquellas prendas tan caras.

La procesión iba pasando y llegaba un momento en que el espectáculo adoptaba un aire de maravilla. Era cuando comenzaba a aparecer el mundo oficial. ¡El mundo oficial en la calle! Sólo en Corpus era posible ver el mundo oficial en la calle, las caras de la gente citada en las gacetillas de los diarios. La luz iba endulzándose, un poco cansada, y se doraba. El cielo era más azul. Con la frescura del crepúsculo, la retama tenía un olor fascinante y yo notaba la frescura del aire de la Garrotxa y de la Guilleria. Las hojas de rosa exhalaban una —digamos— espiritualidad carnal. La gente guardaba en los bolsillos los cucuruchos de cacahuets y avellanas. Entonces aparecía el gran espectáculo: el Santísimo Sacramento bajo palio y detrás las autoridades decisivas, con la música más adecuada. ¡Dios mío, qué custodia! Más tarde me habló de ella mi amigo Manuel Brunet, y ahora comprendo el efecto que causaba. La Marcha Real. *La Virgen María es nuestra protectora, con tal defensora...*,^[28] etc. Ganas de complicar. Las autoridades, o sea la presidencia del espectáculo.

En mi época de estudiante vi pasar dos o tres veces la procesión del Corpus encontrándome en la acera de la calle Ferran, en la parte situada entre la calle Avinyó y la plaça de Sant Jaume. Estaba diciendo que llegaban las autoridades, con sus uniformes y sus condecoraciones, llenas de edad y a veces con aspecto de dignidad. Un año las autoridades pasaron por delante del lugar donde yo me encontraba cuando la música no sonaba, siendo el único sonido el ruido sordo del paso de la procesión subiendo la pequeña cuesta que forma la calle. Fue entonces cuando una mujer situada a mi lado dijo:

—¡Cómo resoplan, pobrecillos!

¿Qué quería decir aquella buena mujer? Me quedé un poco intrigado. Agudicé el oído y presté mucha atención y oí, lo que se dice oír, con mis propios oídos, la respiración cansada, el esfuerzo bronquial, el ruido del fuelle pulmonar de las autoridades. ¡Cómo resoplan, pobrecillos! Y es verdad que resoplaban. Indistintamente se oía el «jah!... jah!...» rítmico, monótono, casi doloroso, de los fuelles antiguos y un poco desvencijados de aquellos personajes. Algunos sudaban, otros estaban pálidos; todos parecían alterados. La mayoría tenían un rictus de dolor en la cara —a causa, sin duda, del largo rato que llevaban caminando con tanta tensión que los obligaba a hacer un esfuerzo nervioso, esfuerzo que se proyectaba en los músculos de sus caras. Por aquel entonces había unas bronquitis espantosas; en todos los rincones de las casas había escupideras; mucha gente moría por la boca. Ahora, en gran

parte, esto ha desaparecido, y las misteriosas desgracias antiguas se han visto sustituidas por nuevas desgracias. En aquel momento del paso de la procesión desprovisto de presencia musical, llegaban a mezclarse, para un oído fino, aquellas dramáticas respiraciones con los ruiditos metálicos que las condecoraciones hacían al entrechocar. Pero el rastro pulmonar se alejaba y detrás aparecía la carroza del marqués de Castellvell, estilizadísima. «*La Virgen María es nuestra protectora...*», etcétera. Pero la procesión ya había pasado y era muy de noche... Ardían las luces de la ciudad. La gente se desprendía de la algarabía de los grupos y corría hacia la Rambla en pos del tranvía, porque las primeras judías verdes— y ya de una hebra tan sólida— nos esperaban. No creo que en el mundo actual exista una reminiscencia de la época del barroco que pueda compararse con la procesión del Corpus barcelonesa.

El Parque

De las tres cosas que más molestaron a los liberales barceloneses del siglo pasado, dos —las murallas y la ciudadela de Felipe V— se derribaron. La otra, el castillo de Montjuïc, ha subsistido. La presencia de dicho castillo en la montaña de Montjuïc hizo que la ciudadanía prescindiera de ese paraje durante mucho tiempo. Precisamente porque el castillo le quitó valor a la montaña, allí se construyó, en la parte de poniente, el cementerio, porque ya se sabe que los cementerios se construyen fuera de la vista de la gente. El castillo y el cementerio tal vez hayan evitado que la montaña de Montjuïc se convirtiera en el soporte de un barrio residencial que habría podido ser uno de los más bonitos de Barcelona. La montaña comenzó a valorarse con la construcción del parque de Forestier y la Exposición de Industrias Eléctricas. El parque, yo lo he visto hacer.

La pérdida del Archiduque en la guerra de Sucesión y el triunfo de Felipe V fueron la causa de la construcción de la ciudadela de Barcelona. La fortificación militar se levantó tras arrasar el barrio de Ribera, hecho que implicó la destrucción de 61 calles y 1.262 casas habitadas por más de 6.000 personas. La construcción la dirigió el general Weerboom y las obras se iniciaron en 1715. Un siglo más tarde, los barceloneses deseaban algo aparentemente irrealizable: la destrucción y recuperación de la ciudadela. El sueño se convirtió en una realidad tangible en la época de la Revolución de Septiembre. Las Cortes Constituyentes de aquel período, siendo jefe del gobierno el general Joan Prim i Prats, cedieron a Barcelona la fortificación filipisca, para que, una vez derribada —cosa que hicieron unas brigadas de voluntarios—, el terreno sirviera como jardines públicos. La cesión fue gratuita, hecho natural, ya que la ciudadela se había construido sobre una depredación. Aunque esto fuera lo único bueno que hubiese hecho la Revolución de Septiembre, semejante acto de justicia la justificaría en nuestra memoria. El monumento al general Prim, en la entrada del Parque, viniendo de la estación de Francia, está perfectamente colocado y es muy bonito.

El parque lo construyó el maestro de obras Josep Fontseré, con la colaboración del botánico Ramon Oliva. Trabajaron sobre una extensión superficial de 608.807 metros cuadrados. Transformaron un cataclismo de piedras en un paraje delicioso. En la parte arquitectónica, trabajó con Fontseré el arquitecto Gaudí. La cascada monumental fue obra suya. Es una cascada un poco grandilocuente, pero muy agradable —de un agradable que contrasta con el aspecto lóbrego que tuvo (según los documentos gráficos) la fortaleza. Y no vayan ustedes a creer que la ciudadela era poca cosa: en su recinto había un cuartel principal con cabida para 8.000 hombres.

Lo primero que conocí en Barcelona fue el Parc de la Ciutadella. Yo debía de tener entonces siete u ocho años —o tal vez menos. Entre las familias acomodadas era una costumbre llevar a los niños ya un poquito mayores a ver Barcelona. A esa edad subí por primera vez en un tren de los grandes, fue la primera vez que comí y dormí en una fonda —si la memoria no me falla fue el Hotel Internacional de la Rambla— y también fue la primera vez que me senté en un café. La costumbre era visitar tres cosas: la Catedral, el puerto y el Parc de la Ciutadella. La Catedral me pareció oscura —quizás porque la relacioné con el cielo que estaba cubierto de nubes. El puerto, muy espacioso. Lo que más me gustó fue el Parc de la Ciutadella, a causa, claro está, de los pobres animales. El elefante— que ya por aquel entonces lo llamaban *el Abuelo*— me causó una gran impresión, casi tanta como el culo pelado y colorado de los monos y de los micos. Después de haber visto tantas cosas, volvimos a casa con el tren correo: un viaje fabuloso. Salimos a la una y media de la tarde y llegamos a las nueve y media de la noche. En el *Empalme*^[29] nos comimos un bocadillo con una de aquellas tortillas de color amarillo canario que tanto prestigio tenían. Del viaje dos notas de color permanecieron en mi memoria: el amarillo escandaloso de la tortilla del *Empalme* y el colorado de los traseros de los micos.

En mi época de estudiante volví a menudo al Parc de la Ciutadella. Cuando entré me pareció que no me iba a gustar. Acababa de dejar la magnificencia arbórea de las avenidas de la Dehesa de Gerona —una de las cosas que más intensamente impresionó mi adolescencia— y desde las rejas hacia afuera me pareció que los árboles del Parque barcelonés eran pequeños. Cruzada la puerta, el Parque se me apareció como algo demasiado ordenado, dibujado y relamido. De la Dehesa me gustaban más las avenidas que los jardines pequeños. Pero esta opinión pronto se desvaneció. Tras divagar cinco minutos bajo los árboles —era una tarde de primeros de octubre, dorada, madura—, me sentí invadido por un silencio, por una soledad deliciosa. Casi

no había nadie. Frente a las jaulas de los animales había algún que otro grupillo de personas. Niños, forasteros, recién casados venidos del pueblo. Excluyendo este paraje, el Parque parecía desierto. De vez en cuando, a lo lejos, por una avenida pasaban una o dos personas: un soldado triste y nostálgico, un señor que no iba a ninguna parte, una pareja. Me senté en un banco. Sobre el deslizamiento dulce y suave de la tarde, el ruido sordo de la ciudad discurría como un río lento y soñador. Llevaba un libro en el bolsillo: era el *Werther* de Goethe. En la vida siempre se producen las mismas casualidades. Es indefectible. Por la avenida principal pasó un simón guiado por un caballo; dentro vi a una señora muy mayor, vestida de forma anacrónica, empolvada, de ojos diminutos. Al cabo de bastante rato, en el banco situado enfrente del que yo ocupaba, se sentó un hombre de cabellos alborotados, vestido de manera descuidada, con un aspecto encorvado y meditabundo. Supuse que se trataba de un anarquista, porque en aquella época a un hombre con dicha apariencia se le consideraba a priori un anarquista. En un momento determinado se puso a leer un libro. No tardé en darme cuenta de que era un ejemplar del *Werther* de Goethe de la misma edición (0,60 pesetas) que yo tenía. Nos miramos, pero no nos dijimos nada. La atribución a aquel hombre de la ideología anarquista me pareció fuera de lugar. Y, puesto que los parques han sido siempre lugares muy apropiados para la formulación de hipótesis, supuse que tal vez aquel hombre era un suicida. No sé dónde había leído, tal vez en la obra de Josep Coroleu, que en el Parc de la Ciutadella había habido muchos suicidios. Debajo de la cascada monumental hay unas grutas que debieron de ser las primeras que hizo Gaudí, frente a las que, en el siglo pasado, hubo que poner unas rejas porque los suicidas tenían tendencia a escoger ese lugar para quitarse la vida... Este hombre tan pálido y convulso, lector del *Werther* debe de estar esperando un poco antes de perpetrar el suicidio —me dije. Pero al cabo de poco rato se sacó del bolsillo un cucurucho. Pensé que podía ser un cucurucho de anises... No. Era un cucurucho con mijo para los pájaros como los que se veían en la Rambla, por las mañanas. Extendió el mijo por el suelo y miró a su alrededor con gran curiosidad. Al cabo de mucho rato, apareció un gorrión— un único gorrión que se le acercó con visible recelo. El pájaro picoteó el mijo desganado, maquinalmente, con aire indiferente. No vino ninguno más. El hombre debió de sentirse desilusionado. Pero no podía ser de otro modo. El color de la tarde se había roto y ya no era la hora de los pájaros. Un aire denso y húmedo cubría Barcelona, y los árboles del Parque iniciaban su esponjamiento crepuscular. Al final de las avenidas había como una capa de niebla. Era el

momento de cerrar y no de dar mijo a los pájaros. La hipótesis del suicida no tenía fundamento alguno. Mientras me acercaba al caballo del general Prim, formulé la tercera hipótesis: la del ciudadano padre de familia, casado con una mujer insoportable que para vengarse de ella leía el *Werther*, un tanto fuera de lugar y bastante ignorante del transcurso de las cosas de la naturaleza. Esparcir un cucurucho de mijo a la hora del crepúsculo, cuando los pájaros se duermen en los árboles de la Rambla, al calor de los arcos voltaicos, tenía muy poco sentido.

Por aquel entonces fui a menudo al Parc de la Ciutadella. Allí aprendí algunas cosas. Solitario, silencioso, totalmente pasado de moda, los barceloneses vivían de espaldas a él. Parecía que la ciudad se alejaba del punto donde había iniciado su crecimiento en la época moderna. Su peor momento era en invierno. Los árboles, desnudos, dejaban ver los restos de la arquitectura de la Exposición de 1888, de un agraciado más bien muy relativo. Pero en primavera, con los árboles floridos, el Parque revivía en sus anacrónicas delicadezas. Pequeño, modesto, razonable, ni adocenado ni fascinante, dulce y discreto, la quintaesencia en el género de los parques de lo que yo suponía era el espíritu barcelonés, presentaba la nota curiosa de no ser nunca frecuentado por los barceloneses.

Algunas gracias

En mi época de estudiante había en Barcelona algunas cosas muy agradables —cuatro o cinco— que me han dejado un recuerdo muy vivo. Había muchas más, por supuesto, pero a las que ahora me refiero estaban al alcance de todos, se podían encontrar a la vuelta de la esquina. En concreto, había cuatro cosas deliciosas: el pan, el bacalao, las judías y los puros de La Habana.

El pan era sabroso, ligero, ojoso, de una crepitación en la costra que le abría a uno el apetito y convertía este noble alimento no en un objeto de lujo —las cosas buenas y necesarias nunca pueden ser de lujo—, sino en un objeto de gran calidad. Las épocas equilibradas y normales disponen, gracias a la competencia comercial, de un mecanismo que parece un milagro: la transformación de la cantidad en calidad. Las cosas más vulgares, más corrientes, son susceptibles de mejorarse, afinarse, estilizarse. Por aquel entonces decían que la calidad del pan de Barcelona dependía del agua. No lo sé. Por lo que recuerdo, el agua de Barcelona nunca fue nada especial; más bien ha sido siempre un agua áspera, dura y densa. De hecho, el agua que se consume ahora es muy parecida a la que se consumía en mis tiempos: es el mismo líquido, la misma agua con aditamento, porque el agua de Barcelona, como la de muchas otras grandes aglomeraciones urbanas, lleva aditivos. En cambio, el pan de hoy, el mejor pan de hoy, el de los estómagos privilegiados, no creo que pueda compararse con el pan de aquel entonces. Así pues, ¿cuál es el origen del cambio? París tiene el mejor pan popular de Europa, como Viena el mejor pan de confitería del continente. Estas ciudades han vivido grandes convulsiones, sin que ello signifique que la calidad de su pan haya cambiado. Pero en Barcelona el cambio ha tenido lugar. En nuestro país, el milagro de la transformación de la cantidad en calidad ha visto rotos sus resortes. Lo que no sube baja —decían los antiguos.

No seré yo capaz ni siquiera de imaginar que el bacalao que aquí se cocinaba pueda compararse con los guisos que a base de esta fibra remojada se condimentaban en el norte de la Península y sobre todo en el País Vasco.

Lo cierto, sin embargo, es que Barcelona fue en aquella época una ciudad donde se consumían grandes cantidades de bacalao, hasta el punto que uno de los platos más familiares del país (y sobre todo de Barcelona) fue el bacalao *a la llauna*, es decir a la catalana. Tras haberlo dejado en remojo las horas correspondientes, el bacalao se cortaba en trozos grandes. Se preparaba un recipiente de lata con un buen aceite y cuando estaba caliente se echaban los trozos de bacalao enharinado. Cuando empezaba a dorarse, se hacía una picada de tomates, ajos y perejil, picada fina que se añadía al recipiente. El conjunto se cocinaba a fuego lento, procurando que la salsa de tomate sirviera de elemento de cocción. El plato se servía en la propia lata. Esta combinación de base tan popular tuvo un gran prestigio, y su sabor causaba la admiración general. Cuando el buen bacalao desapareció de la circulación, el plato cayó prácticamente en desuso. Sin embargo, su recuerdo se mantuvo durante muchos años de forma viva y en la memoria de mucha gente llegó a tener colores elegiacos. Ahora que el bacalao ha vuelto a aparecer en mayor o menor escala, pero nunca tan bueno como lo fue antes, el plato vuelve a prepararse, aunque no con la profusión y calidad que tuvo entonces, pero sí con aquella ilusión que produce el retorno de las cosas agradables. De todos modos, el viejo bacalao barcelonés ya no existe, se ha convertido en un recuerdo —un recuerdo que se desvanecerá cuando nuestra generación desaparezca.

Las judías blancas —en Cataluña se comen sobre todo judías blancas—, que en determinadas comarcas se llaman *seques*, siempre se mantuvieron, en cambio, en el mercado. A veces se mantuvieron a precios prohibitivos, pero nunca faltaron, en mayor o menor cantidad. Las judías son en cierto modo el alimento simbólico del país, y tener aseguradas las judías (o sea las *seques*) representa tener la vida elemental asegurada. Representan la garantía de la base vital. Tener aseguradas las judías quiere decir lo mismo que para un italiano tener la menestra garantizada, para un francés el *pot-au-feu*, o el *cocido* para el castellano. Las judías (¡o las *seques*!), ¡las judías!, es un término que se oye mucho en nuestro país, tal vez demasiado. En realidad, el catalán es un devorador de judías, que condimenta de muchas maneras y a base de una matización palatal de gran diversidad. Casi todos estos matices son aceptables e incluso plausibles, porque son simples y a menudo mejoran el gusto un poco monótono del material. La simplicidad nunca ha corrompido el gusto y, aunque esta máxima sea de difícil comprensión, es un hecho que las judías no se han sofisticado. Simplemente hervidas y aderezadas con un chorro de aceite de oliva de calidad es como llegaron a tener en Barcelona la

preponderancia que siempre tuvieron y que aún hoy conservan. El barcelonés tiene paladar para las judías y las quiere de piel insensible y pastosidad delicada: harina fina.

En las orillas del Mediterráneo, la confitería y la repostería han tenido siempre un gran esplendor y una calidad auténtica. Barcelona confirma la regla. La observación es cierta incluso en los pueblos pequeños del litoral, y en todos ellos puede encontrarse una mercancía respetable. La gente de mar, es decir marineros y pescadores, tiene una tendencia permanente a la degustación azucarada. A la gente de mar le gusta la carne y lo dulce, mientras que a los payeses les gusta la sopa y el pescado. A los pescadores les gustan los postres, es decir lo último; a los payeses, los prólogos, los prefacios. ¡Todos aspiramos a lo que no tenemos! Sin embargo, generalizando, el catalán es menos goloso que la gente de otros países. Si Barcelona conserva una tradición del dulce —el roscón dominical y todo lo que con él se relaciona—, el hecho me parece una reminiscencia de un pasado marinero, de un pasado muy antiguo, avivado en el siglo anterior y que se mantiene porque las sensaciones palatales no mueren como si tal cosa. El único momento de la semana en que el barcelonés actúa por una presión marina es el domingo por la mañana cuando va a la confitería.

¿Cómo les gusta el tabaco de hoja: húmedo o seco? La pregunta es absurda, porque no puede haber un fumador que se precie que tenga la menor duda sobre cómo ha de ser el tabaco. El tabaco de hoja, el puro de La Habana, ha de tener un punto de humedad. Ahora bien: el régimen meteorológico dominante en Barcelona, como en todo el levante peninsular, hasta el cabo de Tossa, sometido al clima africano, con vientos del sur, jaloques y ábregos, que transportan un elevado grado de humedad, hace que en Barcelona el tabaco sea magnífico, que el lugar sea adecuadísimo para fumar. Todo lo contrario de Madrid, donde la altura de la ciudad y la sequedad del aire cristalino crean un tabaco seco, deshojado, desprovisto de sabores.

No estoy especialmente enamorado del clima de Barcelona. El grado de humedad que hay en la ciudad durante casi las dos terceras partes del año no ha sido nunca mi ideal. Es un clima que favorece la jaqueca, el dolor de cabeza, el reumatismo, el entumecimiento del cuerpo, las formas más elementales de la sensualidad. Pero estos vientos y esta humedad que al anochecer moja las aceras y empaña la luz de las farolas, mantienen el tabaco en un admirable estado de conservación, de perfume y sabor. La hoja no se apergamina ni se agrieta, ni adquiere una rigidez palpitante. Se mantiene densa, carnosa, hinchada, suave, y su perfume exhala ese punto de materia en

descomposición que en el paladar y en la pituitaria del fumador no tienen rival. Por aquel entonces, los cafés burgueses de Barcelona desprendían un magnífico olor a puro de La Habana.

Así pues, el clima de Barcelona tiene algo bueno: permite fumar bien, degustar del tabaco sus mejores cualidades. Sin embargo, se equivocaría quien creyese que este clima puede llegar a convertir un tabaco malo en un tabaco de excelente calidad. No. Esto sería un milagro, y los milagros suceden mucho más arriba. Lo que esta situación permite es subrayar al máximo las buenas cualidades de un puro. El perfume del tabaco de hoja en Barcelona llega a tener una intensidad tan grande que logra teñir el aire de los espectáculos al aire libre, como por ejemplo las tribunas de los campos de fútbol, en los partidos del domingo por la tarde. A menudo lo mejor de esos partidos es el humo del puro de La Habana que en ellos se respira —ese humo azul, suave y aterciopelado. El barcelonés, que en público siempre es un poco jactancioso, fuma el puro de acuerdo con el estilo de su temperamento— es una forma de fumar presuntuosa, dogmática, un tanto envarada. Creo que no hay para tanto, que hay que fumar como si no se fumara —es decir, con naturalidad.

El museo

Un año, mientras estudiaba la carrera, me inscribí en un curso de Historia del Arte que, integrando los Estudios Normales, daba Joaquim Folch i Torres. El museo estaba entonces instalado en el Palau del Parc, y puesto que las lecciones de Folch se daban en una dependencia del propio Palau, esta situación me permitió conocer con cierto detalle el museo de referencia, que entonces se estaba formando. El Palau del Parc era un lugar remoto, solitario y del todo incierto. Siempre me pareció que el museo estaba instalado allí provisionalmente. Luego se trasladó a uno de los palacios de la Exposición de Montjuïc, de difícil llegada y muy alejado. Barcelona aún no ha resuelto el problema de la disposición en un lugar central y fácil de su museo, que empezó a ser realmente importante con la llegada del Pantocrátor del Pirineo, como saben todas las personas que se interesan por la historia del arte.

El Museo Provincial de Barcelona, uno de cuyos últimos muñidores fue el señor Pirozzini, no fue sino una leonera sin pies ni cabeza, desprovisto del más mínimo interés. En cada capital de provincia hubo el correspondiente museo, como hubo la Delegación de Hacienda y el organismo de las plagas del campo. El museo comenzó a ser algo cuando intervinieron en su gestión personas vinculadas al espíritu del país, protegidas por organismos dotados de autenticidad. El Institut d'Estudis Catalans dio a conocer las pinturas murales románicas a principios de siglo y el interés en los medios artísticos mundiales fue considerable. Cuando mi generación llegó a Barcelona, el Pantocrátor de Sant Climent de Taüll presidía el museo con su rústica severidad teologal.

Puesto que Barcelona nunca había tenido museo, hubiera sido imposible imaginar que los barceloneses tuviesen una sensibilidad y una curiosidad para este tipo de establecimientos. El interés se inició cuando, creada la Junta de Museos, que Josep Llimona presidió durante muchos años, el museo se hizo realidad. Como sea que el comienzo de dicho interés coincidió con la llegada a sus paredes de las pinturas románicas, que no son nada fáciles de digerir ni nada agradables, sino muy bárbaras, se produjo una revulsión sensacional — revulsión que he vivido muy de cerca. He oído inacabables discusiones sobre

estas pinturas, a veces muy agrias. Y de hecho no gustaban a nadie; incluso llegué a dudar de si quienes las defendían las encontraban bonitas.

Barcelona era entonces una ciudad rica, llena de comodidades, muy afrancesada, muy inclinada a la facilidad, a la ligereza y a la frivolidad. Quería un arte digerible, soporífero y desprovisto de la más mínima complicación. El momento propiciaba esta tendencia.

De este modo, con las pinturas románicas sucedió lo mismo que con la figura y la obra de Gaudí, que tuvo, al lado de un pequeño grupo de personas que lo defendieron por catolicismo, la animadversión universal de los medios artísticos de la ciudad. La polémica tuvo en realidad el mismo sentido y se produjo utilizando las mismas palabras. Todo aquello que se dijo de Gaudí —aquellas características de orgullo, monstruosidad e incomodidad— se dijo también de las pinturas románicas, añadiendo, claro está, la carga rústica y salvaje de las altas montañas. La simplicidad de aquellas obras tenía que incomodar el espíritu delicuescente e insignificante de los propietarios de las torres de la Garriga o de Sant Gervasi. ¡Aquel Pantocrátor! Ante la figura, la gente primero se quedaba atónita, sin respiración y luego contraía la cara para acabar reaccionando de forma adversa y contraria. ¡He llegado a oír unas cosas por parte de la gente refinada de aquella figura venerable! En el mejor de los casos se la comparaba con la sagrada cabra pirenaica, exhalando el mismo hedor de la cabra de alta montaña —un extraño olor a rústico que hería los sentidos de una ciudadanía cuya pituitaria no pasaba, por lo que se refiere a las presencias rústicas, de la retama del Corpus y del tomillo de Semana Santa. Ese figurón enorme— uno de los exabruptos más considerables que ha dado el simbolismo campesino —crispaba literalmente a la gente convencional, era la antiestampa reticente, desvergonzada e indignante. Ese aspecto de estafermo rígido que presenta, su severidad grave y agarrotada, acababan irritando y enojando a la gente.

Así pues, el museo de Barcelona empezó su historia en medio de una considerable polémica. Los museos nunca se ponen en tela de juicio de modo serio. Lo que contienen se considera de un valor obvio e intocable. En Barcelona, en cambio, se produjo esta novedad: tuvimos un museo discutido por el mero hecho de nacer. Desde el punto de vista de la curiosidad del gran público esto fue algo malo. Para la propia vida del museo constituyó un gran bien. Sea como sea, fueron necesarios muchos años para que la gente se acostumbrara a aquellas figuras tan extrañas, a aquellas enormes imágenes tan insospechadas. Cuando yo estaba en Barcelona, la polémica ya se arrastraba desde hacía quince años. Por suerte, el interés que algunos núcleos extranjeros

demonstraron contribuyó a suavizar la vehemencia y a ampliar el interés. Nuestras cosas nos gustan cuando desde el extranjero nos dicen que nos han de gustar. Casi siempre es así.

Como decía antes, hice aquel curso de Historia del Arte con Joaquim Folch, en el Palau del Parc. Fue un curso muy fructífero y de un gran interés. Ahora bien: el museo se encontraba allí mismo y, hecho ya el viaje —con el tranvía número 29—, había que aprovecharlo. A aquellas horas de la tarde solía haber poca gente. En las salas el silencio era perfecto —un silencio que por el hecho de darse en Barcelona parecía muy lejano. Era la quietud del parque— el obstáculo que ponen los árboles del parque al ruido ciudadano. En aquella soledad, intensificada en invierno por las primeras luces del crepúsculo, que parecían acrecentarla, las pinturas románicas tenían un aspecto que obsesionaba. Monstruosas, deformes, envaradas, parecían vivir fuera del tiempo, como debieron vivir fuera del tiempo en los largos siglos que pasaron pintadas en los ábsides de las remotas iglesias románicas del Pirineo, en medio del prodigioso silencio de los altos valles. Vivieron durante años y años como si formaran parte de la naturaleza que las rodeaba: al salir el sol sus colores se avivaban y al llegar la noche entraban en una oscuridad impenetrable. Les ha quedado un aire de intemporalidad, como si fuera la pura tensión del tiempo la que las hubiese dibujado, como si sus colores fueran el jugo del tiempo destilado. Tal vez el tono gris de las tardes de invierno y la media luna de la hora baja les daba el ambiente más adecuado — el más parecido al que tuvieron en sus iglesias íntimas y oscuras de montaña. Sobre la enorme pared, el Pantocrátor presidía la reunión teológica con el libro abierto en la mano— *Ego sum lux mundi*— y los colores iban desvaneciéndose en lo grisáceo del Palau del Parc.

Noche de verano

Los exámenes, en la Universidad, empezaban el 20 de mayo. El 23 o el 24 ya habían acabado. Volvíamos a casa. Comenzaban unas vacaciones larguísimas, que duraban hasta el primero de octubre. Para los padres (que pagaban) era una vergüenza. Para los estudiantes un momio, ya bucólico, ya costero —que a la larga se volvía enervante. Cuando el primero de octubre las clases se reiniciaban, después de cuatro meses de pérdida total, de pura inopia, transcurridos a la sopa boba, uno se sentía más ignorante que al comenzar la carrera. Pero el sistema era éste, y el sistema era intocable. Un año pasé unos días en pleno verano en Barcelona y me topé con una ciudad desconocida, insospechada, extraña. Comprendí que mi conocimiento de Barcelona era incompleto. Tuve una noche de libertad y me perdí por la parte baja de la ciudad.

Hacía realmente calor. En determinados momentos de la noche y del día, sobre todo dentro de las habitaciones, el calor era asfixiante. Los diarios hablaban de temperaturas extremas. Así como en invierno el frío penetra en las habitaciones y se mantiene rígido, sólido y entumecido, ahora el calor se había metido en ellas de lleno y se mantenía esponjoso, pero estático, absolutamente consolidado. Todo olía, incluso las habitaciones más aireadas, a cosa incubada. La temperatura parecía devolverle a uno a la memoria el recuerdo olfativo, superpuesto, de la gente que por allí había pasado en otros tiempos. Las calles de la ciudad vieja estaban repletas. La Rambla era un hervidero de gente. En los bancos de la plaça Reial, en los de los espacios inciertos del área del puerto, en las sillas de la Rambla, la ciudadanía tomaba el fresco. Muchos ciudadanos se habían sentado con los pantalones doblados casi hasta la rodilla. Las mujeres, con unas faldas odiosamente largas, daban una impresión de obstrucción insoportable. Una gran parte de la ropa les sobraba inútilmente, pero no tenían más remedio que aguantarse. Comprendí hasta qué punto es fácil desnudarse en determinadas ocasiones. La luz de los arcos voltaicos rompía el color de la carne sudada de la gente, acentuaba el tono blanco enfermizo de las piernas de los hombres, irisaba el aire saturado

de emanaciones humanas. Dichas emanaciones, mezcladas con las vaharadas intermitentes que exhalaban algunas bocas de alcantarilla, provocaban en la pituitaria una sensación de presencia de la raza latina a escala fenomenal. Era el bochorno estival absoluto, la desfibración sonambúlica, el reblandecimiento disperso —esa forma de abatimiento, agobio pasivo y triste propio de cuando la vida consiste en sudar. Al fondo de la Rambla, más abajo de Santa Madrona, unos músicos del país exhalaban tangos y musiquillas canallas más o menos tropicales— probablemente más tropicales que quien llevaba la solfa. El aire se lo llevaba todo, un aire de algodón ondulado. Grupos de espectadores sentados o de pie ante la música parecían adormilados en la procacidad irreal. Fue entonces cuando un niño de corta edad que acompañaba a sus padres en su paseo por la Barcelona nocturna gritó, chillando.

Pero por los alrededores no se veían sandías. Lo que se veía era una churrería rodeada de un vaho amarillento de aceite insidioso y hormigueante que avanzaba en la incierta luminosidad de la Rambla como una mancha en un papel secante. Una mancha ofensiva, de un olor dulce, de una dulzura barata y agria. En un banco veo a un hombre que desgrana cacahuetes como si pasara el rosario. Del cuartel de las Drassanes llega un calor humano de dormitorio enorme y fermentado. Cuando se levantaron edificaciones en las Drassanes, ¡cómo debían de oler a madera y mar aquellas piedras!

De todos modos, existe una ciudadanía más prudente. Pasar el verano en la Rambla, sometido el cuerpo no sólo al calor natural, sino al que produce la luz que cae sobre la calle y al que exhala el espesor de la concentración humana, debe de ser probablemente un error. Por estos rincones no corre ni una pizca de aire; pero en Barcelona seguramente hay lugares más clementes. Me encamino por el Passeig de Colom pensando en el vientecillo nocturno. Sobre la vasta oscuridad del paseo se ven las manchas de luz de los arcos voltaicos, intermitentes. A veces la luz salpica una palmera. Me digo a mí mismo que seguramente habrá lugares más acogedores; sin ir más lejos, el interior de las casas. La avenida es solitaria e incierta y sobre su borrosa imprecisión a veces pasa, dando saltitos, con una amarillez descompuesta, un tranvía. Sobre la acera hay muchos despachos, con su correspondiente caligrafía comercial, que a esta hora parecen dormir. En el frontón oscuro del paseo viven aún, sin embargo, muchas familias. Los balcones de los pisos están abiertos. Se ven las manchas rectangulares de luz de los balcones abiertos de par en par. A través de una de estas manchas, en un piso bajo, veo a una familia sentada a la mesa, bajo la claridad difusa de la luz. Son las doce

de la noche y la familia sigue sentada alrededor de la mesa. Debe de ser un piso pequeño... Veo a un señor gordo, con un pijama claro, rayado, de aspecto opulento y animado, a pesar del pesado bochorno. El hombre en cuestión mantiene una animada conversación con otro hombre que da la espalda al rectángulo del balcón. Su forma de gesticular es muy expresiva. Una señora, también voluminosa, que parece presidir la mesa, se da aire con un abanico, lenta y maquinalmente. La escena es plácida y perfectamente resguardada del aire bovino que el bochorno proyecta en los lugares concurridos de la ciudad. Tal vez tengan un ventilador. En la gente gruesa, de facciones grandes, el aire de los ventiladores parece tener una fuerza de rejuvenecimiento. Esta gente pasa el verano de forma plácida.

En otro balcón veo a un señor y a una señora balancearse, ligeramente, en sendos balancines de la época de las habaneras. Los balancines han desaparecido de nuestro mobiliario. A veces los chavales queman un trozo de balancín en una hoguera el día de Sant Joan. El balancín es, sin embargo, un mueble estival magnífico. Su movimiento pendular produce en verano el mismo efecto que darse aire con un abanico —con un abanico, claro está, que abanicase el cuerpo entero. El balancín es un mueble del trópico y nos lleva a pensar en Cuba y Puerto Rico. En la época de la esclavitud, las personas ricas se hacían dar aire por los pobres esclavos negros. En la época de las lluvias, si las señoritas de buena familia tenían frío, colocaban sus pies entre la adiposidad voluminosa de los pechos de una negra. Se llegaban a inventar mecanismos que, accionados por el pie de un esclavo, movían el aire de aquellas familias. Cuando se abolió la esclavitud y hubo que pagar algún jornal— poca cosa— a los negros, resultó demasiado caro tener aire corriente. Entonces se inventó el balancín para que uno mismo se proporcionase aire a través de los movimientos del mueble.

El balancín es una época —una época algo cursi, de cromo pegado, de cortesía empalagosa muy bonita. La aplicación industrial de la electricidad a la producción de aire corriente —la invención del ventilador, en una palabra— hizo que en el trópico los balancines pasaran de moda. El movimiento llegó hasta aquí, porque cuando algo pasa de moda, pasa de moda en todas partes. Y de esta forma nos hemos quedado sin balancines y sin ventiladores, porque estos últimos aún no han pasado de los establecimientos públicos y de los despachos. Los ventiladores no forman parte de nuestra vida de familia, por lo que nos pasamos el verano con un palmo de narices, sentados en muebles rígidos o en poltronas enormes y mullidas que en verano son calurosas y desagradabilísimas. La pérdida del balancín como mueble estival

fresco, simpático y utilísimo —¡aquellas antiguas siestas en los balancines de rejilla, en el comedor oscuro y silencioso y el zumbido lejano de moscas en la mancha de sol del fondo del pasillo!—, hemos de situarla en ese estado pasivo de las cosas que se han desvanecido. Ahora que las moscas andan de capa caída casi en todas partes —menos en los pueblos de campesinos ricos —, el balancín aún sería más eficaz que en otras épocas. Sería un objeto de una mayor frescura e implicaría la resurrección de un mueble que sospecho vinculado al sentir barcelonés, a la miel rosada y al baño maría.

Por el Passeig de Colom no pasaba ni un soplo de aire. El vientecillo de la tierra tardaba en venir. El bochorno tendía a solidificarse sin perder el esponjamiento húmedo. Las manchas de luz de los balcones del paseo se iban apagando sucesivamente. En Barcelona hay madrugadas de verano más pesadas que las primeras horas de la noche. A las tres la Rambla aún hervía. Había gente que dormía plácidamente en las sillas. El olor de la churrería llegaba casi hasta el Teatro Principal. Empezaba a mezclarse con los perfumes de las mujeres de la vida. Los primeros obreros bajaban Rambla abajo con sus fiambreras y la gorrita encima de la oreja. El alba surgía sobre un cielo de una densidad láctea, de una vaporosidad espesa.

Los monumentos

Barcelona es una ciudad pobre en monumentos y en lápidas conmemorativas. Cuando uno se pasea por las calles, observador, y sin tener demasiadas cosas que hacer, resulta agradable encontrarse de vez en cuando con un monumento o con la inscripción de una lápida colocada en la fachada de un edificio. Los monumentos refrescan el espíritu; las lápidas avivan la memoria. Para las personas y los hechos a los que están dedicados son una corporización de la gloria. Si tener un monumento significa poseer la gloria, la escasa y endeble tendencia a la monumentalidad que tiene este país debe de indicar que aquí la gloria es ardua y difícil.

En Barcelona hay monumentos deplorables, como el de Pitarra, en la Rambla, delante de la entrada de la calle de Escudellers; como el de Clavé, que han retirado de la Rambla de Catalunya hace poco. Hay otros que son más discretos. Sin embargo, ¿son acaso mejores o peores que los que se construyeron en la misma época en otros países europeos? No lo creo. Son aproximadamente lo mismo. Por aquel entonces la prensa de París —que yo leía en el Ateneu— presentaba de modo intermitente unas encuestas en las que se preguntaba: «Si usted pudiera, ¿qué monumentos de la ciudad retiraría o dinamitaría?». El monumento a Gambetta, en el Louvre, se había votado casi unánimemente que se demoliera. Con respecto a muchos otros, la consideración era idéntica.

Había tres monumentos que me parecían discretos: el del almirante Marquet, en la plaça de Medinaceli, que consideraba el mejor de Barcelona; la estatua ecuestre del general Prim, en el Parc de la Ciutadella; el monumento al señor Güell, en la intersección de la Gran Via y la Rambla de Catalunya. El autor del monumento a Prim fue el escultor Puig Gener, y está mejor que el que tiene en Reus el mismo político, cuyo autor fue Josep Clapés. El monumento a Güell era frío, pero tenía las características del sentimiento burgués de la época victoriana: correcto y saturado de respetabilidad. Su autor fue Rossend Nobas. Manolo Hugué decía que Nobas era una nulidad imprescindible.

Esta frase puede aplicarse con una exactitud perfecta al monumento a Colón. Como dicho monumento hay uno igual en todas las ciudades importantes. Los hay que son más altos; otros, más bajos. Todos parecen hechos en serie. Una columna con un señor encima que alarga el brazo, y señala con el dedo una cosa que no se ve. La cosa que no se ve figura que es América. No se puede pedir más eficacia expresiva dentro de la simplicidad mental de la composición. Es una nulidad imprescindible.

Anselm Clavé, fundador de los coros que llevan su nombre, con la intención de que disminuya el público de las tabernas, dirige con una batuta en la mano, de día y de noche, unas masas corales invisibles. Su figura rígida con afectación, de una seriedad fundamental, bronce sin sensibilidad, más plomo que bronce, de una importancia basada puramente en el peso, es de una visión deprimente. Se ve de inmediato que el músico es mediocre dirigiendo y que las masas corales de su entorno cantan mal. El monumento no está acabado. Construido mediante suscripción popular, hubo dinero para la figura, pero no el suficiente para colocarla sobre el elevado pedestal que el proyecto comportaba. Si fuese tal vez posible ver la estatua más alta no resultaría tan espesa y pesada. Se airearía. Lo cierto es que, al acercarse el momento de la inauguración, fue preciso encontrar una solución provisional. La estatua ya estaba, pero faltaba el soporte de elevación. El arquitecto municipal Falqués, el autor de los bancos y de las farolas del Passeig de Gràcia, el célebre Falqués, hizo construir un zócalo de piedra deprisa y corriendo. Y de este modo Clavé permaneció sobre un zócalo perentorio y desproporcionado, con sus enormes zapatones y su incansable batuta. Para dar a los contempladores de la estatua la idea de que el homenajeado era músico, Falqués hizo esculpir sobre el zócalo unas liras descomunales que si se hubiesen tenido que tañer habrían exigido palos de aportadera.

En el Parc de la Ciutadella se encuentra ese monumento tan encantador — esa señorita que lleva polisón, tan bien vestida de mármol, tan fina y distinguida, que sostiene un paraguas abierto que cuando llueve gotea de verdad. La señora es una síntesis de toda una época y tiene una forma de presentarse y de colocar el pie absolutamente igual que las señoritas de la época de la Restauración, tal como pueden verse en la *Ilustración Española y Americana*, que fue una publicación muy artística que recogió las palpitaciones de su tiempo. He oído decir a coleccionistas de monumentos que la figura, en su cursilería, es encomiable. Debe de serlo, claro está. Es la Venus de una clase dirigente educada en colegios de jesuítas, escolapios, doctrina cristiana o maristas.

El señor Soler, Pitarra, se halla monumentalizado en la parte baja de la Rambla, delante de lo que fue el Teatre Principal. Visto de perfil, Pitarra parece estar sentado en un sidecar grandioso, con un respaldo caprichoso en forma de ola a punto de ensortijarse —un sidecar de rúa de Carnaval que tras dar muchas vueltas por el Pla de les Comèdies se ha detenido definitivamente. No sé quién fue el autor de la figura. El respaldo también lo construyó el arquitecto Falqués, y ha resultado de una solidez magnífica. El monumento es horroroso y, si no fuera porque Pitarra no tiene ninguna culpa y se encuentra allí atado sin quererlo, hasta el extremo que parece que le tiemble la barbilla de tanto nerviosismo como tiene, lo mejor sería pura y simplemente dinamitarlo.

De todos modos, el señor Soler vive su vida marmórea un poco más aireado que su homónimo, el gran actor Iscle Soler, que asoma un poco la cabeza de un pozo de piedra labrada situado en la plaça de Sant Agustí. Toda la arrogancia y procacidad de piedra ensortijada que tiene el monumento a Pitarra, lo tiene de timidez y apocamiento la obra de Gargallo en la calle del Hospital, tal como ha quedado, que poco tiene que ver con el proyecto. Y la explicación será porque el primero se concibió como un monumento de verano y el segundo como uno de invierno. Desde luego no nos privamos de nada.

Frente a la fachada de la Universidad, la glacial fachada de Rogent, el monumento de Gaudí al doctor Robert ofrece un contraste vivísimo. Parece mentira que dos cosas tan aberrantes hayan podido acercarse una a otra de forma tan visible. El edificio universitario y el monumento, obra de dos hombres que, si no fueron contemporáneos, poco les faltó para ello, parecen cosas de dos países distintos. Si consideramos que la fachada es aceptable, el monumento sólo puede calificarse como monstruoso y si consideramos que el monumento es digno, la fachada entonces no puede aceptarse bajo ningún concepto. Son dos cosas que no tienen nada que ver una con otra. El monumento de Gaudí hubiera estado bien en el Parc Güell. En la plaça Universitat causa una impresión rarísima. Es de una originalidad aterradora. Representa una protuberancia geológica colocada entre las casas más bien mediocres de una plaza sombreada por unas palmeras. Emplazar una excrecencia enorme de boniato en semejante ambiente es como provocar una detonación. Cuando, al salir de las aulas frías y grises de la universidad, meramente cúbicas, puramente geométricas, nos encontrábamos con la hinchazón de la protuberancia gaudiniana que había emergido del suelo de la plaza, nos invadía la sorpresa. Una sorpresa que al cabo de cinco años de

producirse se mantenía viva como el primer día. Pero Gaudí era así. Odiaba el Eixample de Barcelona como fenómeno urbano y arquitectónico. Si hubiese podido arrasarlo, lo habría hecho. Todo lo que construyó en su área lleva la marca de una terrible protesta. La del monumento al doctor Robert fue, tal vez, la más viva. Ahora bien, sobre la forma del monumento, se observan algunos detalles muy sensibles, como por ejemplo el adolescente desnudo, obra de Josep Llimona, que es una de las mejores obras esculpidas en este país en los últimos decenios.

En la plaça de Palau se encuentra el monumento —aunque nadie lo sepa— al genio catalán proyectado por el arquitecto Daniel i Molina (autor de la plaça Reial), para celebrar la llevada de aguas de Montcada. Los hermanos Baratta (italianos) la llevaron a la práctica. Es una fuente de mármol con una figura encima que lleva una estrella en la cabeza y cuatro matronas cómodamente sentadas que representan las cuatro provincias catalanas. Del círculo de agua que rodea el zócalo emergen unos caballos que resoplan —o deberían resoplar— el agua. Es un monumento discreto, con un toque de melancolía provincial, tópico, ingenuo que, frente a la fachada de la Llotja de Joan Soler, resulta un tanto escuálido y desvaído.

El Liceu

Siendo estudiante, fui alguna vez a escuchar ópera al Teatre del Liceu. Fui, como es natural, al gallinero. Puesto que el Liceu es un teatro absolutamente diferente de los demás en nuestro país y el público que a él acude es muy distinto, es lógico que al gallinero del Liceu lo llamen de otro modo: en efecto, lo llaman el quinto piso. El quinto piso del Liceu.

No fui muchas veces al Liceu, pero sí es cierto que aprendí muchas cosas. Aprendí que de ningún modo se puede ser pobre. La lástima es que este axioma que conocía desde mi más tierna juventud fuera para mí completamente estéril. Nunca supe sacar sus consecuencias. Cuando daban una ópera mediocre, entrar al teatro era fácil, porque las localidades sobraban sin problemas. En cambio, cuando representaban una obra buena, cosa buena, *desde luego*,^[30] decían los barceloneses, un gran gentío se concentraba en las taquillas, había que hacer una cola larguísima, una cola enervante que me sacaba de quicio y me obligaba a menudo a abandonar antes de llegar a la meta. No me gustan las colas, y no por un sentido social separatista, precisamente. Me gusta estar de pie y puedo aguantar largas horas siempre que no me parezca una obligación. Cuando estar de pie se me presenta como una obligación, me entran unas ganas irresistibles de sentarme en una silla. Mi cultura musical sería, pues, mucho más amplia si con frecuencia el enervamiento de la cola que se formaba en la calle de Sant Pau no me hubiese desplazado al American Soda del principio de dicha calle o a cualquier otro establecimiento. Así es como se pierden las melodías. De ningún modo se puede ser pobre.

El espectáculo que presenta el Liceu desde el quinto piso, en una buena noche, es magnífico; es uno de los panoramas más extraordinarios del país. En la época de la juventud, la sensibilidad se ve especialmente fascinada por la visión panorámica, por la morbosa desfibración que produce la contemplación desde una altura situada sobre el mar o sobre la tierra. El panorama es una de las claves del romanticismo literario o anímico. Todo lo que es oceánico, libre y dilatado hace titilar la melancólica inconcreción del

ser joven. Desde el quinto piso del Liceu, el panorama era literalmente fabuloso: se veía un océano de burguesía, centelleante de joyas, brillantes y todo tipo de piedras duras. ¡Dios mío, qué maravilloso espectáculo! Parece inconcebible que una clase de población pueda crear unas ondulaciones humanas provistas de una fuerza de imantación tan viva. En el quinto piso estaba, primero, la claqué, es decir el conjunto de personas estratégicamente colocadas que ponían cara de maquinista de tren y que se conocían a simple vista. Luego estaban los melómanos recalcitrantes, con la partitura en la mano o sin ella y para quienes sólo contaba la música del drama. Estos melómanos sentían un desprecio olímpico por el océano burgués que aparecía ante su vista. Ni siquiera lo miraban. Como se consideraban musicalmente superiores, conceptuaban que el panorama burgués era una concentración más bien densa de cretinismo. Como eran pobres, estaban dominados por el orgullo insoluble y pérfido que segrega la pobreza. Conceptuaban que su sensibilidad musical era incomparable, porque llenaba el vacío de su pobreza —del mismo modo que en otros momentos se habían considerado superiores en la sensibilidad del amor porque el amor había llenado el vacío de su pobreza.

Yo también era pobre, pero era un pobre lírico, es decir, intrascendente. La música me suscitaba más el gusto de la contemplación que el de la posesión. La música me había ofrecido, es verdad, dilatados paisajes fértiles e idílicos, pero cuando pensaba en los quebraderos de cabeza que su cultivo me habría dado y en lo que habría tenido que pagar para poseerla, lo cierto es que me enfriaba un poco. Alguna vez también me ofrecí a mí mismo alguna señora fascinante, deslumbrante, absolutamente bien hecha; pero en cuanto se planteaba el problema de su mantenimiento la visión se oscurecía. Así pues, mi intrínseca e irreparable vulgaridad —no me cuesta nada declararlo— me hizo siempre más sensible a la música de contemplación que a la música de posesión. Y ello contribuyó, ciertamente, a que pudiese contemplar el océano burgués del Liceu de un modo objetivo. Lo miraba como si me encontrase en la cima de la Mare de Déu del Mont con el Ampurdán delante o en Sant Pere de Roda un día de aire de tramontana clara y brillante, con el Rossellón ante mí en toda su extensión. Claro que si me hubiese encontrado en situación de heredar el centelleo de algún brillante grande y bueno, de los que se me presentaban a la vista, por supuesto que no habría dicho no. Sin embargo, hubiera considerado pesado y aburrido cualquier otro procedimiento para obtenerlos. Mi vulgaridad es absoluta, pero es una vulgaridad sin brillantes. Todo esto es para decir que observaba el panorama del Liceu estrictamente tal y como es: es decir, como un panorama puro y simple, como un fenómeno

geográfico suscitador de sensaciones líricas en la triste imprecisión de la juventud. Me parecía imposible que semejante panorama pudiera tener lugar en la Rambla, en medio de una urbanización por lo general esmirriada. Pero dicha estrechez aumentaba su grandeza e interés.

El primitivo Teatre del Liceu (con su café) estuvo situado en la plaça de Santa Anna, en el edificio que ocuparon las monjas dominicanas llamado Montsió. Estas monjas abandonaron el convento a consecuencia de los acontecimientos de la noche del 25 de julio de 1835, o sea de lo que se suele denominar como la quema de conventos. El edificio se cedió al batallón número 14 de la Milicia Nacional, afecta al partido moderado. Un día, el comandante del batallón, Manuel Gibert, invitó a tomar café a su casa a la oficialidad y les comunicó que convendría recoger algo de dinero para uniformar a quienes no podían pagarse el vestuario de reglamento. Uno de los asistentes tuvo la idea genial de organizar funciones teatrales, aprovechando una compañía de aficionados, para recaudar dinero. Se solicitó permiso para construir un pequeño teatro en una de las salas del exconvento de Montsió, y éste fue el origen de la *Sociedad Filodramática de Montesión*^[31] que después se llamó *Liceo Filarmónico-Dramático Barcelonés*,^[32] y que fue el embrión del Liceu.

Toda esta etapa inicial que se inauguró con la representación de la comedia en tres actos *El marido de mi mujer*,^[33] tuvo que ser una cosa más bien pobre, desvalida. Pero fue un comienzo, una tentativa. Tan pronto como la Revolución francesa hubo destruido la estructura asfixiante de la organización medieval y el individualismo se convirtió en la base misma de la vida, fenómeno que en el aspecto económico tuvo una inmensa trascendencia, ya que destruyó la pereza gremial y el embobamiento propio de la cofradía y obligó a la gente a ganarse la vida por sí misma, en Cataluña se manifestó una enorme ansia de vida. Cuando digo tan pronto como, se ha de entender con esa parsimonia originada por las acostumbradas rémoras de la política. La trascendencia que en dicho proceso tuvo la quema de conventos del año 1835, ya la he puesto de manifiesto en otro lugar de este libro.

En 1839 formó parte como socio del *Liceo Filarmónico-Dramático Barcelonés* el señor Joaquim de Gispert, persona relevante de la ciudad de Barcelona. El teatrillo de Montsió necesitaba unas reformas y una ampliación urgente, y entonces surgió la idea de solicitar la cesión, a la sociedad, de los terrenos y el edificio quemado del convento de los Trinitarios descalzos situado en el ángulo de la Rambla y la calle de Sant Pau. Hacia mayo de 1843 se le da autorización al señor Joaquim de Gispert para hacer las gestiones

correspondientes a la cesión, y hacia noviembre de 1844 aparece la Real Orden autorizando la suscripción de acciones para construir el Gran Teatre de Liceu. En la historia de dicho teatro, la figura del señor Gispert es muy importante. Este señor vio las cosas a lo grande, tuvo una gran habilidad diplomática y dio un magnífico impulso a la construcción. La Real Orden fundacional la refrendó Donoso Cortés. El 11 de abril de 1845 se colocó la primera piedra del teatro y justo dos años después se estrenó el teatro con un éxito aparatoso, pero no con elogios unánimes; como es natural, se consideró que el teatro era demasiado grande, en virtud de ese sentimiento de pequeñez consustancial al país. Al año siguiente se inauguró el Cercle del Liceu (1848) con un baile fastuoso. Todo ello fue una apoteosis de la burguesía, es decir, de la clase que había impuesto en Europa el triunfo de la Revolución francesa. Para comprender las cualidades de Gispert y su justa visión de las cosas es preciso recordar que en el momento de la construcción del teatro propuso al Ayuntamiento la formación de una plaza delante de la fachada, para facilitar el acceso de carruajes, a pesar de que en aquel momento en Barcelona no había más que cinco carruajes particulares. La petición se denegó, pero Gispert tenía razón, claramente.

Hoy no podemos tener una idea demasiado clara de lo que fue el *Liceo Filarmónico-Dramático Barcelonés* de Montsió. Del primer Liceu de la Rambla hay mucha documentación —aunque a veces sea muy poco explícita. Parece ser que en realidad el autor del proyecto fue un francés llamado Vignier, cuyos planos los firmó a efectos legales el señor Mestres. El 9 de abril de 1861 el Liceu sufrió un terrible incendio que destruyó la sala y el escenario, pero no el salón de descanso. Algunas dependencias también se salvaron. Un hecho curioso: nada estaba asegurado. Lo cierto es que las cenizas del teatro aún estaban calientes cuando la junta decidió reedificarlo de inmediato bajo la dirección del arquitecto Oriol Mestres que visitó París, Bruselas y Londres en viaje informativo. En cierto modo, el incendio dio prestigio al Liceu, porque el destino de los teatros de este tipo es haber pasado, parece ser, por una de estas desgracias. (El Teatro Real de Bruselas y el Covent Garden de Londres se habían quemado poco antes que el Liceu). Este segundo teatro es el que todos conocemos. La reedificación duró un año, y el 20 de abril de 1862 ya estaba hecha. Este segundo teatro presentó una gran novedad respecto al primero: la luz de gas. Novedad que se sustituyó, claro está, cuando llegó el momento, por la luz eléctrica. También se produjeron otras modificaciones de detalle.

Fundamentalmente, el Liceu de 1913-1914 era el de 1862.

He dicho que la sala me causaba el efecto, desde el quinto piso, de una visión panorámica —de un océano burgués. Pero a base de asistir intermitentemente observé que el panorama tendía a convertirse para mí en un museo— exactamente en la forma más típica del museo, que es la vitrina. Una vitrina fascinante, magnífica, viva, basada por lo tanto en el puro exhibicionismo. Excepto los melómanos del quinto piso y algún melómano disperso, todo en el Liceu de aquellos años era exhibicionismo. Por ello el teatro era importante y estaba lleno de interés. Era una vitrina tan fabulosa que se contaba la anécdota de un señor de Barcelona que tenía una amiga a la que exhibía y lucía ostentosamente. La acompañaba al Liceu —a él no le gustaba quedarse— cubierta de joyas rutilantes y costosísimas. Terminada la función, la esperaba en su coche y, ya adentro, le retiraba de inmediato todas las joyas, que reintegraba, tras hacer un minucioso inventario, en su caja de caudales. Las vitrinas sirven para el exhibicionismo perentorio e intermitente, y eso era el Liceu.

Como todos los teatros de su clase, el Liceu era, pues, un museo. La sala me parecía un museo y el escenario —el drama lírico— aún me lo parecía más. Un espectáculo arcaico, puesto en conserva dentro de una enorme y fastuosa vitrina. Precisamente porque en el Liceu siempre me pareció estar en un museo, nunca comprendí que la gente aplaudiera o protestara. Frente a los cuadros, a las vitrinas de un museo, ¿puede concebirse que la gente aplauda o emita sonidos displicentes? Creo que sería más acertado el silencio de la comprensión.

Terminadas las funciones de noche, los importantes propietarios de los palcos proscenio, de frac y con la gardenia en el ojal, solían ir, con sus amigas, a cenar al Edèn Concert. *El Nano* —*el Nano* del Edèn Concert— regentaba entonces el establecimiento. Cuando los veía llegar, se apresuraba a sacar de la caja fuerte de la casa los cubiertos de plata y preparaba la mesa —o mesas— de una manera digna. Terminada la colación, guardaba las valiosas piezas. Los cubiertos de los demás clientes eran de alpaca ya bastante maltrecha.

Entre el Born y la calle de Ponent

El hecho más sorprendente, tal vez, de la historia moderna de este país fue la aparición, en las postrimerías del siglo pasado, de una generación de hombres que se propusieron y, por lo tanto, consideraron sin timidez, estableciendo los tratos en un plano de igualdad, que la actividad básica es la política. El acontecimiento que liquidó la mentalidad provinciana de Barcelona fue la Exposición Universal de 1888. La Exposición fue el testamento de una época, el testamento del señor Esteve.^[34] Sus herederos — la juventud de la época— quedaron muy impresionados. Puesto que un país no puede vivir sin una determinada cantidad de deslumbramiento, el choque fue decisivo. La Exposición dispuso ante los hombres de veinte años las posibilidades del país. Lo descubrieron, tanto por lo que vieron como por lo que sospecharon. Y todo arranca de aquí, es decir, del hecho de que en un momento dado una generación deja de pensar de forma provinciana para comenzar a pensar de forma natural, colocando las cosas en su plano real. Antes de la Exposición el ochocentismo catalán es esencialmente provinciano: lo son Balmes, Prim, Almirall, Pi i Margall, Mañé i Flaquer. Quienes lo son menos son los comerciantes y sobre todo los fabricantes. En el transcurso del siglo XIX, las fuerzas económicas del país trataron, durante decenios y decenios, de hallar un político, un hombre capaz de tener, en un esfuerzo de síntesis, el país metido en la cabeza. Lo buscaron en vano. Encontraron diputados, senadores, oradores más o menos barrocos, personas dispuestas a hacer de lanzadera entre Barcelona y Madrid. No encontraron ni un solo político. Por esta razón el siglo XIX, a pesar de su pujanza vital, es de un aleccionamiento muy pobre. Históricamente, lo más importante que ocurre en ese siglo es el esfuerzo de los estamentos económicos en hallar un político, es decir, en acercar realmente las cosas al significado de las palabras.

La generación aleccionada por la Exposición fue algo importante —tan importante, que a veces parece un milagro. Fue una primera generación, es decir una fuerza, sin tradición, que topó fatalmente con la sociedad superficial, sin experiencia, sin elementos de trabajo, con poquísimos

elementos de información. Tras tanto siglos de barroco, de mentalidad barroca, jesuítica y provinciana, habría sido muy difícil tener elementos reales de información. Aun así, aquella generación no hizo más que llegar y besar el santo. Retomando un hilo conductor que parece definitivamente roto, se interesa más por las cosas que por las palabras. Se pone a actuar con una auténtica emoción. La política deja de ser cotillea La mentalidad barcelonesa, que tanto se había complacido en el cómodo trato provincial y en una atávica mediocridad intelectual que a veces sólo rompe una personalidad, adopta ahora un volumen más colectivo, más general. No podemos entrar en detalles... Una ciudad no puede ser tan sólo un determinado número de kilómetros de calles y plazas. Para que realmente lo sea, ha de tener un espíritu, una ilusión, ha de mantener una crítica— un progreso sistemático y permanente. Ahora bien: de la guerra de Cuba a la Solidaritat, al gobierno de Prat de la Riba, a l'Institut d'Estudis, a la Mancomunitat, hay un número irrisorio de años. Todo ello para decir que este país, después de una atonía tan larga, cambió de cara con una rapidez sorprendente. ¿Sorprendente? No. Normal. Es algo digno de reflexionarse en serio. Lo que es difícil es disponer de una clase política. Cuando existe, la presencia del pueblo lo transforma todo en un instante. Por lo que se refiere a los políticos, este país podría citar muy pocos desde el Renacimiento hasta la época a la que nos referimos. Nos sobrarían muchos dedos de la mano. Por esta razón encontrarse de repente ante una generación dotada de vocación política fue algo literalmente sensacional. Mi generación vivió de lleno este período y pudo constatar cómo el significado de las palabras se acercaba a las cosas reales.

Para explicar el sentido de esta generación es de una utilidad positiva la terminología que encuentro en un discurso de Pere Coromines. Este señor sitúa el filón de la constructividad más sólida de Barcelona en uno de los barrios más inolvidables de la ciudad: en el Born. Es el espíritu tenaz, positivo, complejo, inteligente, centrado en este barrio, lo que ha creado la Barcelona moderna. La afirmación no debe tomarse al pie de la letra, me refiero a que no todo el espíritu del Born se encuentra, en el área barcelonesa, en el Born. Cuando menos es el barrio del señor Esteve y de «La Puntual»^[35] y de todo un mundo enormemente curioso situado en los alrededores de Santa María. En esta zona estuvieron, muy antiguamente, las Atarazanas de Barcelona, y es muy probable que sea el arrabal más antiguo de la ciudad, el primer brote de crecimiento fuera de las murallas.

En cambio, el gusto por la esterilidad, el jolgorio, la impremeditación, la destrucción gratuita, el arretrato, el gusto por la nada, que tantas veces ha

irrumpido, el señor Coromines lo sitúa en la calle de Ponent. Es éste un suburbio mucho más moderno, en la historia del Eixample de Barcelona, que el antiguo barrio de Ribera. Es un barrio diferente, que se vio afectado por los inicios de la industrialización y por el proceso moderno de la transformación del país.

Dentro de los límites del ochocentismo, estas localizaciones son exactas. En nuestra vida actual también lo son, porque en realidad el Born se ha ensanchado de la misma manera que la calle de Ponent se ha alargado de forma desmesurada. Y políticamente el contraste ochocentista entre el Pedró y el Born, ¿qué duda cabe que es evidente? Lo que impide que las personas poco aficionadas a leer documentos antiguos vean este contraste es que el espíritu del Born lo tenemos, gracias a Rusiñol, sintetizado en una figura real, grandiosa y grotesca, y en cambio no disponemos de una figura igual que encarne el espíritu del Pedró y de la calle de Ponent. Ni siquiera tenemos unas miserables *Memòries d'un jove pobre*, con la suficiente capacidad emotiva como para tocar la fibra más honda del corazón de la gente. El señor Esteve no ha tenido su indispensable contrapartida. Nuestra literatura ha sido avasalladoramente conservadora; ha sido rural; ha creado la mitología del Born; se ha dispersado más modernamente en las cuadrículas del Eixample. Pero no ha recogido el matiz del Pedró. Si lo hubiese hecho, muchas cosas que nos parecen un misterio no lo serían.

La sensibilidad literaria lo mueve todo porque es un conocimiento.

Ahora bien: a mí me parece que la generación de la que hablaba hace un momento ha heredado y ensanchado las posibilidades más constructivas, razonables y verídicas del espíritu del Born y las ha llevado a un extremo digno de admiración. Lo que importa, establecido el hecho, es que a través de la duración este espíritu pueda reabsorber la incoherencia, el diletantismo, la frivolidad, el jolgorio, la esterilidad del fermento opuesto. Lo que importa es que el sentido preciso de las palabras se ajuste a la realidad de las cosas. En este sentido se han hecho progresos. Algunos progresos. Estamos al comienzo. Si fuera posible engranar estos dos espíritus —fundirlos sería una utopía— tendríamos un país real y auténtico.

Las evoluciones

Hoy me he paseado por la parte alta de la Rambla de Catalunya. Esta Rambla es una de las calles más agradables de Barcelona, sobre todo en primavera, cuando los tilos han florecido. Me he paseado mirando hacia arriba, observando la pelusilla de los árboles a punto de florecer, y de repente he visto un rótulo colocado sobre el balcón del segundo piso de una casa. El rótulo decía «Residencia».

Ante la palabra, no me costó recordar y precisar que en aquel mismo piso, años atrás, existió una casa de huéspedes de cuya mesa fui un gris comensal en mi primer año de estudios en Barcelona. Una casa de huéspedes totalmente corriente y anónima, sin rótulo que diera a la calle. Más tarde, hacia los primeros meses de 1918, la casa cambió ya de nombre y pasó a llamarse Pensión, por influencia francesa, porque Francia y sus aliados acababan de rematar victoriosamente la guerra. Pensión hace francés. Ahora ha tenido lugar otro cambio. Lo que fue primero casa de huéspedes y después pensión, ahora aparece ante la curiosidad de los viandantes con el flamante nombre de Residencia.

A medida que iba acercándome al portal observé que la casa, por lo menos exteriormente, no había cambiado nada. Al cruzar el umbral, me subió al paladar, desde las profundidades del olvido, un regusto a judías verdes con hebras y patatas hervidas mezclado con el de la merluza rebozada y frita — esa merluza que se muerde la cola y que las personas imaginativas llaman de palangre por una pura ilusión del espíritu. Yo soy un admirador entusiasta de la imaginación de los hombres y de las mujeres y de la facilidad que tienen poniendo nombres altisonantes y de calidad siempre ascendente a sus cosas. Pero, en definitiva, lo que nunca cambia una vez se ha probado es el regusto que dejan en las casas de huéspedes barcelonesas las judías verdes con hebras y las patatas y la merluza frita.

Uno hace todo lo posible para resistir, pero es impresionante. Mientras entraba en la casa me decía a mí mismo: pensándolo bien, aquellas viejas judías verdes aderezadas con un aceite ácido y turbio, aquella merluza frita,

eran platos típicos de las casas de huéspedes. Eran víveres adecuados a la modestia del negocio, alimentos ajustados a la humildad de los dieciocho duros que mensualmente se pagaban. Ahora bien: cuando la casa se convirtió en pensión, subió de categoría y su cocina mejoró al mismo tiempo. En el cambio de etiqueta intervinieron, claro, circunstancias externas, la influencia francesa que fue tan fuerte después de la primera gran guerra. Hay que estar *à la page*— como dicen los del Ateneu. Hay que seguir la corriente. Sin embargo, una cosa debe de ser cierta: la cocina de una pensión ha de tener más calidad que la de una casa de huéspedes. Ha de ser más distinguida. Ha de ser más fina. Y ahora— iba pensando llevado por la lógica de las cosas—, ahora que la vieja casa de huéspedes se ha convertido en Residencia, la cocina del establecimiento debe de haber mejorado aún más. Será exquisita. Será una cocina residencial, de Residencia. Y es evidente: una cocina de Residencia no sólo ha de ser fina, ha de ser también muy seria. Todo estará cocinado con mantequilla. Todo de primera mano, fresco, directo, vivo, bien presentado, admirablemente presentado, con jarrones con flores sobre la mesa y lacitos de color rosa. Sobre todo las flores sobre la mesa y los lacitos.

En el mismo instante en que pensaba en todo esto —la imaginación es propicia a alimentarse de sentimentalismo— llegué ante los vidrios de la portería. Al fin y al cabo, produce un cierto cosquilleo observar la mejora de las cosas que se relacionan con la propia experiencia. Llegado a la garita de vidrios, vi con agrado que la portera de la casa era la misma que la de mi época. Las porteras de Barcelona suelen durar porque son respetuosas de la propiedad privada; con los arrendatarios acostumbran a ser, en cambio, marrulleras y displicentes. Por aquel entonces, en Barcelona se consideraba un buen oficio tener una portería, y un día oí decir, en el Ateneu, al señor Casades i Gramatxes, que era una potencia de la propiedad urbana y un erudito retorcido, que tener una portería en el Eixample era tener una canonjía. La comparación, desde el punto de vista de la importancia de las canonjías, no me gusta nada.

La portera estaba en su cuchitril remendando una camisa de su marido. Cuando me vio llegar con aire de no querer ocasionarle ninguna molestia, me miró con una mirada maternal y dulce, voluntariamente candorosa —una de esas miradas que uno aprecia en las porteras.

—¡Vaya! —dijo—. Casi no lo he reconocido... ¿Sabe que está muy flaco y muy envejecido?... —añadió con la típica cortesía de la gente del ramo.

—Usted, en cambio, ha engordado muchísimo y tiene un color de piel tan amarillo que casi es verde... ¿No estará enferma del hígado?

Adoptó de inmediato un aire de curiosidad, porque en este país lo que más le gusta a la gente es hablar de desgracias y enfermedades. Las enfermedades de los demás gustan; las propias se comentan con morbosidad, encantan.

Eché una ojeada a los mármoles de yeso de la entrada de la casa. La constatación de que eran los mismos me quitó de encima cinco o seis años: los años de la carrera. Mientras tanto, la portera se plantó sobre el pavimento blanco y negro.

—Habrá habido muchos cambios... —le comenté.

—¿Cambios? ¿A qué cambios se refiere? El procurador sigue siendo el mismo.

—De todos modos, la señora Enriqueta se habrá marchado...

—La señora Enriqueta está arriba, con sus hijas, en la Residencia. La pequeña, la señorita Piedad, bajará de un momento a otro para ir al cine. No quiero decir que en este tiempo no se haya muerto alguno. Pero, en general, todos siguen vivos y hacen lo de siempre.

—Sí, pero algo habrá pasado desde la época de la casa de huéspedes. Los rótulos del balcón han ido cambiando sucesivamente. Primero la Pensión, ahora la Residencia. Sería muy raro que hubiesen cambiado los rótulos y no hubiera pasado nada... ¿Está segura de que la memoria no le falla un poco?

—No sé. Tal vez sí... Ahora que habla usted de esto, recuerdo que un día se paró aquí delante un carro que descargó una enorme caja en esta portería. Justo entonces pasaba el abogado del primero y le pregunté qué pensaba que podía ser. Me dijo que era un gramófono con trompa del último modelo... hace dos años, tener esa clase de instrumentos era muy fino. No todo el mundo los tenía.

—¿Un gramófono con trompa?

—Sí, señor. Del último modelo. Al cabo de pocos días pusieron Residencia en los hierros del balcón de la calle.

—Lo habrán puesto en el saloncito...

—Exactamente. Encima de la rinconera del saloncito. Les ha quedado muy bien. Y ni que decirle la alegría que tuvieron la señora Enriqueta y sus hijas cuando lo desembalaron. Dicen que las agujas son un poco caras, pero va muy bien. Además, resulta que hace mucha compañía. Lo pusieron sin parar durante casi quince días. Al final, unos vecinos se quejaron. Envidia, ¿comprende? Siempre es lo mismo.

—Ya veo... El personal habrá cambiado mucho...

—¡Qué va! Cuatro muertos de hambre, como cuando usted estaba. Nunca me dan nada. Pero es buena gente.

—En las Residencias, sólo viven caballeros.

—¿Caballeros? Los caballeros son los que van a caballo y éstos van a pie...

—Ya me entiende...

—Si usted lo dice...

—La comida será mucho mejor...

—Por lo que veo cuando pasa la criada con el cesto de la compra, se come peor que cuando usted vivía aquí.

—¿Merluza frita y judías verdes...?

—¿Pero qué dice? ¿Se ha hecho usted rico? Ahora hay mucha gente que se ha hecho rica.

—No, señora. Era simplemente para saber qué es una Residencia...

Me despedí de la portera y mientras bajaba por la Rambla de Catalunya, bajo los tilos a punto de florecer, reflexioné sobre lo que me acababa de ocurrir. Lo encontré muy extraño. Como mi sentido crítico no descuida ningún detalle, ningún síntoma de lo que la vida hace que pase ante mi mirada, me pareció sorprendente que en Barcelona pudiera variarse, para mejorarlo, el nombre de una cosa sin que correspondiera una mejora en la realidad de la cosa en concreto. Mi generación había perdido la noción de las viejas trampas nominalistas: se habían hecho grandes progresos en la adecuación de las palabras a las cosas y de las cosas a las palabras. Tal vez opinarán ustedes que lo que acabo de contar es una anécdota comercial tan inconsistente, tan exclusivamente pintoresca, que está fuera de lugar deducir de ella alguna consideración seria. No sé, no sé...

He dicho que la historia moderna de Barcelona cuenta con dos grandes momentos. La Exposición de 1888 liquidó el provincianismo. Desde 1888 hasta la primera guerra europea y la dictadura, el país, y Barcelona principalmente, viven uno de los períodos más positivos e intensos de su historia. Aún hoy seguimos sacando de esta mina. Sin embargo, a partir de este momento comienza una nueva etapa caracterizada por el hecho de cambiar los nombres de las cosas sin cambiar la sustancia ni el espíritu, poniendo con frecuencia nombres espectaculares a cosas desprovistas de sustancia y espíritu, empeorando las modestas casas de huéspedes pero llamándolas Residencias porque han comprado un gramófono con trompa del último modelo. Las cosas se han invertido.

Una carta

Sería a finales de 1918. Hacía poco que había acabado la carrera. Había empezado a trabajar en el periodismo. Una mañana entré en el despacho del director de *La Publicidad*. Me di cuenta, al abrir la puerta, de que el director tenía una visita. Me retiré, pero el señor Jori me pidió que entrara. La visita era una señora: la señorita Mathieux de la Ópera Cómica de París.

Mademoiselle Mathieux era una persona joven, alta, morena, esbelta, muy guapa. Había venido a Barcelona para cantar *Carmen* en el Liceu y en aquel momento se encontraba en la redacción del Passeig de Gràcia hablando con el señor Jori. Era una mañana de invierno: opaca, lluviosa y fría. La señorita me causó una impresión positiva y seguramente intervino en el hecho la idea que yo tenía entonces de las artistas. Yo creía entonces que por la mañana las artistas eran invisibles y que si se levantaban pronto era porque algo grave les había ocurrido. Cuando aquella desapacible y encapotada mañana me encontré con una artista fresca, risueña y divertida, consideré que Mlle. Mathieux era una artista de día entero, idea que me gustó muchísimo. Me preguntó si había asistido a alguna de las representaciones de *Carmen* que había dado en el Liceu, y tuve que decirle que no porque ésa era la verdad. Añadí que algún día tendría ocasión de oírla en la Ópera Cómica de París. A aquella persona se la consideraba en aquellos momentos como la mejor intérprete francesa de *Carmen*. En realidad, *Carmen* es una obra que no me gusta nada, a pesar de las ditirámicas cosas que, al reñir con Wagner, escribió de ella Friedrich Nietzsche.

En aquel momento la señorita se encontraba en el despacho del director del diario para despedirse. Aquel diario ingenuo la había cubierto de elogios —elogios merecidos, ciertamente— y ella había creído que tenía que dar las gracias al director por las magníficas y gratuitas gacetillas. Después la conversación recayó sobre Barcelona, y Mlle. Mathieux dijo que, a pesar de haber vivido aquí casi tres meses seguidos y de haber conocido a tanta gente, no había comprendido nada.

—¡Absolutamente nada! —dijo—. Las personas me han parecido muy agradables y educadas... como en París, pero no he visto a *Carmen* por ningún sitio; como creía que en España todo era igual y que *Carmen* era un tipo genérico, el hecho me ha sorprendido mucho.

—Pero *Carmen* es una española de escaso interés...

—Pero es tan bonita... la música soleada de Bizet... —dijo la artista, un poco sorprendida del despropósito de Jori, despropósito natural, dado que era un gran esteta.

—Pero por lo menos me habría gustado comprender un poco Barcelona... Debe de ser tan interesante...

Jori era un tímido. Ante mi sorpresa dijo rápido:

—Podríamos hacer una cosa. Este joven —dijo señalándome— que en el diario ejerce una función un tanto vaga, podría escribirle una carta explicándole, más o menos, cómo es Barcelona. ¿Qué le parece?...

—¡Hombre! —repuse más muerto que vivo—. En realidad, yo no sé nada.

—Sería magnífico. De verdad, me haría usted un gran favor. Si se toma la molestia, yo también le escribiré.

—¿Pero qué quiere que diga?... Mi ignorancia es total.

Jori no paró hasta que la tuve escrita. Le dije que la había enviado y se quedó satisfecho. La carta la escribí, claro, pero nunca la mandé, por supuesto.

«Mlle. Mathieux, vivo en la esperanza —decía la carta— de que se ha llevado de Barcelona una imagen y un recuerdo simpático y agradable. Barcelona es una ciudad más bien húmeda. El viento que en ella domina es el sudoeste, que es un aire pegajoso, de una alegría aparente por la movilidad que da al cielo; en realidad es un viento moroso, monótono y triste. A algunas personas les produce un determinado dolor de cabeza y una migraña melancólica; a otras, un frenesí fascinante de entrada. Quienes vivimos en la ciudad y nos preocupamos de la salud notamos una acidez de estómago persistente. En Barcelona hay muchas personas que sufren del estómago. A menudo somos artríticos y biliosos y, si no fuera porque el cielo es por lo general tan azul y las siluetas se dibujan con tanta precisión —hecho que nos induce a creer que siempre somos descubiertos— tal vez seríamos aún más atrabiliarios y violentos. Es un país en el que el tipo interesado es muy corriente. Además, todo es muy fuerte, incluso la verdura. En París, una col de Bruselas es una col de Bruselas; en Barcelona, una col de Bruselas es como una copa de coñac. Todo lo que

se come y se bebe, todo lo que se dice y se piensa, tiene una personalidad y un relieve terrible y abracadabrante. Todo tiende a lo pintoresco, al caractericismo, a hacerse inolvidable. Todo es incómodo y fabuloso. Los humoristas son terribles: de una seriedad pétrea. Xavier Nogués, Francesc Pujols: dos elementos inconfundibles del país. Sin embargo, las cosas inolvidables duran muy poco tiempo: unas horas, a veces unos días, como máximo unas semanas; siempre hay algo peor —es decir, algo mejor— que sustituye a lo que parecía definitivo. Me permito decirle todo esto porque si se encontró, en sus tres meses de permanencia en Barcelona, con alguna embestida descarada y provocativa, piense en la influencia que tienen el clima y las hierbas que comen los animales en las costumbres de los hombres que con el cuchillo y el tenedor los devoran cortésmente.

»Antes que nada, en Barcelona, todo tiene graduación: la matización imperceptible apenas existe. Las cosas tienen aquí un volumen y un color extraordinarios. La arquitectura es chillona, los miradores de los edificios indican un deseo permanente de los propietarios de hacer acto de presencia; observe el sensacional relieve de los hombres y de las mujeres. Recuerde la grandeza de los vinos, la fuerza gigantesca y triunfal que se necesita para resistir los arroces y las zarzuelas, el mazapán y los turrone, la col y las judías, las garnachas y las malvasías. La inminencia, la violencia, la proximidad de la realidad, son permanentes. Frente a la realidad, siempre estamos en primera línea. Sin saberlo, nuestro ídolo es Descartes. No juzgamos: tendemos a contar, aunque a veces nos equivoquemos. Nuestra filosofía es primaria, sensual, brusca y contundente. El filósofo de Barcelona es de Vic. Fíjese en lo que escribió: «*La verdad es la realidad de las cosas*».^[36] Tal vez no sea así del todo, pero lo parece. Cuando nuestro arte pudo manifestarse de forma autóctona apareció la brutalidad del románico. El gótico es una pintura de un realismo feroz, mucho más intensa que la de cualquier manifestación de este estilo en otros países. Giotto, comparándolo con nuestros viejos pintores, relata ternuras, pura y simplemente; su pintura es al agua de rosas. La capital, el núcleo, el hueso duro, incorruptible, de Barcelona es Vic, apenas corregido por el leve temblor de la marina. Poca marina, hoy ciertamente, porque el interés actual es pequeñísimo: pero la marina es un factor histórico que se mantiene, y es el vicensismo corregido por el leve temblor de la marina lo que ha contribuido, tal vez más, a la moderación de Barcelona. Dicha moderación explica las largas, a veces larguísimas, temporadas en las que la mediocridad de la ciudad ha sido visible, hecho

que es compatible con un estado fulgurante de maximalismo que hace que todo se juegue a una carta. *Aut Caesar, aut nihil*. Ante la realidad, Barcelona ha mantenido, por lo menos, una postura razonable, nunca dubitativa. Esta combinación es la que ha creado la universalidad barcelonesa del comercio. El barcelonés es comerciante. Esta tendencia se encuentra, tal vez, en la base del método pactista y de la inserción en el área europea.

»La Barcelona moderna es presentable sobre todo de noche, cuando los exabruptos arquitectónicos que en ella se han producido son invisibles. La burguesía ha sido muy genialoide: mucho más que los arquitectos, lo han sido los propietarios de una parte del urbanismo. Algunos espíritus han propuesto derribarlos, demolerlos, pero ha sido imposible por lo que habría costado hacerlo, ya que se construyeron con materiales eviternos. No sé si podrá comprender la dificultad que significa que un país se pueble de repente de personas ricas geniales, que surja un genio prácticamente en cada casa. ¿Cómo derribar una casa si su arrasamiento costaría el doble —suponiendo una paridad monetaria— de lo que costó construirla? (Gaudí es aparte. ¿Un genio? Es posible. Pero sobre todo un hombre de concepciones grandiosas en un país donde el pigmeo voluntario abunda muchísimo). Cuando un hombre rico y genial no da en el clavo, es algo peligroso. De todos modos, en este punto la unanimidad no es permanente. Cuando el catalán parte de la idea de que ante lo que es genial y desorbitado hay que poner en marcha el sentido del ridículo, entonces resulta ser un hombre apreciable, buen pagador, discreto y distinguido. El disfraz que peor le sienta al catalán es el de interesado y el de *vedette*. Pero siempre hay uno u otro en perspectiva.

»Barcelona vive dentro de un movimiento conocido: el de aquí caigo, aquí me levanto. De momento esta maquinaria aún no se ha averiado y no parece que vaya a oxidarse. Es una población de gran sensibilidad económica llena de prudencia y visión estrecha. Es, también, una población de escasa sensibilidad política, muy aventurera e irreflexiva. Hay una fiebre cilla de ascensión social, que es un factor importantísimo. El país está en la corriente de la vida moderna. Ascenderemos, nos mantendremos o periclitaremos con la vida moderna, con la cultura grecolatina, con la religión católica, con el derecho romano, con la filosofía realista, con el arte concebido como una tendencia al confort y, por tanto, contrario al Gran Animal de la Naturaleza. Hoy nos

encontramos así y es muy probable que en los tiempos venideros nos encontremos igual.

«Desde el punto de vista del amor, el catalán es por lo general sensual y raramente voluptuoso. Es ésta una actividad muy relacionada con el soñar despierto. ¡Son tan pocas las cosas que tienen una real importancia!, se oye decir a veces en este país. Las señoras tienen mucha paciencia. Los hombres, algunas veces, menos y otras, más. Pero esto la gente lo sabe — en su casa».

La carta acababa aquí, con el final obligado de adjetivos convencionales que siempre es prudente utilizar en la concentración de vanidad inseparable de los artistas. Pero la carta no se envió, aunque estuviera escrita —los tratos con los directores no se pueden olvidar. Si ahora me permito exhumarla, no lo hago para publicar un documento de época, sino porque me parece que, exceptuando al autor, todo sigue, más o menos, como siempre.

Los barceloneses

Como todas las ciudades que han crecido con gran rapidez y con aportaciones alógenas, Barcelona la forman tres o cuatro grupos humanos indiferenciados naturalmente. En Cataluña ha existido el mito de ir a vivir a Barcelona, mito que un ingente número de familias ha llevado a la práctica. El Eixample de la ciudad es un campamento de catalanes amplísimo. Hay un enorme número de habitantes de Barcelona cuyo barcelonismo data de una, dos o tres generaciones. En la época de la que estoy hablando, tal vez había medio millón. Los catalanes acomodados, propietarios rurales, se encuentran en Barcelona muy a gusto. Tan a gusto que en ella se arruinan de modo imperceptible. Los payeses, en el momento de partir los frutos, se aprovechan del absentismo, hecho del todo natural. En general, el mito de ir a vivir a Barcelona les ha sido favorable a los payeses y a la situación social de la tierra. Los segundogénitos rurales, en cambio, han intervenido en la economía, a menudo de forma decisiva. Los de las comarcas pirenaicas han contribuido principalmente a la expansión de la industria textil. El peso que el hombre pirenaico ha tenido en nuestra historia ha sido muy vivo y permanente. El Pirineo es la fortaleza de nuestra lengua y de nuestro espíritu. Es una mina de material humano de primer orden. El pirenaico se mueve en Barcelona como si fuera su casa —mejor que en su casa. El personal de las comarcas de la costa— me refiero, al que va a Barcelona a trabajar— se aclimata a la ciudad con mayor dificultad. El Eixample de Barcelona es un campamento de catalanes de unas proporciones impresionantes. Es posible vivir en Barcelona muchísimos años sin llegar a conocer a ningún barcelonés al cien por cien.

Las llegadas en masa de la inmigración peninsular se produjeron en el período de expansión de la primera guerra y se acentuaron en el momento de la Exposición de Montjuïc y en los años sucesivos. Algunas zonas misérrimas de la Península proporcionaron un peonaje que se pagó con jornales bajos, pero bastante más altos que los percibidos en su país de procedencia. Esta inmigración no ha de confundirse con los contingentes de mallorquines,

valencianos y aragoneses tradicionalmente arraigados en Barcelona, núcleos apreciadísimos, de gran calidad, que constituyen como una representación minúscula de la antigua confederación.

En Barcelona había entonces muchos extranjeros. Durante la primera guerra mundial, la ciudad adoptó un aspecto muy cosmopolita, tal vez como en ningún otro momento de su historia llegó a tener. Fue un matiz nuevo, muy visible, curiosísimo.

Y luego estaban, claro está, los barceloneses de pura cepa, los barceloneses de toda la vida. Barcelona es una ciudad tan acogedora, de tan buena entrada, que la palabra «barcelonés» tiene un significado amplísimo. Es una palabra que prácticamente no quiere decir nada, que no significa nada. Lo que no quiere decir, sin embargo, que los barceloneses no existan. Existen. A veces es difícil encontrarlos, pero no imposible. Yo he cultivado su trato y estoy muy contento de ello. Son muy buena gente. No parecen hacer caso de la dilatada cantidad de personas que se definen barcelonesas sin serlo. Saben que el barcelonismo se ha desvirtuado un tanto, pero no le dan importancia. Comprenden perfectamente que cuando una ciudad entra en una aventura cuantitativa —y no puede negarse que Barcelona se encuentra en este caso— el espíritu primigenio, la tradición, la fuerza del *genios loci*, se vuelve incierta e imprecisa.

El barcelonés forma un contraste muy visible con el catalán de la Cataluña Vieja —que es al que más conozco— y con el de la Cataluña Nueva —al que conozco menos. La ciudad, dispuesta en la intersección, en la frontera, entre Mataró y Vilafranca, parece mantenerse neutral y con plena personalidad entre la nueva y la vieja. La capitalidad es tan obvia, que no necesita esfuerzo alguno para dibujar una inalterable fisonomía. Todo lo que en los catalanes es por lo general brusquedad, aspereza, timidez, contundencia o atolondramiento, en el barcelonés es dulzura, suavidad, ironía, matización y prudencia. El catalán suele ser muy impresionable, con altibajos acusados y a menudo mal emplazados: unos altos que casi siempre son demasiado altos y unos bajos demasiado bajos. El barcelonés tiene un temperamento más igual, más nivelado, más flemático, más tenaz, más cauto. El hecho de que en Barcelona tenga más peso el campamento catalán que el grupo barcelonés proyecta, en este aspecto, un punto de confusión. En la época moderna, las convulsiones de Barcelona parecen haberse visto más influidas por la cosa catalana e incluso extranjera que por el grupo barcelonés de toda la vida. Barcelona siempre me causa la impresión de ser más una ciudad catalana que propiamente barcelonesa. Los barceloneses viven en Barcelona un poco

despavoridos, y a veces he tenido la sensación de que se hallaban bajo los efectos de una invasión de bárbaros. Éste es el sentimiento que palpita en la *Oda Nova a Barcelona* de Maragall. Es la oda del pavor que sólo un barcelonés al cien por cien podía haber escrito:

*... Alces molts gallarets i penons i oriflames,
molts llorers, moltes palmes,
banderes a l'aire i domassos al sol
i remous a grans crits tes espesses gentades,
per qualsevulga cosa acorruades
entorn de qualsevol.
Mes, passada l'estona i el dia i la rauxa
i el vent de disbauxa, de tot te desdiu;
i abandones la via i la gloria i l'empresa,
i despulles el gran de grandesa.
I encara te'n rius.^[37]*

El barcelonés tiene *tiets* y *tietes*, *iaios* y *iaias*, utiliza el *oi*, el *i ara!* y el *ves...*^[38] Habla un catalán más bien azucarado, de vocales suaves, y tiene una pizca de sacarina en el pensamiento. Raramente es impetuoso y violento. Es amable, pero un poco distante; cordial, aunque de facilidades relativas. Casi nunca es frío ni caliente; es tibio. Es el meloso tibio. Lo que más le apasiona es el compromiso. La parte de broma que hay en cualquier compromiso le encanta. El catalán puede ser, a veces, antipático. El barcelonés casi nunca lo es. Pero su simpatía es moderada, discreta, siempre un poco distante. Raras veces es un crítico valiente y arriesgado o un adulador de poca calidad. Todo el problema radica en no inclinarse ni a un lado ni a otro. El catalán, al ser un hombre sin patria, no tiene más remedio que aparecer como un simulador de los sentimientos que constantemente necesita. El barcelonés matiza la postura de una forma natural. Es moderado en todos los aspectos de la vida, templado. Ya lo dijo el poeta Guerau de Liost:

*Barcelona, ciutat bona,
matinera en la bondat,
amb el clos de les muralles
que de Roma fou trasllat.
Gent de seny foren tos prínceps
i el teu poble temperat.^[39]*

Sí. El barcelonés es templado. Es sensato. Es juicioso. Quizás es el catalán más complejo. Es equidistante —quiero decir que tiende a la equidistancia de la moderación, de la ponderación, de la simetría. Tiende a partir la diferencia. En este sentido, Barcelona ha corregido la tendencia al energumenismo, al dogmatismo aristocrático y a la propiedad rural del país. No podía ser de otro modo. Barcelona ha tenido durante siglos una contextura económica diferente a las comarcas catalanas. Barcelona ha sido una ciudad comercial muy viva en cuanto la libertad de comercio pudo funcionar. Afuera, han prevalecido el privilegio y el encastillamiento jurídico. Luego, la proyección del industrialismo sobre las comarcas ha hecho que el espíritu de Barcelona unificase una gran parte del país. Hoy Cataluña no es más que una proyección del espíritu barcelonés. La mentalidad del comerciante cubre todo el país. Barcelona ha sido un suavizador de los espíritus más soberbios. Ha agitado un poco la sangre del país.

En lo único en lo que tal vez falló la discreción del barcelonés es en el patriotismo local. Situado fuera de Barcelona se vuelve displicente. Y el barcelonés de adopción que, como es natural, ha hecho suyos los defectos del barcelonés de toda la vida, se vuelve despectivo. Cree que fuera de Barcelona ha de adoptar un aire de superioridad. Se siente absolutamente satisfecho de ser barcelonés. Esta temperatura de patriotismo explica por qué al barcelonés le dan tan a menudo gato por liebre. ¡Y vaya si le han dado gato por liebre! Mientras tanto, la gente de fuera considera que el barcelonés es un tanto presuntuoso y demasiado orgulloso de sí mismo. Ahora bien: hay algo que no debemos olvidar, porque es de justicia: las grandes ciudades dan este espíritu. Lo dan espontáneamente. Las grandes ciudades segregan una viveza especial, un sentido de personalidad, de tendencia por lo general separativa. Crean que sólo ellos tienen sensaciones. Que sólo ellos conocen los placeres. Que monopolizan la sensibilidad y el pensamiento. Se vuelven convencionales, recónditos y sibilinos. A veces parece que sólo se entiendan entre ellos. Sería de un obvio demasiado explícito que yo ahora dijera que sobre esto habría mucho que decir. Tal vez sea mejor no tocar las cosas sometidas a la relatividad. Ya están bien así.

La experiencia demuestra más bien que Barcelona es una ciudad de gusto mediocre y acobardado, excesivamente dada a la evidencia ideológica —a un realismo tibio y endeble, al baño maría, que a menudo nada tiene que ver con la realidad. En el gusto, no ha hecho más que seguir— por lo general muy a la zaga. Dentro del proceso de la sensibilidad de este siglo, Barcelona habría podido tener una personalidad de primera categoría, porque todas sus formas

y posibilidades han pasado físicamente por aquí. Lo ha dejado perder todo o casi todo para evitar el miedo a comprometerse. El barcelonés es moderado, equidistante y templado y no quiere comprometerse. También podría ser que en este punto desempeñase un papel el talante económico de la gente. Joaquim Folguera —el hombre más importante de su generación— escribió algunas cosas sobre la cuestión. El barcelonés, que apenas tiene receptividad para el proceso de renovación de la sensibilidad, sigue en cambio, y sigue a ojos cerrados hasta donde sea. Si Josep Carner, con veinte años de sarcasmos agudísimos, no hubiese liquidado las delicuescencias grotescas del modernismo, aún estaríamos en el modernismo. El barcelonés habría seguido hasta el fin del mundo haciendo nenúfares y florecillas. El barcelonés es un seguidor innato. Le gusta el olorcillo del rebaño —en cuestiones de gusto, claro. En lo demás, es un perfecto individualista. En estos asuntos, todo se hace pensando en los otros— en lo que los otros han hecho. Si la convención social es seguir un camino determinado, se sigue a ojos cerrados, sin dilucidar adónde conduce. Si conduce a algo, estupendo. Si conduce a la pura nada, ¡bendito sea Dios! Afirmar, pues, que Barcelona es una ciudad de gustos viejos o nuevos, académicos o revolucionarios, pasados o actuales, es imposible. Depende de la convención social de cada momento. Es una ciudad de gusto incierto —y en este sentido ultraburguesa. No aprecia nada el riesgo — y a veces lo aprecia de un modo inexplicable y desorbitado. La sensibilidad económica del barcelonés lo lleva a ver estas cosas exclusivamente a base del emplazamiento del dinero. Todo, en realidad, se mira a través del negocio. La ciudad moderna en su totalidad se ha hecho a través de esta única base. ¿Podría ser diferente de como es? Lo dudo. El gusto, visto a través del emplazamiento del dinero, ¿habría podido ser diferente? Aún lo dudo más.

En general, el gusto en Barcelona —la comodidad de los pisos, por ejemplo— ha sido una cosa secundaria. Se ha hecho —en cada momento— lo que se ha oído decir. En todas partes ha sido un poco así, es cierto. Pero al nivel en que este hecho ha tenido lugar aquí, no hay precedentes. Ni precedentes públicos ni precedentes privados. El barcelonés nunca se ha lanzado para mantener una personalidad en este campo. Ha actuado como un reflejo. Ha sido un templado *a posteriori*, un ecuaníme al que le han dicho lo que tenía que hacer.

En muchos otros aspectos ha ocurrido lo mismo. En Barcelona hay un determinado número de coleccionistas —de personas que coleccionan cualquier tipo de cosas habidas y por haber. La inmensa mayoría colecciona

nimiedades, cosas sin importancia, nada. Hay poquísimos coleccionistas de verdad, interesados en obtener una pieza realmente importante, y esto, en un país donde hay tan pocas cosas, resulta extrañísimo.

Sant Gervasi

Hace poco, unos amigos me invitaron a cenar a la casa que tienen en Sant Gervasi de Cassoles. No hay mucha gente que hoy sepa que el verdadero nombre de Sant Gervasi es Sant Gervasi de Cassoles, nombre verdaderamente preciso desde el punto de vista geográfico y topográfico. Sant Gervasi se extiende en la pendiente que hacen las montañas que cierran a poniente el llano de Barcelona. Dicha pendiente la entrecortan diversos barrancos y a lo largo de éstos se forman cazuelas dibujadas por márgenes abruptos. El término de Sant Gervasi es, pues, muy ondulado, en forma de cazuela. Estos accidentes geográficos se ven tanto que resulta un poco extraño que la sociedad de Barcelona no llame a Sant Gervasi *San Gervasio de Cazuelas*. No vamos a negar que la cosa habría sido divertidísima y que si se hubiese implantado la traducción todos nuestros quebraderos de cabeza habrían quedado resueltos en el acto. Lo cierto es que las cosas no han ido por este camino, y Sant Gervasi se ha quedado sin cazuelas, es decir, pura y simplemente en Sant Gervasi.

En la cena a la que me refiero se sirvieron excelentes alimentos, pero cuando llegaron los postres la situación quedó un poco desequilibrada y sobrecargada de confitería y de toda clase de «monadas» lácteas y azucaradas. El país es laminero, y el catalán tiene el paladar sensible al dulzor franco. Puede casi asegurarse que de cada cien indígenas, noventa prefieren los licores dulces, el champán dulce, el vino dulce y los dulces más dulces de la confitería más dulce. En un país así, el buen bebedor, el hombre capaz de apreciar la calidad y la cantidad de un líquido determinado —en fin, el borracho— nunca puede ser comprendido ni apreciado y es muy infrecuente. Sin embargo, si examinamos bien las cosas, resulta que esta presión universal de suavidades palatales y lácteas sobre la gente ha influido muy poco en las costumbres y en la forma de ser de la gente. En este país es perfectamente compatible la absorción de grandes cantidades de cosas dulces con los movimientos del malhumor más tercos y recalcitrantes. En todo caso, estoy convencido de que quienes forman parte del partido del beber seco y de las

cosas ligeramente saladas pueden ser tan tratables como los del dulzor y de la abstención e incluso presentársenos sin displicencia ni arrebatadas exaltaciones.

Al salir de la casa de mis amigos me pareció que mi espíritu y mis sentimientos nadaban en un lago de confitería y licores clericales y, puesto que ya casi anochecía, decidí dar una vuelta por el barrio en el que me encontraba con la esperanza de que el aire de los minúsculos jardines saturados de las esencias de los viejos eucaliptos despeinados y de los pinos que a veces se ven en la zona de las cazuelas me aligerase el cuerpo y el alma.

En la época del año en que se produjo este banalísimo paseo —a finales de noviembre—, en algunos barrios de Barcelona el sol se pone muy pronto. Los barrios cobijados por las montañas del prelitoral —y Sant Gervasi es uno de ellos— tienen una tarde muy corta. Cuando me puse a andar el aire ya tenía ese color de ala de mosca, pasivo y demorado, del crepúsculo inminente. Las luces del alumbrado público estaban a punto de encenderse —ese momento de las tardes otoñales, tan tétrico y solitario, en que están a punto de encenderse las luces de las calles. Era un domingo por la tarde. Por las calles se veían algunas personas, poquísimas— y en algunas calles ni un alma. Me crucé con algunas parejas vagabundas, cansadas de no ir a ningún sitio, fatigadas de perplejidad. Al final de alguna calle vi pasar algún coche —algún taxi de color amarillo o algún coche más pulido, con las luces encendidas, sin duda para gastar un poco más. En determinados momentos el silencio fue tan profundo y de una calidad tan líquida que dentro de la calma me pareció oír, muy a lo lejos, el ruido característico que hacían los tranvías que antes serpenteaban por las calles del barrio. Eran tranvías de vía estrecha— el 16 y el 17; —subían y bajaban saltando como cabras, y cada vez que enfilaban un carril daban un golpe seco que hacía vibrar los cristales del carro y a veces los vidrios de los chalés inmediatos. En las curvas de la Plaça Molina chirriaban como si masticasen arena —un ruido que te ponía la carne de gallina... ¡Pero no! No podían ser aquellos tranvías, porque el día de mi paseo ya no existían. Fue simplemente la aparición de un recuerdo adormecido, el retorno de una reminiscencia de la época en que viví en Sant Gervasi.

Mientras tanto, el aire de la cresta de las montañas de poniente fue cargándose de un color zumo de naranja lívido, con escurriduras malvas y violetas. Por el lado de Barcelona, la atmósfera se saturó de ese color de plomo rojizo empolvado que es el que exhalan las luces de las grandes urbes.

En las ramas altas de un ciprés de un verde muy oscuro que surgía de un jardín pude percibir con claridad este contraste.

A medida que la oscuridad iba acentuándose, aumentaron en las calles el silencio y la calma secreta del lugar. Recordé un verso que se atribuye a Pushkin: «La naturaleza respira el silencio del sueño». Cuando me cruzaba con alguien la soledad parecía aumentar. Casi todas las casas parecían deshabitadas. En algunas, poquísimas, se veía tan sólo un resquicio de luz en una u otra ventana. En la oscuridad los jardines parecían más profundos y más grandes de lo que son en realidad. El ambiente era, más que el de un paraje lejano, el de un lugar hermético y cerrado. Una señora mayor abrió la puerta del jardín de un chalé, entró por una portería metálica y mientras yo pasaba noté cómo daba tres o cuatro vueltas a la llave. Me parece extraño que no se haya aprovechado el ambiente de Sant Gervasi —por lo menos el del domingo por la tarde— para elaborar novelas de misterio y crímenes. La atmósfera no puede ser más adecuada. En algunos chalés en los que se veía una larga y delgada rendija de luz era imposible no imaginarse, en el despacho suntuoso y anacrónico, con una caja de caudales, a un señor o a una señora cortando cupones con unas pequeñas tijeras, muy afiladas, brillantes. O a un señor anciano y pequeño, acurrucado en su cama, mirando el techo con cara estólida, pasando la gripe. ¿Y si en alguno de estos chalés —pensé— hubiera alguna persona secuestrada? Cuando se hizo enteramente de noche, el frío se hizo más intenso —el frío húmedo. En algunos momentos me pareció que la humedad venía de la propia tierra, de dentro afuera, y que me subía piernas arriba, como si tuviera los pantalones chorreando, y sentí un escalofrío glacial. En las aceras aparecieron las manchas de humedad y las luces se empañaron de un vaho carmináceo. Pero la noche era maravillosa, las estrellas se veían borrosas; los árboles, en su inmovilidad, parecían dormidos y en el aire flotaba una calma misteriosa. Levanté el cuello de mi abrigo, y el gesto me sorprendió al ser tan suave la noche de Sant Gervasi.

En mi época de estudiante fui muchos domingos por la tarde a Sant Gervasi para ver al pintor Gimeno que vivía en los bajos de una casa de obreros. Era un ambiente un poco sórdido, porque el pintor era paupérrimo. Mientras el artista me leía, escritas sobre papel de estraza, sus elucubraciones bíblicas, su esposa, despeinada, alta, seca, pálida, deambulaba por la casa como un fantasma deshinchado y flácido. Creo que aquellas lecturas, que tenían lugar en el pasillo de la casa, detrás de los cristales de la puerta de

entrada, no le gustaban. Las escenas eran tan irrisorias que al recordarlas me entran ganas de querer a aquel hombre absurdo con más intensidad que cuando me leía sus delirios. Pero ya hablaré otro día de mis relaciones con Francesc Gimeno. En estos momentos, no es mi propósito.

Por aquel entonces, Sant Gervasi no contenía ningún vestigio industrial. Era el suburbio barcelonés con menos lirismo de desilusión. Allí no había ni fábricas ni cadáveres de fábricas, ni máquinas ni cadáveres de máquinas, ni calderas ni calderas oxidadas, ni chatarra residual, ni polvo de coque, ni ángulos desmirriados, ni chimeneas decrepitas, ni callejones sin salida ni popularismo de ningún tipo. Era el suburbio donde menos niños había por las calles. Por todas estas razones tuvo Sant Gervasi tantos apologistas. A pesar de que ya había dejado de ser, en aquellos años, lo que fue en sus inicios —el barrio de veraneo de los barceloneses ricos—, aún conservaba sus formas externas. Más que el lirismo suburbial de la desilusión tenía el punto de lirismo del comer poco y digerir bien. La transformación comenzó cuando la calle Balmes se prolongó y se produjo el ensanchamiento y la construcción de la Travessera.

La abertura de la calle Balmes derribó una parte de chalecillos adorables. Más adelante —ahora ya empieza a verse—, en el lugar que ocupaban aquellas casas de uno o dos pisos, aquellos jardincillos minúsculos, veremos terribles construcciones de ocho o nueve pisos. Dentro de unos años, la magia de piedras rosadas y blancas de Sant Gervasi, que parece pedir las formas más burguesas y razonables de la mitología, será la sombra de un sueño. Y así es. Aunque uno en este pueblo sea un forastero, lo cierto es que causa tristeza. Barcelona es constante en su caotismo crónico. Pocas veces se encuentra en esta ciudad un lugar ante el que uno pueda decir: «Es éste un sitio donde me gustaría vivir». Te echan de todas partes. Siempre hay alguna exposición universal en perspectiva. Los ayuntamientos son terriblemente renovadores. Y nunca acaban nada. El símbolo de la ciudad sigue siendo aquella Asociación Dinámica Cultural que se fundó a principios de siglo. A la Junta la llamaban el Comité Motor.

El contraste de Sant Gervasi con Gràcia era muy acusado. Gràcia era un barrio animado, con un griterío de niños en las calles, hacia el atardecer, que te ensordecía los oídos. En las cazuelas de Sant Gervasi todo era, en cambio,

moroso y lleno de paz. Los escaparates de Gràcia eran brillantes; los de Sant Gervasi, crepusculares. Producto del comer poco y digerir bien: respondía a esta realidad. No puede decirse que fuera un barrio bonito por esta o aquella razón, pero su naturalidad era tan espontánea, de tan pocas pretensiones, era tan adecuada a las pequeñas rentas, a la prudencia que las pequeñas rentas exigen, que acababa siendo gracioso o, por lo menos, potable. Estoy hablando de una época en la que con un duro se iba al mercado.

De hecho, Gràcia y Sant Gervasi eran dos barrios de espíritu opuesto. No es necesario recordar la vieja tradición liberal del pueblo de Gràcia, el gran papel que desempeñó en las luchas por la libertad. Aún hoy palpita allí dicho espíritu, en el ambiente de la pequeña burguesía liberal que yo encuentro adorable. Sant Gervasi, en cambio, fue un pueblo de carcamales, de prudentes, de beatos y de reservados. Primero pueblo de veraneantes y luego de pequeños rentistas retirados, con esas rentas que insensiblemente se van evaporando, nunca estuvo ni para ruidos ni para imprudencias. Paz, paz y siempre paz. Es absolutamente natural que Joan Maragall, que es el conservador más inteligente y más humano que este país ha dado, viviera y estuviera enamorado de Sant Gervasi. Otro eminente conservador, Joan Mañé i Flaquer, se fue a vivir, cuando le flaquearon las fuerzas, a un pueblo que tiene las mismas reacciones que Sant Gervasi: a les Corts de Sarrià. El espíritu de Gràcia debió de parecerle, siempre, una exhalación de lo que él llamaba las *saturnales de la Federal*.^[40]

Ahora bien: tal vez algún conocedor de la historia moderna de Sant Gervasi alegrará, en contra de las características que estoy señalando, que el general don Joan Prim i Prats se hizo construir allí un chalé con un pequeño jardín. Es verdad. La casa del general Prim está muy cerca de la que habitó y donde murió don Joan Maragall y es de estilo ligeramente mahometano un poco pasado por agua, como corresponde al gusto que debió de tener el conde de Reus después de la gloria que alcanzó en África. En el chalé de la calle de Alfonso XII, aún parece oírse la resonancia de:

*A l'Àfrica, minyons,
a matar moros, a matar moros...*^[41]

a pesar de que la casa se construyó después de haberlos matado. Fue al regreso de sus heroicidades africanas cuando el general Prim quiso rodearse de reminiscencias islámicas, y así surgió el chalé. Prim vivió en él muy poco tiempo, obsesionado como estaba por su temperamento de conspirador

bilioso, infatigable y frenético. Fue un hombre que no conoció la paz en este mundo: fue nuestro conde Arnau de la época liberal y constitucional. Pero así como fue un hombre de tan gran vibración que llegó a marear a los más exaltados, del mismo modo quiso que su familia viviera muy a resguardo y al margen de cualquier inseguridad. Por esta razón eligió Sant Gervasi, con la esperanza, además, de poderse retirar él mismo allí algún día y preocuparse de su hígado maltrecho. Todo cansa: llevar el ros un poco de lado, ser la estrella del progreso y escupir de forma displicente y nerviosa del lado izquierdo —uno de los gestos más típicos del general Prim i Prats.

Lo que nos lleva a pensar que el general habría acabado viviendo en las suavidades de Sant Gervasi es el recuerdo, impreciso de detalles pero auténtico, de las conversaciones que sostuvo en Londres, tras emigrar a esta ciudad, con don Ramon Cabrera, el gran general de la primera guerra civil y de la guerra de los *Matiners*, que también emigró, después de sus descomunales empresas, a la capital inglesa. Don Ramon, conocido con el hombre de «el Tigre del Maestrazgo», se retiró, tras la guerra, al país más liberal de Europa, se casó con una señora inglesa y se organizó una casa en Londres, abierta a todos sus amigos y conocidos, pensasen lo que pensasen. Cabrera vivió plácidamente en Londres, siempre un poco resfriado y bronquítico. Costó Dios y ayuda que interviniese en la guerra de los *Matiners*, guerra en la que desempeñó un papel secundario. Más tarde, hacerle reincidir en heroicidades de guerra civil resultó imposible.

En la época de las conspiraciones liberales del reinado de Isabel II, que el padre Claret, hoy san Antonio María Claret, anatematizó, el general Prim, que fue el alma de la vibración subterránea y secreta de aquellos años, pasó muchas temporadas en Londres, donde se hizo amiguísimo de Cabrera y asistió a diversos téis ofrecidos en los salones del general carlista. Entre ellos había una gran diferencia de edad. Representaban concepciones tan opuestas que un abismo los separaba. Sin embargo, en el terreno particular, estaban unidos por muchos vínculos. Prim adoraba a Cabrera como estratega y por su táctica militar. Lo consideraba un maestro. A Cabrera le fascinaban las condiciones congénitas de su coterráneo —uno era de Tortosa y el otro de Reus— y la mesurada resistencia de su espíritu ante la suerte o la desgracia de la vida. Cabrera veía en Prim, joven verde de bilis, de nerviosismo y de energía, lo que él mismo había sido años atrás, en Morella, en el Maestrazgo, en cualquiera de los sitios donde puso las plantas de los pies. Llegaron a ser amigos. Prim llamaba a Cabrera don Ramón, en señal de respeto por su edad

y categoría. Cabrera llamaba a Prim *Juanita*, con un acento tortosino muy acentuado.

Un atardecer londinense de otoño, moroso y fantasmal, Cabrera y Prim examinaban, una vez más, la situación política del país. Cabrera estaba de muy malhumor, porque las presiones de que era objeto para obligarle de nuevo a encender el fuego de la guerra civil le llegaban de todas partes, incluso de los ambientes que parecían responsables. Por su parte, Prim estaba completamente hastiado, porque sin preparación, sin dinero, sin medios, a base sólo de fútiles pretextos se le incitaba a ponerse al frente de otro pronunciamiento —uno de tantos pronunciamientos. Cuando se agotó el examen de las dos posiciones, opuestas y absurdas, la conversación decayó por la propia ridiculez del problema examinado. De repente, Cabrera, sin dejar de mirar el fuego de la chimenea y como si hablase consigo mismo, dijo:

—Y pensar, *Juanita*, que cada día me vuelvo más liberal...

Palabras a las que Prim contestó, rápido:

—Pues yo, don Ramón, cada día me siento más reaccionario...

Por estos detalles y por otros que sospecho, el general Prim, si no hubiese sido asesinado, en la calle del Turc, por ex compañeros de conspiración, habría acabado viviendo en la dulce sinfonía doméstica de Sant Gervasi de Cassoles.

En otro lugar de este libro he enumerado algunos de los domicilios que tuve en Barcelona en mi época universitaria. Después, entrado ya en una forma de vida muy nómada, viví en Sant Gervasi y en Sarrià. He vivido en las calles de Madrazo y de Tavern, en Sant Gervasi, y he tenido un piso en Sarrià. Puesto que de Sarrià tengo una idea muy precisa, todos los esfuerzos que he hecho para recordar la situación de este piso y el nombre de la calle donde estaba situado han resultado infructuosos. Sarrià deambula por mi cabeza de una forma flotante y vaguísima. Cuando pienso en aquel domicilio me parece sorprendente que haya podido vivir en Barcelona tan alejado del centro. Los viajes de la plaça de Catalunya a Sarrià me parecían larguísimos. Guardo el recuerdo de un pequeño pueblo tranquilo y sosegado cuya vida giraba, en gran parte, en torno a la plaza. A los habitantes de Sarrià les gustaba pasear, endomingados, por el Passeig de la Bonanova; ver pasar los automóviles que circulaban por esta avenida; husmear en los chalés rodeados de jardín a través de las rejas que daban a la calle. El amor y la admiración que la pequeña

burguesía de Sarrià sentía por la alta burguesía de la Bonanova era un fenómeno enternecedor. Cuando un señor de la Bonanova compraba un Packard o cambiaba de querida, en Sarrià se hablaba de estos acontecimientos con una minuciosidad y un detallismo abrumadores, con una admiración y un respecto decisivos. Sarrià era un pueblo antiguo, de tradición. La Bonanova era de una impersonalidad y de una modernidad de cuatro días. Sin embargo, los papeles se habían invertido, porque la riqueza lo invierte todo.

A lo largo de mi paseo nocturno por Sant Gervasi pasé por la parte alta de la Via Augusta, y así pude contemplar el recorte del jardín de la casa de la calle Tavern a causa de la abertura de la avenida. El jardín había quedado amputado y la casa como un perro bóxer después de cortarle la cola. Es una casa rabona. En cambio, la casa de la calle de Tavern ha quedado intacta. Desde su galería posterior podía contemplarse un amplísimo panorama sobre los barrios de poniente de la ciudad, las tierras del Llobregat, Montjuïc y el mar. El piso, que era alto, tenía la luminosidad y la alegría del aire libre y de la visión abierta y dilatada. Cuando hacía un poco de viento, la ropa de los terrados volaba gloriosa y reluciente bajo el cielo limpio y brillante. Barcelona siempre causa un mayor efecto vista desde una altura, de arriba abajo, que desde el plano del terreno de una calle cualquiera. De arriba abajo parece una ciudad más blanca que desde el suelo: entonces es grisácea.

En Sant Gervasi, por aquellos años, vivían muchos extranjeros, algunas familias ricas del país y muchos menestrales y artesanos. Casi todo el mundo se conocía y más o menos todos hablaban con todos. El lugar de reunión de funcionamiento más constante de la flor y nata del barrio, eran los coches de primera del ferrocarril de Sarrià. Los vagones de primera de dicho ferrocarril —de este tren de Sarrià que, digámoslo de paso, ha sido lo único que ha funcionado en serio en Barcelona durante estos últimos años— fueron el primer ambiente cosmopolita normal de la ciudad.

En la actualidad, Sant Gervasi produce una impresión de caos muy acentuado. Es uno de los barrios de Barcelona —que ya es decir— que se hallan en una fase urbanística de un caotismo considerable. Ésta es la impresión que saqué de mi paseo por el barrio.

Sant Gervasi se ha visto embestido por tres partes: por la parte alta de la calle Balmes y por la parte alta de la Via Augusta y por la Travessera, que las rompe perpendicularmente. Las dos primeras calles me gustan porque son curvilíneas, hecho que produce una impresión balsámica después de la

obsesión de las cuadrículas del Eixample. En esta zona de Barcelona las cuadrículas tienen como límite la Diagonal.

¡Ya era el momento de terminarlas! La Via Augusta se ha construido con una noción holgada de las dimensiones, muy respetable. En cambio, la parte superior de la calle Balmes resulta ya estrecha y ahogada, y si no fuera una calle curvada, tendría la misma poca gracia que su parte baja. La parte inferior de Balmes es una de las calles más pesadas, más mecánicas y más carentes de imaginación de la ciudad. La Travessera se encuentra en plena ebullición urbanística, y ya veremos cómo quedará.

El resto del barrio está en pleno caos de construcción espontánea. Se edifica por todas sus partes y sobre las casitas anteriores —muchas de ellas de planta baja— se levantan ahora casas muy altas. Los espacios que antes fueron jardines o huertos particulares han ido día a día reduciendo su área y muchísimos han desaparecido. Llegará un día que quedarán tan pocos árboles en Sant Gervasi que el lugar se verá aún más pelado que la derecha y la izquierda del Eixample. En las aceras de estas calles aún pudieron plantarse árboles. Puesto que la caja de las de Sant Gervasi no ha sufrido modificaciones apreciables, no será posible plantar árboles en ellas.

La totalidad del suburbio se encuentra, pues, en un período de frenesí constructivo y causa una impresión de cosa a medio hacer. Pero no importa. Todo el mundo está acostumbrado, en Barcelona, a la arquitectura y al urbanismo perentorios, y lo más difícil es encontrar algo que tenga el aspecto de acabado. Así pues, es ésta una cuestión a no tener en cuenta. Lo más grave de Sant Gervasi es que ya hay elementos para poder decir cómo será el barrio cuando al final de sus calles estrechas se levanten las casas altas que se están construyendo y que se construirán en los próximos años.

No me refiero ahora al estilo de estas casas. Los sucesivos períodos de la Barcelona moderna suelen llevar la marca de un arquitecto determinado. Un día tuvimos el período bassegótico —del arquitecto Bassegoda—, como se le llamaba en las tertulias del viejo Continental. Ahora nos encontramos en el período florensiano. Los arquitectos de hoy, aparte de los que tienen luz propia o de la pequeña minoría que representa la vanguardia, cuando no saben qué hacer, imitan las soluciones que en distintos lugares de la ciudad ha dado y da el señor Florensa, con un amplio beneplácito de la propiedad urbana. No critico. Expongo una evidencia. En Sant Gervasi se han edificado y se edifican muchas casas de estilo florensiano. Ante este hecho nada puede alegarse.

No. El mal es otro y está en lo que decía: en encajonar las calles estrechas del barrio dentro de casas desmesuradas, demasiado altas. ¿Cómo quedarán estas calles? Estas viejas calles fueron, en su origen, calles con gracia; también fueron calles soleadas, aireadas y de un aspecto amable y plácido. En realidad la anchura de estas calles se había calculado para flanquearlas de casas poco elevadas. En el viejo Sant Gervasi todo era pequeño. Ahora, sobre las mismas anchuras irrisorias, se levantan casas cuatro, cinco, seis veces más altas. Las calles se están volviendo fúnebres y angostas. Para sus habitantes, el sol y el aire van desapareciendo, hecho que no deja de ser curioso en un momento en que las cosas de la urbanización caminan hacia un sentido completamente opuesto. La fiebre de la pasión del palmo cuadrado es cada día más alta.

Y así llegamos a estos resultados: en un lugar periférico de Barcelona se está construyendo un hábitat humano que resultará tan prieto como muchas calles de la Barcelona vieja, o más. En calles de menos anchura que la calle de la Princesa o la calle de Ferran VII, se han construido y se construyen casas de una altura aproximada y más altas que las que bordean las citadas calles. No sé si era ésta la urbanización que Sant Gervasi necesitaba. Si hubiese existido un plan de urbanización serio, estos últimos años habrían sido el gran momento para su transformación total. Pero, siguiendo una tradición antiquísima, el único plan que ha funcionado ha sido el de considerar sacratísimos e invulnerables los derechos de la propiedad. A los propietarios nunca se les ocurre, por el bien de sus fincas urbanas, ensanchar una calle. Indefectiblemente se les ocurrirá estrecharla y al mismo tiempo levantar casas; y, si es posible, edificar en la misma calle, en la zona vedada. ¡Qué le vamos a hacer! Así estamos hechos y el espabilarse —en el sentido malicioso que para nosotros tiene esta palabra— es la forma de inteligencia que consideramos más envidiable. ¡Cuántos propietarios hay en Barcelona que creen, como el viejo Girona, que las calles de la ciudad son demasiado anchas! Si mientras tanto el Ayuntamiento no tiene nada que objetar ni proponer y deja que las cosas sigan haciéndose con esta espontaneidad primaria, sólo puede acontecer lo que a diario vemos sin parar. Podríamos haber tenido un Sant Gervasi magnífico; ahora tendremos otro barrio cerrado y asfixiante. Estoy convencido de que se sentirá una gran añoranza y un melancólico recuerdo del barrio originario, donde todo era microscópico y minucioso, pero de escala ajustada.

Llegará un día en que ya no quedará ni uno de los jardines de antes. No causarían ningún efecto, situados entre las paredes tan altas; aun así, deberían

haber conservado alguno, aunque sólo fuera por el gusto de conservar. Así pues, nos hallamos frente a un tipo de transformación puramente espontánea. Conociendo el temperamento indígena y las formas que tiene de manifestarse, no creo que sea posible hacerse ilusiones de ningún tipo. Por lo menos, las cuadrículas se han hecho respetar. Aquí ha sido la selva virgen, la jungla de la propiedad.

Creo haber escrito que no hay nadie, hoy, en este país, que tenga a Barcelona metida en la cabeza. La ciudad crece entre formas anquilosadas y formas anárquicas. Ya se sabía. Una vez más, y de modo claro e irreparable, lo he comprobado en mi paseo por Sant Gervasi.



Josep Pla i de Casadevall (Palafrugell, 8 de marzo de 1897 - Llofriu, 23 de abril de 1981).

Desde muy joven colaboró en periódicos y revistas (*Las Noticias*, *La Publicitat*, *La Veu de Catalunya*, *Destino*, etc.). Durante muchos años fue corresponsal en el extranjero, lo que le permitió conocer numerosos países. Los 46 volúmenes de su obra completa son el contundente testimonio de su obra y le valió ser unánimemente considerado por crítica y público el mejor prosista en lengua catalana de todos los tiempos.

Notas

[1] *El cuaderno gris*. Ediciones Destino, 1975. <<

[2] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[3] Pla se refiere, al hablar de país, a Cataluña. (*N. del T.*). <<

^[4] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[5] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[6] Renaixença: nombre con el que los historiadores de la literatura catalana han designado el proceso de recuperación de la lengua y literatura catalanas llevado a cabo sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. (*N. del T.*). <<

[7] La Busca fue el partido formado en Barcelona por la alianza de los mercaderes y los gremios de artesanos y menestrales, que se hicieron con el gobierno de la ciudad en 1453 y al que se opuso la Biga. Al referirse al mundillo de la Busca, Pla nos remite a la visión que Josep Carner tenía de la gente de Barcelona. (*N. del T.*). <<

[8] Ved ahora si no es cortesía / ver a las damas en gran galanura / todas forradas y con joyas de valor / —porque de repente al recogerse el tiempo / cada día a mediodía al Paseo van: / dejan los coches y pasan a pie / ved ahora si no es cortesía, / vedlo ahora.

Las cosas suaves, su belleza envolviendo, / las incomoda de dulce pereza; / el solecillo atrae las miradas. / Unas querrán el permitido requiebro; / otras llevaron a un niño que, sorprendido, / ve todo su cuerpo de terciopelos y cintas cubierto. / Ved ahora si no es gentileza / vedlo ahora.

A cada una —divina esperanza— / la ves alegre ganar la firmeza / de una dulcísima y breve mirada; / y sueles amarla al alejarse, / sintiendo en el corazón esa pizca de pena / al haber ya pasado su sonrisa y su voz. / Ved ahora si no es ventura, / vedlo ahora. <<

[9] Acaba de pasar. Nada me ha dicho. / Pero el roce de su mirada me dice /
que excepto el recuerdo todo ha acabado. / ¿No será mejor el olvido / que el
abigarramiento de una amistad marchita? <<

[10] ¿La bondad del invierno y la clara delicia / ingenua dónde están? Ayer, nuestra alegría / —en pleno Paseo al sol y delante de todos— / habríamos dado en el rostro de una joven con un beso... / Pero hoy no, que los árboles insinúan recelo... <<

[11] Ha llovido. Bajo el cielo de un poderoso azul, / el Paseo empequeñece en divina languidez, / femenina languidez de esta hora beata / en que guarda una mujer la lasitud del baño, / y la observan con gran deseo, pero sin empeño. <<

[12] Noche de invierno, noche de leyenda, de estrellas y frío, terrible frío. / Vamos callados; hoy, las palabras son vanas. / Pero para que el gusto no se pierda de las cosas humanas, / una dama cruza el paseo y sonríe. <<

[13] Sol de invierno, sol alegre, bienaventurado sol, sol pequeño / de toda dura ley de molestia nos alivias / ...mientras pasa una *miss* / y sonríe por nada y compra unas violetas / y corren los niños para distraer el frío. <<

[14] Y por la mañana, si Dios lo quiere, / iremos al Paseo de Gracia, / que es allí donde la aristocracia / acostumbra a tomar el sol. <<

[15] Ahora que es de noche y llueve a cántaros / y los arcos dan una luz medio
apagada / y las brujas han traído un puñado de ceniza / que aleja las estrellas;
/ ¡oh!, hermoso paseo que te restableces / profundo de soledad y armonía, /
¿qué has hecho del don de Dios de caras dulces / que a mediodía reían? <<

[16] Era, pues, una tarde, / a las seis o seis y media, / cuando se alumbran las
tiendas / y el atardecer se pone fresco, / y se pasean las señoras / y sus hijas
con los paquetes / y los organillos / con conciertos alborotan... <<

[17] A las seis o seis y media, / cuando se alumbran las tiendas / y el atardecer
se pone fresco, / y se pasean las señoras / y sus hijas con los paquetes... <<

[18] Seudónimo de Eugeni d'Ors. (*N. del T.*). <<

[19] *El Noticiero Universal. (N. del T.). <<*

[20] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[21] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[22] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[23] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[24] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[25] Plato tradicional en la cocina catalana a base de bacalao y tomate. Pla lo describe con detalle en el capítulo «Algunas gracias». (*N. del T.*). <<

[26] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[27] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[28] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[29] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[30] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[31] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[32] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[33] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[34] El señor Esteve, personaje principal de la obra de Santiago Rusiñol *L'auca del senyor Esteve*, se convirtió en un arquetipo de cierta conducta, de cierto carácter catalán: el hombre dedicado en cuerpo y alma a su negocio, procurando el bien de su familia —según la moral y la concepción de la vida pequeño burguesa—, que sacrifica de este modo los demás aspectos de la vida: el amor, la alegría, la diversión... (*N. del T.*). <<

[35] Así se llama la tienda del señor Esteve. (*N. del T.*). <<

[36] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[37] Alzas muchos gallardetes, pendones y oriflamas, / muchos laureles,
muchas palmas, / banderas al aire y colgaduras al sol, / y con griterío
remueves tus densas muchedumbres / por cualquier cosa alineadas / en torno
a cualquiera. / Pero, transcurridos el momento, el día, el ardor / y el ímpetu,
de todo te desdices; / y abandonas el camino, la gloria y la empresa, / y al
grande de su grandeza despojas. / Y encima te ríes. <<

[38] Expresiones de afecto referidas a los tíos, las tías, abuelos y abuelas. *Oi!, i ara!, ves!* son interjecciones muy usuales en el habla barcelonesa. (N. del T.).
<<

[39] Barcelona, ciudad buena, / mañanera en bondad, / con el cerco de
murallas / de Roma aportado. / Gente juiciosa tus príncipes fueron / y tu
pueblo templado. <<

[40] En castellano en el original (*N. del T.*). <<

[41] A África, muchachos, / a matar a moros, a matar a moros... <<